

ARNALDUR
INDRIDASON

En el abismo



Lectulandia

Un hombre confecciona una máscara de cuero con un clavo fijado en la frente. Se trata de una «máscara infernal» usada antiguamente por los granjeros islandeses para sacrificar terneros.

Al mismo tiempo, un reencuentro con sus antiguos compañeros de instituto deja a Sigurður Óli insatisfecho con su vida en el cuerpo de policía.

Mientras Islandia experimenta un *boom* económico, su relación sentimental hace aguas e incluso su puesto en la Policía Judicial queda en peligro tras haber aceptado hablar con una pareja de chantajistas para hacerle un favor a un amigo.

Lectulandia

Arnaldur Indridason

En el abismo

Inspector Erlendur Sveinsson - 10

ePub r1.0

Titivillus 20.12.17

Título original: *Svörtuloft*
Arnaldur Indridason, 2009
Traducción: Fabio Teixidó Benedí

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Sacó la máscara de cuero de la bolsa de plástico. No era ninguna obra de arte, y no le había quedado todo lo bien que a él le hubiera gustado, pero le serviría.

Lo que más temía era toparse con algún agente de policía por el camino, aunque, de todas maneras, pasaba totalmente desapercibido. La bolsa contenía otros objetos además de la máscara. Había comprado dos botellas de *brennivín* en la licorería, y un martillo contundente y un clavo en la tienda de bricolaje.

El día anterior había adquirido el material necesario para elaborar la máscara en un mayorista que importaba piel y cuero. Se había afeitado con esmero y se había puesto sus mejores galas. Sabía lo que necesitaba y lo había encontrado sin dificultad: cuero, hilo y una buena aguja de zapatero.

A esas horas de la mañana las calles estaban prácticamente desiertas, así que no corría el riesgo de ser visto. Con la cabeza agachada para evitar mirar a quien pudiera pasar, caminaba a grandes zancadas hacia la casa de madera de la calle Grettisgata. Bajó a toda velocidad las escaleras de acceso al sótano, abrió la puerta, entró rápidamente y cerró con cuidado.

Se detuvo en la penumbra. Ahora ya conocía la distribución de las habitaciones y podía orientarse a oscuras. Al fin y al cabo, no era un apartamento de grandes dimensiones. El baño carecía de ventanas y se hallaba al final del pasillo, a la derecha. La cocina se encontraba en el mismo lateral, con una gran ventana que había tapado con una manta gruesa, orientada hacia el patio trasero. Enfrente de la cocina estaba el salón y, a su lado, el dormitorio. La ventana del salón, también tapada con cortinas recias, daba a Grettisgat. Al dormitorio solo se había asomado una vez; en lo alto de la pared había otra ventana, esta vez cubierta por una bolsa de plástico negra.

En lugar de encender la luz, buscó la vela que guardaba en el estante del pasillo, la encendió con una cerilla y el resplandor fantasmal de la llama lo guio hacia el salón. Escuchó los gritos ahogados del malnacido, sentado en una silla con las manos atadas al respaldo y la boca amordazada. Evitaba mirarlo, especialmente a los ojos. Apoyó la bolsa en la mesa y extrajo el martillo, la máscara, el clavo y el *brennivín*. Retiró el precinto de una de las botellas y bebió un enérgico trago de su tibio contenido. Con los años, aquel licor había dejado de quemarle la garganta.

Dejó la botella y cogió la máscara. La había confeccionado con materiales de primera calidad. Estaba tallada en cuero grueso de cerdo y doblemente cosida con cordel encerado. Había perforado un orificio en la frente por el que había insertado el clavo de acero galvanizado y había cosido un refuerzo alrededor para que pudiera sostenerse. Había rasgado los laterales de la máscara para introducir por ellos una tira ancha de cuero con la que poder ajustarla bien a la nuca. También había abierto unas ranuras a la altura de los ojos y la boca. La parte superior se extendía hasta la coronilla y se enganchara a la tira de la nuca mediante una correa de cuero. Así aseguraba su estabilidad. No había tomado medidas exactas, sino que la había

ajustado al tamaño de su cabeza.

Bebió otro trago de *brennivín* procurando que los gemidos del malnacido no le afectaran.

De pequeño, cuando vivía en el campo, había visto una máscara similar. Era de hierro y estaba guardada en el viejo establo, pero no le permitían tocarla. Sin embargo, una vez lo había hecho a escondidas. El hierro estaba helado y cubierto de óxido. Se había fijado en unas manchas de sangre seca junto al agujero del clavo. Solo la había visto usar una vez cuando el granjero tuvo que sacrificar un ternero enfermo. Vivía en la más extrema pobreza y no podía permitirse una pistola para sacrificar el ganado. En su lugar utilizaba aquella máscara, que era demasiado pequeña para la cabeza del ternero: según le había explicado el granjero, estaba diseñada para matar ovejas. Luego había agarrado el martillo y golpeado el clavo, que se había hundido en la cabeza del animal. El ternero se había desplomado y no había vuelto a moverse.

Vivía feliz en el campo. Allí nadie le decía que fuera un miserable y un desgraciado.

Nunca se olvidó del nombre que le daba el granjero a aquel objeto con un clavo que prometía una muerte rápida e indolora.

El granjero la llamaba «máscara mortuoria».

Le parecía un nombre escalofriante.

Contempló el clavo que sobresalía de su tosca máscara. Calculó que penetraría cinco centímetros en el cráneo; y sabía que con eso bastaría.

Sigurður Óli respiró hondo. Había aparcado delante del inmueble y llevaba esperando en el coche casi tres horas sin que hubiera ocurrido nada. El periódico no se había movido del buzón. Los pocos que habían pasado por la entrada ni siquiera habían mirado el diario, que Sigurður Óli había dispuesto de manera estratégica para que asomara la mitad y cualquiera se lo pudiera llevar sin ningún problema, bien fuera un ladrón o alguien con ganas de molestar a la anciana del segundo piso.

El caso no tenía ninguna relevancia. De hecho, tal vez fuera el más trivial que Sigurður Óli había investigado en su carrera de policía. Su madre lo había llamado para que le hiciera un favor a una amiga suya que vivía en la calle Kleppsvegur. Su amiga estaba suscrita al periódico, pero a menudo no lo veía en el buzón cuando bajaba a cogerlo los domingos por la mañana y no había conseguido dar con el culpable. Había preguntado a sus vecinos, pero todos le habían jurado y perjurado que no lo habían tocado; es más, algunos echaban pestes de la publicación por considerarla pura basura conservadora que no leerían, ni aunque les pagaran. Hasta cierto punto, ella estaba de acuerdo. Al fin y al cabo, solo se mantenía fiel al periódico por las esquelas, que en ocasiones ocupaban la cuarta parte de sus contenidos.

Su amiga sospechaba de algunos vecinos de la escalera. En el piso de arriba, por ejemplo, vivía una mujer que, según ella, era una «devorahombres». Por su casa no dejaban de desfilar hombres, sobre todo por las noches y los fines de semana. Quizás alguno de ellos fuera el ladrón, si es que no lo era ella misma. Dos plantas más arriba, vivía otro vecino que no trabajaba y se pasaba el día entero metido en su casa sin hacer nada. Decía que era compositor.

Sigurður Óli siguió con la mirada a una adolescente que entraba en el edificio. Parecía volver de fiesta, todavía ligeramente ebria. Le costó encontrar las llaves en un pequeño monedero que sacó del bolsillo, y se tambaleaba de tal manera que tenía que agarrarse al pomo de la puerta para no caerse. No le echó ni un solo vistazo al periódico. «Desde luego, no saldrán fotos tuyas en la sección de sociedad», pensó Sigurður Óli mientras la veía subir las escaleras con dificultad.

Todavía arrastraba una gripe que no había conseguido quitarse de encima. Seguramente había vuelto demasiado pronto al trabajo, pero la verdad es que ya no aguantaba más en la cama viendo películas en su nueva pantalla de plasma de 42 pulgadas. Prefería tener algo que hacer, aunque no se encontrara todavía con fuerzas.

Pensó en la velada del sábado anterior. Para celebrar el aniversario de la graduación del instituto, sus antiguos compañeros de clase se habían reunido en casa del que apodaban Guffi, un tipo engreído que venía de una familia de abogados y a quien Sigurður Óli no tragaba desde prácticamente el mismo día en que se habían conocido. Guffi, al que ya de adolescente le gustaba llevar pajarita, había seguido su tónica general: los había invitado a todos a su casa con motivo del aniversario para

luego terminar dando un discurso en el que, lleno de orgullo, anunciaba a sus antiguos compañeros de clase que lo habían ascendido a jefe de departamento de un banco y que, por tanto, había otro motivo más de celebración. Sigurður Óli no se unió al aplauso.

Paseó la mirada por el grupo preguntándose si sería él quien había obtenido menos logros en la vida desde que terminaran el instituto. Cada vez que hacía el esfuerzo de acudir a aquellos reencuentros le asaltaba el mismo tipo de pensamientos. Entre otros asistentes figuraban abogados como Guffi, algunos ingenieros, dos pastores protestantes y tres médicos con largos años de especialidad a sus espaldas. También había un escritor de quien Sigurður Óli no había leído nunca nada, a pesar del bombo que se le daba en determinados círculos literarios debido a un dominio estilístico magistral que rozaba lo inefable, según decían las últimas críticas. Al compararse con sus compañeros y pensar en las investigaciones policiales, en sus compañeros Erlendur y Elínborg y en toda la gentuza con quien tenía que tratar cada día, Sigurður Óli no había encontrado muchos motivos de alegría. Su madre siempre le había dicho que él valía mucho más que «eso», y con ello se refería a ser policía. Su padre, sin embargo, se sentía más orgulloso y siempre le recordaba que seguramente haría más cosas por la sociedad que muchos otros.

—¿Qué tal te va en la poli? —le preguntó Patrekur, uno de los ingenieros, que había escuchado a su lado el discurso de Guffi. Sigurður Óli conservaba la amistad con él desde el instituto.

—Así, así —respondió Sigurður Óli—. Tú debes de tener una avalancha de trabajo con esto del *boom* económico y todo lo de las presas y las centrales hidroeléctricas.

—Vamos ahogados, literalmente —dijo Patrekur, con una expresión más seria de lo habitual en él—. Me preguntaba si podría quedar contigo algún día para comentarte una cosa.

—Por supuesto. ¿Voy a tener que detenerte?

Patrekur no sonrió.

—Te llamo el lunes, si te parece bien —sugirió antes de alejarse de él.

—Vale —confirmó Sigurður Óli con gesto de asentimiento mientras miraba a Súsanna, la mujer de Patrekur, que también había asistido a la fiesta a pesar de que no solían acudir juntos a tales eventos. Le sonrió. Siempre le había caído bien y pensaba que su amigo había sido afortunado.

—¿Sigues en la poli? —le preguntó Ingólfur, uno de los dos pastores protestantes, caminando hacia él con un vaso de cerveza en la mano. De ascendencia eclesiástica por parte de padre y madre, no se planteaba hacer otra cosa que no fuera servir al Señor. Sin embargo, Ingólfur no era ningún santo: le gustaba beber y sentía debilidad por las mujeres; se había casado en dos ocasiones. A veces discutía con el otro pastor del grupo, Elmar, que era radicalmente distinto: un devoto, medio asceta, que creía en todo lo que dice la Biblia, y se oponía a cualquier tipo de cambio, sobre todo en lo

referente a los homosexuales, que pretendían echar por tierra las arraigadas tradiciones cristianas del país. A Ingólfur le traía sin cuidado qué tipo de personas acudieran a él, solo seguía la única regla que le había enseñado su padre: todos los hombres son iguales ante Dios. Sin embargo, se lo pasaba en grande tomándole el pelo a Elmar. Le preguntaba a menudo si algún día pensaba fundar su propia secta: los elmaritas.

—¿Y tú? ¿Sigues dando sermones? —replicó Sigurður Óli.

—Somos indispensables, tanto el uno como el otro —reparó Ingólfur sonriendo.

Guffi se acercó hasta ellos y le dio una enérgica palmada en el hombro a Sigurður Óli.

—¿Qué tal está el madero? —voceó el recién nombrado jefe de departamento.

—Estupendamente —respondió Sigurður Óli.

—¿Nunca te has arrepentido de no haber terminado Derecho? —preguntó Guffi con sus ínfulas de siempre.

Había engordado con los años. De manera gradual, la pajarita que una vez le había sentado tan bien había quedado enterrada bajo una enorme papada.

—Nunca —aseguró Sigurður Óli, quien, de hecho, sí que se había planteado en más de una ocasión abandonar el cuerpo de policía, retomar Derecho y licenciarse para hacer algo más provechoso. Pero no lo reconocería ante Guffi. Y menos aún admitiría que Guffi había sido una especie de referencia: Sigurður Óli pensaba a menudo que si un idiota como Guffi podía entender las leyes, cualquiera podía hacerlo.

—Ya he visto que estás casando a invertidos —comentó Elmar uniéndose al grupo y lanzándole a Ingólfur una mirada llena de consternación.

—Ya empezamos —dijo Sigurður Óli mientras buscaba una vía de escape antes de que estallara un debate religioso.

Se dirigió hacia Steinunn, que pasaba por ahí con una copa en la mano. Recientemente había dejado de trabajar en la delegación de Hacienda, y Sigurður Óli la llamaba de vez en cuando si tenía problemas con su declaración de la renta. Siempre le había sido de gran ayuda. Sigurður Óli sabía que lo había dejado con su marido hacía unos años y que desde entonces había disfrutado de su soltería. Steinunn era una de las razones por las que Sigurður Óli se había molestado en ir a casa de Guffi aquella noche.

—Steina —dijo para llamar su atención—. ¿Ya no trabajas en Hacienda?

—No, he empezado a trabajar en el banco de Guffi —anunció Steinunn con una sonrisa—. Ahora ayudo a los ricos a evadir impuestos. Según Guffi, se ahorran un dineral.

—Y el banco paga mejor —dijo Sigurður Óli.

—Ya lo creo. Cobro una pasta gansa.

Al sonreír dejó asomar su radiante dentadura. Después se retocó el pelo, que le había caído delante de los ojos. La melena ondulada rubia le llegaba hasta los

hombros, y llevaba las cejas teñidas de negro. Tenía la cara ancha y unos bonitos ojos oscuros. Por su aspecto era lo que probablemente los adolescentes llamarían un «pibón», y Sigurður Óli se había preguntado si Steinunn conocería ese término. En realidad, no le cabía ninguna duda: siempre había estado al día en esas cuestiones.

—Sí, tengo entendido que no pasáis hambre —comentó Sigurður Óli.

—¿Y tú? ¿No juegas en bolsa?

—¿Que si no juego en bolsa?

—Alguna inversión habrás hecho por ahí —insinuó Steinunn—. Te pega.

—¿Ah, sí? —dijo Sigurður Óli con una sonrisa.

—Sí. ¿No te va apostar un poco?

—No me puedo permitir riesgos —confesó Sigurður Óli sin dejar de sonreír—.

Solo juego sobre seguro.

—¿Acaso hay algo que sea seguro?

—Solo compro en bancos —aseguró Sigurður Óli.

Steinunn alzó su copa.

—Pues no hay nada más seguro que eso.

—¿Sigues viviendo sola?

—Sí. Y disfrutándolo.

—Tiene cosas buenas —observó Sigurður Óli.

—¿Qué tal con Bergþóra? —preguntó Steinunn de repente—. He oído que no os iba bien.

—No, la cosa no va muy bien —admitió Sigurður Óli—. Una lástima.

—Majísima, Bergþóra —dijo Steinunn, que había visto a su pareja en encuentros similares.

—Sí... Lo era. Me preguntaba si a lo mejor te apetecería quedar algún día. Tomarnos un café o algo.

—¿Me estás invitando a salir contigo?

Sigurður Óli asintió.

—¿En plan cita?

—No, una cita no; o bueno, sí, algo así, ya que lo dices.

—Siggi —dijo Steinunn acariciándole la mejilla—. Lo que pasa es que no eres mi tipo.

Sigurður Óli la miró.

—Ya lo sabes, Siggi. Nunca lo has sido. Sigues sin serlo. Y no lo vas a ser.

¡¿Su tipo?!

Sigurður Óli escupió la palabra en voz alta mientras esperaba en el coche a que apareciera el ladrón de periódicos. ¿Que no era su tipo? ¿Qué significaba eso? ¿Que era de un tipo peor que otros? ¿Y por qué siempre venía Steinunn con eso de los tipos?

En ese momento entró en el inmueble un joven que llevaba un instrumento musical. Sin pensárselo dos veces, cogió el periódico del buzón y abrió la puerta

interior de la escalera con la llave. Sigurður Óli llegó al portal a tiempo para interponer el pie en la puerta y poder entrar antes de que se cerrara. El joven se llevó un susto de muerte cuando Sigurður Óli lo agarró en la escalera y lo hizo bajar propinándole un golpe en la cabeza con el periódico. Al muchacho se le escapó de las manos la caja del instrumento, que golpeó la pared, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¡Arriba, idiota! —gruñó Sigurður Óli tratando de levantar al chico.

Supuso que se trataba del holgazán que vivía dos pisos por encima de la amiga de su madre, el que se hacía llamar «compositor».

—¡No me hagas daño! —gritó el músico.

—¡No te voy a hacer daño! ¿Vas a dejar de robarle el periódico a Guðmunda, la vecina del segundo? ¿Sabes quién es? ¿Qué clase de imbécil le roba el periódico del domingo a una pobre anciana? ¿Te lo pasas bien abusando de personas indefensas?

El muchacho se levantó. Lanzando una mirada de rencor y odio a Sigurður Óli, le arrebató el periódico de las manos.

—Este es mi periódico —afirmó—. ¡No sé de qué me estás hablando!

—¿Tu periódico? —se apresuró a decir Sigurður Óli—. Ni hablar, amiguito. ¡Es el de Munda!

Echó un vistazo al rellano. Los buzones se alineaban en tres filas de cinco y vio que por el de Munda sobresalía el periódico tal y como él lo había dejado.

—¡Mierda! —farfulló al subir de nuevo al coche, antes de marcharse con el rabo entre las piernas.

3

De camino al trabajo, el lunes por la mañana, le informaron del hallazgo de un cadáver en un apartamento alquilado del barrio de Þingholt. Se trataba del homicidio de un hombre joven que había sido degollado. Los agentes de la Policía Judicial habían acudido de inmediato al lugar de los hechos y la jornada de Sigurður Óli se redujo a interrogar a los vecinos del fallecido. Allí se encontró a Elínborg, que se encargaba del caso, tan calmada y mesurada como siempre, quizá demasiado calmada y mesurada para el gusto de Sigurður Óli.

Patrekur lo había llamado para recordarle que tenían una cita. Al enterarse del asesinato, le pidió que no se preocupara, pero Sigurður Óli le dijo que no pasaba nada y que podían quedar por la tarde en una cafetería que él mismo propuso. Poco después lo llamaron de comisaría. Un hombre había preguntado por Erlendur y se había negado a marcharse hasta que no lograra hablar con él. Le habían comunicado que Erlendur se encontraba de vacaciones fuera de Reikiavik, pero no se lo había creído. Al final solicitó hablar con Sigurður Óli. El hombre no quiso dar su nombre ni tampoco quiso explicar de qué asunto se trataba hasta que, al final, se fue. Por último, Bergþóra lo llamó para preguntarle si podían verse el día siguiente por la tarde.

Sigurður Óli se pasó todo el día en el escenario del crimen y a eso de las cinco se vio con Patrekur en un café del centro. Patrekur llegó primero. Lo acompañaba su cuñado, a quien Sigurður Óli había visto alguna vez en casa de su amigo. Tenía delante una pinta de cerveza y un vaso de chupito vacío.

—Un poco fuerte para ser lunes, ¿no? —preguntó Sigurður Óli sentándose junto a ellos mientras observaba al hombre que había acudido con su amigo.

El hombre lo miró con cierto apuro y dirigió la mirada hacia Patrekur.

—Lo necesito —dijo antes de tomar otro trago de cerveza.

Se llamaba Hermann y trabajaba para una mayorista. Estaba casado con la hermana de Súsanna, la mujer de Patrekur.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Sigurður Óli.

Notó que Patrekur se comportaba de forma extraña, pero pensó que simplemente se sentiría incómodo por no haber avisado de que venía acompañado. Por lo general era una persona tranquila, sonriente y bromista. A veces iban juntos al gimnasio a primera hora de la mañana y después se tomaban un café; de vez en cuando iban al cine e incluso hacían algún viaje juntos. Patrekur era el que podría considerarse el mejor amigo de Sigurður Óli.

—¿Has oído hablar de las fiestas de *swingers*? —preguntó Patrekur.

—No. ¿Quieres decir conciertos de jazz?

Patrekur sonrió.

—Ojalá fueran conciertos de jazz —reparó mirando a Hermann, que dio otro trago de cerveza. Al saludar a Sigurður Óli, su apretón de manos había sido flojo y húmedo. Iba bien vestido, con traje y corbata, llevaba barba de tres días, y tenía el

pelo lacio y un rostro de facciones finas.

—¿No es el swing una especie de jazz? —le preguntó Sigurður Óli.

—No, en las fiestas que te digo no se toca música —señaló Patrekur con voz apagada.

Hermann se terminó la cerveza y le hizo una señal al camarero para que le llevara otra.

Sigurður Óli miró fijamente a Patrekur. En el instituto habían fundado juntos la asociación liberal Milton y habían publicado una revista homónima de ocho páginas que loaba las iniciativas individuales y el mercado libre. Invitaban a conocidos portavoces de los círculos conservadores a sus reuniones, que no se caracterizaban precisamente por su gran número de asistentes. Pero, más tarde, Patrekur cambió de postura. Para sorpresa de Sigurður Óli, se había vuelto de izquierdas y había comenzado a manifestarse en contra de la base militar estadounidense de Miðnesheiði y a favor de que Islandia abandonara la OTAN. En aquella época había conocido a su futura esposa, quien probablemente había influido en él. Sigurður Óli había luchado por mantener la asociación con vida, pero cuando las ocho páginas de la revista se redujeron a cuatro y los liberales conservadores dejaron de asistir a las reuniones, Milton se extinguió sin remedio. Sigurður Óli todavía conservaba todos los números publicados, incluido el que recogía su artículo «En defensa de Estados Unidos: Las mentiras sobre las operaciones de la CIA en Sudamérica».

Empezaron la universidad el mismo año. Sigurður Óli decidió dejar Derecho y cruzar el Atlántico para matricularse en una academia de policía en Estados Unidos. Se escribían de vez en cuando. En una ocasión, Patrekur fue a visitarlo con su mujer Súsanna y su primer hijo. Seguía estudiando ingeniería y no hablaba más que de mecánica de suelos y diseño de estructuras.

—¿Qué hacemos hablando de swing? —preguntó Sigurður Óli, que no entendía nada de lo que le estaba diciendo su amigo. Se sacudió el polvo de su nueva chaqueta de verano, que se había puesto aunque fuera otoño. La había comprado en las rebajas y estaba muy satisfecho con su adquisición.

—Me resulta un poco difícil hablar de esto contigo, no suelo pedirte favores como policía —anunció Patrekur sonriendo con incomodidad—. Hermann y su mujer están metidos en un lío por culpa de unas personas a las que no conocen.

—¿Qué tipo de lío?

—Con unos tipos que le invitaron a una fiesta de *swingers*.

—No empieces otra vez con lo del swing.

—Ya se lo explico yo —interrumpió Hermann—. Solo lo hicimos una vez y no lo volvimos a hacer más. *Swing* es otra manera de decir...

Avergonzado, Hermann se aclaró la garganta.

—... de decir «intercambio de parejas».

—¿Intercambio de parejas?

Patrekur asintió. Sigurður Óli le clavó la mirada a su amigo.

—¿Súsanna y tú, también? —preguntó.

Patrekur titubeó, como si no hubiera entendido la pregunta.

—¡¿Súsanna y tú?! —repitió Sigurður Óli espantado.

—No, no, ¡qué va! —dijo Patrekur—. Nosotros no hemos hecho nada de eso. Fueron Hermann y su mujer, la hermana de Súsanna.

—Era una forma tonta de romper la rutina matrimonial —explicó Hermann.

—¿Una forma tonta de romper la rutina matrimonial?

—¿Es que vas a repetir cada cosa que digamos? —preguntó Hermann.

—¿Lleváis mucho tiempo practicándolo?

—¿Practicándolo? No sé si esa es la palabra más adecuada.

—Yo tampoco lo sé —apuntó Sigurður Óli.

—Fue hace unos años y ya no lo hacemos.

Sigurður Óli miró a su amigo y después a Hermann.

—No tengo por qué justificarme ante ti —aclaró Hermann, que estaba comenzando a sacar de quicio a Sigurður Óli. La cerveza llegó a la mesa y le dio un trago generoso—. Quizás esto no sea una buena idea —añadió mirando a Patrekur.

Este no respondió y miró a Sigurður Óli con gravedad.

—¿Tú no lo habrás hecho también? —insistió Sigurður Óli.

—Claro que no —repitió Patrekur—. Estoy intentando echarles un cable.

—¿Y yo qué pinto en esta historia?

—Están en apuros —aclaró Patrekur.

—¿Qué clase de apuros?

—La cosa consistía, y consiste, en divertirse con gente a la que no conoces de nada —explicó Hermann aparentemente reanimado por la cerveza—. La idea da mucho morbo.

—No sé muy bien de qué hablas —señaló Sigurður Óli.

Hermann respiró hondo.

—Nos han traicionado.

—Vaya, ¿es que han echado un polvo con otros?

Hermann miró a Patrekur.

—Ya te dije que no quería quedar con él —comentó Hermann.

—¿Quieres hacer el favor de escucharle? —le rogó Patrekur a su amigo—. Están metidos en un grave problema y pensé que igual tú podías ayudarles. Así que déjate de tonterías y hazle caso.

Sigurður Óli obedeció a su amigo. Por lo visto, unos años atrás, Hermann y su mujer habían participado durante una temporada en fiestas de intercambio de pareja; invitaban a otros *swingers* a su casa y aceptaban invitaciones de otros. Tenían lo que se llamaba una relación abierta y, por lo que contaba, les gustaba aquella dinámica. Llevaban una vida sexual emocionante, solo quedaban con «gente selecta», en palabras textuales de Hermann, y pronto habían acabado formando parte de una especie de club formado por un pequeño grupo de parejas con el mismo interés.

—Fue así como conocimos a Lína y Ebbi —dijo Hermann.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Sigurður Óli.

—Unos mierdas —respondió vaciando la pinta de cerveza.

—No son «selectos», ¿no? —dijo Sigurður Óli.

—Hicieron fotos —señaló Hermann.

—¿De vosotros?

Hermann asintió.

—¿En plena acción?

—Ahora nos amenazan con subirlas a Internet si no les damos dinero.

—La hermana de Súsanna está metida en política, ¿verdad? —le preguntó Sigurður Óli a su amigo Patrekur.

—¿Crees que podrías hablar con ellos? —preguntó Hermann.

—¿No es ahora la asesora de un ministro? —continuó Sigurður Óli.

Patrekur asintió.

—Ahí está el problema. Hermann se preguntaba si tú no podrías hablar con esa gente y hacerte con las fotos. Ya sabes, meterles un poco de miedo para que hagan lo correcto y te entreguen todo el material.

—¿Qué material tienen?

—Un vídeo corto —respondió Hermann.

—¿De vosotros teniendo sexo?

Hermann asintió.

—¿Es que no sabíais que os estaban grabando? ¿Cómo no os pudisteis enterar?

—Hace mucho tiempo de aquello. No nos dimos cuenta de nada —admitió Hermann—. Nos enviaron una foto. Supuse que habían colocado una cámara en su apartamento y que nosotros no nos habíamos fijado. De hecho, recuerdo haber visto una cámara así, muy pequeña, en una estantería que había en el salón donde estábamos. No se me pasó por la cabeza que la pudieran haber encendido.

—Tampoco hace falta tecnología punta —señaló Patrekur.

—¿Estabais en su casa?

—Sí.

—¿Y quiénes son, en realidad?

—No los conocemos ni los hemos vuelto a ver desde entonces. Mi esposa aparece de vez en cuando en los medios y les habrá sonado su cara. Por eso han decidido chantajearnos.

—Y les está saliendo bien —confirmó Patrekur mirando a Sigurður Óli.

—¿Qué quieren?

—Dinero —respondió Hermann—. Mucho más del que disponemos. Fue ella quien se puso en contacto con nosotros. Nos dijo que pidiéramos un préstamo. Y que no habláramos con la policía.

—¿Tienes alguna prueba de lo que dicen, de que tienen fotos vuestras?

Hermann miró a Patrekur.

—Sí.

—¿Cuál?

Hermann miró a su alrededor y del bolsillo de su chaqueta sacó una fotografía que le entregó a Sigurður Óli deslizándola por la mesa. No era muy nítida, seguramente era una copia impresa en casa. En ella aparecían varias personas practicando sexo: por un lado, dos mujeres, que no se distinguían bien y a las que Sigurður Óli fue incapaz de identificar, y por otro, Hermann, fácil de reconocer. La fiesta de *swingers* parecía estar en pleno apogeo.

—¿Y quieres que hable con ellos? —preguntó Sigurður Óli mirando a su amigo.

—Antes de que la cosa se vaya de las manos —respondió Patrekur—. No sabemos de nadie más que pudiera tratar con ese tipo de chusma.

Había espiado al malnacido durante unos meses antes de pasar a la acción.

Había vigilado el cuchitril de la calle Grettisgata día y noche, lloviera o hiciera sol. Procuraba mantenerse a una distancia prudencial y actuar con discreción para no levantar demasiadas sospechas. Debido al trasiego continuo de gente, no podía permanecer en el mismo sitio durante mucho tiempo. Además, alguien podía verlo desde el interior de alguna casa y llamar a la policía, cosa que prefería evitar, puesto que ya había visitado la comisaría alguna que otra vez.

Las casas del barrio guardaban cierta similitud entre sí. Mientras que algunas seguían las modas de la época en que se construyeron, otras se ajustaban al estilo original de la calle: modestas casitas de madera, revestidas de chapa ondulada, con una o dos plantas construidas sobre un sótano de hormigón. Unas se conservaban con dignidad mientras que otras, como el tugurio donde vivía el malnacido, estaban medio en ruinas. El tejado se hallaba en estado lamentable, no se veía ningún desagüe que diera a la calle, apenas se distinguía el azul claro de la chapa y había manchas de óxido tanto en el tejado como en las paredes. El piso situado por encima del sótano parecía estar deshabitado. Las cortinas siempre estaban cerradas y nunca había visto entrar a nadie.

La vida del malnacido era rutinaria. El tiempo no lo había tratado bien. Debía de rondar los ochenta años y caminaba encorvado con una pierna rígida. Llevaba un abrigo viejo y su escaso pelo gris asomaba por debajo de una gorra. Todo en él tenía un aire desgastado y roto. No era más que una sombra de lo que había sido. Cada dos días madrugaba para ir a la piscina de Sundhöll y a veces llegaba tan temprano que debía esperar a que la abrieran. Probablemente ni siquiera se había echado a dormir, porque después regresaba a casa y ya no volvía a dar señales de vida durante el día. Por la tarde salía e iba a la tienda del barrio para comprar leche, pan y otros productos. Alguna vez se dejaba caer por la licorería. Nunca hablaba con nadie ni saludaba a nadie durante su trayecto. Apenas se paraba y hacía solo lo estrictamente necesario. Nunca recibía visitas. A veces el cartero le llevaba el correo. Pasaba las noches en casa, salvo en dos ocasiones en que había bajado al mar y había bordeado la costa hasta la zona de Grandi para luego volver a casa cruzando el barrio oeste y Þingholt.

A mitad de su segundo paseo nocturno empezó a llover. Oculto en la penumbra, caminó hasta una vieja casa de cemento y se asomó por la ventana de la primera planta, donde vivía una familia con niños. Se resguardó de la lluvia helada bajo unos árboles y durante más de una hora espió a la familia mientras esta se preparaba para ir a la cama. Después de que hubieran apagado todas las luces, el malnacido se acercó con disimulo a la ventana del dormitorio de los niños y se pasó un buen rato mirando en su interior hasta que por fin continuó su camino de vuelta a Grettisgata.

Aquella noche dejó que la tromba de agua le cayera encima mientras miraba

fijamente la puerta del sótano de Grettisgata y le invadía la sensación de que había que proteger a todos los niños inocentes de Reikiavik.

Al final de la tarde, cuando la noche y el silencio empezaron a invadir la ciudad, Sigurður Óli llamó al timbre de Sigurlína Þorgrímsdóttir, más conocida como Lína, la presunta chantajista. Quería hablar con ella y zanjar aquel asunto. Vivía con su marido Ebeneser, también llamado Ebbi, en una casa adosada de la zona este de la ciudad, no muy lejos del cine Laugarásbíó. Sigurður Óli recordaba haber visto allí buenas películas; de joven iba al cine a menudo. Sin embargo, no se acordaba de ninguna en particular. Se le olvidaban enseguida. Pero sabía que Laugarásbíó le traía buenos recuerdos. De hecho, guardaba un lugar especial en su corazón debido a una cita memorable que había tenido allí en la época del instituto. Había ido con una chica que después había preferido buscar por otro lado, y todavía recordaba el largo beso que se habían dado en su coche al dejarla en casa.

No sabía qué podía hacer exactamente para ayudar a Hermann y su mujer. Pensaba intentar poner en su sitio a Lína y Ebbi amenazándolos con operaciones policiales. Hermann había dado a entender que no parecían unos chantajistas profesionales, una actividad que, por otro lado, tampoco era muy común.

De camino a casa de Lína pensó en la llamada que había recibido la noche anterior mientras veía tranquilamente un canal americano de deportes tirado en el sofá. Cuando estuvo estudiando en Estados Unidos se aficionó a dos disciplinas típicas del país que todavía le parecían un misterio. Por un lado, le encantaba el fútbol americano, y en la NFL era hinchas de los Dallas Cowboys. Por otro, era un apasionado del béisbol y su equipo favorito eran los Red Sox de Boston. Al regresar a Islandia se hizo con una antena parabólica, y desde entonces seguía con interés las emisiones en directo de los dos deportes. A veces la diferencia horaria se lo ponía difícil cuando retransmitían los partidos a horas intempestivas. Pero, en realidad, Sigurður Óli nunca había necesitado dormir mucho, y pocas veces su pasión le había impedido ir al gimnasio por la mañana. El deporte islandés, por el contrario, no le interesaba en absoluto, ni el fútbol ni el balonmano; le parecía que el nivel era ridículo comparado con el de las grandes competiciones internacionales y pensaba que las ligas islandesas no eran ni siquiera dignas de ser televisadas.

Vivía de alquiler en un pequeño apartamento en la calle Framnesvegur. Al marcharse de casa de Bergþóra, tras varios años de convivencia, ambos se repartieron sus pertenencias de manera amistosa: los libros, los CD, los utensilios de cocina y los muebles. Él había insistido en llevarse la pantalla de plasma y ella en quedarse con los cuadros de un joven artista islandés que les habían regalado. Bergþóra nunca veía la televisión y no entendía el interés de Sigurður Óli por el deporte americano. Su nuevo apartamento de Framnesvegur estaba medio vacío, apenas encontraba tiempo para amueblarlo como es debido. Quizás esperaba que, en el fondo, la relación con Bergþóra no estuviera del todo rota.

Se pasaban todo el tiempo discutiendo, prácticamente no sabían hablar sin

exaltarse y tirarse los trastos a la cabeza. En los últimos días de su relación, ella lo había acusado de no haberle prestado el apoyo suficiente durante su segundo aborto. No habían conseguido tener hijos y la fecundación asistida tampoco había dado resultado. Bergþóra había mencionado la posibilidad de adoptar. Él se había mostrado reticente y finalmente le había confesado que no quería adoptar un niño de China, como ella planteaba.

—¿Qué nos queda, entonces? —le preguntó Bergþóra.

—Nosotros dos —respondió.

—No estoy tan segura —objetó ella.

Al final tomaron la decisión de manera conjunta. Ambos admitieron que la relación había llegado a su fin y que los dos tenían su parte de culpa. Una vez que llegaron a esa conclusión, su relación pareció mejorar, la tensión entre ellos se relajó considerablemente y empezaron a tratarse con menor hostilidad y odio. Por primera vez en mucho tiempo, podían dialogar sin que la conversación terminara en un amargo silencio.

Tumbado en el sofá frente a su nueva pantalla de plasma, seguía atentamente el partido de fútbol americano mientras se tomaba un refresco de naranja cuando, de repente, sonó el teléfono. Miró el reloj, comprobó que eran las doce pasadas e identificó el número que aparecía en el aparato.

—Hola —dijo al descolgar.

—¿Estabas ya en la cama? —preguntó su madre.

—No.

—No duermes lo suficiente. Tienes que irte antes a dormir.

—Pero entonces sí que me habrías despertado.

—Ah, ¿tan tarde es ya? Pensaba que me llamarías. ¿Sabes algo de tu padre?

—No —respondió Sigurður Óli procurando no perderse detalle de lo que ocurría en la pantalla. Sabía que su madre era perfectamente consciente de la hora que era.

—Acuérdate de que cumple años dentro de poco.

—No me olvidaré.

—¿Quieres venir a casa mañana?

—Ando muy liado estos días. No sé si podré. Ya te diré.

—Qué rabia que no dieras con el ladrón.

—Ya. No salió bien.

—Ya lo intentarás otro día. Munda está muy apenada por la situación. Sobre todo por lo que pasó con el músico en la escalera.

—Sí, ya veremos —dijo sin mostrar un especial entusiasmo por la sugerencia. Se abstuvo de añadir que le traía sin cuidado cómo se sintiera Munda.

Se despidió de su madre y trató de concentrarse otra vez en el partido. Pero ya no pudo volver a hacerlo. La llamada lo había despistado. Aunque había sido breve y, vista desde fuera parecía superficial, le remordía la conciencia. Su madre tenía el don de alterar su paz interior cada vez que hablaban. Su voz escondía un disimulado tono

acusador con intenciones manipuladoras. No dormía lo suficiente, lo que significaba que no se preocupaba por su salud. Al mencionar a su padre, al que tampoco atendía debidamente, recalca que hacía mucho que no la llamaba o le hacía una visita. Tampoco podría librarse de aquella condenada Munda sin decepcionar de nuevo a su madre, quien por último se había encargado de dejarle claro su fracaso para dar con el ladrón de periódicos, del mismo modo que había fracasado con tantas otras cosas en su vida.

Su madre estaba licenciada en empresariales y trabajaba como contable en un gran gabinete que ostentaba un pomposo nombre extranjero. Tenía un puesto de responsabilidad, un buen sueldo y no hacía mucho que había comenzado una relación con otro contable, un viudo llamado Sæmundur, a quien Sigurður Óli había visto un par de veces en su casa. Sigurður Óli iba todavía al colegio cuando sus padres se divorciaron y luego vivió con su madre hasta alcanzar la mayoría de edad. Fueron años de inestabilidad, se mudaba de barrio de manera continua, y eso le impedía adaptarse y hacer amigos. Las relaciones que entablaba eran efímeras y algunas se reducían solo a encuentros ocasionales. Su padre era un fontanero con fuertes convicciones políticas: izquierdista hasta la médula, odiaba a los conservadores y el capitalismo que defendían con uñas y dientes, justo el bando por el que votaba su hijo «muy a su pesar». Su padre le había dicho alguna vez que «nadie tiene unas convicciones políticas más sólidas y legítimas que los de la extrema izquierda». Hacía mucho que Sigurður Óli había dejado de hablar de política con su padre. Al ver que su hijo no daba su brazo a torcer, el viejo solía reprocharle que había heredado el esnobismo conservador de su madre.

Sin poderse quitar la conversación telefónica de la cabeza, Sigurður Óli había perdido gradualmente el interés por el partido de fútbol y terminó por apagar la pantalla y echarse a dormir.

Dejó escapar un hondo suspiro y apretó de nuevo el timbre de la casa de Lína.

La contable y el fontanero.

Nunca había llegado a entender lo que había podido unir a sus padres. Tenía más claras las razones por las que se habían divorciado, a pesar de que ni él ni su padre habían obtenido alguna vez respuestas convincentes por parte de su madre. Pocas personas en la tierra le parecían más dispares que sus padres. Y él, hijo único, era el descendiente de aquel matrimonio. Sigurður Óli sabía que la educación que le había dado su madre había condicionado su visión del mundo, entre otras cosas la idea que tenía de su padre. Durante mucho tiempo había sentido el deseo de no ser como él.

Su padre le mencionaba sin cesar que no solo había heredado el esnobismo de «la pobre mujer», sino también su arrogancia y su alta tendencia a mirar a los demás por encima del hombro.

Sobre todo a los de segunda clase.

Al ver que nadie respondía al timbre, decidió llamar a la puerta. No sabía qué estrategia seguir para disuadir a Lína y Ebba de su ridículo intento de chantaje. En

todo caso, quería empezar escuchando sus posibles explicaciones. Quizá no fuera más que un malentendido del cuñado de Patrekur. De no ser así, quizá podía asustarlos para convencerlos de que abandonaran sus planes. Sigurður Óli podía ser persuasivo cuando hacía falta.

Pero no dispuso de mucho tiempo para pensar. La puerta se abrió ligeramente al golpearla. Sigurður Óli dudó unos segundos y preguntó si había alguien en casa. No obtuvo respuesta. En ese momento habría podido dar media vuelta y marcharse, pero algo lo atraía hacia el interior de la casa, aunque solo fuera su curiosidad innata. O su imprudencia innata.

—¿Hola? —voceó mientras se adentraba en el pequeño pasillo que conducía hacia el salón.

De camino enderezó una acuarela enmarcada que colgaba torcida junto a la cocina.

La casa estaba en penumbra, solo iluminada por la luz difusa de una farola que le bastó a Sigurður Óli para comprobar que el comedor estaba destrozado: jarrones destrozados por el suelo, lámparas rotas, cuadros caídos.

En medio del caos, Sigurður Óli distinguió en el suelo a una mujer ensangrentada con una herida abierta en la cabeza.

Supuso que se trataba de Lína.

Comprobó si todavía presentaba signos de vida, pero no fue el caso. Sin embargo, al no considerarse un experto en el tema, llamó a una ambulancia. Lo hizo sin caer en la cuenta de que debía justificar de alguna manera su presencia en la casa. Se planteó contar una mentira medianamente creíble, como que habían recibido una llamada anónima en comisaría, pero al final decidió contar la verdad, que unos amigos suyos lo habían enviado allí a causa de un estúpido intento de chantaje. Aunque sabía que sería difícil, prefería dejar al margen a Patrekur, a Súsanna y a la hermana de esta. En cuanto comenzara la investigación del caso saldría a la luz la relación de todos ellos con Lína y Ebbi. Además, tenía otra cosa igualmente clara: en el momento en que Sigurður Óli explicara quién lo había enviado, lo alejarían del caso.

Todas esas ideas se arremolinaban en su cabeza mientras esperaba la llegada de la ambulancia y la policía. A primera vista no había indicios de que hubieran entrado por la fuerza. El agresor parecía haber entrado y salido por la puerta principal sin siquiera haberse molestado en cerrarla bien al marcharse. Los inquilinos de las casas vecinas debían de haberse percatado de algo, de la presencia de un vehículo o de una persona con aspecto de querer agredir a Lína y destrozar su apartamento.

Estaba a punto de agacharse otra vez hacia Lína cuando escuchó un ruido y percibió un movimiento en la oscuridad del salón. En un instante vio lo que le pareció un bate de béisbol dirigiéndose hacia su cabeza. La apartó por instinto, y un golpe en el hombro lo tiró al suelo. Al levantarse, vio que el agresor se había escapado por la puerta, que seguía abierta.

Sigurður Óli salió corriendo a la calle y divisó al hombre, que huía hacia el este. Sacó el móvil y pidió refuerzos sin dejar de correr. El agresor era especialmente rápido y le llevaba una buena delantera. Se lanzó al interior de un jardín y desapareció. Sigurður Óli lo siguió a toda velocidad, saltó la valla del jardín, dobló la esquina, saltó una nueva valla, cruzó la calle y se metió en otro jardín. Allí cayó sobre unos setos al tropezar con una carretilla y rodó por el suelo con su chaqueta de verano nueva. Se levantó y tardó unos segundos en orientarse antes de continuar con la persecución. Se dio cuenta de que el hombre le había sacado una ventaja considerable. Lo vio cruzar como una bala la calle Kleppsvegur y después Sæbraut para luego bajar hacia el barrio de Vatnagarðar en dirección al hospital psiquiátrico de Kleppur.

Sigurður Óli hizo acopio de todas sus fuerzas y se lanzó entre el tráfico de Sæbraut. Los conductores frenaban y le pitaban enfurecidos. Le sonó el móvil, pero no se podía permitir bajar el ritmo para responder. Vio que el hombre giraba hacia el hospital y desaparecía detrás de una pequeña colina. El edificio estaba iluminado, pero los alrededores quedaban en penumbra. No vio por ninguna parte los refuerzos que había pedido al inicio de la persecución y ralentizó la marcha al acercarse al hospital. Paró para responder el teléfono. Era la llamada de un compañero que había

recibido mal las indicaciones y lo estaba buscando en la casa de cuidados Hrafnista. Sigurður Óli le pidió que se dirigiera a Kleppur y que enviaran hombres con perros policía. Corrió en dirección a la bahía Kleppsvík, que estaba sumida en la más absoluta oscuridad. Se detuvo y miró atentamente hacia el sur, en dirección a la zona industrial de Holtagarðar y la ensenada Elliðavogur. Inmóvil, aguzó el oído, pero no escuchó ningún ruido ni detectó ningún movimiento. El hombre había desaparecido en las tinieblas.

Sigurður Óli corrió al hospital, adonde estaban llegando dos coches patrulla. Les indicó a los agentes la zona de Holtagarðar y Elliðavogur y les dio una breve descripción del sujeto: mediana estatura, chaqueta de cuero, vaqueros y bate de béisbol. Sigurður Óli se había fijado bien y parecía estar bastante seguro de que el agresor todavía llevaba el arma antes de que lo perdiera de vista en la oscuridad.

Los hombres se distribuyeron por la zona siguiendo sus indicaciones. Llamó a más agentes y enseguida acudió también la brigada especial. El radio de búsqueda se amplió considerablemente y rastrearon todo el sector comprendido entre Sæbraut y el final de la ensenada Elliðavogur.

Sigurður Óli tomó prestado uno de los coches que habían llegado al hospital y regresó a casa de Lína. Hacía ya un tiempo que se la habían llevado en ambulancia, y le habían comunicado que aún daba señales de vida. La calle estaba atestada de coches patrulla, tanto uniformados como camuflados, y los técnicos de la Policía Judicial ya habían comenzado su trabajo.

—¿De qué conoces tú a esa gente? —le preguntó su compañero Finnur, que esperaba delante de la casa.

Se había enterado de la llamada de emergencia de Sigurður Óli.

—¿Sabéis algo de su marido? —preguntó Sigurður Óli, que ya no estaba tan seguro de si debía confesar toda la verdad.

—Se llama Ebeneser —respondió Finnur.

—Eso. ¿Qué clase de nombre es ese?

—No sabemos dónde está. ¿Quién era el hombre al que perseguías?

—Probablemente el que agredió a la mujer —explicó Sigurður Óli—. Supongo que la golpeó en la cabeza con un bate de béisbol. A mí me dio un golpe en el hombro, el muy cabrón. Me dejó descolocado.

—¿Estabas ahí, en casa de la mujer?

—Había ido a hablar con ella. Me acerqué al encontrarla tirada en el suelo y ese cabrón me saltó encima.

—¿Crees que era un ladrón? No hemos hallado indicios de que forzara nada. Entró por la puerta principal. Lo más seguro es que ella le abriera.

—La puerta estaba abierta cuando llegué. El cabrón debió de llamar al timbre y luego la agredió. Va más allá de un simple allanamiento de morada. No creo que haya robado nada. Destrozó el piso y le dio un golpe en la cabeza, quizá sepamos pronto si le golpeó más.

—Así que...

—Más bien creo que era un matón, un recaudador de deudas. Deberíamos reunir a unos cuantos. A este no lo conocía, aunque tampoco lo pude ver muy bien. Nunca he perseguido a alguien que corriera tanto.

—Suenan bastante plausible, dada su descripción, por lo del bate y todo eso —dijo Finnur—. Seguramente había ido a cobrar lo que fuera.

Sigurður Óli lo acompañó al interior de la casa.

—¿Crees que iba solo? —preguntó Finnur.

—Lo más seguro.

—¿Qué hacías tú ahí? ¿De qué conoces a esa pareja?

Sigurður Óli había abandonado la idea de contar la verdad. De hecho, aunque quisiera, tampoco podría mantener oculto durante mucho tiempo que seguramente aquella agresión guardaba relación con el absurdo intento de Ebbi de hacer chantaje. También cabía la posibilidad de que Hermann hubiera mandado a aquel cabrón; dudaba mucho que fuera un envío de Patrekur. Decidió no dar ningún nombre por el momento y dijo que había ido a verificar unas informaciones que habían recibido en comisaría acerca de un supuesto tráfico de fotografías que Lína y Ebbi podrían traerse entre manos.

—¿Pornografía?

—Algo así.

—¿Infantil?

—Podría ser. En cualquier caso, algo hay de infantil en todo esto.

—No me suenan de nada esas informaciones —observó Finnur.

—Claro —replicó Sigurður Óli—, llegaron hoy. Seguramente se trate de un caso de chantaje, lo que explicaría la intervención de un matón. Suponiendo que ese hombre fuera un matón dispuesto a recaudar una deuda.

Finnur lo miró sin estar del todo convencido.

—¿E ibas a preguntarles qué tenían que decir al respecto? No sé si lo entiendo muy bien, Siggi.

—No, la investigación acaba de comenzar.

—Ya, pero...

—Tenemos que encontrar a ese tal... Ebenezer Scrooge —dijo Sigurður Óli contundentemente, como si con ello quisiera dejar zanjada la conversación.

—¿Ebenezer? ¿Scrooge?

—O como se llame su marido. Y no me llames Siggi.

De camino a su apartamento en Framnesvegur, Sigurður Óli se pasó por la comisaría. Hacía un buen rato que Elínborg se había marchado a casa. En un banco del pasillo estaba sentado un muchacho que siempre andaba metido en problemas por su tendencia a las peleas y a los delitos menores. Se había criado en circunstancias penosas, en una familia desestructurada, con un padre en prisión y una madre alcohólica. Reikiavik estaba repleta de cuadros similares. El chico tenía dieciocho años cuando Sigurður Óli se cruzó en su camino por primera vez. Fue a causa de un robo en una tienda de aparatos eléctricos. En aquel entonces ya presentaba cierta trayectoria criminal, y de eso hacía ya algunos años.

Sigurður Óli todavía no se había perdonado haber dejado escapar al matón. De camino a su despacho, se detuvo para hablar con el chico. Se acercó al banco y se sentó a su lado.

—¿Qué ha sido ahora? —preguntó Sigurður Óli.

—Nada —respondió el chico.

—¿Un robo? —preguntó Sigurður Óli.

—¡A ti qué te importa!

—¿Le has pegado a alguien?

—¿Dónde está el gilipollas que me tiene que interrogar?

—Estás hecho un imbécil.

—¡Cállate!

—Ya sabes bien lo que eres.

—¡Que te calles la boca!

—Es bien fácil de entender —dijo Sigurður Óli—. Hasta para un necio como tú.

El chico no le respondió.

—No eres más que un mierda.

—Mira quién habla.

—Nunca vas a ser otra cosa. Y lo sabes.

Esposado al banco, con los hombros caídos y la cabeza inclinada hacia el pecho, miraba al suelo esperando entrar cuanto antes al interrogatorio y poder marcharse una vez terminado. Los agentes como Sigurður Óli sabían que el chico no era el único que se aprovechaba de un sistema que consistía en dejar libre al delincuente en cuanto el caso se consideraba aclarado, lo que implicaba que el criminal simplemente confesaba sus acciones, lo dejaban en libertad y podía seguir delinquiendo. Con el tiempo le dictarían una sentencia de prisión condicional. Si acumulaba demasiados delitos en un periodo corto de tiempo, lo meterían como mucho unos meses en la cárcel de Litla-Hraun, de los cuales solo cumpliría la mitad porque las autoridades penitenciarias también contribuían a «mimar a los delincuentes», como decía Sigurður Óli. Probablemente aquel chico y sus amigotes se sabían un sinfín de chistes sobre jueces y la buena vida de la que gozaban por gentileza de la Dirección General

de Instituciones Penitenciarias.

—Seguro que no te lo había dicho nadie —continuó Sigurður Óli—. Lo de que eres un mierda, digo. ¿A que no te lo habían dicho tal cual?

El chico no se inmutó.

—Seguro que a veces tú también te das cuenta de lo miserable que eres —prosiguió Sigurður Óli—. Pero sé que tú no te echarás ninguna culpa. Todos hacéis lo mismo: os hacéis las víctimas y culpáis a los demás. Seguro que tu madre es la primera de la lista, y tu padre también, dos desgraciados que dependen de los servicios sociales, como tú. Los amigos. El sistema educativo. Todas las instituciones que se han ocupado de ti. Tienes a tu alcance un millón de excusas y seguro que ya las has usado todas. Evitas pensar en los chicos que se encuentran en situaciones mucho peores que la tuya, en los que viven realmente hundidos en la miseria y, sin embargo, no se compadecen de sí mismos, como tú. Hay algo en su interior que los ayuda a afrontar las circunstancias y a ser unos hombres hechos y derechos y no unos perdedores, ¿entiendes? Tienen una pizca de inteligencia. No son unos cabezas huecas.

El chico fingía no estar escuchando las palabras de Sigurður Óli. Miraba fijamente hacia el pasillo con la esperanza de que el interrogatorio comenzara pronto y pudiera marcharse tras haberse aclarado un nuevo caso.

Sigurður Óli se levantó.

—Solo quería asegurarme de que por una vez escuchabas la verdad de parte de alguien que tiene que tratar con escoria como tú. Aunque solo fuera por una vez.

El chico lo siguió con la mirada mientras entraba en su despacho.

—Gilipollas —murmuró agachando de nuevo la cabeza.

Sigurður Óli llamó a Patrekur por teléfono. La agresión a Lína había sido la noticia principal en el telediario de la tarde y en Internet. Patrekur había visto las noticias, pero desconocía la identidad de la víctima, y Sigurður Óli se lo tuvo que explicar tres veces.

—¿Es ella?

—Sí, es Lína —insistió Sigurður Óli.

—¿Y... está... la han matado?

—Sigue con vida, pero no saben cómo va a evolucionar. No os he mencionado ni a ti ni a tu cuñado, ni tampoco a Súsanna ni a su hermana. No sé cuánto podré seguir con este juego. Yo me encontraba en el lugar de los hechos cuando se cometió la agresión, había ido para hablar con Lína de vuestra parte y tuve que justificar mi presencia en la casa, así que ahora estoy metido en la misma mierda que vosotros, Patrekur.

Su amigo guardó silencio al teléfono.

—No quería meterte en esto —dijo finalmente—. Pensé que igual podías sacar algo, aunque la verdad es que no sé en qué estaba pensando.

—¿Qué clase de tío es ese Hermann?

—¿Qué clase de tío?

—¿Está en contacto con matones? ¿Podría haberles enviado uno a Lína y a Ebbi?

—No creo —dijo Patrekur pensativo—. Me cuesta imaginármelo. No me consta que conociera a ningún matón.

—Sé que tú no serías capaz de cometer semejante estupidez.

—¿Yo?

—Y que tampoco lo habríais hecho los dos juntos.

—Yo solo os he presentado. Fin de la historia. Tienes que creerme. Lo mejor será que me dejes al margen, que a partir de ahora te dirijas directamente a Hermann si tienes algo que decirle. No quiero que esto me salpique. No es mi problema.

—¿Hay alguna razón en especial para proteger a Hermann?

—Hazlo como tú veas. No quiero influir en ninguna decisión que tomes.

—Muy bien —dijo Sigurður Óli—. ¿Sabes algo más aparte de lo que nos contó Hermann? ¿Algo que no sepa yo?

—No, nada. Tan solo se me ocurrió acudir a ti. Solo soy el mediador. ¿Era un matón quien la agredió?

—No lo sabemos —respondió Sigurður Óli, que quería dar la menor información posible—. ¿Qué andaban buscando tu cuñado y su mujer? ¿Sexo morboso con desconocidos? ¿De qué va esa historia?

—No lo sé. Súsanna y yo nos enteramos de sus juegos hará cosa de dos años. Su hermana nos lo insinuaba. Para ellos era como un entretenimiento. No sé de qué va, ni tampoco lo entiendo. Nunca había hablado del tema con ellos. No es asunto mío.

—¿Y Súsanna?

—Se encuentra trastornada, evidentemente.

—¿Cómo hicieron Lína y Ebbi para ponerse en contacto con Hermann cuando los amenazaron con lo de las fotos?

—Creo que Lína llamó a Hermann. Pero no estoy seguro.

—¿Crees que si revisamos el registro de llamadas de Lína y Ebbi hallaremos el número de Hermann?

—Posiblemente.

—De acuerdo. Ya te llamaré.

Antes de ir a casa, Sigurður Óli se pasó por la UCI del Hospital Nacional de Fossvogur. Un agente hacía guardia frente a la habitación de Lína. Sentados en una pequeña sala de espera, sus padres y su hermano esperaban noticias. Aún no se sabía nada de Ebbi, ni tampoco se había puesto en contacto con la policía. El médico le explicó a Sigurður Óli que Lína todavía no había recuperado el conocimiento y que su pronóstico era muy incierto. Había recibido dos fuertes golpes en la cabeza: el primero le había fracturado el cráneo y el segundo se lo había machacado y le había causado una hemorragia cerebral. Solo habían detectado más lesiones en el antebrazo

derecho, con el que seguramente había intentado protegerse.

La búsqueda del agresor no había dado ningún fruto, ni en el hospital de Kleppur, en los alrededores de la compañía marítima Eimskip, ni más al sur, en la zona de Elliðavogur o en los barrios situados por encima de Sæbraut. El hombre había desaparecido sin dejar ningún rastro en casa de Lína que pudiese facilitar su identificación.

Sigurður Óli se quedó un rato en el sofá viendo el partido de béisbol antes de ir a dormir. Pensó en las fotografías que escondían Lína y Ebbi en su casa. Tal vez el agresor había ido a buscarlas, pero, a juzgar por el violento tratamiento recibido por Lína, estaba claro que esta se había negado a revelar su ubicación. Por tanto, o bien las fotografías seguían en su casa o bien estaban en otro lugar secreto que Ebbi conociera.

Justo antes de quedarse dormido, Sigurður Óli pensó en el hombre que, según le habían informado, había vuelto a preguntar por él en comisaría. Había aparecido sobre la hora de cenar y el agente de turno lo había reconocido, aunque el hombre se había negado a dar su nombre y a explicar los motivos de su visita. El policía le había contado a Sigurður Óli que el hombre se llamaba Andrés; durante un tiempo había sido vagabundo en Reikiavik y lo habían juzgado en varias ocasiones por robo y agresión.

No se había preparado especialmente bien. No estaba muy seguro de cómo iba a proceder. Solo tenía claro que debía elegir el momento adecuado para asaltarlo. Cuando se decidió a actuar tenía una ligera idea de lo que quería, pero no sabía cómo la iba a poner en práctica. Al final fue el odio, un odio reprimido durante mucho tiempo, lo que le dio la fuerza.

Sabía que los policías querían interrogar al malnacido. El invierno anterior les había hablado de él, pero luego la investigación no siguió adelante. Sus caminos se habían cruzado de nuevo por pura casualidad. Ni siquiera lo buscaba, tan solo se lo había encontrado de repente. Un día cualquiera, varias décadas después de que hubiera desaparecido de su vida, lo había visto caminar por el barrio. Más tarde descubrió que el malnacido vivía ahí. ¡En su propio barrio! ¡Después de tantos años se había mudado prácticamente a la casa de al lado!

No tenía palabras para describir lo que había sentido al cerciorarse de que se trataba del mismo hombre. Se quedó atónito, tenía asumido que jamás volvería a encontrarse con él. Renació en su interior el viejo miedo, sintió que el malnacido todavía lo aterrorizaba más que ninguna otra cosa en este mundo. Lo invadió la rabia al darse cuenta de que, a pesar de todos los años transcurridos, no se había olvidado de nada. Los recuerdos regresaron a su mente tan pronto como lo vio de lejos. Aunque no fuera más que un anciano encorvado, todavía lo percibía como una amenaza; un familiar escalofrió lo recorrió desde sus adentros hasta la garganta.

Quizá fuera una reacción instintiva ante el terror que le provocaba, pero desde el principio intentó que el malnacido no lo viera. Lo espiaba a lo lejos sin atreverse a actuar. No sabía cómo proceder. Cuando los agentes le preguntaban por él, procuraba contarles lo menos posible. Debido a su tirante relación con la policía, trataba de dar respuestas enigmáticas y contradictorias. Además, no recordaba muy bien el invierno anterior, ya que lo había pasado borracho o drogado. Pero después se armó de valor y trazó su plan de venganza. El malnacido se había preocupado de pasar desapercibido desde que supo que la policía lo andaba buscando. Por eso se había mudado y se había refugiado en el sótano de Grettisgata.

Se negaba a sentir pena de sí mismo. Nunca lo había hecho y nunca lo haría. Asumía la responsabilidad de los delitos que había cometido. No de los que le achacaban, sino de los que realmente había cometido. No, no se compadecería de sí mismo por mucho que, a raíz de lo ocurrido, nunca hubiera tenido motivos para ser feliz. No había tenido unos padres ejemplares. Su padre había sido un borracho que pegaba a sus hijos con la menor excusa. Los azotaba con un cinturón de cuero. También le daba palizas a su mujer.

Evitaba pensar en ello; le dolía recordar los años que había vivido con sus padres antes de que los servicios sociales disolvieran el hogar y a él lo enviaran a vivir con una familia de acogida en el campo. Allí había vivido bien, dentro de lo que cabe.

Nunca se había sentido feliz de verdad. No sabía en qué consistía la felicidad. Siempre le apretaba un nudo en el estómago, lo acosaban una continua ansiedad y un sentimiento de terror del que no se podía librar. Puede que, en realidad, no se atreviera a librarse de él porque, al fin y al cabo, era lo único que conocía y no sabía lo que podría venir en su lugar.

Una noche, mientras observaba a escondidas la casa de Grettisgata, se dijo que había llegado el momento de dejar de espiar al malnacido, de dejar de vigilar aquel sótano toda la noche sin tomar medidas. Sabía que podría dominarlo fácilmente, que podría reducirlo sin mucho esfuerzo. Pensó en los libros de aventuras que había leído de pequeño, en todas esas historias de hazañas y héroes. Recordaba que era crucial coger al enemigo por sorpresa. No podía ni plantearse asaltarlo en la calle. Tenía que hacerlo en su casa. Pero no podía llamar a su puerta en plena noche porque eso lo pondría inmediatamente en alerta. El mejor momento era de madrugada, cuando saliera para ir a la piscina.

En la mañana del asalto, un gélido viento del norte recorría la calle Grettisgata. El frío y la humedad le calaban los huesos después de varias horas de espera pegado a la pared. Su anorak gastado y su gorra apenas lo protegían. En toda la noche, no había pasado un alma por la calle. Unos instantes antes del amanecer, se dirigió lentamente hacia la casa y de repente cuando apenas le quedaban unos pasos para llegar, se abrió la puerta del apartamento. Bajó de un salto los escalones y se dio de bruces contra el malnacido, que estaba a punto de cerrar la puerta con la bolsa de la piscina en la mano. Sin vacilar, lo empujó hacia el pasillo de la casa y cerró. El malnacido gimió y lo golpeó en la cabeza con la bolsa. Él la agarró y se la quitó de las manos. Al darse cuenta de su situación, el malnacido huyó al salón, pero él lo alcanzó, lo tiró al suelo y se le lanzó encima.

Reducir al malnacido le resultó mucho más fácil de lo que había imaginado.

Hermann prefería no citarse con Sigurður Óli en el trabajo. Dirigía una empresa mayorista que vendía aparatos y herramientas de construcción. Acordaron verse en la misma cafetería que el día anterior, donde Patrekur los había presentado. Sigurður Óli entendía perfectamente que Hermann quisiera extremar las precauciones, pero tampoco tenía la intención de tratarlo con guantes de seda. Si Hermann sabía algo sobre la agresión a Lína, debía sonsacárselo.

El estado de Lína no mostraba progresos. Seguía inconsciente en la UCI y los médicos no se mostraban optimistas respecto a su evolución. Ebeneser había aparecido por fin. Al regresar a su casa aquella noche se había encontrado con un equipo de policías que trabajaban en su domicilio. Consternado al oír lo que había ocurrido, lo habían acompañado al hospital, donde seguía aún, junto a la camilla de Lína. Finnur había comenzado a interrogarlo, y había obtenido alguna información: Ebbi trabajaba como guía de montaña y aquel día había estado con un pequeño grupo de turistas franceses en el interior, en Landmannalaugar. Uno de sus compañeros lo había relevado en el Hotel Rangá por la noche y Ebbi había vuelto a Reikiavik. Finnur verificó la coartada. Ebbi declaró no saber por qué podrían haber agredido a Lína ni quién podría haber sido el agresor. Pensó que debía de tratarse de algún robo. Dado el estado de conmoción de Ebeneser, se decidió posponer el interrogatorio.

Eran las once y cuarto de la mañana cuando Hermann entró en la cafetería y se sentó junto a Sigurður Óli. Habían quedado a las once.

—¿Crees que no tengo otra cosa mejor que hacer que esperarte en una cafetería del centro? —le preguntó Sigurður Óli mientras miraba la hora, irritado.

—Tenía que terminar unas cosas —respondió Hermann—. ¿Qué quieres?

—Ha faltado esto —dijo Sigurður Óli acercando el índice y el pulgar— para que esta noche perdiera la vida la mujer que os intentaba sacar dinero. Podría fallecer hoy. Si sobrevive, lo más seguro es que no recupere todas sus facultades. Alguien le ha hecho pedazos el cráneo.

—¿Es la agresión que ha salido esta mañana en los periódicos?

—Sí.

—¿Han agredido a Lína? Lo he visto solo en las noticias. No mencionaban ningún nombre. Se hablaba de un matón.

—Sí, pensamos que el agresor ha sido un matón.

—¿Y?

—¿Conoces a alguien que haga ese tipo de encargos?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Es que piensas que he sido yo quien lo ha hecho?

—No conozco a nadie con mejores razones que tú.

—Vamos a ver, ocurrió ayer por la noche, el mismo día en que hablé contigo. ¿De

verdad piensas que la voy a agredir el mismo día en que te pido ayuda para solucionar el problema?

Sigurður Óli lo miró en silencio. Por la mañana había llevado a la tintorería su chaqueta de verano, que seguramente ya no podría volverse a poner después de haber rodado por el suelo durante la persecución de la noche anterior.

—Lo mejor en tu situación —aclaró Sigurður Óli— es responder sin rodeos y no salirse por la tangente. Me importa una mierda lo que creas que pienso o dejo de pensar. Me la traéis floja tú, tu mujer y vuestros intereses sexuales. Responde a lo que te pregunto si no quieres que te mande al trullo directamente.

Hermann se enderezó en su asiento.

—Yo no le he hecho nada a esa mujer —afirmó—. Lo juro.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Me llamó hace tres días y me dijo que ya no esperaba más, que tenía que darle el dinero. Me amenazó con hacer públicas las fotos. Le pedí más tiempo y me concedió dos días más, aclarando que no me llamaría otra vez y que más me valía ir a su casa con el dinero. De lo contrario, colgaría las fotos en páginas porno del mundo entero.

—¿O sea, que tenía intención de colgarlas ayer, justo el día en que la agredieron?

—No enviamos a nadie a casa de esa hija de perra —aseguró Hermann—. ¿Cómo hace uno para contactar con un matón? ¿Es que se anuncian en algún sitio? No sabría cómo hacerlo.

—¿Hablaste alguna vez con Ebby?

—No, solo con Lína.

—¿Sabes si sois las únicas víctimas?

—No, no lo sé. Pero ¿no te parece improbable que fuéramos los únicos?

—Entonces, tú solo tenías que presentarte en su casa con el dinero, coger las fotos y listo, ¿no es así?

—Sí, nada más complicado que eso. No son gente complicada. Están pirados.

—Pero tú no tenías intención de pagar, ¿verdad?

—Se supone que tú tenías que solucionar el problema —reparó Hermann—. ¿Encontraste las fotos en su casa?

Sigurður Óli no había podido buscar bien debido a la presencia de otros policías en el lugar de los hechos. No había encontrado nada, ni siquiera una videocámara.

—¿Estabais en su casa cuando hicieron las fotos? —preguntó.

—Sí. Hace unos dos años.

—¿Fue la única vez?

—No, dos veces.

—¿Y se han esperado hasta ahora para chantajearos?

—Sí.

—¿Quizá porque tu mujer sale ahora en los medios y está haciendo carrera política?

—Es la única explicación.

—Qué elegancia —dijo Sigurður Óli—. Una gente con clase.

Cuando Sigurður Óli llegó a la UCI para hablar con Ebeneser, se lo encontró sentado en el borde de la cama de su mujer. Finnur, que dirigía la investigación, quería interrogarlo más a fondo, pero Sigurður Óli se había ofrecido a hacerlo él para ahorrarle el esfuerzo, cosa que Finnur le agradeció, ya que tenía bastantes cosas de las que ocuparse. Ebeneser era un hombre de estatura media, delgado y despierto, con la cara curtida y barba de tres días. Como buen guía de montaña, llevaba puestas unas botas de suela gruesa. Cuando Sigurður Óli entró en la habitación, se levantó y lo saludó con la mirada esquiva dándole un seco apretón de manos. Lína yacía en la cama, conectada a toda clase de aparatos y goteros, con la cabeza envuelta en un voluminoso vendaje. La pareja tendría alrededor de treinta años, unos diez menos que Hermann y su mujer. Ambos parecían atractivos, aunque a Sigurður Óli le costaba afirmarlo de Lína debido a su estado. ¿Puede que fuera su juventud lo que había atraído a Hermann y su mujer?

—¿Te vas otra vez a la montaña? —preguntó Sigurður Óli mirándole el calzado mientras tomaban asiento en la sala de espera.

Tenía intención de mostrarle empatía y comprensión, dadas las duras circunstancias, aunque no estaba seguro de que Lína y Ebbi lo merecieran en realidad.

—¿Qué? No, de momento no. Me gusta llevar botas también por ciudad.

—Nos han confirmado que regresabas del interior cuando agredieron a tu mujer —dijo Sigurður Óli.

—Me parece extraño que hayáis podido pensar que he sido yo —observó Ebeneser.

—La palabra «extraño» no significa nada para nosotros. ¿Tenéis muchas deudas, tu mujer y tú?

—Como todo hijo de vecino. Y no estamos casados. Vivimos juntos.

—¿Tenéis hijos?

—No, ninguno.

—¿Debéis dinero a personas susceptibles de recurrir a un método violento para recaudarlo, como los matones y demás gente de ese tipo?

—No —respondió Ebeneser.

—¿Pasáis dificultades financieras?

—No.

—¿Habíais tenido antes algún problema con matones?

—No. No conozco a ninguno y no sé de nadie que conozca a uno. ¿No ha sido simplemente un ladrón?

—¿Han robado algo?

—Tengo entendido que un poli lo pilló *in fraganti*.

—Nunca he oído hablar de un ladrón que comience por destrozar la casa que quiere robar, y por golpear al dueño con un bate de béisbol —explicó Sigurður Óli—. Puede que haya ocurrido en algún sitio y en algún momento, pero a mí no me consta.

Ebeneser permaneció en silencio.

—¿Sabía alguien que no estarías anoche en Reikiavik?

—Sí, mucha gente. Pero los conozco a todos y ninguno haría una cosa así, si es eso lo que estás insinuando.

—¿No tenéis apuros económicos?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, ¿cómo no lo voy a estar?

—¿Y vuestras relaciones sexuales? ¿Son buenas?

Ebeneser estaba sentado frente a él en la sala de espera y hasta ese momento había respondido a las preguntas de Sigurður Óli con cierto desinterés, con las piernas cruzadas y balanceando el pie que apoyaba sobre la rodilla. De pronto dejó de moverlo, se incorporó en su asiento y se inclinó hacia delante.

—¿Nuestras relaciones sexuales? —repitió.

—Vuestros encuentros sexuales con otras personas —concretó Sigurður Óli.

Ebeneser le sostuvo la mirada un largo rato.

—¿Qué? ¿Estás de broma?

—No —respondió Sigurður Óli.

—¿Encuentros sexuales con otras personas?

—Permíteme que te lo aclare. ¿Crees que el sexo que practicabais con terceros tiene algo que ver con la agresión que ha sufrido tu mujer?

Ebeneser lo miró desconcertado.

—No sé de qué me hablas.

—No, claro —ironizó Sigurður Óli—. Entonces ¿tampoco has oído hablar nunca de las fiestas de *swingers*?

Ebeneser negó con la cabeza.

—Lo que viene a ser otra manera de decir «intercambio de parejas».

—No he oído hablar nunca de nada parecido —aseguró Ebeneser.

—¿Nunca has hecho intercambio de pareja con Lína?

—Pero ¿qué grosería es esta? —preguntó Ebeneser—. Nunca hemos hecho una cosa así. ¿De qué coño vas?

—Te propongo un trato —sugirió Sigurður Óli—. Tú me entregas las fotos que os habéis hecho manteniendo relaciones sexuales con otros, y yo hago como que no he oído hablar nunca de este tema.

Ebeneser no respondió.

—Un momento... ¿Sexo con otros? —continuó Sigurður Óli como si se le hubiera ocurrido una idea de repente—. ¿Quiénes son esos otros? Yo solo sé de una

pareja, pero me figuro que chantajearéis a más personas por toda Reikiavik, ¿o no?

Ebeneser le clavó la mirada.

—Alguien se ha cansado de vuestras tonterías y os ha querido asustar con un matón. ¿No es así, Ebbi?

Ebeneser consideró que ya había escuchado suficiente y se levantó.

—No sé de qué me estás hablando —volvió a decir mientras salía al pasillo para regresar a la habitación de Lína.

Sigurður Óli lo siguió con la vista. Ebeneser necesitaba tiempo para entender y evaluar la propuesta que le acababa de hacer. Sigurður Óli sonrió para sus adentros. Tenía cierta experiencia como policía y no recordaba haberse cruzado con un mentiroso más descarado que Ebbi. O con alguien más hábil para meterse en problemas.

Bergþóra había llegado antes y estaba ya sentada echándole un vistazo al menú cuando Sigurður Óli entró en el restaurante con algún minuto de retraso. Ella había elegido un restaurante italiano del centro. Sigurður Óli había acudido directamente a la cita después de haberse pasado todo el día echándole una mano a Elínborg, que llevaba sola todo el peso del caso de Þingholt. Habría preferido pasar primero por casa, ducharse y cambiarse de ropa, pero no le había dado tiempo. Aunque siempre estaba dispuesto a salir a cenar, aquella cita con Bergþóra le causaba ansiedad.

Le dio un beso en los labios y se sentó. Bergþóra tenía aspecto de estar cansada. Era directora y copropietaria de una empresa de informática que últimamente atravesaba ciertas dificultades, a las que había que sumar toda una serie de problemas. Su separación. La imposibilidad de tener hijos. Los últimos meses habían sido duros.

—Te veo muy bien —le dijo a Sigurður Óli mientras tomaba asiento.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él.

—Bien. Cada vez que quedamos así, en un restaurante, parece como si estuviéramos empezando de nuevo. Me cuesta mucho acostumbrarme. También podrías haber venido a casa, podría haber cocinado algo.

—Sí, parece un poco como en los viejos tiempos —dijo Sigurður Óli.

Se concentraron en el menú. La situación no era en absoluto como en los viejos tiempos, y ambos lo sabían. Llevaban a sus espaldas el peso de una relación rota, de años tirados a la basura, de unos sentimientos que habían dejado de existir, de una vida en común hecha pedazos. Parecían dos administradores liquidando un proceso de quiebra, solo quedaba hacer cuentas y saldar deudas. Bergþóra podía alterarse considerablemente al hablar de cómo habían manejado la situación. Por eso Sigurður Óli había querido quedar con ella en un restaurante.

—¿Qué tal está tu padre? —preguntó Bergþóra mientras le echaba un vistazo a la carta.

—Muy bien.

—¿Y tu madre?

—Bien.

—¿Sigue con ese hombre?

—¿Con Sæmundur? Sí.

Escogieron sus platos y decidieron compartir una botella de vino tinto italiano. Era un día laborable, así que prácticamente eran los únicos clientes del restaurante. De fondo se escuchaba música relajante. Desde la cocina se oían carcajadas y ruidos de vajilla.

—¿Qué tal en el piso de Framnesvegur? —preguntó Bergþóra.

—Genial, aunque está medio vacío —respondió Sigurður Óli—. ¿Ha ido alguien a ver el nuestro?

—Hoy han ido tres. Uno ha dicho que ya llamará. Voy a echar de menos ese piso.

—Ya lo creo. Está muy bien.

Guardaron silencio. Sigurður Óli se preguntó si debía explicarle lo de Hermann y su mujer. Probó suerte, quizás así lograría relajar un poco el ambiente. Le contó el encuentro con Patrekur, que había aparecido de repente con su cuñado. Le habló de las aficiones de Hermann y su mujer y de la forma en que se habían buscado problemas, de la agresión a Lína, del hombre con el bate de béisbol y de Ebby, el hombre de las botas de montaña que fingía no estar al corriente de nada.

—No sabía ni por dónde le daba el aire —afirmó Sigurður Óli—. Y eso que Ebby es guía de montaña —añadió con una sonrisa.

—¿Pero de verdad que hay gente que hace esas cosas? —suspiró Bergþóra.

—No estoy muy puesto en el tema.

—No conozco a nadie que lo haga, lo del intercambio de parejas. Tienen que estar mal de la cabeza. Y encima van y se meten en líos.

—Este caso es un poco especial.

—Tiene que ser duro para la hermana de Súsanna. Está metida en política y de repente sale esto a la luz, después de tanto tiempo.

—Sí, pero también hay que ser idiota para meterse en semejante embrollo. Sobre todo si estás en política. Que no te den ninguna pena.

—Tú no eres mucho de sentir pena por la gente —espetó Bergþóra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sigurður Óli.

El camarero, un hombre simpático de mediana edad, los interrumpió cuando llegó con el vino tinto. Se lo mostró a Sigurður Óli y sirvió un poco en su copa. Sigurður Óli miró fijamente al camarero.

—¿Has venido con la botella abierta? —le preguntó.

El camarero no entendió la pregunta.

—Tengo que ver cómo la abres —le indicó Sigurður Óli—. ¿Cómo sé yo lo que has hecho con esa botella ahí dentro o en qué momento la has abierto?

El camarero lo miró confuso.

—La acabo de abrir —murmuró en tono de disculpa.

—Sí, pero la tienes que abrir aquí en la mesa, no ahí dentro en la despensa.

—Traeré otra botella —informó el camarero antes de marcharse a toda prisa.

—¿No crees que se esfuerza en hacer su trabajo lo mejor posible? —dijo Bergþóra.

—Es un incompetente —opinó Sigurður Óli—. Si nos van a cobrar un riñón por la comida, al menos que sepan hacer las cosas bien. ¿Por qué dices que la gente no me da pena?

Bergþóra lo miró fijamente.

—Mira lo que acaba de pasar ahora mismo —comentó—. Mejor ejemplo, imposible.

—¿De un mal servicio?

—Eres clavadito a tu madre —espetó Bergþóra.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tenéis la misma... frialdad. Y sois igual de esnobs.

—Venga...

—Yo no era lo bastante buena para ti —reparó Bergþóra—. Me lo hacía sentir a menudo. En cambio, tu padre siempre fue un encanto conmigo. No entiendo cómo a una mujer como tu madre se le pudo ocurrir estar con un fontanero. Ni cómo pudo aguantarla él.

—Yo también me lo he preguntado muchas veces —confesó Sigurður Óli—. Mi madre te aprecia mucho. Me lo ha dicho. No hace falta que la pongas verde.

—Nunca me mostró apoyo cuando perdimos... cuando empezaron las dificultades. Nunca. Me parecía que le daba igual. Me daba la impresión de que me echaba la culpa de todo. Como si fuera a destruir tu vida porque no podía tener hijos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad.

—Nunca me lo habías mencionado.

—Ya lo creo que sí, lo que pasa es que nunca lo has querido escuchar.

El camarero regresó con otra botella, le mostró la etiqueta a Sigurður Óli, la descorchó ante sus ojos y después sirvió unas gotas de vino en una copa. Sigurður Óli lo probó y dio su visto bueno. El camarero les llenó las copas y dejó la botella en la mesa.

—Nunca has querido escuchar nada de lo que digo —insistió Bergþóra.

—Eso no es verdad.

Bergþóra lo miró. Sus ojos se empañaron de lágrimas. Se los secó con la servilleta.

—Está bien —dijo cambiando de tono—. No vamos a discutir. Lo nuestro ha terminado y eso no va a cambiar.

Sigurður Óli bajó la mirada hacia su plato. No llevaba nada bien las discusiones. Era capaz de insultar y reprender sin ningún reparo a los criminales, llamarlos miserables y desgraciados, pero cuando se trataba de los más allegados prefería mantener la paz. Alguna vez se había preguntado si se debía al papel que había desempeñado de pequeño en la separación de sus padres, cuando trataba de hacer feliz a todo el mundo y descubrió que era imposible.

—Es como si a veces te olvidaras de que para mí también fue difícil —recriminó él—. Nunca me preguntabas cómo me sentía. Todo giraba en torno a ti. Tú exigías la adopción sin preguntarme qué opinaba yo. Querías hacerlo, y punto. Lo hemos discutido ya mil veces, y no quería volver a hacerlo esta noche.

—No —dijo Bergþóra—, no hablemos del tema. Yo tampoco quería hacerlo. Vamos a dejarlo.

—Me ha sorprendido lo que has dicho de mi madre —comentó Sigurður Óli—. Aunque sé perfectamente cómo es. Recuerdo que te lo advertí cuando empezamos a

salir.

—Me dijiste que no le hiciera mucho caso.

—Y espero que no lo hicieras.

Se hizo un prolongado silencio. El vino italiano era de Toscana, suave y de sabor intenso. La música de fondo también era italiana, igual que la comida que estaban esperando. Solo el silencio que había entre ellos era islandés.

—No quiero adoptar —añadió Sigurður Óli.

—Ya lo sé —afirmó Bergþóra—. Tendrás que buscarte a otra con la que tener tus propios hijos.

—No —reparó Sigurður Óli—. Creo que no sería un buen padre.

Cuando volvió a casa, encendió la pantalla plana y se puso a ver el béisbol. Jugaba el equipo del que era hinchas, pero el resultado fue desastroso, lo que no contribuyó precisamente a levantarle el ánimo después de su cita con Bergþóra. Sonó el móvil desde la cocina, donde lo había dejado al entrar. Al no reconocer el número, Sigurður Óli quiso hacer caso omiso de la llamada, pero su instintiva curiosidad se lo impidió.

—¿Sí? —preguntó en un tono innecesariamente seco.

Adoptaba aquella estrategia cuando no sabía quién lo llamaba. Podrían llamar de la caridad. En el listín telefónico, su nombre estaba señalado con una cruz roja para indicar que no quería recibir llamadas de agentes comerciales, pero siempre había alguno que probaba suerte y luego se arrepentía de su atrevimiento.

—¿Sigurður? —preguntó una voz de mujer al teléfono.

—¿Quién es?

—¿Sigurður Óli?

—¡Sí!

—Soy Eva.

—¡¿Eva?!

—Eva Lind. La hija de Erlendur.

—Sí, hola.

Su voz se mostraba fría. Sigurður Óli conocía bien a la hija de su compañero Erlendur, con quien llevaba años trabajando. Había tratado con ella en alguna ocasión, ya que su mala vida le había causado algún problema que otro con la policía. De hecho, su adicción era un auténtico quebradero de cabeza para su padre.

—¿Sabes algo de él? —preguntó Eva Lind.

—¿De tu padre? No. Nada. Solo sé que está de vacaciones y que tenía pensado pasar unos días en los fiordos del este.

—Ya. ¿Y no se llevó el móvil? Solo tiene ese número, ¿no?

—Eso creo.

—No tiene otro, ¿verdad? Es que no contesta.

—No, que yo sepa.

—Si te llama, ¿te importaría decirle que he preguntado por él?

—No, claro, pero...

—Pero ¿qué?

—Dudo mucho que me vaya a llamar —aseguró Sigurður Óli—. Así que...

—No, ni a mí —dijo Eva Lind—. Es que fuimos...

—¿Sí?

—Fuimos a dar una vuelta en coche el otro día. Mi padre quería ver los lagos de los alrededores de Reikiavik. Y lo vi...

—¿Sí?

—Lo vi un poco triste.

—¿Y no lo está siempre? Yo no me preocuparía. Nunca he visto a tu padre particularmente animado.

—Ya.

Guardaron silencio.

—Dale recuerdos —le pidió Eva Lind.

—Lo haré.

—Hasta luego.

Sigurður Óli se despidió y dejó el teléfono en la mesa. Luego apagó la televisión y se acostó.

Le llevó bastante tiempo encontrar el viejo proyector. Lo tenía bien guardado en la cocina, metido en un rincón del cuarto de la escoba.

Estaba convencido de que el malnacido no se habría deshecho de él. El anciano no dejaría que un aparato así fuera a parar a la basura. Es más, aquella vieja rueda de color gris seguía casi intacta después de tantos años. Lo más seguro es que el malnacido todavía la utilizara. No recordaba lo pesado que era aquel objeto hasta que lo levantó para sacarlo de su escondite y colocarlo en la mesa del salón. Ante él apareció de nuevo la marca del fabricante. Bell&Howell. Recordaba que de niño no había entendido el nombre hasta que un amigo suyo le explicó que seguramente era el nombre de dos hombres. Uno se llamaba Bell y el otro Howell, y debían de haber fabricado la máquina juntos en algún lugar de América. El proyector en sí estaba protegido por una caja que lo tapaba por completo. La retiró. Después soltó los ejes que sostenían las bobinas, conectó el cable a la electricidad y apretó el botón. La pared de enfrente se iluminó.

El proyector era uno de los pocos objetos con que el malnacido se había mudado a casa de su madre, Sigurveig, mientras él vivía aún en el campo sin saber de la existencia de un hombre nuevo en su vida. Un día le dieron la noticia de que su madre había solicitado volver con su hijo. Le habían concedido una vivienda social en un barrio de nueva construcción, y aseguraba haber dejado de beber y haber conocido a un hombre. Su madre le telefoneó, pero él no la llamó «mamá» sino Sigurveig: después de dos años de ausencia, para él era prácticamente una desconocida. Aquella era la primera y única vez en que su madre llamaba a la granja. La conversación fue breve, solo quería que su hijo pequeño volviera con ella. Él le dijo que era feliz allí, en el campo.

—Ya lo sé, mi vida —le oyó decir a su madre al teléfono—, pero ahora tienes que volver conmigo. He obtenido el permiso de los servicios sociales. Lo tengo todo organizado.

Unos días más tarde, después de haberse despedido de la patrona de la granja y de las dos hijas del matrimonio, el granjero lo llevó en coche hasta la carretera y esperaron juntos a que llegara el autobús. Era pleno verano y le parecía estar traicionando al granjero porque la siega acababa de comenzar y necesitaría su ayuda. El matrimonio lo felicitaba a menudo por su capacidad de trabajo y le aseguraba que un día todo le iría bien. Vieron cómo el autobús se acercaba por la carretera hasta que se detuvo junto a ellos, envuelto en una nube de polvo. «Te deseo lo mejor. Ven a vernos cuando puedas», le dijo el granjero, que en un primer momento iba a darle un apretón de manos al despedirse, pero al final optó por darle un abrazo. Antes de que el chico se subiera, le deslizó un billete de mil coronas en la palma de la mano. El autobús se puso en marcha y el granjero desapareció en un torbellino de polvo. Nunca había tenido dinero. De camino a Reikiavik no hacía más que sacar el billete del

bolsillo para contemplarlo, doblarlo y volverlo a guardar para luego sacarlo de nuevo y mirarlo otra vez.

Se suponía que Sigurveig iba a ir a buscarlo a la estación, pero al bajar no la vio por ninguna parte. Se había hecho de noche. Después de una larga espera, se sentó en la maleta. No sabía cómo ir a su casa, no sabía en qué barrio estaba ni cómo se llamaba la calle. Cuanto más tarde se hacía, más se inquietaba. Llevaba mucho tiempo fuera de Reikiavik y no tenía a nadie a quien acudir. Hacía tiempo que el granjero le había contado que su padre se había marchado al extranjero. De sus dos hermanas no sabía nada. Eran mucho mayores que él. No tenía a nadie más.

Sentado en la maleta, pensó en el que había sido su hogar en los últimos años. Seguramente habrían terminado ya en la vaqueriza y las chicas estarían jugando y riendo. Habrían echado a los perros de la cocina y la comida estaría en la mesa, quizá trucha hervida recién pescada en el lago con un poco de pan y mantequilla. Su comida favorita.

—Me da que es a ti a quien vengo a buscar, ¿no es así, mequetrefe?

Entonces alzó la vista. Sobre él se cernía un hombre a quien no había visto nunca.

—¿No eres tú el pequeño Andresito? —le preguntó el hombre.

No lo llamaban Andresito desde que se fue de la ciudad.

—Me llamo Andrés —puntualizó.

El hombre lo miró fijamente.

—Pues serás tú, digo yo. Tu madre te manda saludos. Creo. Anda un poco cascada de un tiempo a esta parte.

No sabía qué responder. No entendía lo que decía el hombre ni sabía qué quería decir con que su madre andaba cascada.

—Venga, vamos —dijo el hombre—. No te dejes la maleta.

El desconocido se dirigió hacia el apartamento situado frente a la estación. Al verlo doblar la esquina, se levantó, cogió la maleta y lo siguió. No sabía qué otra cosa podía hacer. Procuró andar con pies de plomo: por la pinta que tenía aquel hombre, enseguida le dio la sensación de que iba a tener que esforzarse por complacerlo. Le pareció que había usado un extraño tono de voz al mencionar a su madre. Y detectó una especie de desprecio al pronunciar «el pequeño Andresito». Ni siquiera le había dicho «hola». Solo se había limitado a decir: «Me da que es a ti a quien vengo a buscar, ¿no es así, mequetrefe?». Se fijó en que le faltaba uno de sus dedos índice, pero ni se le pasó por la cabeza preguntarle qué le había ocurrido. Y nunca lo haría.

Al llegar al apartamento, Sigurveig estaba durmiendo en su dormitorio. El hombre le dijo que tenía que salir un momento y que mientras estuviera fuera no podía hacer ruido ni despertar a su madre, así que Andrés se sentó en silencio en una silla de la cocina. El apartamento solo tenía un dormitorio, cuya puerta estaba cerrada, un salón, una cocina y un pequeño cuarto de baño. El sofá del salón le serviría de cama. Estaba tan cansado después del viaje y de haber esperado en la estación que se moría de ganas de tumbarse en el sofá. Pero no se atrevía. Cruzó los

brazos sobre la mesa, apoyó la cabeza y se quedó dormido sin darse cuenta.

Antes de cerrar los ojos le llamó la atención un objeto que había en el salón. No sabía lo que podía ser, pero allí, sobre la mesilla del sofá, reposaba una especie de caja con un asa en la parte superior, como si fuera un ente del otro mundo, con aquel misterioso nombre inscrito en un lateral: Bell&Howell.

Más tarde descubriría que el nuevo hombre en la vida de su madre también poseía una cámara de vídeo con otro nombre incomprensible que no le resultaría menos enigmático que el del proyector. Un nombre que se le iba a quedar grabado a fuego: Eumig.

Contempló absorto el viejo proyector Bell&Howell y la pared iluminada. Le parecía ver sus recuerdos flotar en el haz de luz del aparato. Lo apagó. El malnacido emitió un quejido y se giró hacia él.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

El hombre dejó de hacer ruido desde su silla. Desprendía un fuerte olor a orina y la máscara que llevaba atada a la cara estaba empapada en sudor.

—¿Dónde está la cámara?

El hombre lo miraba en silencio bajo la máscara mortuoria.

—¿Y las cintas? ¡¿Dónde están las cintas?! ¡Dímelo! Te podría matar si me diera la gana. Lo sabes, ¿verdad? ¡Ahora soy yo quien manda aquí! ¡Yo! ¡No tú, malnacido! ¡Soy yo! Ahora mando yo.

Bajo la máscara no se escuchaban ni un suspiro ni una mínima tos.

—¡¿Qué te parece, eh?! ¿Qué te parece? ¿No te parece maravilloso? Después de todos estos años me he vuelto más fuerte que tú. ¿Quién es el mequetrefe ahora? ¡Contesta! ¿Quién es ahora el mequetrefe?

El hombre permanecía inmóvil.

—¡Mírame! Mírame si es que te atreves. ¡¿Me ves?! ¿Ves en qué se ha convertido el pequeño Andresito? Ya no es tan pequeño, Andresito, ¿eh? Se ha vuelto grande y fuerte. Quizá creyeras que no iba a ocurrir. Que no ocurriría nunca. ¿Pensabas que Andresito iba a ser un crío toda la vida?

Le dio una bofetada.

—¡¿Dónde está la cámara?! —gruñó.

Tenía la intención de localizar la cámara para destruirla. Junto con las películas. Estaba convencido de que el malnacido guardaba todavía todo el material. No se rendiría hasta encontrarlo y prenderle fuego a todo.

El hombre no respondió.

—¿Te crees que no voy a poder encontrarla? Voy a hacer pedazos esta pocilga hasta dar con ella. Voy a levantar el suelo y voy a destrozarse el techo. ¿Qué te parece? ¿Qué piensas del pequeño Andresito?

Los ojos se cerraron bajo la máscara.

—Cogiste las mil coronas —susurró—. Sé que las cogiste tú. Mentiste y dijiste que yo las había perdido. Pero sé que fuiste tú quien las cogió.

Andrés comenzó a sollozar.

—Arderás en el infierno por esto. Por esto y por todo lo que me hiciste. ¡Arderás en las llamas del infierno!

Como parte de la investigación en torno a la agresión cometida contra Lína, la policía había reunido los números de matrícula de aquellos coches que habían estado aparcados en las proximidades de la casa de la joven. La hipótesis de que el agresor hubiera ido en coche al lugar de los hechos no era descabellada; al contrario, parecía probable. Difícilmente se habría subido a un autobús urbano con un bate bajo el abrigo. Por otra parte, mediante una simple indagación se había descartado que hubiera cogido un taxi. Otra posibilidad era que hubiese ido a pie, en caso de que viviera a escasos kilómetros de distancia. Tal vez alguien lo había llevado en coche y lo había estado esperando, pero había desaparecido al ver que Sigurður Óli entraba en la casa. Sin embargo, Sigurður Óli no se había percatado de ninguna presencia en las inmediaciones de la vivienda. Por último, quedaba la posibilidad de que el agresor hubiera ido en coche pero hubiera aparcado en una bocacalle en vez de hacerlo enfrente de la casa y que hubiera dejado el vehículo abandonado después de que Sigurður Óli lo sorprendiera en plena acción.

La mayoría de las matrículas que había registrado la policía, unas cuantas decenas, se correspondían con los coches del vecindario, pertenecían a padres y madres de familia o a trabajadores que no le habrían hecho daño ni a una mosca y que no conocían de nada a Lína y Ebbi. No obstante, quedaban algunos coches cuyos dueños estaban registrados en otros barrios de la ciudad o incluso en otras regiones del país. Ninguno de ellos presentaba antecedentes penales por agresión.

Sigurður Óli, que al menos conocía la forma de correr del asaltante, se encargó de interrogar a los dueños de los coches que debían investigarse con más detalle. Lína continuaba estable. Ebbi apenas se alejaba de su camilla. Los médicos seguían manteniendo que su pronóstico era incierto. La cita con Bergþóra no había terminado bien. Se estuvieron intercambiando reproches hasta que Bergþóra se levantó y se marchó del restaurante diciendo que no tenía por qué aguantar más.

Sigurður Óli se consideraba perfectamente apto para ocuparse de la investigación a pesar de su implicación personal en el caso. Tras haberlo meditado, había llegado a la conclusión de que nada de lo que sabía perjudicaba al llamado «bien de la investigación». No tenía ningún interés en proteger a Hermann o a su mujer. Patrekur no estaba implicado en el caso. Sigurður Óli no había hecho nada que lo obligara a retirarse de la investigación. Lo único que le llegó a preocupar por un segundo fue su conversación con Ebbi en el hospital acerca de las fotografías. No conocía ni a Lína ni a Ebbi. Cabía la posibilidad de que estuvieran endeudados hasta las cejas por la compra de droga, de un coche o de una casa; o que le debieran dinero a alguien que pudiera haber recurrido a un matón. Era bien sabido que ese tipo de criminales no solo recaudaban deudas relacionadas con el consumo de droga. Sigurður Óli creía que quizá Lína y Ebbi habían ido demasiado lejos en su torpe intento de usar unas fotos de elevado contenido sexual para sacarles dinero a unos idiotas como Hermann y su

mujer. Seguramente alguien se había visto entre la espada y la pared y había querido cerrarles la boca haciendo uso de la violencia o amenazándolos con emplearla. De momento no podía saber si ese alguien había sido Hermann. Este lo negaba, pero aún debían esclarecerse los hechos.

Le remordía levemente la conciencia por no haberle contado a Finnur lo de las fotografías y el supuesto chantaje de Lína y Ebbi. Tarde o temprano saldría a la luz y, cuando eso ocurriera, cuando los nombres de Hermann y su mujer aparecieran implicados en el caso, Sigurður Óli tendría que justificarse.

Absorto en esos pensamientos, Sigurður Óli entró en la planta de procesado de carne en busca de un hombre llamado Hafsteinn. Ocupaba el puesto de encargado y se quedó de piedra ante la visita de Sigurður Óli. Como para dar cuenta de su impoluto expediente, aclaró que nunca en su vida había hablado con un agente de la Policía Judicial. Hafsteinn lo invitó a pasar a su despacho y se sentaron. Llevaba una bata blanca y un pequeño gorro, también blanco, que lucía el logotipo de la empresa. Recordaba a un bebedor de cerveza alemán en la Oktoberfest. Por su aspecto recio y jovial y sus enormes mejillas rojas no podría decirse que fuera uno de esos tipos capaces de agredir a una mujer indefensa con un bate de béisbol. Y mucho menos que pudiera correr más de diez metros. Pero eso no disuadió a Sigurður Óli, que prosiguió con su labor como si nada. Tras un breve preámbulo sobre los motivos de su visita, le anunció que quería saber lo que había estado haciendo en el barrio la noche en que Lína fue agredida y si alguien podía corroborar su versión.

El carnicero miró fijamente a Sigurður Óli.

—¿Cómo? ¿Tengo que explicarte qué estaba haciendo allí?

—Tu coche estaba aparcado una calle más abajo. Vives en Hafnarfjörður. ¿Qué hacías en Reikiavik? ¿Conducías tú?

Sigurður Óli pensó que, aunque el hombre no hubiera agredido a Lína, quizá pudiera aportar algún dato. Puede que hubiera llevado al agresor hasta el lugar de los hechos y luego hubiera abandonado el coche allí en un momento de pánico.

—Sí, conducía yo. Estaba de visita en casa de alguien que vive por allí. ¿Quieres saber más?

—Sí.

—¿Qué vas a hacer con la información que te dé?

—Estamos tratando de dar con el agresor.

—¿No estarás pensando que fui yo quien agredí a esa pobre mujer?

—¿Eres cómplice?

—¿Estás chalado o qué?

Sigurður Óli notó que las lustrosas mejillas del encargado habían perdido el color.

—¿Puedo hablar con alguien que pueda confirmar tu declaración?

—¿Vas a hablar con mi mujer? —preguntó Hafsteinn titubeante.

—¿Debería hacerlo? —preguntó Sigurður Óli.

El hombre respiró hondo.

—No hace falta —dijo finalmente—. Yo... tengo una amiga en esa calle. Si te hace falta una confirmación, puedes hablar con ella. No me puedo creer que te esté contando esto.

—¿Una amiga?

El hombre asintió.

—¿Quieres decir una amante?

—Sí.

—¿Y fuiste a hacerle una visita?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Te fijaste en la presencia de alguien que pudiera guardar relación con la agresión?

—No. ¿Algo más que quieras saber?

—No, creo que ya está todo —dijo Sigurður Óli.

—¿Vas a hablar con mi mujer?

—¿Podrá confirmar algo de lo que has dicho?

El hombre negó con la cabeza.

—Entonces no tengo ningún interés en hablar con ella —concluyó Sigurður Óli.

Después anotó el número de la amante, se levantó y se despidió.

Más tarde interrogó a un hombre que ignoraba que su coche hubiera estado aparcado cerca de casa de Lína aquella noche. Su hijo lo había cogido prestado. El dueño del coche hizo unas llamadas y comprobó que su hijo y un amigo suyo habían estado en casa de un compañero de clase que vivía al lado de Lína. Habían quedado para ir al cine Laugarásbío; la película empezaba en el momento en que se produjo la agresión.

El hombre miró fijamente a Sigurður Óli.

—No tienes de qué preocuparte —le aseguró.

—Ah, ¿no?

—Sería incapaz de pegarle a nadie. Le da miedo hasta una mosca.

Por último, Sigurður Óli interrogó a una mujer de unos treinta años que trabajaba como telefonista en una fábrica de refrescos. Sigurður Óli se presentó y le pidió a la joven que buscara a alguien que la sustituyera. Prefería no explicarle los motivos de su visita delante de otras personas, así que se sentó con ella en la salita del café.

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica. Morena y de cara ancha, llevaba un *piercing* en la ceja y un antebrazo tatuado. Sigurður Óli no alcanzaba a ver bien el dibujo, que parecía un gato, aunque también podía ser una serpiente enroscada. Se llamaba Sara.

—Me gustaría saber qué hacías anteayer por la noche en el barrio este, no muy lejos del cine Laugarásbío.

—¿Anteayer por la noche? —repitió la chica—. ¿Por qué lo quieres saber?

—Tu coche estaba aparcado cerca de una calle donde tuvo lugar una brutal agresión.

—Yo no he agredido a nadie —sentenció.

—No. Pero tu coche estaba en la zona.

Le explicó que la policía estaba investigando a los dueños de todos los coches aparcados cerca de la casa de Lína y Ebbi en el momento de la agresión. Se trataba de un caso grave. También tenían previsto preguntar a los que habían pasado por el barrio si habían visto algo que pudiera ser de ayuda para la investigación. Sigurður Óli se dio cuenta de que su larga explicación aburría a Sara soberanamente.

—Yo no vi nada —aseguró.

—¿Qué hacías en el barrio?

—Fui a ver a una amiga mía. ¿Qué es lo que ocurrió exactamente? He visto algo de un robo en las noticias.

—No tenemos todavía suficiente información —le informó Sigurður Óli—. Necesito el nombre y el número de tu amiga.

Sara se lo facilitó.

—¿Pasaste la noche en su casa?

—¿Me estás espiando o qué? —preguntó.

La puerta de la sala se abrió y un trabajador de la fábrica le hizo un gesto a Sara con la cabeza.

—No. ¿Hay alguna razón para hacerlo? —preguntó Sigurður Óli mientras se levantaba.

Sara sonrió.

—En absoluto.

Sigurður Óli se estaba subiendo al coche cuando sonó el teléfono. Reconoció el número al instante. Era Finnur, quien le comunicó bruscamente que Sigurlína Þorgrímsdóttir había fallecido hacía un cuarto de hora como consecuencia de un traumatismo craneal.

—¿Qué coño hacías en su casa, Siggi? —susurró Finnur antes de colgar.

La madre de Sigurður Óli lo recibió en la puerta reprochándole con la mirada que llegaba tarde. Su hijo no tenía llaves. No quería darle una copia, decía que se sentía intranquila sabiendo que alguien podía entrar libremente en su casa. Lo había invitado a comer y había servido la comida a la hora exacta. Ahora se enfriaba en la mesa. Sæmundur no estaba.

Su madre, una sexagenaria a la que todos llamaban Gagga, vivía en una espaciosa casa unifamiliar bien ubicada en Garðabær, rodeada de otros expertos en contabilidad, médicos, abogados y gente pudiente con dos o tres coches que contrataba a profesionales para cuidar del jardín, colocar las luces de Navidad y ocuparse del mantenimiento de la vivienda. Gagga no había vivido siempre así de bien. Cuando conoció al padre de Sigurður Óli atravesaba graves dificultades económicas, y más tarde, inmediatamente después de su divorcio, también pasó penurias a pesar de que «el fontanero», como ella se refería a su ex, siempre había estado dispuesto a ayudarla en todo. Vivía de alquiler, y al mínimo conflicto con los propietarios se mudaba a otro apartamento sin importarle que a Sigurður Óli se le hiciera cuesta arriba cambiar constantemente de colegio. Como su madre no podía ni ver a los profesores y los directores de los colegios, su padre había decidido ocuparse personalmente de los asuntos escolares.

Licenciada en Empresariales, trabajaba como gestora cuando trajo al mundo a Sigurður Óli. Después estudió un posgrado y poco a poco fue escalando en un gabinete de contabilidad que finalmente fue absorbido por una gran compañía extranjera. Más adelante la ascendieron.

—¿Dónde está Sæmundur? —preguntó Sigurður Óli mientras se quitaba una chaqueta de invierno que se había comprado hacía un año en una de las tiendas más chic del país y que le había costado una fortuna. Cuando Bergþóra lo vio aparecer por casa con semejante prenda le dijo con un gesto de reprobación que no había conocido en su vida a nadie más pijo que él. Por su parte, él también solía referirse a su madre como «mamá gagá» cuando la mencionaban en la conversación.

—Está en Londres —le informó Gagga—. Uno de esos nuevos jóvenes emprendedores está abriendo allí un despacho con el presidente de la república y toda su panda. Han ido en un jet privado, faltaría más.

—Les va muy bien a esos talentos.

—Están hasta el cuello de deudas. Que al final alguien tendrá que pagar.

—Pues a mí me parece que lo están haciendo muy bien —objetó Sigurður Óli, que había seguido con interés el éxito de los empresarios islandeses tanto en Islandia como en el extranjero.

Admiraba su audacia y su iniciativa, y había disfrutado viéndolos comprar prestigiosas empresas danesas y británicas.

Se sentaron a la mesa. Su madre le había preparado su plato favorito: lasaña de

atún.

—¿Quieres que te la caliente en el microondas? —le preguntó mientras retiraba el plato de la mesa y lo metía de inmediato en el microondas sin darle tiempo para responder.

El aparato emitió un pitido y Gagga le sirvió la lasaña a su hijo. En la cabeza de Sigurður Óli todavía resonaba la breve conversación telefónica que había tenido con Finnur sobre la muerte de Lína. Su compañero estaba alterado, más bien indignado, y había dirigido toda su ira contra él. «¿Qué coño hacías en su casa, Siggi?», le había preguntado. No soportaba que lo llamaran Siggi.

—¿Sabes algo de Bergþóra? —preguntó su madre.

—Ayer quedé con ella.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se cuenta?

—Me dijo que nunca te había caído bien.

Gagga guardó silencio. Todavía no había empezado a comer. Se sirvió una porción de lasaña con una cuchara, se levantó y la metió en el microondas. Sigurður Óli aún estaba molesto porque le había hecho perder el tiempo con lo del buzón y le había interrumpido el partido de fútbol con su llamada la noche anterior. Pero lo que más le irritaba era lo que Bergþóra le había confesado.

—¿Por qué dice eso? —preguntó su madre frente al horno mientras esperaba el pitido.

—Está totalmente convencida.

—¿Acaso me echa la culpa de que las cosas os fueran así?

—No recuerdo haberte visto muy desilusionada.

—Claro que lo estaba —objetó en un tono poco convincente.

—Bergþóra nunca me había mencionado nada antes. Pero es verdad que, echando la vista atrás, me acuerdo de que nunca venías a vernos y de que casi no la llamabas. ¿Tratabas de evitarla?

—En absoluto.

—Ayer habló mucho de ti. Fue muy sincera. Al fin y al cabo, no tenemos nada que ocultarnos. Me dijo que no te parecía lo bastante buena para mí y que la culpabas de que no pudiéramos tener hijos.

—¡Qué tontería! —exclamó Gagga.

—¿Lo es? —preguntó Sigurður Óli.

—Es un disparate —respondió su madre mientras se sentaba con el plato caliente. No tocó la comida—. Esa chica no tiene ningún derecho a decir algo así. ¿Pero qué idiotez es esa?

—¿Le echabas la culpa de que no pudiéramos tener hijos?

—¡Pero es que era culpa suya! No hacía falta que yo se la echara.

Sigurður Óli dejó el tenedor en la mesa.

—Y ese fue todo el apoyo que recibió por tu parte —reparó.

—¿Apoyo? Ni que a mí me hubiera apoyado alguien cuando tu padre y yo nos

divorciamos.

—Tú te las sueles apañar sola. ¿De qué apoyo estás hablando? Fuiste tú quien lo dejó.

—¿Y qué? ¿Qué va a pasar con lo vuestro?

Sigurður Óli apartó su plato y miró a su alrededor. Desde la cocina se veía el enorme salón. La casa de su madre era fría: paredes pintadas de blanco, suelo radiante de baldosas negras, muebles de diseño con formas rectilíneas, caros e impersonales, y cuadros de artistas muy cotizados, pero no por ello precisamente buenos.

—No lo sé —respondió—. Supongo que se ha terminado.

Sigurður Óli se pasó más tarde por al hospital y le dio sus condolencias a Ebeneser. Había estado llorando. Había salido un momento al mediodía y, a su regreso, Lína había fallecido. Sentado en la sala de espera, confuso, parecía no saber adónde ir. Había seguido el cadáver con la mirada mientras lo trasladaban al depósito, donde le practicarían inmediatamente la autopsia para determinar las causas exactas de su muerte.

—No he estado a su lado —comentó Ebeneser después de que Sigurður Óli llevara un rato sentado junto a él—. En el momento de su muerte, quiero decir.

—No. Te doy mi pésame —dijo Sigurður Óli.

Ardía en deseos de interrogar a Ebeneser, pero pensó que lo mejor era concederle un poco más de tiempo para recuperarse, aunque no más de lo que había durado su visita a Gagga.

—No volvió a despertarse —dijo Ebeneser—. No volvió a abrir los ojos. No pensé que sería tan grave. Cuando he vuelto, ya se había marchado. Estaba muerta. ¿Qué... qué pasó exactamente?

—Estamos averiguándolo —le informó Sigurður Óli—. Pero tienes que ayudarnos.

—¿Ayudaros? ¿Cómo?

—¿Por qué la agredieron?

—No lo sé. No sé quién lo hizo.

—¿Quiénes sabían que Lína estaría en casa?

—¿«Sabían»? No lo sé.

—¿Os peleasteis alguna vez con personas violentas o con matones?

—No.

—¿Seguro?

—Pues claro que estoy seguro.

—Tengo la sospecha de que la persona que agredió a Lína no fue un simple ladrón. A juzgar por lo que vi, me parece mucho más probable que se tratara de un matón. No es seguro que actuara por cuenta propia. ¿Ves por dónde voy?

—No.

—No podemos descartar que alguien lo enviara a vuestra casa. Con la intención de agrediros. O de agredir a Lína. Por eso te pregunto: ¿quiénes sabían que tú no estarías en Reikiavik ese día, que Lína se iba a quedar sola en casa?

—En serio que no lo sé. ¿Es necesario hablar de eso ahora mismo?

Pasaron un rato sentados en la sala de espera, uno frente al otro, rodeados de silencio. Las agujas del gran reloj colgado sobre la puerta avanzaban lentamente. Sigurður Óli se inclinó hacia delante y susurró:

—Sé que tu novia y tú chantajeabais a la gente amenazándola con difundir fotos tuyas si no os entregaba cierta suma de dinero.

Ebeneser lo miró fijamente.

—Y eso puede ser arriesgado —prosiguió Sigurður Óli—. Sé que lo hacíais porque conozco a personas que han caído en vuestras niñerías. ¿Sabes de quién estoy hablando?

Ebeneser negó con la cabeza.

—Muy bien. Como tú quieras. No creo que ellos os enviaran a aquel cabrón. Lo dudo porque los conozco y creo que no son tan retorcidos. Fui a vuestra casa para hablar con Lína y llegué en el momento en que la agredían.

—¿Estabas allí?

—Sí. Las personas de las que te hablo me pidieron que os disuadiera de vuestro intento de chantaje y os convenciera para que me entregarais las fotos.

—¿Qué...? ¿Puedes...? —Ebeneser no sabía qué decir.

—¿Sabes ya a quiénes me refiero?

Ebeneser volvió a negar con la cabeza.

—¿No podemos discutir esto en otro momento? —Había bajado tanto la voz que apenas se le podía oír—. Lína acaba de fallecer.

—Algo me dice —continuó Sigurður Óli sin hacer caso del comentario de Ebeneser— que ese cabrón pudo haber ido a ver a Lína con la misma intención que yo. ¿Entiendes?

Ebeneser no respondió.

—Había ido allí con las mismas intenciones que yo: convencerla de que abandonara su estúpido plan. O vuestro estúpido plan. ¿Tiene sentido lo que digo?

—No sé de qué plan me estás hablando —aseguró Ebeneser.

—¿Habéis intentado alguna vez extorsionar a alguien?

—No.

—¿Quién sabía que Lína estaría sola en casa?

—Nadie. O todo el mundo. No lo sé. Cualquiera. No tengo ni idea. Ni que tuviera hecha una lista.

—¿No quieres intentar que se resuelva el caso?

—¡Desde luego! Pero ¿qué te pasa? Pues claro que quiero resolverlo.

—¿Quién querría amenazaros o agrediros hasta mataros?

—Nadie. No estás diciendo más que tonterías.

—Tengo toda la impresión de que la muerte de Lína ha sido un accidente —apuntó Sigurður Óli—. Un terrible accidente. A ese bastardo se le fue la mano. ¿Quieres ayudarnos a encontrarlo?

—Claro. Pero ¿podemos hacerlo en otro momento? Tengo que ir a casa. Debería ver a los padres de Lína. Tengo que...

Parecía estar punto de echarse a llorar.

—Necesito las fotos, Ebeneser —exhortó Sigurður Óli.

—Tengo que irme.

—¿Dónde están?

—No estoy para esto.

—Yo solo sé de una pareja, pero ¿había más? ¿Quién anda detrás de vosotros? ¿En qué lío os habéis metido?

—En ninguno, déjame en paz —dijo Ebeneser—. Déjame en paz —repitió mientras salía de la sala de espera.

Sigurður Óli se dirigía a la salida del hospital cuando por su lado pasó una enfermera empujando a un enfermo en silla de ruedas. Llevaba los brazos escayolados y la mandíbula sujeta con unas vendas. Un enorme hematoma le impedía abrir un ojo y, a juzgar por el vendaje, tenía la nariz rota. A primera vista no lo reconoció, pero luego se dio cuenta de que era el chico con el que había hablado en el pasillo de la comisaría, al que había llamado perdedor y le había recordado lo desgraciado que era. El chico, que si no recordaba mal se llamaba Pétur, levantó la vista al cruzarse con él. Sigurður Óli lo detuvo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

El muchacho no podía responder, pero la mujer que empujaba la silla de ruedas no tuvo ningún problema en hacerlo: había recibido una grave paliza cerca de la comisaría de la calle Hverfisgata el lunes por la mañana. Tenían que hacerle más radiografías.

La enfermera no sabía si habían conseguido atrapar a los que habían dejado al chico en aquel estado. El chico mantuvo la boca cerrada y no reveló el nombre de los autores.

Poco después, Sigurður Óli se disponía a entrar en la comisaría de Hverfisgata por la puerta trasera cuando de pronto un hombre andrajoso y hediondo saltó de una sombra y se interpuso en su camino.

—No hay forma de contactar con vosotros —le susurró el hombre con una voz extrañamente ronca y débil mientras lo agarraba del brazo.

Sigurður Óli se llevó un susto de muerte, pero se recuperó enseguida y se puso inmediatamente hecho una furia. El hombre parecía un vagabundo cualquiera. Sigurður Óli había tratado con alguno que otro a lo largo de su carrera y aquella cara le sonaba, pero no terminaba de ubicarla, y tampoco sabía si le interesaba hacerlo.

—¿Qué es eso de asaltar así la gente? —exclamó mientras se quitaba de encima al hombre, que dio un traspie al soltarle el brazo.

—Tengo que hablar con Erlendur —gruñó.

—Yo no soy Erlendur —anunció Sigurður Óli, y siguió camino de la puerta.

—¡Ya lo sé! —chilló el indigente mientras lo seguía—. ¿Dónde está? Tengo que hablar con él.

—Pues aquí no está, y tampoco sé dónde para —aclaró Sigurður Óli abriendo la puerta.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó el hombre.

Sigurður Óli se detuvo un instante.

—¿Te acuerdas de Andresito? Estabas con Erlendur. Ibas con él cuando vinisteis a casa y os hablé de él.

Sigurður Óli lo miró detenidamente mientras sujetaba la puerta.

—¿Andresito?

—¿No te acuerdas de Andresito? —dijo con voz ronca antes de rascarse la entrepierna y sorberse la nariz.

Sigurður Óli recordaba vagamente haber hablado con aquel hombre, pero tardó en ponerlo en contexto. Había perdido tanto peso desde entonces que le colgaba toda la ropa: un anorak mugriento, un jersey de lana que le venía el doble de grande y unos vaqueros. Su calzado, unas botas de agua negras, no era mucho más elegante. Su cara también era más delgada y la carne le caía como las prendas que llevaba puestas. Era imposible adivinar su edad. Sigurður Óli creyó recordar que tenía unos cuarenta y cinco años.

—¿Eres Andrés?

—Tengo que contarle algo a Erlendur. Tengo que hablar con él.

—Pues no va a poder ser —dijo Sigurður Óli—. ¿Por qué tienes que verte con él?

—Tengo que verme con él.

—Eso no es una respuesta. No puedo perder más tiempo en esto. Erlendur volverá

pronto y entonces podrás hablar con él.

Sigurður Óli cerró la puerta en las narices de Andrés y caminó hacia su despacho dando grandes zancadas. Se acordaba bien de aquel hombre y de la investigación relacionada con él. Lo había visto poco después de Año Nuevo, en enero, en pleno invierno glacial.

Distinguió a Finnur a lo lejos y trató de darle esquinazo, pero ya era demasiado tarde. Escuchó la voz de su compañero:

—¡Siggi!

Sigurður Óli aceleró el paso hacia su despacho haciendo como que no lo había oído. Además, no solía responder cuando lo llamaban Siggi en el trabajo.

—¡Tengo que hablar contigo! —gritó Finnur siguiéndolo por el pasillo hasta entrar en su despacho.

—Ahora no tengo tiempo —dijo Sigurður Óli.

—Pues tendrás que tenerlo. ¿Qué estabas haciendo en casa de Sigurlína? ¿Por qué pensaste inmediatamente que había sido un matón quien la había agredido? ¿Y qué son esas fotografías raras de las que hablabas? ¿Qué sabes tú que no sepamos nosotros? ¿Y por qué narices nos lo estás ocultando?

—No estoy... —comenzó Sigurður Óli.

—¿Quieres que informe a los superiores? —interrumpió Finnur—. No me cuesta nada.

Sigurður Óli sabía que no dudaría en hacerlo. Seguramente lo acusaría de negligencia. Le habría gustado disponer de más tiempo para cubrirse las espaldas. Le preocupaba que Patrekur pudiera quedar implicado en la investigación. Hermann y su mujer le traían sin cuidado.

—Tranquilízate, no es nada grave. No quería complicar el caso sin necesidad. Era solo una agresión. Pero ahora es un homicidio. Iba a hablar contigo...

—Vaya, qué delicadeza. ¡Suéltalo ya!

—Son unas fotografías en las que aparecen los conocidos de un amigo mío, Patrekur —explicó Sigurður Óli—. Él me puso en contacto con ellos. El marido se llama Hermann. Fui para hablar con Sigurlína y Ebeneser, que usaban las fotografías para chantajearlos, a él y a su mujer. Son fotos de ellos manteniendo relaciones sexuales. En la que pude ver se identifica claramente al tal Hermann. Lína y Ebbi se dedicaban a hacer chantaje. Organizaban en casa lo que se llaman fiestas de *swingers*, que es otra forma de decir «intercambio de parejas». La cosa en sí no tiene nada de malo, pero en este caso parece ser que Lína y Ebbi querían aprovecharse para sacarle dinero a la gente. Podría haber más víctimas, pero eso ya no lo sé.

—Y entonces ¿qué? ¿Pretendías investigarlo tú solito para tu amigo?

—Tenía toda la intención de contároslo. Lo estoy haciendo ahora. No ha ocurrido nada malo. Tan solo quería hablar con Lína y Ebbi antes de que ocurriera alguna tontería. La mujer de Hermann es particularmente vulnerable, está haciendo carrera en política, creo. Cuando llegué, Lína estaba tirada en el suelo y el agresor me atacó.

Llamé para pedir refuerzos y se nos escapó.

—¿Y qué dice ese tal Hermann?

—Niega tener nada que ver con la agresión. No tengo razones para pensar que miente, pero tampoco las tengo para pensar que dice la verdad. El agresor podría haber actuado por su propia cuenta.

—O sea, que hay más gente que podría encontrarse en la misma situación que Hermann —dijo Finnur—, gente que quizá podría estar en contacto con matones. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí. Aunque tampoco veo razones para descartar a Hermann.

—¿Llegó a decirte algo Sigurlína cuando estuviste en su casa?

—No. Cuando llegué, ya estaba inconsciente.

—¿Y Ebeneser?

—Finge no saber nada. Dice que no tiene ninguna foto y que no sabe por qué pudieron agredir a Lína. Mañana por la mañana tenemos que acribillarlo a preguntas, mientras todavía sea vulnerable.

—¿Cómo se te pudo ocurrir ocultárnoslo?

—Yo... Ha sido un error. No tenía intención de ocultar nada.

—No, claro, por eso te pusiste a jugar a los detectives privados. ¿Te parece normal?

—No he tenido un día normal desde que soy policía.

—Sabes que tengo la obligación de informar de lo ocurrido, ¿no? Mejor sería que lo hicieras tú mismo.

—Haz lo que quieras. En ningún caso he perjudicado la investigación. Me considero apto para continuar en ella. Pero eres tú quien la dirige. Así que tú mandas.

—¿Cómo que apto? ¿Acaso no estás protegiendo a tu amigo?

—Esto no tiene nada que ver con él.

—Pero ¿qué cojones? —gritó Finnur—. Entonces ¿por qué hablé contigo? No me vengas con esas. No lo empeores. Hablé contigo porque él también está metido hasta el cuello en esta historia y quiere ponerle fin con una investigación oficial. Te está utilizando, Siggi. ¡Abre los ojos!

Finnur salió furioso del despacho dando un portazo.

Cuando Sigurður Óli llegó a casa por la noche no encendió el televisor, como tenía por costumbre. En su lugar, se preparó un sándwich y se sirvió un vaso de naranjada. Después se sentó a la mesa de la cocina y cenó. Era pasada la medianoche y en la casa reinaba el silencio más absoluto. Su nuevo edificio alojaba seis apartamentos, y desde que vivía allí no había entablado relación con ningún vecino. Saludaba a alguno de manera puntual si no le quedaba más remedio. Por lo demás, trataba de rehuirlos. No tenía ningún interés en hablar con desconocidos a no ser que debiera hacerlo por trabajo. Sabía que en el inmueble vivían tres familias con niños, un

matrimonio mayor y un cuarentón soltero a quien una vez había visto con una chaqueta que llevaba el logotipo de una marca de neumáticos. El hombre había mostrado la intención de trabar amistad. Lo saludaba siempre al entrar o salir del edificio, y un sábado por la tarde llamó a su puerta para preguntarle si tenía azúcar. Sigurður Óli se puso en guardia y respondió que no tenía azúcar; en cuanto su vecino se puso a hablar de fútbol inglés, le cerró la puerta diciendo que estaba ocupado.

Sigurður Óli se terminó el sándwich pensando en Patrekur, en Hermann y en las palabras de Finnur. También pensó en el borracho que le había preguntado por Erlendur. Se llamaba Andrés y lo recordaba con mejor aspecto, aunque tampoco es que lo hubiera visto en plena forma la última vez. Era un alcohólico que vivía en un inmueble, probablemente estatal, no muy lejos de donde habían aparecido apuñalado un niño de origen tailandés medio congelado en el suelo. Aquel año la ciudad atravesaba una cruda ola de frío. La policía se había volcado en resolver el caso y Andrés había sido uno de los muchos vecinos interrogados al tratarse de un delincuente habitual que ya había visitado comisaría varias veces por robos y agresiones. Tras concluir que su testimonio era inconsistente y poco fiable, consideraron que no representaba ningún tipo de amenaza.

Sin embargo, llegado el otoño, Andrés emergió como un fantasma entre las sombras de la parte trasera de la comisaría. Sigurður Óli se preguntaba qué le ocurriría o qué pretendería. Por un momento le pareció mal haberle cerrado la puerta en las narices.

Pero solo por un momento.

El día siguiente a su regreso del campo, se despertó en el sofá del salón. Alguien lo había llevado hasta allí desde la mesa de la cocina, donde se había quedado dormido. Tardó en despertarse, y por un instante pensó que todavía seguía en la granja y que lo esperaban las tareas matutinas. Pero después recordó el trayecto en autobús, la espera en la estación y el desconocido que lo había ido a buscar.

Se incorporó en el sofá. No sabía cuánto tiempo había dormido. Fuera hacía buen día y la luz del sol iluminaba el apartamento. Reconocía algunos muebles, pero otros no. Algunos le parecían objetos extraños, como el televisor, en el que no se había fijado la tarde anterior. Reposaba sobre una mesa, con su pantalla abombada de cristal, su carcasa negra de plástico y su extravagante fila de botones. Se levantó y, al acercarse al aparato, se vio reflejado de forma extraña, con la cabeza estirada y deforme. Sonrió al ver aquella caricatura de sí mismo. Deslizó una mano por la pantalla y de repente al tocar los botones ocurrió algo: escuchó un leve zumbido y en la pantalla apareció un símbolo incomprensible acompañado de un pitido ensordecedor. Se alejó del aparato y comenzó a tocar todos los botones con la esperanza de detener el ruido. De pronto, la misteriosa imagen encogió y se transformó en un puntito que había desaparecido en la pantalla. Tras cesar el pitido, suspiró aliviado.

—Pero ¿qué escándalo es ese?

Su madre salió al salón.

—Creo que he encendido la pantalla —confesó avergonzado—. No era mi intención.

—¡Conque eras tú, chiquitín! —dijo su madre—. Perdona, me hubiera gustado ir a buscarte ayer, pero no pude. Llevo unos días pachucha. ¿Has visto mis cigarrillos?

El chico miró a su alrededor mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué habré hecho con el paquete? —suspiró recorriendo el apartamento con la mirada—. ¿Te fue a buscar Rögnvaldur?

Desconocía la respuesta: no sabía cómo se llamaba el hombre que lo había ido a buscar. Una vez localizados el tabaco y las cerillas, su madre encendió un cigarrillo. Inhaló el humo y lo expulsó; después le dio otra calada y echó el humo por la nariz.

—¿Qué te pareció, cariño? —le había preguntado.

—¿Quién?

—Röggi, ¿quién va a ser? ¿Estás en Babia o qué?

—Pues no sé —respondió el chico—. Bien.

—Röggi es un encanto —comentó mientras aspiraba el humo—. A veces un poco misterioso, pero me gusta. Mejor que ese bastardo de tu padre, ya te lo digo. Mucho mejor que ese cabrón. ¿Has comido algo, cielo? ¿Qué desayunabas en el campo?

—Gachas de avena —respondió.

—¿Y no te daban asco? —objetó su madre—. ¿No quieres mejor unos cereales?

Es lo que come la gente en América. He comprado una caja especialmente para ti, de chocolate.

—Quizá —dijo por no quedar como un desagradecido. Le gustaba tomar gachas de avena por la mañana, y es lo que desayunaba cada día en la granja, salvo cuando había compota de ruibarbo, que le encantaba con azúcar.

La siguió hasta la cocina. Allí su madre sacó una caja marrón y dos cuencos que llenó de unas bolitas marrones. Seguidamente fue a buscar leche a la nevera, la vertió encima y le pasó uno de los cuencos a su hijo. Tiró la colilla en el fregadero sin haberla apagado y comenzó a desayunar. El niño cogió una cucharada de bolitas y se la metió en la boca. Eran duras y se desmenuzaban.

—¿A que están buenos? —le preguntó su madre.

—Bastante —respondió.

—Mucho mejor que las gachas —insistió su madre.

La leche se tiñó de marrón. Se la bebió directamente del cuenco y le gustó el sabor. Luego contempló a su madre. Había cambiado desde la última vez que la había visto, había engordado y parecía tener la cara más hinchada. Le faltaba un incisivo en la mandíbula.

—¿Estás contento de haber vuelto a casa? —le preguntó.

El chico reflexionó unos segundos.

—Sí, claro —respondió, consciente de que no había sonado muy convincente.

—¿Cómo? ¿Es que no estás contento de ver a tu madre? Muy bonito, después de todo lo que he luchado por tenerte de nuevo en casa. Deberías darle las gracias a tu madre por todo lo que ha hecho por ti.

Se encendió otro cigarrillo y lo miró fijamente.

—Muy bonito —repitió antes de dar una calada tan intensa que hizo brillar la brasa del cigarrillo.

Cuando quería descansar se tumbaba en el suelo del sótano de Grettisgata y dormía una o dos horas seguidas. Llevaba días sin ir a su casa. No podía quedarse dormido bajo ningún concepto, tenía que vigilar al viejo malnacido para que no huyera. No se le podía escapar de las manos.

No había conseguido hacerse ni con la cámara Eumig ni con ninguna cinta. Había levantado las mesas, había tirado al suelo el contenido de los cajones y había destrozado los armarios y las estanterías. Por último, tras un momento de duda, había abierto la puerta del dormitorio. Dentro reinaba el mismo desorden que en el resto de la casa. La cama estaba deshecha y ni el colchón sucio ni el edredón llevaban fundas. En un rincón había una cómoda vieja con cuatro cajones y, pegado a la pared, un armario ropero. Junto a la cama, un montón de prendas se amontonaban sobre una silla. El suelo era de linóleo marrón. Primero se ocupó del armario y lanzó por los aires las camisas y los pantalones hasta tirarlos todos. Rasgó algunas prendas con un

cuchillo. Estaba poseído por la rabia. Entró en el armario y golpeó los paneles hasta romperlos. A continuación sacó los cajones de la cómoda y los vació, tirando al suelo la ropa interior, los calcetines y unos papeles que no se molestó en examinar. Pateó con fuerza uno de los cajones hasta que consiguió desfondarlo. Por último, volcó el armario y rompió el fondo de una patada. Después rasgó el colchón y lo despedazó. Cuando acabó con él, lo lanzó al suelo. Seguidamente levantó el somier. No halló ni rastro de la cámara ni de las cintas.

Regresó al salón y se sentó junto al anciano. La única fuente de luz en aquella ratonera era la que proyectaba sobre la pared el aparato Bell&Howell. No lo había apagado desde que lo encontró. La lámpara estaba como nueva. Giró el aparato para enfocar el haz hacia el hombre, que seguía atado a la silla, contraído y con la máscara puesta.

—¿Dónde escondes ese trasto? —preguntó. Jadeaba a causa del esfuerzo.

El hombre levantó la cabeza y entornó los ojos frente a la luz del proyector.

—Suéltame —se oyó gemir bajo la máscara.

—¿Dónde está la cámara?

—Suéltame.

—¿Dónde están las películas que grabaste con ella?

—Suéltame, Andresito, podemos hablar.

—No.

—Suéltame.

—¡Cállate!

El hombre emitió una tos ronca.

—Suéltame y te lo contaré todo.

—¡Que te calles!

Se levantó y buscó el martillo. No recordaba dónde lo había dejado. El apartamento había quedado patas arriba tras la búsqueda de la cámara. Paseó la mirada por aquel caos, por la mesa y las sillas desparramadas por el suelo, y recordó haber llevado el martillo a la cocina. Cruzó el salón sorteando los restos de aquel estropicio y localizó el mango. Se había caído al suelo. Lo recogió, regresó al salón y se colocó enfrente del malnacido. Lo agarró con fuerza del mentón y le inclinó la cabeza hacia atrás hasta que el clavo quedó en posición vertical.

—¡Dímelo! —gruñó alzando el martillo.

—¡Cállate! —se escuchó bajo la máscara.

Dejó caer el martillo, pero justo antes de alcanzar el clavo frenó y golpeó la punta con suavidad.

—¡Que me lo digas!

—¡Cierra la boca, desgraciado!

—A la próxima te lo clavo hasta el fondo —susurró.

Levantó el martillo y, cuando estaba a punto de asestar el golpe, el hombre comenzó a gritar.

—¡No! ¡No! Espera... No lo hagas, no lo hagas...

—¿Qué?

—No lo hagas —suplicó el hombre lloriqueando—. Para, suéltame... suéltame...

—¿Que te suelte? —dijo.

—Deja... que me vaya... Suéltame... —Sus palabras se habían convertido en susurros—. Para... ya basta...

—¿Que pare? ¿Que ya basta? ¿No era eso lo que te decía yo a ti? ¿Te acuerdas? ¡¿Te acuerdas de cuando te rogaba que pararas?! ¡¿Te acuerdas, hijo de la gran puta?!

El martillo se había deslizado en su mano, pero lo volvió a alzar y lo dejó caer con todas sus fuerzas. Por unos milímetros no golpeó la cabeza del hombre.

Se inclinó hacia él.

—¡O me dices dónde escondes esa mierda o acabas con el clavo en la cabeza!

Patrekur parecía estar bastante atareado cuando Sigurður Óli lo interrumpió en su despacho. Trabajaba como ingeniero especializado en capacidades portantes y se dedicaba sobre todo a proyectos relacionados con la construcción de puentes y presas. Su gabinete era uno de los más importantes del país en la materia. Patrekur gozaba de muy buena reputación, tenía a su cargo a un gran equipo y ocupaba el puesto de subdirector. Los gabinetes de ingeniería estaban en auge como consecuencia del *boom* económico que experimentaba el país, un *boom* que se manifestaba en la gran expansión bancaria, las inversiones en el extranjero por parte de magnates y empresas islandesas, la proliferación de nuevos edificios en la capital y la construcción de obras faraónicas, como una presa y una fundición de aluminio en los fiordos del este. Era obvio que Patrekur no podía quejarse de que escasearan los proyectos. Todavía era muy temprano. Con la camisa arremangada, un móvil en una mano y el teléfono fijo en la otra, leía los datos que aparecían en una de las dos pantallas de su escritorio. Sigurður Óli cerró la puerta al entrar y se sentó frente a Patrekur en un sofá de cuero negro. Cruzó las piernas y esperó con paciencia.

Patrekur se sorprendió al ver que Sigurður Óli entraba y se sentaba en su despacho. Puso fin rápidamente a una de sus conversaciones, pero el otro interlocutor parecía resistirse a colgar. Sigurður Óli prestó atención, pero su interés se desvaneció cuando la conversación se centró en volúmenes de hormigón armado y los crecientes costes de diseño.

A juzgar por el despacho de Patrekur, allí trabajaba un hombre muy ocupado. Las pilas de documentos que cubrían su escritorio invadían también la repisa de la ventana. Contra la pared se apoyaban unos planos enrollados. Un casco de seguridad colgaba de un clavo. Sobre el escritorio reposaba una foto de Súsanna y sus hijos.

—Están empezando a ponérmelo difícil —anunció Sigurður Óli cuando Patrekur colgó por fin.

El teléfono fijo comenzó a sonar. Patrekur levantó el auricular, lo apoyó en la mesa y desconectó el aparato. A continuación apagó el móvil.

—¿Quiénes? —preguntó—. ¿Por qué? ¿De qué estás hablando?

—Mis compañeros de la comisaría de Hverfisgata. Tuve que hablarles de ti y de nuestra amistad.

—¿De mí?! ¿Por qué?

—Piensan que estás más metido en el caso de lo que me has dicho. La muerte de Lína ha agravado las cosas. De hecho, no debería estar aquí hablando contigo. Literalmente.

Patrekur miró fijamente a Sigurður Óli.

—¿Estás de broma?

Sigurður Óli negó con la cabeza.

—¿Por qué tuviste que hablarles de mí?

—¿Por qué tuviste que acudir a mí? —replicó Sigurður Óli.

—Ayer vi en las noticias que la mujer había muerto. ¿No pensarán en serio que estoy involucrado?

—¿Y lo estás?

—Venga, hombre, te lo habría contado. ¿Te has metido en algún lío por todo esto?

—Nada de lo que no vaya a saber salir —aseguró Sigurður Óli—. ¿Qué ha dicho Hermann al enterarse de lo de Lína?

—No he hablado con él. Entonces ¿se va hacer todo público?

Sigurður Óli asintió.

—Venía a advertirte de lo que va a ocurrir. Te van a llamar para interrogarte. Seguramente hoy por la tarde. A Hermann también, y a su mujer. Súsanna tampoco se va a librar, por supuesto. Aunque no lo tengo tan claro. El primero que os interrogará se llama Finnur. Es buen tío. Por tu bien, espero que digas toda la verdad y que no omitas ningún detalle ni intentes ocultar nada. Dales respuestas cortas y concisas, y atente a lo que se te pregunta. No digas más de lo necesario. No contestes lo primero que se te ocurra. Y no digas que solicitas la presencia de un abogado: en vuestro caso, no hace falta todavía llegar a ese punto. Solo levantarías sus sospechas. Sé tú mismo y trata de estar relajado.

—¿Eres... somos sospechosos de haberlo hecho? —suspiró Patrekur.

—La situación de Hermann es mucho peor —apuntó Sigurður Óli—. La tuya, no lo sé. Le hablé a Finnur de nosotros, de las fotografías y del chantaje. Le expliqué de qué conoces a Hermann y que tú nos pusiste en contacto.

Estupefacto, Patrekur se hundió en su silla. Miró fugazmente la foto de su mujer y sus hijos.

—Ya veo de qué vale pedirte consejo —comentó.

—Al final se ha destapado todo —dijo Sigurður Óli.

—¿Destapado? ¡¿El qué?! ¡Súsanna y yo no hemos hecho nada!

—Finnur discrepa —dijo Sigurður Óli—. Cree que me has utilizado, que a ti también te salpica esa mierda y que tu única intención era que asustara a la pareja para poder recuperar las fotografías.

—No me lo puedo creer —dijo Patrekur.

Sigurður Óli vio a su amigo retorcerse en la silla.

—Yo tampoco. Como digo, Finnur es un buen tío, pero, para serte sincero, debo decir que su idea me parece ridícula. Prefiere obviar el hecho de que difícilmente me habríais enviado a mí y al matón a casa de Lína al mismo tiempo. ¿Hay algún detalle más que puedas contarme? ¿Algo que pudiera ayudarnos a encontrar a quien lo hizo? ¿Sabes de alguien que estuviera en contacto con Lína y Ebbi?

Notó el alivio de su amigo al ver que no creía en la hipótesis de Finnur.

—No sé nada más —aseguró Patrekur—. Te he dicho ya todo lo que sé y, en realidad, no sé nada. Nada de nada. No conocíamos en absoluto a esa pareja.

—Perfecto —dijo Sigurður Óli—. Dile eso mismo a Finnur cuando hables con él,

y todo debería ir bien. No menciones que he venido aquí para advertirte.

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Patrekur con gesto suplicante—. No me han interrogado en la vida.

—Eso ya no está en mis manos —señaló Sigurður Óli.

—Se van a enterar los medios, ¿verdad?

Sigurður Óli no encontraba palabras de consuelo para su amigo.

—Es de esperar —apuntó.

—Joder, ¡¿qué necesidad tenías de meterme en esto?!

—Ha sido Hermann —puntualizó Sigurður Óli—. No yo.

Al regresar a la comisaría de Hverfisgata, vio que su padre lo estaba esperando. A Sigurður Óli le extrañó su visita, ya que nunca se había acercado por allí en horario laboral.

—¿Todo bien? —fue lo primero que le preguntó.

—Sí, todo bien, Siggi, hijo —respondió su padre—. Quería saber qué tal estabas. Como estoy trabajando por aquí cerca, se me ha ocurrido que podía pasarme un momento; he caído en que nunca había venido a verte al trabajo.

Sigurður Óli lo acompañó hasta su despacho, tan asombrado como irritado ante aquella intrusión repentina. Su padre respiró hondo al sentarse, como si estuviera cansado. Bajito pero corpulento, tenía unas manos fuertes y curtidas después de haberse pasado toda la vida manejando tubos y tenazas. Cojeaba levemente debido a una lesión de rodilla causada por la continua necesidad de trabajar agachado. Por debajo de su gorra de béisbol despuntaban unos mechones de pelo gris. Hacía tiempo que no visitaba al barbero. Sus gruesas cejas conservaban el color pelirrojo y realizaban su simpática mirada. Llevaba su típica barba de tres días. Sigurður Óli sabía que no se afeitaba más que una vez a la semana, los sábados, y que nunca se retocaba las cejas, como si estuvieran hechas de metales preciosos.

—¿Has ido a ver a tu madre? —le preguntó mientras se masajeaba la rodilla dolorida.

—Fui ayer a su casa —dijo Sigurður Óli. Estaba convencido de que no se trataba de una visita de cortesía. Su padre nunca perdía el tiempo sin necesidad—. ¿Te traigo un café?

—No, gracias, no te molestes —se apresuró a decir su padre—. ¿Y se encontraba bien?

—Sí, bastante bien.

—¿Sigue con ese hombre?

—¿Sæmundur?

Parecía una copia de la conversación que habían mantenido hacía tres semanas cuando su padre lo llamó sin razón aparente, o en todo caso para preguntarle por Gagga y su nueva pareja, Sæmundur. No habían vuelto a hablar desde entonces.

—Un buen hombre —comentó su padre.

—No lo conozco —señaló Sigurður Óli.

No mentía: hacía todo lo posible por evitarlo.

—Tu madre sabe apañárselas.

—¿Vas a hacer algo para tu cumpleaños? —le preguntó Sigurður Óli mientras lo veía masajearse la rodilla.

—No, supongo que no. Yo...

—¿Qué?

—Tienen que ingresarme, Soggi, hijo.

—¿Cómo?

—Han detectado algo en la próstata. Nada raro en un hombre de mi edad.

—¿Qué... qué es? ¿Cáncer?

—Esperemos que no esté muy avanzado. Creen que no se ha extendido. Pero la operación corre prisa y quería decírtelo.

—Joder —dijo Sigurður Óli instintivamente.

—Ya, estas cosas pasan —dijo su padre—. No sirve de nada darle vueltas. ¿Qué hay de mi querida Bergþóra?

—¿Bergþóra? Todo bien, supongo. Y dime, ¿estás asustado? ¿Qué dicen los médicos?

—Bueno, me preguntaron si tenía hijos, y al hablarles de ti me dijeron que también te querían hacer una revisión.

—¿A mí?

—Me explicaron algo de grupos de riesgo, que pertenecías a un grupo de riesgo. Antes no hacía falta que los hombres se preocuparan por estas cosas hasta los cincuenta años, pero esa edad está reduciéndose cada vez más. Y como es hereditario, quieren verte, o al menos que te hagas una revisión. Quería que lo supieras.

—¿Y cuándo te operan?

—El lunes que viene. Dicen que la cosa no puede esperar.

Cumplida su misión, su padre se levantó y abrió la puerta.

—Eso era todo, Soggi, hijo. Mírate lo de la revisión. No lo pospongas.

Después se marchó, cojeando levemente con su rodilla malgastada.

Todo estaba en calma cuando Sigurður Óli llegó a casa de Ebbi y Lína a primera hora de la tarde. Frente a la puerta estaba aparcado el imponente jeep de Ebeneser, con suspensión elevada y neumáticos gigantes, especialmente diseñado para recorrer carreteras de montaña y conducir por el hielo y la nieve. Sigurður Óli aparcó su coche detrás del jeep y pensó en todas esas expediciones que hacía la gente al inhóspito interior de Islandia. A él nunca le habían motivado. No le gustaba viajar por su país, y menos aún si implicaba acampar, subsistir con lo mínimo o renunciar a las comodidades. No se le había perdido nada en los glaciares islandeses. Bergþóra había tratado alguna vez de estimular su interés por viajar por la isla, pero enseguida le había quedado claro que mostraba la misma reticencia y falta de entusiasmo que para tantas otras cosas. Prefería quedarse en Reikiavik sin alejarse demasiado de su apartamento. Solía pasar sus vacaciones de verano en el extranjero, con una clara prioridad por el sol antes que por las escapadas para explorar mundo; a Bergþóra no le extrañaba que uno de sus destinos favoritos fuera Florida. No quería saber nada de temporadas en España o en algún otro país soleado de Europa. Le parecían lugares sucios donde la comida dejaba bastante que desear. Los sitios históricos, los museos y los monumentos no estaban hechos para él, así que en Orlando podía librarse de todo ese calvario. Sus gustos cinematográficos seguían la misma línea. No podía con las pretenciosas películas europeas. El cine de autor. Las películas de arte y ensayo sin ninguna trama. Lo suyo eran las películas de Hollywood, la acción, la comedia y las grandes estrellas. El cine estaba concebido para hacerse en inglés. Si ponían en la televisión un programa que no fuera británico o americano, la apagaba de inmediato. Los demás idiomas, y en particular el islandés, le sonaban infantiles en la pantalla. Evitaba en lo posible el cine islandés. Tampoco era un gran lector. Apenas leía un libro al año. Sin embargo, escuchaba bastante música, sobre todo rock clásico americano y country.

Permaneció un rato en el coche, detrás del monstruoso vehículo de Ebbi. Pensaba en su padre y en la conversación que había tenido con él sobre el diagnóstico de su cáncer y la recomendación de hacerse él también una revisión de próstata. Frunció el ceño. Le iba a costar. Todavía recordaba las desagradables visitas al Hospital Nacional con los botecitos que llevaba de casa en la época en que Bergþóra y él intentaban tener hijos recurriendo a la ciencia. Debía eyacular en un pequeño recipiente de plástico a primera hora de la mañana, mantenerlo a la temperatura adecuada y entregárselo a las chicas de la recepción dándoles detalles íntimos y permitiéndose alguna broma que otra. Ahora debía acudir a un especialista que le pediría que se tumbara de lado y doblara las rodillas mientras se ponía unos guantes de látex y le hacía comentarios sobre el tiempo antes de realizarle un tacto en busca de posibles tumores.

—¡Joder! —exclamó Sigurður Óli golpeando el volante.

Ebeneser abrió la puerta. Lo dejó pasar con cierta reticencia y le aclaró que estaba de luto. Sigurður Óli se imaginó que había hablado con un psicólogo o con un pastor de la iglesia. Le dijo que lo entendía perfectamente y que se iría enseguida.

Ebeneser había ordenado el salón. Ya no estaba todo patas arriba, como cuando Sigurður Óli lo visitara unos días antes. Ahora la estancia era casi acogedora: la luz tenue de la lámpara de pie, las sillas en su sitio y los cuadros bien colocados en la pared. Sobre la mesa ardía una vela frente a una fotografía de Lína.

Ebeneser estaba preparando café en la cocina cuando Sigurður Óli lo interrumpió. El paquete reposaba sobre la mesa y el compartimento del filtro de la cafetera estaba abierto. Sigurður Óli esperó en vano a que Ebeneser le ofreciera una taza. Sus gestos eran lentos. Parecía ausente y pensativo. Sin duda alguna, la muerte de Lína se estaba convirtiendo en una realidad cada vez más palpable, y las trágicas circunstancias en que se había producido eran ya un hecho indiscutible.

—¿No te dijo nada cuando estuviste aquí? —preguntó Ebeneser mientras medía la cantidad de café que quería usar.

—No —respondió Sigurður Óli—. Estaba inconsciente. Y el agresor me asaltó enseguida.

—No debiste salir a perseguirlo —señaló Ebeneser girándose hacia él—. Tendrías que haberte ocupado de ella. Y no lo hiciste. Podría haber llegado antes al hospital. Es crucial, es crucial en... en circunstancias así.

—Sin duda —confirmó Sigurður Óli—. Por eso mismo llamé inmediatamente para pedir refuerzos. Acababa de colgar cuando el hombre me agredió. Lo quería atrapar, es lo más natural. No creo que se pueda reaccionar de otra manera.

Ebeneser encendió la cafetera y se quedó de pie junto a la mesa.

—¿Y tú? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Yo, qué? —replicó Ebeneser mirando la cafetera.

—Obviamente estarás buscando al culpable. Pero ¿y tú? ¿Qué papel tienes en la agresión que sufrió Lína? ¿Qué estabais tramando? ¿A quién llegasteis a cabrear de esa manera? ¿Fuiste tú quien tuvo la idea? ¿Metiste a Lína en tus follones? ¿Tenéis deudas? ¿Cuál es tu parte de responsabilidad, Ebeneser? ¿Te lo has preguntado?

Ebeneser guardó silencio.

—¿Por qué no nos lo quieres contar? —prosiguió Sigurður Óli—. Sé que intentabais chantajear a la gente con fotos suyas. No te vale de nada que lo niegues. Están interrogando a esas personas y están contando que Lína y tú organizabais fiestas de *swingers* y que hacíais fotos de vuestros encuentros sexuales para luego sacarles dinero. Vas derecho a la cárcel, Ebeneser. Ante todo, te van a acusar de chantaje.

Ebeneser no levantó la vista. La cafetera escupió unas gotas de agua y la jarra comenzó a llenarse de un líquido oscuro.

—Les habéis arruinado la vida —continuó Sigurður Óli—. Y te la has arruinado a ti también, Ebeneser. ¿Y a cambio de qué? ¿A costa de quién? ¿De cuántas coronas

estamos hablando? ¿Cuánto valía Lína? ¿Medio millón? ¿Ese es el precio que le quieres poner?

—Cierra la boca —masculló Ebeneser mientras veía caer el café en la jarra—. Vete de aquí.

—Te van a llamar para someterte a un interrogatorio, probablemente esta tarde. Se te considera sospechoso de un sórdido caso de chantaje. Lo más seguro es que permanezcas en prisión preventiva, no lo sé. Tal vez tengas que solicitar un permiso especial para asistir al funeral de Lína.

Ebeneser miró fijamente la cafetera como si fuera su único salvavidas.

—Piénsatelo bien, Ebbi.

Ebeneser no respondió.

—¿Te suena un hombre llamado Hermann? Le enviasteis una fotografía. Me la enseñó.

Ebeneser seguía mirando la cafetera en silencio. Sigurður Óli respiró hondo. No sabía si continuar o no.

—¿Conoces a un hombre llamado Patrekur? —preguntó por fin—. Su mujer se llama Súsanna. ¿Están también implicados?

Se levantó, caminó hasta Ebeneser y sacó una fotografía del bolsillo de la chaqueta. Había pasado primero por casa para buscarla y llevarla. En la imagen aparecían Patrekur y Súsanna acompañados de Bergþóra; era de los tiempos en que su relación iba bien. Las caras bronceadas y las copas de vino blanco delataban que era pleno verano. Sigurður Óli dejó la fotografía en la mesa, junto a la cafetera.

—¿Los conoces? —preguntó.

Ebeneser echó un vistazo a la fotografía.

—No tienes ningún derecho a estar aquí —dijo en una voz tan baja que Sigurður Óli apenas lo pudo oír—. Largo. ¡Vete de aquí y llévate esa porquería! —gritó tirando la fotografía al suelo—. ¡Lárgate! —gritó empujando a Sigurður Óli, que recogió la fotografía del suelo y se alejó de Ebeneser. Se sostuvieron la mirada hasta que Sigurður Óli dio media vuelta, salió de la cocina y caminó hacia el coche. Nada más subirse miró hacia la casa y a través de la ventana vio a Ebeneser agarrar la jarra del café y estrellarla con todas sus fuerzas contra la pared. La jarra estalló y el café salpicó por toda la cocina como si fuera un vómito ensangrentado.

De camino a casa, Sigurður Óli entró en el gimnasio, corrió unos kilómetros e hizo pesas y máquinas como si le fuera la vida en ello. Siempre veía a las mismas personas, o bien por la mañana o bien por la tarde. A veces intercambiaba alguna palabra y otras veces ninguna, sobre todo cuando deseaba que lo dejaran tranquilo, como ocurría aquel día. No habló con nadie y, si alguien se dirigía a él, contestaba con un monosílabo y se cambiaba de sitio. Nada más terminar su tabla de ejercicios, regresó a casa.

Al llegar se preparó una enorme hamburguesa en pan de chapata con cebolla caramelizada y un huevo frito. Se tomó una cerveza americana y vio un programa americano de entretenimiento.

Demasiado intranquilo como para aguantar mucho rato viendo la televisión, la apagó en cuanto pusieron una serie policiaca sueca. Sentado en el sillón, volvió a pensar en la visita de su padre y en si debía pedir cita con el especialista o dejarlo estar y cruzar los dedos. No soportaba la idea de formar parte de repente de un maldito grupo de riesgo. Siempre se había preocupado de su salud y se consideraba una persona sana. Nunca había tenido que hacerse ninguna revisión de ningún tipo. Estaba orgulloso de no haber estado nunca ingresado en un hospital. No solía coger la gripe, aunque acababa de recuperarse de una. Y eso era todo.

Vio que su libreta de notas estaba en el suelo, debajo de la chaqueta que había colgado en el respaldo de la silla. Se había caído del bolsillo. Sigurður Óli se levantó, la recogió y la hojeó antes de dejarla en el escritorio del salón. Nunca había sido hipocondriaco, nunca le había preocupado contraer una enfermedad grave e incurable. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que le pudiera ocurrir: era la salud personificada. Resolvió que hablaría con un especialista. Sabía que acabaría haciéndolo tarde o temprano. No podría vivir con la incertidumbre.

Cogió de nuevo la libreta, consciente de que debía comprobar algo que se le había olvidado. Revisó sus notas de los últimos días y vio que se trataba de un detalle sin importancia. Le faltaba llamar a un número que le quedaba por verificar. Miró el reloj. No era tan tarde. Cogió el teléfono.

—¿Sí? —escuchó al otro lado de la línea. Era una voz de mujer, cansada e indiferente.

—Disculpa que llame tan tarde —dijo Sigurður Óli—. ¿Conoces a una mujer llamada Sara? ¿Es amiga tuya?

Se hizo un silencio al teléfono.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Sí, bueno... —respondió Sigurður Óli—. ¿Te hizo una visita la noche del pasado lunes? ¿Me lo podrías confirmar?

—¿Quién?

—¿Sara?

—¿Qué Sara?

—Tu amiga.

—¿Quién llama, por favor?

—La policía.

—¿Y qué quiere?

—¿Sara?

—No, la policía.

—¿Estuvo Sara en tu casa el lunes pasado por la noche?

—¿Es una broma?

—¿Una broma?

—Te estarás equivocando de número.

Sigurður Óli dijo el número en voz alta.

—Sí, es aquí —confirmó la mujer—. Pero aquí no trabaja ninguna Sara ni conozco a nadie que se llame así. Esto es la taquilla del cine de la universidad.

—¿No eres Dóra?

—No, y aquí tampoco trabaja ninguna Dóra. Llevo muchos años en este puesto y por aquí no ha pasado nunca ninguna Dóra.

Sigurður Óli clavó la mirada en el número escrito en su libreta mientras visualizaba el *piercing* en la ceja y la serpiente enroscada en el brazo de otra mentirosa más. Y en esa ocasión, una muy convincente.

Sigurður Óli barajaba la opción de convocar a Sara a un interrogatorio, ir a buscarla a su trabajo, sacarla de la fábrica de refrescos entre agentes uniformados, montar una gran escena con el fin de impresionarla y asustarla para que confesara sin oponer resistencia. Esa era una posible estrategia. Otra era presentarse en su lugar de trabajo e intimidarla con amenazas de cárcel, o hablar con su jefe para hacer pública su mentira. No sabía hasta qué punto Sara podría ser un hueso duro de roer, no la conocía de nada, pero daba por hecho que era una mentirosa consumada. Le había dado el número de teléfono del cine de la universidad sin pestañear, creyendo sin duda que no le iba a dar por comprobarlo.

Optó por seguir el segundo método: si bien Sara le había mentido, la verdad es que no tenía por qué guardar relación con la agresión a Lína. Podía tener mil razones para haberle mentido.

Allí seguía en la centralita de la fábrica de refrescos, con su *piercing* en la ceja y su serpiente en el brazo, dos símbolos de rebelión contra la banalidad y la sociedad pequeñoburguesa. «Hortera y sin gusto», pensó Sigurður Óli mientras caminaba hacia ella. Sara estaba al teléfono con un cliente. Sigurður Óli esperó un buen rato, pero cuando le dio la impresión de que la llamada no iba a terminar nunca, perdió la paciencia, le arrebató el auricular y colgó.

—Tenemos que hablar de una cosa —anunció.

Sara lo miró desconcertada.

—¿Pero de qué vas?! —exclamó.

—Aquí o en la comisaría, tú eliges.

Una mujer, bastante más mayor que Sara, los observaba atónita desde su mesa. Sara le lanzó una mirada fugaz. Sigurður Óli percibió que no quería alborotos en su lugar de trabajo.

—¿Te importa si me tomo una pausa? —le preguntó a la mujer, que asintió lentamente y le pidió que no fuera muy larga.

Sara acompañó a Sigurður Óli a la salita del café, abrió la puerta que daba al pasillo y se detuvo. La puerta se cerró tras ellos.

—¿Pero con qué estupideces vienes ahora? —preguntó al tiempo que se escuchó el portazo—. ¿Es que no puedes dejarme tranquila?

—No fuiste a visitar a tu amiga la noche en que se produjo la agresión. Que ahora ya no es una mera agresión, sino un asesinato. El número que me diste era falso.

—No sé de qué me estás hablando —dijo Sara rascándose la serpiente.

—¿Por qué estaba tu coche en la zona donde se cometió el asesinato?

—Estaba visitando a una amiga.

—¿Dóra?

—Sí.

—O eres tonta o piensas que soy tonto —espetó Sigurður Óli—. Puedes pensar en

ello mientras pasas el tiempo en prisión preventiva. Solo quería comunicarte que a partir de ahora eres sospechosa y que te vendrán a buscar luego. Voy a ir a imprimir la orden de arresto. No llevará mucho tiempo. No te dejes el cepillo de dientes.

Sigurður Óli abrió la puerta del patio de la escalera.

—Se lo presté a mi hermano —confesó Sara en voz baja.

—¿Cómo dices?

—Le presté el coche a mi hermano —repitió elevando el tono de voz. Su obstinación parecía relajarse gradualmente.

—¿Quién es? ¿A qué se dedica?

—No hace nada. A veces le dejo el coche. Esa noche lo había cogido, pero no sé adónde fue ni qué hizo.

—¿Por qué me mentiste?

—Siempre se está metiendo en follones. Cuando me preguntaste por el coche y por lo que hacía yo allí, creí que habría hecho alguna de las tuyas. Pero no pienso a ir a la cárcel por él. Ni hablar. Él era quien iba en el coche.

Sigurður Óli miró a Sara, que bajó la vista hacia el suelo. Se preguntó si estaría mintiendo de nuevo.

—¿Por qué debería creerte?

—Me da igual lo que creas o dejes de creer. Era él quien iba en el coche. Eso es todo lo que sé. No es problema mío. Habla con él.

—¿Y qué estaba haciendo allí? ¿Qué te dijo?

—Nada. No hablamos mucho. Es...

Sara no completó la frase.

—Solo le prestas el coche —dijo Sigurður Óli.

Sara levantó la cabeza y miró al agente.

—No... Bueno, eso también es mentira —reconoció.

—¿El qué?

—Que le prestara el coche. Me lo robó. Al día siguiente llegué tarde al trabajo por su culpa. Tuve que coger un taxi. El coche había desaparecido del aparcamiento. Será mi hermano, pero es un capullo integral.

El hermano de Sara se llamaba Kristján y, desde su conversación con Sigurður Óli, su hermana había dejado de prestarle el coche. Nunca cumplía con su palabra y le habían retirado el carnet en dos ocasiones. A veces simplemente no le apetecía devolver el coche y otras veces tenía que ir ella a recogerlo porque él no se encontraba en disposición de hacerlo. El vehículo en cuestión, un viejo Micra, podría estar aparcado en algún lugar del centro acumulando multas de aparcamiento. Por eso había decidido no prestarle más el coche, ni dinero ni ninguna de sus posesiones. De hecho, alguna vez le había robado dinero y, en una ocasión, la tarjeta de crédito. También se había llevado objetos de su piso para venderlos a cambio de droga.

Siempre andaba metido en problemas. Sara no entendía cómo había podido acabar así, dado que ambos habían recibido una buena educación. Sus padres eran profesores. En total eran cinco hermanos y a los otros cuatro les iba bien, pero él siempre había querido nadar a contracorriente. La tarde en que se había llevado el coche, se había pasado primero a ver a su hermana y se había mostrado nervioso e inquieto, como siempre. Se había ido tan pronto como había llegado.

Al despertarse al día siguiente para ir a trabajar, Sara no había encontrado las llaves por ninguna parte y había visto que el coche no estaba en el aparcamiento.

Sigurður Óli comprobó si el tal Kristján había tenido problemas con la justicia, pero no halló nada en los registros de la policía. Siguiendo las indicaciones de Sara, condujo hasta el lugar donde pensaba que vivía su hermano, un sótano que alquilaba un amigo suyo. Kristján seguía empadronado en el domicilio de sus padres, aunque hacía dos años que no vivía con ellos. No tenía trabajo fijo. Lo habían despedido de su último puesto en un supermercado de veinticuatro horas una semana después de haberlo contratado. Había estado robando prácticamente cada día.

Sigurður Óli llamó a la puerta. El sótano se encontraba en un bloque del barrio de Fell y se accedía a él por una puerta independiente. Volvió a intentarlo y siguió sin obtener respuesta. Probó llamando al timbre, pero no escuchó nada en el interior. Se asomó por una ventana que daba a un jardín trasero desangelado, pero no vio nada relevante en el apartamento, solo mugre por todos lados y una mesa llena de latas de cerveza y basura. Regresó a la entrada, golpeó de nuevo la puerta y terminó dándole patadas y haciéndola retumbar.

Al final apareció un individuo escuálido en calzoncillos, con la piel blanca y el pelo largo hasta los hombros. Parecía algo resacoso.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó mientras miraba a Sigurður Óli medio dormido.

—Estoy buscando a Kristján. ¿Eres tú?

—¿Yo? No...

—¿Sabes dónde está?

—¿Qué pasa con Kristján? ¿Por qué...?

—¿Está ahí dentro?

—No.

—¿Sabes si va a volver?

—No. ¿Qué... quién eres?

—Soy de la policía y debo localizarlo. ¿Sabes dónde puede estar?

—Pues por aquí no va a venir, me debe mogollón de pasta por el alquiler y tal. Si lo ves, le puedes decir que me pague. ¿Por qué eres de la poli?

—¿Sabes dónde puede estar? —repitió Sigurður Óli intentando echar una ojeada en el interior del apartamento.

No se creía nada de lo que decía aquel esmirriado. No había entendido su pregunta, «¿Por qué eres de la poli?», y ni siquiera trató de responderla. Supuso que se refería a por qué la policía estaba buscando a Kristján.

—Puedes probar en el Sombrero Duro. Suele estar ahí colgado —dijo riéndose de su pésimo juego de palabras—. El tío es un caso perdido. Pero perdido del todo —insistió como queriendo recalcar que él no lo era en absoluto.

El camarero del Sombrero Duro sabía muy bien quién era Kristján, pero llevaba un tiempo sin verlo. Le dijo que quizá las deudas que tenía con el bar lo disuadían de aparecer por ahí. Sonrió al decirlo, como si le trajera sin cuidado quién le debiera dinero al dueño. Era pasado el mediodía y los pocos clientes del local se encontraban apoyados en la barra o alrededor de una mesa con una pinta de cerveza delante. Dado que Sigurður Óli no era un habitual de aquella franja horaria, le miraban con curiosidad y escuchaban cada una de las palabras que intercambiaba con el camarero. Sigurður Óli no había revelado que era policía, y un hombre de unos treinta años se acercó espontáneamente para ayudarlo.

—Ayer vi a Kiddi en el Bíkó. Creo que ha empezado a trabajar ahí —le informó.

—¿Qué Bíkó? —preguntó Sigurður Óli.

—El de Hringbraut.

Sigurður Óli reconoció a Kristján al instante a partir de la descripción que le había proporcionado su hermana. Era cierto: acababa de empezar en la gran ferretería del barrio oeste. Lo observó un momento antes de pasar a la acción y se dio cuenta de que Kristján evitaba todo lo posible interactuar con los clientes. Deambulaba por la sección de tornillos y, cuando vio que se acercaba uno, se trasladó a la de bombillas. Allí se topó de narices con otro que buscaba un pincel, pero se excusó diciendo que estaba ocupado y le señaló a otro empleado. Al percatarse de la presencia de Sigurður Óli, creyó que sería alguien en busca de ayuda. Sin embargo, el agente consiguió acorralarlo.

—¿Eres Kristján? —preguntó sin rodeos.

Kristján afirmó. Sigurður Óli reparó de inmediato en que aquel no era el tipo que había salido corriendo hasta el hospital de Kleppur y había desaparecido en la penumbra. Dudaba que un enclenque como Kristján pudiera levantar un bate de béisbol. No era más que un tirillas de unos veinte años a quien el uniforme de Bíkó le venía grande por todos lados. «Patético», fue la palabra que acudió a la mente de Sigurður Óli.

—Soy de la policía —le informó mirando a su alrededor. Entre estanterías de herramientas de jardín, Kristján fingía ordenar unas tijeras de podar—. He hablado con tu hermana —continuó Sigurður Óli—. Me ha dicho que le robaste el coche.

—Eso es mentira, no se lo he robado —objetó Kristján—. Me lo dejó. Además, se lo he devuelto.

—¿Adónde fuiste con el coche?

—¿Qué?

—¿Para qué querías el coche?

Kristján titubeó. Evitando la mirada de Sigurður Óli, dejó las tijeras de podar y cogió un bote de herbicida.

—Eso es asunto mío —respondió sin sonar muy convincente.

—Hallaron el coche cerca del cine Laugarásbío, en el lugar donde una mujer fue agredida y asesinada. La misma noche en que cogiste el coche. Sabemos que estabas en las inmediaciones cuando se cometió el homicidio.

Kristján clavó la mirada en Sigurður Óli, que no le concedió ni un segundo de reflexión.

—¿Qué estabas haciendo en la zona? ¿Por qué dejaste allí el coche?

—Debe de ser... tiene que ser... un malentendido —afirmó Kristján.

—¿Quién iba contigo? —preguntó Sigurður Óli en tono seco e impaciente, dando un paso hacia él—. Sabemos que erais dos. ¿Quién iba contigo? ¿Y por qué la agredisteis?

Con independencia de cómo pudiera haberse preparado Kristján ante un eventual encontronazo como aquel, el resultado fue que se quedó en blanco llegado el momento de la verdad. Sigurður Óli ya había visto venirse abajo a otros niños como Kristján que solo se empeñaban en contarle mentiras, contestarle, negarlo todo y decirle que se fuera a la mierda para luego olvidarse de repente de sus insolencias y mostrarse dispuestos a cooperar. Kristján le parecía todavía más patético. El chico dejó el bote de herbicida con un gesto tan torpe que tiró otros tres al suelo. Se agachó, los recogió y los colocó de nuevo en la estantería. Sigurður Óli lo observó sin ofrecerse a ayudarlo.

—Qué fuerte me parece que Sara se haya ido de la lengua —dijo Kristján.

«Patán», pensó Sigurður Óli.

Sigurður Óli no tenía ningún interés en conocer los motivos por los que Kristján había terminado por el mal camino. Había escuchado un sinfín de historias similares. Unas servían de excusa a pequeños delincuentes y otras se ponían como ejemplo de la encrucijada en que se encontraba el estado del bienestar. A él le bastaba con saber que los trapicheos de Kristján lo habían llevado a endeudarse hasta las cejas. La mayoría de sus deudas guardaban relación con las drogas y no solo debía dinero por toda Reikiavik, sino también a dos individuos que vivían fuera de la capital. Además, Kristján no tenía apenas ingresos. Buscaba empleo aquí y allá, ya que en esos días no escaseaba el trabajo, pero básicamente era un vago que se dedicaba a holgazanear sin mostrar ningún interés por nada. Siempre que le era posible, pedía préstamos en bancos y cajas de ahorro. Poseía una buena colección de tarjetas, tanto de crédito como de débito, cuyos números rojos se habían comunicado ya a las agencias oficiales de cobro. Sin embargo, a Kristján le preocupaban más los cobradores de otro tipo.

Kristján había infringido la ley en más de una ocasión y, aunque nunca lo habían detenido, no tenía ganas de darle ningún detalle a Sigurður Óli. Les había sacado dinero a unas cuantas chicas hasta que estas se habían dado cuenta del engaño. Uno de sus futuros suegros, un antiguo jugador de fútbol, le había propinado una buena paliza al descubrir que le había robado objetos de valor para venderlos.

El propio Kristján le había contado a Sigurður Óli algunas de sus historias, y el agente conocía otras de boca de Sara.

Puesto que ya había caído en manos de la policía, Kristján no parecía muy reacio a hablar. Evidentemente, lo ayudaba el hecho de que lo consideraran sospechoso de complicidad en un caso de homicidio. No quería que el asunto le salpicara, aunque Sigurður Óli dudaba de que esa fuera la única razón. Parecía que Kristján no le había contado nunca a nadie ningún aspecto de su vida y, tras ciertos titubeos y reparos iniciales, comenzó a hablarle de las distintas etapas existenciales por las que había pasado y de la gente que lo había llevado a la delincuencia. Al principio, sus declaraciones eran incoherentes y caóticas, pero poco a poco pareció centrarse y de pronto un nombre comenzó a aparecer con más frecuencia que otros: un tal Þórarinn, que trabajaba como repartidor.

Si Kristján decía la verdad, Þórarinn se dedicaba tanto al tráfico de drogas como al cobro de deudas. Aquella doble actividad no era inusual, ya que permitía cierta acomodación. Kristján no pensaba que se tratara de un narcotraficante a gran escala, pero sí que fuera un tipo con poca tolerancia hacia quienes le debían dinero. Y así fue como Kristján acabó en sus garras. Pero al ver que rara vez podía pagar sus deudas y que las amenazas y las palizas apenas daban resultados, Þórarinn había comenzado a usar a Kristján para que le hiciera pequeños recados a modo de pago. La gama de encargos comprendía desde comprarle alcohol o comida hasta ir a buscar nuevas

remesas a los contrabandistas y los cultivadores de marihuana, ya que Þórarinn prefería no ocuparse de ello. El propio Þórarinn no consumía drogas, aunque a empuñar el codo no le ganaba nadie, según palabras de Kristján. Casado y con tres hijas, había practicado el atletismo de joven. Era lo más discreto posible; decía que el dinero que sacaba de la droga era su jubilación y que pensaba dejar el negocio cuando sus ahorros alcanzaran una determinada suma. Kristján solía hacerle encargos con la furgoneta y se ocupaba de los trabajos más pesados. Destinaba el salario al pago de sus deudas.

Sin creerse todo lo que oía, Sigurður Óli miraba fijamente a Kristján, sentado frente a él en la sala de interrogatorios, con aspecto desaliñado y la cabeza agachada. Le parecía verosímil que aquel inútil fuera un esclavo de su propio camello. Kristján pidió permiso para fumar, pero solo obtuvo un rotundo «no» como respuesta. Le preguntó a Sigurður Óli si podía darle algo de comer, y a cambio solo recibió una sarta de insultos. Le pidió ir al baño, pero también se lo denegó.

—No me lo puedes prohibir —señaló Kristján.

—Cierra la boca —le ordenó Sigurður Óli—. ¿Qué pasó el lunes por la noche?

—No quería usar la furgoneta —explicó Kristján—. Me pidió que me agenciara un coche. Bueno, me lo ordenó. Le dije que no tenía y me dijo que hablara con mi hermana. Le había hablado de ella, sabía que tenía uno.

—¿Te dijo lo que pretendía hacer con el coche?

—No. Me lo iba a devolver esa misma noche.

—Entonces ¿tú no fuiste con él?

—No.

—¿Iba solo?

—Sí, eso creo. No lo sé. No sé nada de esta historia.

—¿Siempre toma tantas precauciones? ¿Procura que siempre le dejen un coche?

—Es muy prudente —dijo Kristján.

—¿Lo has visto desde que le dejaste el coche?

Kristján titubeó.

—Yo... Se pasó por Bíkó el día después —continuó—. Vino y se fue. Me dijo dónde estaba el coche y que no le podía decir a nadie que se lo había dejado y que no podíamos estar en contacto durante las próximas semanas, o meses, o yo qué sé. Luego se piró. Hablé con Sara y le conté dónde estaba su coche. Se puso hecha una furia.

—¿Te explicó ese tal Þórarinn los motivos por los que quería ir a casa de aquella mujer?

—No.

—¿Tenía pensado ir él por su propia cuenta o lo enviaba otra persona?

Kristján miró fijamente a Sigurður Óli, quien reparó en que el muchacho había perdido la concentración. Ya había ocurrido a lo largo de la conversación, sobre todo cuando Sigurður Óli formulaba preguntas demasiado largas. Kristján lo miraba

entonces con cara de interrogación y Sigurður Óli tenía que buscar la forma de acortarlas. En aquella ocasión volvió a hacerlo, tratando de no hablar demasiado rápido.

—¿Conocía Þórarinn a esa mujer?

—¿A la que agredió? —dijo Kristján con mirada enigmática—. No, yo creo que no. No lo sé. No mencionó nada.

—¿Fue para recaudar alguna deuda relacionada con el consumo de droga?

—No lo sé.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que quisiera verla?

—No.

—¿Conoce Þórarinn al marido de la mujer? Se llama Ebeneser. El marido de la mujer, quiero decir.

—Nunca he oído hablar de nadie que se llame Ebeneser. ¿Es extranjero?

—No. ¿Dirías de Þórarinn que es un hombre violento?

Kristján meditó unos segundos. Se preguntó si debía hablarle del día en que Þórarinn lo había apaleado por no cumplir con su palabra. O cuando le había partido el dedo corazón agarrándose y doblándose lentamente hacia atrás hasta que algo se rompió en su interior y se retorció de dolor. Por lo demás, se portaba bien con él. En todo caso, después de haberse resignado a que nunca obtendría dinero de Kristján salvo que lo explotara. A partir de entonces se habían hecho casi amigos. Aun así, no pensaba que Þórarinn tuviera muchas amistades; al menos, que él supiera. Lo había oído dirigirse a su mujer y no le hablaba precisamente bien. Una vez la vio con un bulto en la frente y el labio partido. Tampoco era agradable oírle hablar de ella. Sin embargo, se portaba bien con sus hijas. Era un tipo serio. Nunca lo había visto de buen humor, y a menudo le había advertido de que, si alguna vez le contaba algo a la poli, lo mataría. Sin pensárselo dos veces. Se lo cargaría.

—¿Cómo? —preguntó Kristján, que se había olvidado de la pregunta.

Sigurður Óli suspiró antes de repetirla.

—Puede llegar a serlo, sí —respondió Kristján—. Creo que su mujer lo pasa mal.

—Entonces ¿consideras que Þórarinn es lo que se llama un matón?

—Sí.

—¿Tienes certeza de ello? ¿Lo has visto con tus propios ojos?

—Bueno, vino a cobrarme a mí —confesó Kristján—. Y sé que ha ido a cobrar a otros. No se anda con chiquitas cuando va a recaudar deudas, y a veces lo hace por encargo.

—¿Para quién?

—Para otros camellos. O para quien sea.

—¿Y emplea un bate de béisbol?

—Seguro —afirmó Kristján sin dudarle un segundo. No conocía a ningún matón que no usara uno.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Cuando vino a hablar conmigo, el día después de la agresión.

—¿Sabes dónde está ahora?

—En su casa, digo yo. O trabajando.

—¿No crees que se habrá escondido?

Kristján se encogió de hombros.

—A lo mejor.

—¿Y dónde se escondería?

—No lo sé.

—¿Seguro?

—Sí.

Sigurður Óli siguió apretándole las tuercas a Kristján con bastante buen resultado. El joven se lo contó todo a pesar de las múltiples amenazas de muerte que había recibido. Salió a la luz que, como tantos otros individuos del sórdido submundo de Reikiavik, Þórarinn tenía un mote que para Sigurður Óli explicaba muchas cosas.

Toggi el Flecha.

Al principio apenas veía al hombre que vivía con su madre. Ella siempre lo llamaba Röggi. No pasaba mucho tiempo en casa. A veces estaba en el mar, a veces trabajaba fuera de Reikiavik, y por lo general no daba muchas señales de vida.

Desde que llegara del campo, había tenido que apañárselas él solo. Conocía a los niños de su edad que vivían en el barrio e iban juntos al cine, a la sesión de las tres. Al comenzar el colegio en otoño, le había tocado en clase con algunos de ellos. Él se encargaba cada día de despertarse, prepararse la ropa y hacerse el almuerzo, si es que había algo de comer en la cocina. Su madre no madrugaba tanto. Se quedaba despierta por las noches y a veces recibía invitados a quienes él no conocía ni quería conocer. En esas ocasiones no podía dormir en el sofá del salón, así que se metía en la habitación de matrimonio, desde donde los oía beber. Una vez los invitados se pelearon y alguien llamó a la policía. Por la ventana de la habitación vio que los agentes metían en el coche a un hombre borracho que no dejaba de increparlos. Tampoco es que los policías lo trataran con guantes de seda: lo empujaron contra la puerta y lo habían hecho caer. Su madre lo insultaba a gritos desde la entrada. Después cerró de un portazo y la fiesta continuó hasta la mañana siguiente.

Se avergonzaba de haber perdido el billete de mil coronas que le había dado el granjero al marcharse. Lo había llevado en el autobús durante todo el trayecto; lo había guardado bien en un bolsillo del pantalón y lo palpaba de vez en cuando. Luego se había olvidado de él mientras esperaba a que lo fueran a buscar, angustiado ante la posibilidad de que no apareciera nadie. Una vez en casa se quedó dormido sobre la mesa de la cocina y al día siguiente se despertó en el sofá. Se había olvidado por completo del billete; no estaba acostumbrado a tener nada, y menos aún dinero. Hasta bien entrada la noche no se acordó del regalo. Todavía llevaba puestos los mismos pantalones; metió la mano en un bolsillo, después en el otro y luego en el bolsillo trasero. A continuación fue a buscar la chaqueta y revisó todos los bolsillos antes de buscar también en la maleta, la cocina, el sofá, el salón e incluso detrás del televisor. Le contó a su madre lo que le había pasado, que había perdido el billete, y le pidió que fueran a la estación para preguntar por él.

—¡Mil coronas! —exclamó su madre—. Pero ¿quién te crees tú que te iba a dar un billete de mil coronas?

Le costó convencerla de que estaba diciendo la verdad.

—Se te habrá caído del bolsillo —supuso Sigurveig—. Ya te estás olvidando de él. Nadie devuelve un billete de mil coronas. Nadie. Vaya ingenuo estás hecho. Eso es mucho dinero. ¿No lo habrás soñado? —le preguntó antes de encenderse un cigarrillo.

Después de mucho insistir, su madre accedió a llamar a la estación de autobuses. El muchacho escuchó la telegráfica conversación:

—No... Claro... Ya decía yo —dijo cuando, al parecer, le comunicaron que no

habían encontrado ningún billete de mil coronas.

Con eso, la cuestión quedó zanjada y su madre no quiso volver a oír hablar del billete. Sin embargo, el tema había salido de nuevo estando Röggi en casa, pero este había asegurado que no sabía de qué le estaban hablando y que él no había visto ningún billete.

Nunca había logrado establecer ningún lazo con su madre y no entendía por qué lo había obligado a abandonar su vida en el campo para mudarse con ella. No tenía nada que contarle. Para él era como una desconocida, y a su vez ella tampoco mostraba un gran interés por él. Parecía vivir en su propio mundo, donde apenas existía un hueco para él, y tampoco mantenía contacto con parientes de ningún tipo. No tenía trabajo y, por lo visto, tan solo se relacionaba con otras criaturas nocturnas como ella. Casi nunca le preguntaba qué tal le iba, si había hecho amigos en el barrio, si le gustaba el colegio o si se metían con él.

Si alguna vez se hubiese dignado mostrar interés por su hijo, este le habría contado que le gustaba ir al colegio y que le iba bien en clase; que, en todo caso, le convendría algo de ayuda con el cálculo, pero ignoraba a quién se la podía pedir. Las reglas de ortografía también se le hacían cuesta arriba porque le parecían más enrevesadas que las matemáticas. Aun así, su profesor era paciente y comprensivo, aunque no sacara buenas notas en los controles. Por si fuera poco, era lento escribiendo, lo que no le favorecía porque el dictáfono de los exámenes iba innecesariamente deprisa y no le daba tiempo a escribirlo todo. De paso, también le podría haber dicho que le daba vergüenza cuando los demás se fijaban en que no llevaba almuerzo o en que su ropa había empezado a oler porque llevaba días sin cambiarse.

Cada día hacía los deberes con esmero y luego veía la televisión; era como tener un cine en el salón. Veía todos los programas con mucho interés, bien fueran noticias, tertulias, teleseries o espectáculos islandeses con actuaciones musicales. Cuando ponían una película el fin de semana, no se la perdía nunca. Eran seguramente sus emisiones favoritas. Junto con los dibujos animados.

Cuando estaba en casa, Röggi era silencioso y apenas hablaba de sí mismo. No parecía tener amigos ni tratar con otras personas. Nunca recibía visitas y nadie llamaba por teléfono preguntando por él. Pasaba sus días libres durmiendo y se quedaba despierto por las noches. Alguna vez el chico se había levantado en mitad de la noche y había visto a Röggi fumando en la cocina con una botella delante. En una ocasión se despertó en plena noche y vio a Röggi de pie, junto a su cama. El hombre lo miró fijamente con una expresión vacía y al cabo del rato volvió en silencio a su dormitorio. Tenía la impresión de que Röggi le prestaba más atención que su madre, si es que ella le prestaba alguna. Röggi le preguntaba por el colegio y por los profesores y veía la televisión con él. A veces le hacía algún pequeño regalo, como un caramelo, un refresco o un chicle.

Más adelante, una tarde de otoño en que su madre no estaba en casa, se

encontraban los dos viendo la televisión, Röggi le preguntó si quería ver películas de dibujos de verdad. El chico respondió que sí. Röggi fue a su habitación y volvió con la extraña caja en la que se había fijado el día de su llegada. Röggi abrió la tapa y apareció un proyector. Volvió al dormitorio y regresó con una caja de cartón repleta de películas. Por último, montó una pequeña pantalla sobre un trípode que había sacado de una funda cilíndrica.

—Te voy a poner mis dibujos animados —anunció Röggi sacando unas cintas de la caja y enrollando una en el aparato.

Apretó un botón y el proyector se encendió. Un haz de luz brillante iluminó la pantalla. El aparato emitía un sonido agradable mientras la cinta avanzaba por delante de la bombilla. La luz blanca se había transformado en líneas, puntos y cifras hasta que finalmente comenzó la película.

Cuando acabó, Röggi la rebobinó, la guardó y sacó otra igual de animada y divertida. Ambas eran del pato Donald.

Al terminar, Röggi enrolló una tercera cinta en la máquina sin hacer el menor comentario. La película era en color, extranjera, y en la primera escena aparecía un hombre adulto que le acariciaba el pelo a una niña que no tendría más de siete años. Después la desnudaba.

—¡¡Yo no quería!! —le gritó al malnacido, que se había caído al suelo de espaldas, todavía atado a la silla—. ¡Yo no quería ver aquella asquerosidad! Tú me forzaste a hacerlo, me obligaste, me obligaste... me obligaste...

Le dio una patada al hombre y siguió pateándolo como a un perro mientras lloraba y gritaba y le daba más patadas y seguía llorando.

—¡¡Yo no quería!!

Se hizo evidente que Þórarinn se ocultaba en alguna parte.

Sigurður Óli, seguido de un reducido grupo de agentes, acudió a su domicilio en la calle Sogavegur, donde vivía en una pequeña casa adosada. No había considerado necesaria la intervención de una brigada especial. Llamó a la puerta. Estaba atardeciendo y una llovizna fría descendía sobre la ciudad. Las farolas automáticas del barrio acababan de encenderse y difundían una claridad brumosa a su alrededor. Finnur también acompañaba a Sigurður Óli. Los demás agentes aguardaban detrás de ellos a que se abriera la puerta. Dos hombres habían tomado posiciones en la parte trasera de la casa, por si Þórarinn salía huyendo y la utilizaba como vía de escape. La puerta se abrió y vieron aparecer a una niña de unos seis años que los miraba con la cabeza levantada.

Sigurður Óli se agachó.

—¿Está papá en casa? —le preguntó esbozando una sonrisa.

—No —respondió la niña.

Tras ella apareció otra niña, que rondaría los diez años. Observó a Sigurður Óli, Finnur y los otros agentes que esperaban más atrás.

—¿Está vuestra madre en casa? —le preguntó Sigurður Óli a la hermana mayor.

—Está durmiendo —aclaró la niña.

—¿La podrías despertar para que hable con nosotros? —preguntó Sigurður Óli.

Trataba de ser simpático, pero no le salía muy bien.

—No podemos —dijo la niña.

Sigurður Óli miró a Finnur.

—Tienes que despertarla, pequeña —insistió Finnur con más firmeza—. Somos de la policía y debemos hablar con tu padre. ¿Sabes dónde está?

—Trabajando —informó la mayor—. Voy a despertar a mamá —añadió antes de desaparecer en el interior.

Esperaron un rato en los escalones de la entrada. A sus espaldas, los agentes se movían inquietos bajo la lluvia. La niña pequeña seguía en la puerta mirándolos con desconfianza. Habían obtenido permiso para entrar en la casa y llevar a cabo un registro domiciliario, pero había niños y, al contrario que Sigurður Óli, Finnur prefería no asustar a nadie de manera innecesaria. Sabían que la pareja tenía tres hijas, la más pequeña de cuatro años. También sabían que Þórarinn no estaba trabajando. Habían averiguado que no aparecía por su trabajo desde el lunes y se había dictado una orden de búsqueda de su furgoneta.

La hija mayor regresó por fin y los miró en silencio desde la puerta. Unos segundos después apareció la madre. No cabía duda de que no se había despertado aún de su siesta: iba despeinada y en su cara rechoncha se distinguían todavía las marcas de las sábanas.

—Tenemos una orden de registro domiciliario —anunció Sigurður Óli—. Nos

gustaría pedirte que nos dejaras pasar. También debemos hablar con tu marido, Þórarinn. ¿Sabes dónde se encuentra?

La mujer no respondió. Las niñas miraban fijamente a los agentes.

—Nos gustaría hacer esto de la forma más pacífica posible —explicó Finnur.

La mujer tardaba en despertarse.

—¿Qué...? ¿Por qué queréis hablar con él? —preguntó con voz somnolienta.

A Sigurður Óli no le apetecía continuar con la conversación y ordenó a los agentes que lo siguieran. Se abrió paso cuidadosamente entre las niñas mientras su madre retrocedía hacia el interior de la casa. El registro comenzó casi de inmediato. Buscaban alguna prenda rasgada o ensangrentada, droga, dinero, listas de clientes o cualquier cosa que pudiera guardar algún vínculo con la agresión a Lína o el móvil de esta. Encontraron a la hija pequeña durmiendo en la cama de sus padres. La madre la despertó y la sacó del dormitorio. La mujer no se mostraba especialmente sorprendida por aquella invasión, no puso ninguna objeción y se limitó a observar en silencio, en compañía de sus hijas, cómo un grupo de policías lo dejaba todo manga por hombro. La casa estaba impecable: ropa limpia en los cajones, la cocina ordenada y ni rastro de polvo en los muebles. No había ningún signo de opulencia, solo había unos objetos decorativos baratos en el salón y un sofá viejo. Desde luego, si Þórarinn sacaba algo de dinero gracias a las drogas, no se manifestaba en la casa. Su único vehículo era la furgoneta.

—¿Te acuerdas de cómo iba vestido tu marido el lunes pasado? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Que cómo iba vestido? —preguntó la mujer—. Siempre lleva lo mismo.

—¿Nos podrías decir entonces cómo suele ir vestido?

La mujer lo describió con todo lujo de detalles y la imagen encajó con lo que Sigurður Óli había visto. La mujer quería saber lo que había hecho Þórarinn.

—¿Dónde estaba tu marido la noche del lunes? —continuó Sigurður Óli sin responder a su pregunta.

—Estuvo en casa todo el tiempo —respondió la mujer sin mostrar ninguna duda—. No salió en toda la noche del lunes —añadió, por si Sigurður Óli no se hubiera enterado.

—Tenemos testigos que sostienen lo contrario —señaló Sigurður Óli—. Lo vieron aquella noche, así que no pudo haber estado aquí todo el tiempo. De hecho, fui yo quien lo vio. Si quieres continuar mintiéndonos, puedes hacerlo, pero lo tendrás que hacer en comisaría. Mientras tanto, las niñas pueden quedarse con alguien que las cuide. Si no encuentras a nadie, podemos conseguirte un cuidador.

La mujer miró a Sigurður Óli.

—O también puedes decirnos lo que necesitamos saber y continuar durmiendo —añadió.

La mujer miró a sus tres hijas, consciente de que no le quedaba otra alternativa. La mayor tenía problemas en el colegio, no solo con las clases sino también en el

recreo, y se negaba a ir a natación y a gimnasia.

—Nunca me cuenta nada —explicó—. No sé nada.

—¿Entonces no estuvo aquí el lunes por la noche?

La mujer negó con la cabeza.

—¿Te dijo que nos mintieras?

Tras dudar unos segundos, la mujer asintió.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. ¿Qué ha hecho? No lo he visto desde la noche del lunes. Vino aquí y no entendí nada de lo que me dijo. Me explicó que necesitaba pasar un tiempo fuera de Reikiavik, pero que volvería pronto.

—¿Qué quería decir con fuera de Reikiavik? ¿Adónde quería ir?

—No lo sé. No tenemos ninguna casa de campo ni nada parecido.

—¿Tiene algún familiar fuera de Reikiavik?

—No. Creo que no. ¿Qué ha hecho?

Boquiabiertas, las tres niñas seguían la conversación alternando la mirada entre su madre y el policía. Sigurður Óli le hizo una señal a la mujer para darle a entender que consideraba poco adecuado que sus hijas estuvieran escuchando, y ella reaccionó de inmediato acompañándolas a la cocina y pidiéndole a la mayor que preparara un batido de chocolate.

—Creemos que agredió a una mujer en el barrio este —aclaró Sigurður Óli cuando la mujer regresó de la cocina—. Lo vieron en el lugar del crimen.

—¿Estaba con otra?

—No, creo que no —dijo Sigurður Óli—. Pensamos que no se trata de una agresión de ese tipo. ¿Podrías decirme con quién mantuvo contacto tu marido durante los días anteriores a su desaparición?

Le habían solicitado a la compañía telefónica un registro de todas las llamadas asociadas al número fijo de Þórarinn. Tal vez pudieran aportar alguna pista sobre la trama que culminó en la agresión a Lína, aunque Sigurður Óli lo ponía en duda. Tenía la sospecha de que, a juzgar por las declaraciones de Kristján, Þórarinn habría extremado las precauciones. Como muestra, un botón: no existía ningún teléfono móvil registrado a su nombre, aunque Kristján sabía que usaba uno.

—Apenas sé nada de lo que hace Toggi en su día a día —confesó la mujer—. No me cuenta nunca nada. Solo sé que es repartidor y que trabaja mucho, a veces también por las tardes y las noches. Y que ahora ha desaparecido.

—¿Se ha puesto en contacto contigo desde que desapareció?

—No —respondió la mujer con firmeza—. ¿Por qué agredió a esa mujer?

—No lo sabemos.

—¿Es la que ha salido en las noticias? ¿La que murió? —preguntó.

Sigurður Óli asintió.

—¿Pensáis que ha sido Þórarinn?!

—¿Sabías que tu marido es lo que se llama un matón? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Un matón? —dijo la mujer—. No. ¿Por qué creéis que fue él quien lo hizo? ¿Por qué...? ¡No me lo puedo creer!

Sabían que Þórarinn tenía antecedentes penales, pero eran anteriores al nacimiento de su hija mayor y probablemente los había acumulado antes de conocer a su mujer. Lo habían juzgado por dos delitos de agresión. En el primer caso, había cumplido cuatro meses de prisión condicional por agredir a un hombre fuera de un local de Reikiavik y apalearlo brutalmente. En el segundo caso, lo habían condenado a seis meses por otra agresión en un restaurante de Hafnarfjörður, aunque al final solo había cumplido tres. Cuando aquella tarde se anunció la desaparición de Þórarinn y se declaró en búsqueda y captura, se alertó de que se trataba de un individuo violento y peligroso.

De ser ciertas las declaraciones de Kristján, Þórarinn pegaba a su mujer, pero Sigurður Óli no vio ningún indicio de ello. Se planteó por un momento abordar la cuestión, pero se abstuvo de hacerlo.

—Estamos examinando su implicación en el caso —aclaró—. Puedes creértelo. ¿Te encargas tú de la limpieza de la casa?

—Lo quiere todo muy limpio —dijo la mujer de manera casi mecánica.

Finnur apareció desde la cocina y le pidió a Sigurður Óli que lo acompañara al exterior.

—No hemos encontrado nada que pueda vincularlo con Lína —le informó Finnur—. ¿Le has podido sacar algo a su mujer?

—Acaba de descubrir que su marido podría ser un asesino. Quizá pueda contarnos algo más cuando lo asimile.

—¿Y tus amigos qué dicen? —preguntó Finnur.

—¿Mis amigos? ¿Vas a empezar otra vez con lo mismo?

—¿Es que no quieres saber cómo han ido los interrogatorios?

—No tengo ningún interés.

Sigurður Óli sabía que habían interrogado a los cuatro: Patrekur, Hermann y sus respectivas mujeres. El propio Finnur había dirigido los interrogatorios, y Sigurður Óli habría recibido una transcripción de estos si no hubiera estado tan ocupado tratando de localizar a Þórarinn.

—El tal Hermann me mostró una foto en la que se lo veía claramente. Declaró que Lína y Ebeneser les habían hecho chantaje. Obviamente no ha admitido que agrediera a Lína o que enviara a alguien para recuperar las fotografías. De hecho, me ha parecido bastante patético y su mujer no ha hecho más que llorar. Patrekur mantenía más el tipo. Lo ha negado todo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Les he prohibido salir al extranjero. Patrekur ha admitido que acudió a ti. Ha quedado registrado que estabas al corriente del caso, pero no habías informado de ello. Dentro de unos días redactaré un informe sobre la cuestión y lo enviaré a las autoridades correspondientes. Es de esperar que se pongan en contacto contigo en

algún momento.

—¿Por qué tienes que comportarte así, Finnur? —preguntó Sigurður Óli.

—Me sorprende que tengas aún el temple de investigar este caso —admitió Finnur—. Guardas demasiada relación con los implicados y, si tú no haces algo al respecto, tendré que hacerlo yo. Soy yo quien dirige esta investigación. No se trata de tus asuntos personales.

—¿Crees que te puedes permitir el lujo de amenazarme? —espetó Sigurður Óli.

—No estás en buena posición, Siggi —le hizo notar Finnur—. Estás perjudicando el caso al trabajar por tu cuenta. Soy yo quien está al cargo y harás lo que yo diga.

—¿De verdad piensas que no soy de fiar? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Tú, precisamente?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

Sigurður Óli le sostuvo la mirada a Finnur. Sabía que era buen policía, pero su actitud rozaba ya el acoso y debía pararle los pies. Sigurður Óli no estaba dispuesto a pasar por ahí. No, viniendo de Finnur. Quizá de otros. Pero no de Finnur.

—Como sigas con gilipolleces —dijo mientras se inclinaba hacia él—, lo contaré todo. Tú verás. Por tu bien espero que me dejes en paz.

—¿De qué estás hablando?

—¿Verdad que conoces a un chaval llamado Pétur?

Finnur lo miró serio sin responder.

—Uno de esos desgraciados que andan siempre metiéndose en líos —continuó Sigurður Óli—. Un chulito al que casi matan no muy lejos de la comisaría de Hverfisgata. ¿Te suena?

Finnur seguía mirando a Sigurður Óli sin decir palabra.

—Si crees que eres aquí el único poli bueno, estás muy equivocado. Así que no me vengas con sermones, deja de amenazarme y sigamos haciendo nuestro trabajo.

Finnur no apartaba la mirada de Sigurður Óli, como si tratase de entender lo que este insinuaba. Con independencia de si lo había entendido o no, se adentró de nuevo en la casa soltando improperios.

Cuando Sigurður Óli llegó a la comisaría por la tarde, lo estaba esperando un paquete. El hombre que lo había dejado no había querido revelar su nombre, pero la descripción que le dieron encajaba con Andrés, el borracho que se había interpuesto en su camino detrás de la comisaría. El paquete estaba metido en una enorme bolsa de plástico arrugada con el logotipo de una cadena de supermercados, y su contenido era tan pequeño que Sigurður Óli pensó que no había nada dentro y que se trataba solo de una especie de broma. Pero cuando le dio la vuelta y lo agitó con fuerza, el contenido cayó al suelo.

Resultó ser un fragmento enrollado de una película de 8 mm. Sigurður Óli lo dejó sobre el escritorio y buscó en la bolsa alguna nota o algún otro trozo, pero no

encontró nada más.

Cogió la película, la desenrolló, la acercó estirada a la luz del flexo y trató en vano de distinguir las imágenes. Permaneció un rato sentado recordando la imagen de Andrés en la parte trasera de la comisaría y preguntándose las razones de su súbita aparición.

Observó la película sin saber qué pensar de aquel triste envío metido en una bolsa de plástico sucia. Apenas se podría extraer ninguna información de aquel fragmento, era demasiado corto y no sabía por qué había ido a parar a su despacho.

Más tarde averiguaría que la secuencia duraba doce segundos.

Lína había trabajado como secretaria en una gestoría de tamaño medio cuyos empleados se encontraban desolados por el fatídico destino de su compañera. Sigurður Óli hizo su visita un sábado al mediodía. Su intención era esperar hasta comienzos de la semana siguiente, pero le habían informado de que la mayor parte de la plantilla estaría trabajando todo el fin de semana, ya que la empresa no daba abasto con todos los proyectos que llevaba entre manos. A ninguno de los interrogados se le ocurrían razones por las que alguien hubiera podido querer agredir o hacerle daño a Lína de esa manera. Habló con la otra secretaria y con algunos de los contables para los que trabajaba. También se reunió en una pequeña sala con el subdirector, un cincuentón con aspecto de triunfador llamado Ísleifur que había trabajado codo con codo con Lína. A juzgar por el traje que llevaba, parecía un hombre acaudalado. El gabinete había crecido de manera considerable debido al *boom* económico que experimentaba el país. Ísleifur estaba bastante ocupado; dejó sus dos móviles sobre la mesa y desconectó el sonido. Ambos vibraron a lo largo de su conversación, pero cada vez que Ísleifur miraba la pantalla, consideraba que la llamada podía esperar. Solo respondió en una ocasión, cuando al parecer llamó su mujer: le dijo con dulzura que estaba en una reunión y que la llamaría más tarde. Sonaba como si no fuera la primera vez que ella oía esas palabras.

Ísleifur describió a Lína como una trabajadora excelente, querida por todo el mundo. En efecto, ninguno de los empleados con los que habló Sigurður Óli dijo nada malo de ella.

—Creo que tenía la intención de hacerse contable —explicó Ísleifur—. Dominaba muy bien la contabilidad, cosa que no se puede decir de muchos —añadió con cierto aire petulante.

—¿No consiste solamente en sumar y restar? —preguntó Sigurður Óli.

—Je, je. —Ísleifur emitió una risa seca—. Eso es lo que piensa mucha gente. Pero nada más lejos de la realidad.

—¿Lína colaboraba mucho con usted?

—Podría decirse que sí. Era muy trabajadora. Muchas veces nos teníamos que quedar hasta tarde o trabajar los fines de semana. Ya ves cómo estamos hoy. Pero ella siempre estaba dispuesta.

—¿A qué se dedica la empresa? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Qué tipo de clientes tenéis?

—Tenemos un amplio rango de clientes —respondió Ísleifur mientras cogía un móvil que vibraba. Miró la pantalla y rechazó la llamada—. Desde particulares hasta grandes empresas. Ofrecemos un servicio completo, por así decirlo, desde la contabilidad más sencilla hasta los contratos más complejos.

—¿Tenía Lína alguna relación con alguno de esos clientes?

—¿Alguna relación?

—¿Podrías mencionarme algún cliente que estuviera en contacto directo con Lína por cuestiones de trabajo?

—Sí, no sé...

Uno de sus móviles comenzó a vibrar.

—¿... quiere decir una relación personal o...?

Miró el número de teléfono y volvió a colgar.

—Del tipo que fuera. ¿Tenía alguna relación personal con alguno de los clientes de la empresa?

—Que yo sepa, no —respondió Ísleifur—. Obviamente se crean todo tipo de vínculos, pero no se suelen crear entre las secretarías y los clientes, sino más bien entre clientes y contables.

—¿Conoce a su marido, Ebeneser?

—Sí, pero muy poco. Sé que se ha encargado de organizarnos alguna excursión al interior del país con algunos clientes. Es guía turístico o algo así, ¿no? A veces hacemos barbacoas ahí arriba, en el glaciar Vatnajökull. Cosas de esas.

—¿Cómo era la relación entre Lína y su marido? ¿Buena? ¿Mala? ¿Sabes algo al respecto?

Los dos móviles comenzaron a vibrar sobre la mesa e Ísleifur los cogió, no sin antes disculparse.

—Debo responder a esto —señaló—. Lína trabajaba mucho con Kolfinna. También es secretaria. Quizá deberías hablar con ella.

Kolfinna no estaba menos ocupada que su jefe. Sentada frente al ordenador, contestaba al teléfono mientras introducía datos en una hoja de Excel. Sigurður Óli le preguntó si le podría dedicar unos minutos, estaba investigando la muerte de Sigurlína.

—Madre mía, claro que sí —respondió Kolfinna—. Ya me habían avisado de que había venido la policía. Un segundo. ¿Fumas?

Sigurður Óli negó con la cabeza.

—Bueno, vamos a tomarnos una pausa para fumar igualmente —dijo mientras cerraba el documento.

Abrió un cajón, cogió un paquete de tabaco y un mechero y le pidió que la siguiera. En menos de un instante se encontraban al aire libre, en la parte trasera del edificio, junto a un recipiente medio lleno de colillas que flotaban en agua sucia. Kolfinna se encendió un cigarrillo y aspiró el humo hasta los pulmones.

—Dios, es terrible —suspiró—. Esos ladrones se están volviendo locos. Agredir así a la gente.

—¿Piensas que ha sido un ladrón? —preguntó Sigurður Óli evitando que el humo se dirigiera hacia él.

—Sí, ¿es que no lo era? Es lo que he escuchado. ¿No era algo así?

—Se está investigando —respondió Sigurður Óli con brusquedad. No soportaba a los fumadores y estaba muy contento con que se barajara la idea de expulsarlos de los

espacios públicos, sobre todo de bares y restaurantes. Por lo demás, consideraba que la gente podía matarse como quisiera.

—¿Cómo era la relación entre Ebeneser y Lína? —preguntó antes de emitir una educada tos que le pasó desapercibida a Kolfinna.

—¿Su relación? Estupenda, creo. Aunque atravesaban algunas dificultades económicas. Deben mucho dinero. Tienen préstamos de esos en divisa extranjera y luego otros préstamos para pagar el coche y la casa de campo que se están construyendo. Cobran sueldos normales y corrientes, pero no querían privarse de nada. Así que pedían más préstamos. ¿No es lo que hace todo el mundo ahora?

—¿Casa de campo?

—Sí, por la zona de Grímsnes.

—Ebeneser se ocupaba de organizaros viajes, por lo que tengo entendido —dijo Sigurður Óli—. Viajes que hacéis con los clientes.

—Lo hizo dos veces, me parece. Yo no estaba. Pero Lína fue con él, claro. La gente se lo pasaba bomba, eran viajes de dos o tres días, creo, e incluían excursiones en jeep por el glaciar. Porque todos esos individuos tienen un jeep. Cuanto más pequeña la tienen, más grande es su jeep.

Kolfinna había hecho su comentario irónico mientras tiraba la colilla al recipiente encharcado.

—Lína solía decir esa frase.

—¿Acaso lo sabía por experiencia? —preguntó Sigurður Óli.

Kolfinna sacó otro cigarrillo del paquete, dispuesta a sacarle el máximo partido a la pausa.

—Estaba con Ebbe, naturalmente.

Dejó escapar una risa breve y ronca. Sigurður Óli sonrió.

—¿Quieres decir si se lio con alguno de ellos? —preguntó Kolfinna—. No veo por qué no. Lína era de esas. No veía nada malo en acostarse con hombres. ¿Sabe algo la policía? ¿Había estado con alguno?

Mostraba verdadero interés en conocer la respuesta y se llevó una clara desilusión cuando Sigurður Óli le aclaró que no sabía nada al respecto. A cambio, él le preguntó si podría facilitarle los nombres de los clientes que habían ido de excursión con Ebeneser y Lína. Kolfinna le dijo que no le costaría nada, que tenía las listas en su ordenador. No era consciente de que tuvieran algún problema que pudiera haber derivado en la visita de un matón, pero insistió en que debían mucho dinero y en que Lína nunca había sido muy dada a hablar de sus cosas. A pesar de llevarse bien y haber trabajado juntas unos cuantos años, la verdad era que Kolfinna apenas sabía nada sobre Lína.

—Era muy divertido trabajar con ella, pero siempre guardaba las distancias. Era su manera de ser. A mí nunca me molestó.

—¿Mencionó alguna vez que tuviera miedo, que se sintiera en peligro o que se viera en una situación de la que no pudiera salir? —preguntó Sigurður Óli.

—No —respondió Kolfinna—. Le iba todo bien. O eso creo.

En su ordenador solo encontró la lista de una de las excursiones. La imprimió prometiendo que le enviaría la otra por correo electrónico cuando diera con ella. Sigurður Óli echó una ojeada a la lista, pero no reconoció ningún nombre.

Elínborg lo llamó más tarde para pedirle que la ayudara esa noche. Sigurður Óli se dejó embaucar aunque, en su opinión, tenía cosas mejores que hacer un sábado por la noche. Elínborg trabajaba en cuerpo y alma en la difícil investigación del homicidio de Þingholt. Ella lo pasó a buscar con el coche y se reunieron con un hombre que vivía en la calle Fellsmúli. El tipo, llamado Valur, era particularmente irritante y puso a Sigurður Óli de los nervios.

—¿Sabes algo de Erlendur? —preguntó Sigurður Óli mientras se subía de nuevo al coche una vez terminado el interrogatorio.

Recordó la llamada en la que Eva Lind había preguntado por su padre.

—No sé nada de él —respondió Elínborg con voz cansada—. ¿No dijo que iba a pasar unos días en el este?

—¿Hace cuánto que lo dijo?

—Hará cosa de una semana.

—¿Y cuántos días quería tomarse de vacaciones?

—No lo sé.

—¿Qué quería hacer en el este?

—Visitar la zona donde se crio.

—¿Has hablado con la mujer con la que se ve?

—¿Valgerður? No. Quizá la debería llamar. Y preguntarle si sabe algo de él.

Sentado en el coche, frente al inmueble, Sigurður Óli vigilaba por segundo domingo consecutivo el periódico que asomaba por el buzón de la entrada. Había llegado temprano, poco después de que pasara el repartidor, y se había pasado toda la mañana con la calefacción puesta observando el ir y venir de la gente. Llevaba un termo de café y algo para leer: la prensa y un nuevo catálogo de viajes a Florida. Pasaban menos personas que el domingo anterior, si es que pasaba alguna. No había visto a la chica que la otra vez había subido las escaleras haciendo eses, ni tampoco había rastro del holgazán que se hacía llamar compositor. El tiempo transcurría lentamente. Sigurður Óli se sabía ya los periódicos de memoria y había mirado mil veces las fotografías soleadas del catálogo de Florida. Había encendido la radio, pero no hallaba nada de su interés y cambiaba el dial entre tertulias, programas musicales y más tertulias. Finalmente encontró una emisora en la que ponían clásicos del rock y la dejó un rato.

Un hombre mayor con una bolsa de la panadería de al lado entró en el edificio sin mirar el periódico. Sigurður Óli se fijó en la bolsa y se le abrió el apetito. La panadería no quedaba lejos, podía ver el cartel con solo retroceder unos metros. Evaluó su situación. Tenía tanta hambre, aunque solo fuera de un bollo, que le parecía notar el olor a pan recién hecho. Sin embargo, el ladrón podía llevarse el periódico mientras tanto. «¿Habrás cola?», se preguntó con la mirada clavada en la panadería.

No ocurrió nada especial hasta que al mediodía una señora bajó a la entrada, escudriñó la calle a través de los cristales, miró hacia los buzones y cogió el periódico con decisión antes de empujar la puerta que accedía a la escalera. Dejando a un lado el crucigrama que le ayudaba a olvidarse del hambre, Sigurður Óli salió corriendo del coche, se precipitó hacia el edificio, logró bloquear la puerta con el pie antes de que se cerrara y sorprendió *in fraganti* a la mujer, que había subido ya dos escalones.

—¿Qué haces con ese periódico? —le preguntó bruscamente agarrándola del brazo.

Ella lo miró aterrorizada.

—¡Déjame! —exclamó ella—. ¡No te vas a llevar el periódico! ¡Ladrón! —gritó con un hilo de voz.

—No soy ningún ladrón —le informó Sigurður Óli—, soy de la policía. ¿Por qué le roba el periódico a Guðmunda?

La expresión de la mujer se relajó.

—¿Eres el hijo de Gagga? —preguntó.

—Sí —respondió Sigurður Óli atónito.

—Yo soy Guðmunda, hijo.

Sigurður Óli le soltó el brazo.

—¿Es que Gagga no te había avisado? —le preguntó—. Iba a vigilarte el periódico.

—Y tanto que sí, pero es que me moría por leerlo.

—Pero no puedes leerlo si se supone que lo tengo que vigilar.

—No —dijo Guðmunda mientras seguía subiendo la escalera—, esa es la pega. Saluda a tu madre de mi parte, hijo.

Poco después, sentado a la mesa en casa de su madre, Sigurður Óli le explicó a Gagga lo ocurrido mientras devoraba la comida que le había preparado, y le dijo que no pensaba pasar ni un minuto más acechando al ladrón de periódicos de Kleppsvegur. Se habían acabado las tonterías.

A Gagga parecía hacerle gracia la anécdota de Sigurður Óli y se contuvo la risa detrás de él para que no lo viera. Asombrada por el hambre que traía su hijo, le ofreció más comida.

Le sirvió un café y le preguntó si su padre había hablado con él. Sigurður Óli le explicó que había ido a la comisaría de Hverfisgata para contarle lo de la próstata.

—¿No lo viste un poco alicaído, al pobre? —preguntó su madre sentándose junto a él a la mesa de la cocina—. Me llamó para contármelo, y andaba bastante bajo de moral.

—Pues no se le notaba —reparó Sigurður Óli—. Luego iré a verlo: lo operan mañana. Me dijo que debía hacerme una revisión, que pertenecía al grupo de riesgo.

—Sí, háztela —dijo Gagga—. Ya me lo había comentado. No lo dejes pasar.

Sigurður Óli sorbió el café pensando en su padre, su madre y la relación entre ellos cuando estaban juntos. Recordaba haber escuchado conversaciones suyas en las que lo mencionaban; decían que no podían divorciarse por el bien del niño. Al menos, ese era el parecer de su padre. Gagga, en cambio, se veía capaz de cuidarlo ella sola. Su padre hizo lo posible por impedir el divorcio, pero fue en vano. Al final fue inevitable verlo marchar llevándose sus maletas llenas de ropa, un baúl viejo que había pertenecido a la familia durante años, una mesa, fotos, libros y otros enseres. Todo desapareció en un pequeño furgón que esperaba en la entrada. Gagga no estaba en casa aquel día. Al terminar, se dijeron adiós en el aparcamiento. Su padre le aseguró que aquello no era una despedida, que se verían mucho y harían cosas juntos.

—Tal vez sea mejor así —le dijo—. Aunque en realidad no sé bien lo que está pasando —añadió. Aquellas palabras se quedarían grabadas en la memoria de Sigurður Óli.

Alguna vez le había preguntado a su madre por el motivo de su divorcio, pero no le había dado ninguna respuesta satisfactoria. «Hacía tiempo que todo había terminado entre nosotros», había respondido, rogándole que no le diera la lata con ese tipo de preguntas.

Tal como él lo recordaba, su padre se había desvivido tanto por ella que al final se había convertido en su perrito faldero. Solía tratarlo con desprecio, incluso delante de Sigurður Óli, que esperaba que su padre reaccionara, hiciera algo, dijera algo, se enfadara, le gritara, le echara en cara que fuera tan injusta, arrogante y desagradable. Pero nunca le dijo nada, nunca se enfrentó a ella, y le permitió que llevara siempre

los pantalones. Sigurður Óli sabía que, en el fondo, todo era culpa del carácter dominante e intransigente de su madre. Pero a su vez había comenzado a cambiar el concepto que tenía de su padre; lo acusaba de lo ocurrido y empezó a verlo como un hombre mediocre, incapaz de mantener unida a su familia. Poco a poco aprendió a pensar en él con indiferencia.

Él nunca se dejaría embaucar en una relación así. Quería evitar a toda costa volverse como su padre.

—¿Qué viste en él cuando lo conociste? —le preguntó a su madre antes de terminarse el café.

—¿En tu padre? —dijo Gagga mientras le ofrecía otra taza.

Él rechazó el café y se levantó. Tenía que ir al hospital y luego quería bajar a la comisaría.

—¿Qué le viste? —repitió.

Gagga lo miró fijamente, pensativa.

—Pensé que tenía más carácter, pero nunca lo tuvo —confesó.

—Siempre trataba de complacerte —le recordó Sigurður Óli—. Me acuerdo bien. Igual que me acuerdo de lo mal que lo solías tratar.

—¿A qué viene esto? —preguntó Gagga—. ¿Por qué sacas este tema de repente? ¿Es por lo tuyo con Bergþóra? ¿Has empezado a arrepentirte de algo?

—Quizá me haya puesto siempre demasiado de tu parte —confesó Sigurður Óli—. A lo mejor tendría que haberlo apoyado más.

—No tenías ninguna necesidad de elegir. Nuestro matrimonio estaba acabado. No tenía nada que ver contigo.

—No —repuso Sigurður Óli—. No tenía que ver conmigo. Siempre lo has dicho. ¿Te parece justo?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Por qué le das vueltas ahora? Hace mucho ya.

—Precisamente —dijo Sigurður Óli—. Tengo que irme.

—Bergþóra siempre me cayó bien.

—Ella opina otra cosa.

—Pues no es verdad lo que dice.

—Tengo que irme.

—Dale recuerdos a tu padre —dijo Gagga mientras recogía las tazas de la mesa.

Ingresado en la sección de urología del Hospital Nacional de Hringbraut, su padre dormía cuando llegó Sigurður Óli. No quiso despertarlo y esperó sentado en una silla. Reposaba bajo una sábana blanca en una habitación individual, envuelto en silencio.

Mientras esperaba a que se despertara, Sigurður Óli pensó en Bergþóra y se preguntó si habría sido demasiado intransigente con ella y si todavía podía hacer algo por salvar la situación.

El lunes por la tarde, la búsqueda de Þórarinn todavía no había dado ningún resultado. Habían interrogado a un buen número de personas que o bien lo conocían o bien tenían algún tipo de relación con él, así como a otros repartidores, parientes y clientes fijos. Nadie tenía noticias suyas ni sabía dónde podía esconderse, aunque se propusieron ciertas teorías. Analizaron en detalle algunas de ellas, y desestimaron otras por considerarlas demasiado disparatadas. Los medios publicaron un comunicado al que se adjuntaba una foto reciente de Þórarinn que su mujer le había facilitado a la policía. En el anuncio se incidía en que se hallaba en búsqueda y captura por el homicidio de Sigurlína y que podría tratarse de un individuo peligroso. Los primeros testigos que decían haberlo visto no se hicieron esperar. La policía recibió llamadas procedentes tanto de Reikiavik como de las zonas rurales, incluso de los fiordos del este.

Mientras tanto, Sigurður Óli dedicaba la mayor parte de su tiempo a un caso más misterioso que exigía, entre otras cosas, localizar a una persona capaz de leer los labios. A mitad de la tarde consiguió por fin reunirse con una. Elínborg le había aconsejado que se pusiera en contacto con la Asociación de Sordos. Las indicaciones de la secretaria le fueron realmente de gran ayuda y le permitieron contactar con una mujer a quien se consideraba la mayor experta del país en lectura de labios. Le había enviado un e-mail y habían decidido verse en la comisaría de Hverfisgata a las seis.

Sigurður Óli quería que la mujer examinase el fragmento de película que le habían enviado en una bolsa de plástico sucia.

Había dejado el fragmento en manos de unos especialistas para que lo analizaran y lo digitalizaran en formato DVD. En el escaso tiempo que se les había concedido, habían tratado de limpiar la cinta y mejorar todo lo posible la calidad de la imagen. Averiguaron que la película de 8 mm era de la marca Kodak y que el modelo había dejado de fabricarse en 1990. No pensaban que la grabación se hubiera realizado en un estudio profesional, sino más bien que se tratara de una película de tipo *amateur*, un material filmado por un aficionado para consumo propio. Pero era difícil de afirmar. Lo mismo ocurría con el país de procedencia. Probablemente era islandesa, pero también cabía la posibilidad de que fuera extranjera, como había explicado el técnico que había llamado a Sigurður Óli para comunicarle los resultados de los análisis.

Varios factores impedían determinar el lugar y la época en que se había grabado la película. Uno de ellos era que el encuadre era muy «cerrado», en palabras del técnico. Apenas se apreciaba el contexto; solo se veía asomar un mueble que podía ser tanto una cama como un sofá o un diván. En ese sentido, la película en sí apenas proporcionaba información. Podría ser reciente, o sea, realizada poco antes de 1990, pero también se podía haber grabado cincuenta años antes, en el momento de máxima popularidad de ese tipo de cintas Kodak. No había manera de saberlo. Por otra parte,

la película era demasiado corta. Contenía solo dieciséis fotogramas por segundo, lo que hacía un total de ciento noventa y dos imágenes con el mismo contenido, el mismo punto de vista y el mismo movimiento. No cabía duda de que la película se había grabado en un interior, en un apartamento. La cama, o el sofá, indicaba que podría tratarse de un dormitorio. Resultaba imposible ubicar la casa. No había ninguna ventana que ofreciera una vista y, de hecho, el objetivo siempre apuntaba hacia abajo.

La secuencia era muda, pero en ella se decían algunas palabras. Los técnicos no habían logrado entenderlas, y Sigurður Óli tampoco fue capaz de distinguir las. De ahí su idea de contactar con alguien que supiera leer los labios.

Todo lo que no mostraban aquellos doce segundos era precisamente lo que suscitaba el interés de Sigurður Óli por la grabación. Lo que las imágenes daban a entender despertaba su curiosidad. La secuencia, por muy poca información que pudiera extraerse de ella, contaba una historia, era el testimonio mudo de la desgracia y el dolor de quienes no pueden defenderse; anunciaba la funesta existencia de otros acontecimientos mucho peores que los registrados en la película. No había razón para desdeñar aquellos presentimientos dada la manera en que había llegado el fragmento a la policía. Sigurður Óli había aprendido de la experiencia y no podía librarse de la sensación de que algo más trágico podría salir a la luz si se hallara la grabación completa.

Estaban a punto de dar las seis cuando llamaron a Sigurður Óli desde el vestíbulo de la comisaría para comunicarle que dos mujeres lo esperaban. Salió a su encuentro. Una se llamaba Elísabet y era la lectora de labios; la otra, Hildur, era intérprete de lenguaje de signos. Se saludaron y entraron en el despacho de Sigurður Óli, que había colocado un lector de DVD y una pantalla plana sobre un aparador con ruedas. Se sentaron en tres sillas que Sigurður Óli había alineado frente a la pantalla, y el agente puso a la lectora de labios en contexto. La policía había recibido un fragmento de película pero no sabía quién era el dueño. Esta mostraba una posible acción criminal, seguramente perpetrada en el pasado, y dado que faltaba el sonido, ella podría servirles de ayuda haciendo las veces de banda sonora. Conforme hablaba, la intérprete le explicaba a Elísabet lo que iba diciendo. Las dos mujeres tenían fisonomías muy distintas. La lectora de labios, de unos treinta años, era delgada y bajita, casi diminuta. A Sigurður Óli le parecía frágil como un objeto de porcelana. Por el contrario, la intérprete rozaba los sesenta años y era alta, robusta y ruidosa. No tenía problemas de sordera y era evidente que nunca había sido muda. Lo más importante era su velocidad con la lengua de signos. No dudaba nunca y traducía de forma clara todo lo que decía su compañera.

Visualizaron el fragmento. Lo visualizaron una segunda vez. Y luego una tercera. Lo que veían era un niño menor de diez años que trataba de escaparse de quien grababa la escena. El niño estaba desnudo. Primero se caía de lo que parecía ser un sofá o una cama, y luego permanecía un momento tirado en el suelo hasta que

comenzaba a reptar como una araña alejándose de la cámara mientras movía los labios y alternaba la mirada entre la cámara y la persona que grababa. Sus vanos intentos de escaparse recordaban a un animal atrapado. No había duda de que le aterrorizaba quien fuera que manejase la cámara. Parecía suplicarle piedad. El fragmento terminaba de forma tan abrupta como empezaba, en plena escena de impotencia y humillación. La expresión de dolor del niño impresionó a las dos mujeres tanto como había impresionado a Sigurður Óli la primera vez que la había visto. Ambas se giraron hacia él.

—¿Quién es? —preguntó Hildur—. ¿Quién es ese niño?

—No lo sabemos —respondió Sigurður Óli, y Hildur tradujo su respuesta al momento—. Estamos tratando de averiguarlo.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Elísabet.

—Tampoco lo sabemos —señaló Sigurður Óli—. Esto es lo único que nos ha llegado. ¿Podrías decirnos lo que dice el niño?

—Es difícil —reconoció Elísabet—. Tengo que verlo mejor.

—Puedes verlo tantas veces como desees —dijo Sigurður Óli.

—¿Sabéis quién lo grabó?

—No.

—No es más que un fragmento muy breve. ¿Sabéis algo más acerca de la película entera?

—No. Esto es todo lo que tenemos.

—¿En qué año se grabó?

—No lo sabemos, pero lo más probable es que se trate de una grabación vieja. No tenemos forma de averiguarlo porque no se aprecia nada alrededor que nos permita situarlo en el tiempo con exactitud. Sabemos que el formato se usaba antes de 1990, pero nada nos dice que no pudiera haberse grabado en fechas recientes. Lo único que nos puede dar una pista es el peinado del chico.

Sigurður Óli les explicó a las dos mujeres que había pedido extraer tres fotografías del fragmento para enseñarlas en barberías donde trabajaran peluqueros veteranos. Al mostrarles las imágenes, todos coincidieron en sus observaciones: el chico llevaba el llamado «corte de caballero» que tanto había estado de moda hasta 1970, con la nuca y los laterales rapados y un flequillo largo hasta la frente.

—¿O sea que la grabación es de los años sesenta? —preguntó Elísabet.

—Probablemente —respondió Sigurður Óli.

—¿No rapaban mucho a los chicos cuando los mandaban al campo en aquella época? —observó Hildur—. Tengo dos hermanos pequeños que nacieron hacia 1960, y siempre los rapaban así antes de mandarlos al campo.

—¿Quieres decir que podría tratarse de una casa en alguna zona rural? —preguntó Sigurður Óli.

Hildur se encogió de hombros.

—Cuesta mucho distinguir lo que dice —dijo interpretando a Elísabet—, pero

creo que podría ser islandés.

Volvieron a ver el fragmento y Elísabet se concentró en el movimiento de los labios del chico. La película volvió a pasar ante sus ojos una y otra vez, diez veces, veinte veces, mientras Elísabet miraba con atención los labios del muchacho. Sigurður Óli también había tratado de descifrar lo que decía el niño, pero no había llegado a ninguna conclusión. Habría preferido que apareciera el nombre de alguna persona, que el niño llamara por su nombre a quien estaba grabando, pero sabía que no podía ser tan sencillo.

—... Basta.

La palabra se escapó de la boca de Elísabet sin que la mujer apartara la mirada de la pantalla.

La había pronunciado sin ningún énfasis, sin modulación, de forma mecánica y ligeramente extraña, como con la voz aguda y débil de un niño.

Hildur la miró y luego se giró hacia Sigurður Óli.

—Nunca en mi vida la había oído pronunciar una sola palabra —susurró Hildur estupefacta.

—... Basta —volvió a decir Elísabet. Y lo repitió de nuevo—: Basta.

Bien entrada la tarde, Elísabet consideró que por fin había entendido sin asomo de duda las palabras de súplica del niño.

Basta.

Basta.

No quiero hacerlo más.

Basta ya.

Unas horas antes, mientras iba de barbería en barbería mostrando las fotografías extraídas de la película, Sigurður Óli trató de localizar a Andrés. Tras averiguar que aún vivía en el mismo inmueble que el invierno anterior, fue a su casa y llamó con tanta fuerza que los golpes retumbaron por toda la escalera. Pero no obtuvo respuesta. Se preguntaba si debía forzar la puerta, pero alguien salió al rellano. Era la vecina de Andrés, una mujer de unos setenta años.

—¿Eres tú quien monta semejante alboroto? —preguntó a Sigurður Óli mientras lo asesinaba con la mirada.

—¿Sabes algo de Andrés? ¿Cuándo lo viste por última vez? —preguntó Sigurður Óli sin inmutarse ante la feroz mirada de la mujer.

—¿Andrés? ¿Por qué lo buscas?

—Por nada. Tengo que hablar con él —aclaró Sigurður Óli reprimiéndose las ganas de decirle que no era asunto suyo.

—Hace mucho que Andrés no aparece por casa —dijo la mujer, que le lanzó a Sigurður Óli una mirada escrutadora.

—Pero es medio vagabundo, ¿no? Un borracho —dijo Sigurður Óli.

—¿Y eso qué tiene de malo? —respondió la mujer—. A mí nunca me ha causado ninguna molestia. Siempre tan dispuesto a ayudar, nunca hace ruido ni le pide nada a nadie. ¿Qué pasa por que le dé a la botella de vez en cuando?

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—¿Quién eres tú, si me lo permites?

—Soy de la policía —aclaró Sigurður Óli—, y necesito hablar con él. No es nada grave. Tan solo tengo que verme con él. ¿Sabrías decirme dónde se encuentra?

—No tengo ni idea —respondió la mujer, que miró a Sigurður Óli con suspicacia.

—¿No estará ahí dentro, en su casa? Quién sabe si su estado no le permite oírme.

La mujer miró insegura hacia la puerta de su vecino.

—Si llevas mucho tiempo sin verlo —apuntó Sigurður Óli—, ¿no se te ha ocurrido pensar que podría estar dentro y pudiera necesitar ayuda?

—Me dejó una llave —le informó la mujer.

—¿Tienes una llave de su casa?

—Me dijo que perdía la llave cada dos por tres y me pidió que le guardara una copia. Ha tenido que usarla en ocasiones. La última vez que vi a Andrés fue precisamente porque vino a buscarla.

—¿En qué estado se encontraba?

—Iba hecho un pordiosero, el pobre —explicó la mujer—. Parecía ansioso, no sé por qué. Me dijo que no me preocupara por él.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace poco, a finales de verano.

—¿En verano?!

—No es la primera vez que lo pierdo de vista durante un tiempo —reparó la mujer mientras se ponía a la defensiva, como si se sintiera responsable de su vecino.

—¿No deberíamos abrir la puerta para comprobar si está dentro? —sugirió Sigurður Óli.

La mujer no sabía qué hacer. En su puerta colgaba una bonita placa de cobre con su nombre: Margrét Eymunds.

—Dudo mucho que esté dentro —dijo.

—¿No será mejor asegurarse?

—Bueno, no perdemos nada. Puede que el pobre se haya hecho daño. Pero no toque nada. No creo que le haga gracia que la policía ande hurgando en su casa.

La mujer fue a buscar la llave y abrió el apartamento de Andrés. Al entrar los recibió un pestilente hedor a suciedad y restos de comida. Sigurður Óli ya había pisado antes aquel lugar, y era consciente de lo que esperaba encontrarse: los signos de la penosa vida de un borracho. El apartamento no era muy grande, y no tardaron en descartar cualquier sospecha de que la vida de Andrés corriera peligro: no estaba en casa. Sigurður Óli encendió las luces y ante ellos emergieron el caos y la dejadez.

Recordó su última visita y lo que ocurrió entre Erlendur, Andrés y él. Andrés se comportó de forma extraña; parecía llevar un buen tiempo borracho. Insinuó que en el barrio vivía un individuo peligroso, un hombre a quien conocía de hacía muchos años. Les pareció entender que se trataba de un pederasta. Andrés se negó en redondo a facilitar más información sobre el hombre. Más tarde averiguaron que se trataba del padrastro de Andrés, un tipo llamado Rögnvaldur que a veces utilizaba otras identidades. Por ejemplo, también había respondido alguna vez al nombre de Gestur. No consiguieron dar con él, y más teniendo en cuenta que solo contaban con el testimonio limitado y confuso de Andrés, que no consideraban en absoluto fiable. Según Andrés, el tal Rögnvaldur le había arruinado la vida y lo consideraba una pesadilla de la que no se podía librar. Dio a entender que aquel hombre había cometido un asesinato, pero no quiso dar más detalles. Erlendur dedujo que Andrés se consideraba la víctima de aquel «asesinato», por muy extraño que pudiera sonar. Era una forma de describir el tormento que Rögnvaldur le había causado y la manera en que había destruido su vida.

Sigurður Óli no había hallado ningún indicio del posible paradero de Andrés.

Un detalle llamó la atención de Sigurður Óli entre la mugre y el desorden: Andrés había estado recortando trozos de cuero en la cocina. Quedaban retales en el suelo y en la mesa, donde también había una enorme aguja de zapatero junto con fragmentos de hilo resistente. Sigurður Óli observó los pedazos de cuero mientras trataba de imaginar qué había hecho Andrés con ellos. Al ver que su vecino no estaba en casa, la mujer comenzó a insistir en que debían irse, pero Sigurður Óli seguía empeñado en hacer encajar en aquella historia los fragmentos de cuero. Obedecían a cierta lógica que no lograba descifrar, pero poco a poco comenzó a resolver el puzle con la esperanza de descubrir qué había tratado de elaborar Andrés. Pronto apareció ante sus

ojos un cuadrado de unos cuarenta centímetros de lado del que había recortado una forma ovalada más estrecha por la parte inferior.

Sigurður Óli dirigió la mirada hacia la aguja y el hilo que reposaban en la mesa. Todavía quedaban unos trozos pequeños de cuero que trató de encajar con el resto. No le resultó difícil. Visualizó lo que le parecía ser una cara humana con ojos y boca. Parecía que Andrés había confeccionado una especie de máscara cuya finalidad no era sino un misterio.

Sigurður Óli no tardó mucho en averiguar quién había sido el mejor amigo de Andrés durante su época de vagabundo en Reikiavik. Se llamaba Hólmgeir, pero lo llamaban Geiri. Aunque había rehecho su vida y era un abstemio con trabajo fijo, contaba con un largo historial de callejeo, alcoholismo y delitos menores, así que era un conocido de la policía. Andrés presentaba un historial similar. Lo habían encarcelado en diversas ocasiones por robos y agresiones, pero siempre había cumplido penas cortas, ya que no se trataba de un criminal peligroso. Más que nada, tenía una fuerte dependencia del alcohol y las drogas, cuyo consumo financiaba con constantes asaltos y robos. A veces había tenido que actuar «en defensa propia», tal y como declaraba en los informes policiales que Sigurður Óli había encontrado. A menudo eran los otros quienes agredían a Andrés y trataban de arrebatarle lo que era suyo, pero él, en palabras textuales, no dejaba que ningún don nadie le pasara por encima.

Geiri trabajaba como vigilante nocturno en una tienda de muebles que pertenecía a una enorme cadena internacional, y estaba de turno cuando Sigurður Óli se acercó para hablar con él. Sigurður Óli preguntó por Andrés a los más veteranos de la comisaría para conocer las últimas noticias que se tenían de él. Le comunicaron que prácticamente estaba desaparecido en combate. La mayoría se había olvidado de todo lo relacionado con Andrés, pero, a petición de Sigurður Óli, un agente llamó a un compañero jubilado que lo recordaba bien. Fue él quien le habló de Hólmgeir.

Al final del día, Sigurður Óli decidió hacerle una visita de camino a casa. Lo llamó para avisarlo de su llegada y, una vez allí, Hólmgeir lo dejó pasar por la puerta de atrás. Vestido con su uniforme de vigilante, llevaba un *walkie-talkie* fijado a una correa de cuero en el hombro, una linterna y algún utensilio más. «Eso sí que es saber salir del hoyo», pensó Sigurður Óli recordando que, una década atrás, aquel Hólmgeir había vivido en la calle.

Sigurður Óli le había explicado por teléfono el motivo de su visita y le había pedido que meditara al respecto, así que fue directo al grano: ¿tenía Hólmgeir alguna idea de dónde podría haberse metido Andrés?

—He estado dándole vueltas, pero me temo que no voy a poder ser de gran ayuda —se excusó Hólmgeir, un hombre rechoncho de casi cincuenta años que parecía encantado con su uniforme. Los rasgos de su cara delataban un pasado difícil. Su voz era ronca, como oxidada.

—¿Hace mucho que no lo ves?

—La tira —respondió Hólmgeir—. Igual ya lo sabes, pero hubo una época en que las pasé canutas. Mi situación era lamentable, vivía en la calle y dormía en pocilgas. Llevé una mala vida durante mucho tiempo, y así fue como conocí a Andrés. Todavía estaba peor que yo.

—¿Qué tipo de hombre era? —preguntó Sigurður Óli.

—No le haría daño ni a una mosca —afirmó Hólmgeir con rapidez—. Era un tipo solitario, quería que lo dejaran tranquilo. No sé bien cómo explicarlo, era muy sensible a lo que le decían o hacían los demás. A veces era una cosa exagerada. Siempre tenía que acudir en su ayuda porque algún imbécil se metía con él. ¿Por qué lo busca la policía? ¿Me lo podrías decir?

Sigurður Óli evitó entrar en detalles.

—Tenemos que hablar con él en relación con un viejo caso. Nada urgente, pero necesitamos encontrarlo.

Desde el primer momento estaba convencido de que el chico de la película era Andrés. Al enviar el fragmento había querido llamar la atención de la policía o, mejor dicho, de Sigurður Óli, quien ya lo conocía, sobre el delito o delitos cometidos contra él cuando era pequeño. El marco temporal encajaba. El niño de la grabación tendría unos diez años. Andrés superaba ahora los cuarenta y cinco. Según el informe de la policía, había nacido en 1960. Sus declaraciones sobre Rögnvaldur, su padrastro, indicaban que se trataba de un pederasta. Por otro lado, Rögnvaldur vivía con la madre de Andrés en la época en que supuestamente se grabó la película.

—¿Te contó alguna vez cómo se convirtió en un sintecho? —preguntó Sigurður Óli.

—Nunca hablaba de sí mismo —aclaró Hólmgeir—. Se lo pregunté alguna vez, pero no obtuve respuesta. Muchos se pasaban la vida lloriqueando y culpando a todo el mundo de sus desgracias. Hacían toda clase de acusaciones y reproches. Yo también lo hacía. Pero a él nunca lo oí quejarse de nada. Aceptaba su destino. Aun así...

—¿Sí?

—Aun así, daba la impresión de que acumulaba cierta rabia en su interior. Yo nunca supe de dónde venía. Nos llevábamos bien, pero en realidad nunca llegué a conocerlo del todo. Andrés era muy introvertido. Dentro de él ardían la ira y el odio, una especie de cólera interior que podía estallar en el momento más inesperado. Pero mis recuerdos están un poco difuminados y me temo que tengo lagunas.

—¿Sabes a qué se dedicaba entonces? ¿Cuál era su trabajo, si lo tenía?

—Una vez intentó hacerse tapicero —explicó Hólmgeir—. Le habría gustado aprender tapicería de joven.

—¿Tapicería? —repitió Sigurður Óli mientras visualizaba los trozos de cuero que había visto en su casa.

—Pero no pudo llevar a cabo su plan, claro.

—¿Sabes si llegó a trabajar en eso?

—No.

—¿Y no sabes dónde podría estar ahora?

—No.

—¿Tenía algún amigo al que acudir? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Sabes de alguien con quien todavía pudiera mantener el en contacto?

—No iba nunca a ningún lado, y nadie le visitaba. Deambulaba siempre por la estación de Hlemmur. Allí se estaba caliente y nos dejaban en paz con tal de que no armáramos jaleo. Pero no tenía amigos. Que yo sepa. Además, esas amistades apenas duraban. Muchos no sobrevivían al invierno.

—¿No tenía ningún pariente?

Hólmgeir reflexionó un instante.

—Alguna vez mencionó a su madre, quien, según entendí, hacía tiempo que había muerto.

—¿Qué decía de ella?

—Nada bueno —reparó Hólmgeir—. Que yo recuerde.

—¿Por qué?

—No me acuerdo bien. Creo que tenía algo que ver con una familia que lo había acogido en el campo.

—¿Te acuerdas de quién era esa familia?

—No. Andrés hablaba muy bien de ellos. Me parece que habría preferido seguir allí en vez de volver a Reikiavik. Decía que fue la única época de su vida en que había sido feliz.

Sigurður Óli llegó a su casa hacia medianoche y se tumbó en el sofá para ver la televisión. Puso una telecomedia americana, pero enseguida perdió el interés y zapeó hasta encontrar la retransmisión en directo de un partido de fútbol americano. Sin embargo, tampoco consiguió seguir el partido con atención. No dejaba de pensar en sus padres y en cómo su relación con Bergþóra se había ido a pique sin que él hubiera hecho nada por mantenerla a flote. Tan solo había dejado que las cosas siguieran su curso hasta que al final se torcieron y ya no hubo vuelta atrás. Quizá su ruptura se debiera a su obstinación y su indiferencia.

También pensó en Patrekur, de quien no sabía nada desde que lo hubieran interrogado, y en las amenazas de Finnur. No era un comportamiento propio de su compañero. Era bueno en su trabajo y no solía precipitarse en sus acciones, pero era evidente que no conocía ni a Patrekur ni a Súsanna. Sigurður Óli no tenía nada en contra de Finnur. Era un padre de familia, meticuloso en todo lo que hacía, tanto en lo laboral como en lo personal. Sus tres hijas habían nacido con dos años de diferencia y cumplían los años el mismo mes. Su mujer trabajaba a tiempo parcial como profesora de instituto. Preciso y puntilloso hasta la médula, quería siempre tener las cosas claras con sus compañeros de la policía y con todos aquellos que guardaran alguna relación con su trabajo. Por eso no era de extrañar que desaprobara el hecho de que Sigurður Óli hubiera omitido información relativa al caso debido a su vinculación personal. Pero Finnur también tenía sus defectos, como todo el mundo. Sigurður Óli se lo había recordado y había conseguido bajarle los humos. Aunque no sabía por cuánto tiempo. A Sigurður Óli no le parecía tan improcedente investigar la muerte de Lína aunque hubiera un amigo suyo de por medio. Confiaba plenamente en su criterio y, al fin y al cabo, Islandia era un país pequeño y siempre existían conexiones por un lado o por otro: amigos, conocidos, familiares y parientes. Era inevitable. Lo único importante era realizar el trabajo de forma honesta y profesional.

Una vez terminado el partido, Sigurður Óli cambió de cadena y pensó en el fragmento de película y en las desgarradoras súplicas del niño. Recordaba aquel día helado de enero, a comienzos de año, cuando acudió con Erlendur a casa de Andrés. Llevaba semanas borracho, desprendía un olor repugnante y de pronto empezó a referirse a sí mismo como Andresito. Erlendur se imaginó que lo habrían llamado así de niño. Andresito. ¿Sería Andresito el niño de la grabación? ¿Dónde estaba el resto del rollo? ¿Habría otros? ¿Qué le obligó a hacer su padrastró? ¿Y dónde estaba su madre aquel día? Rögnvaldur. Sigurður Óli había examinado los informes de la policía, pero no había encontrado a nadie con ese nombre que pudiera corresponder con el padrastró de Andrés.

En enero, Andrés ya presentaba un aspecto deplorable en su guarida de borracho, pero ahora en otoño se encontraba todavía más desmejorado. Aquel individuo que se había interpuesto en el camino de Sigurður Óli detrás de la comisaría no era ni una

sombra de lo que había sido: esquelético, encorvado, neurótico, con la piel pálida, la barba desaliñada y una ropa apesadumbrada. ¿Qué le había pasado? ¿Dónde se había metido?

¿Seguro que era Andrés el niño de la grabación?

Sigurður Óli recordó los tiempos en los que él tenía la edad de aquel niño. Sus padres se acababan de divorciar y vivía con su madre. Pasaba algunos fines de semana con su padre, que en ocasiones se lo llevaba a la obra porque solía trabajar hasta tarde cada día de la semana. Se había familiarizado con las labores de fontanería y había descubierto que los del gremio se referían a su padre con un mote que al principio lo había dejado desconcertado. Un día fue con él a comer en un restaurante al mediodía. Era entre semana y tenía fiesta en el colegio porque era Miércoles de Ceniza. Por alguna razón no podía quedarse solo en casa mientras su madre estaba trabajando, así que fue con su padre al sitio donde este solía comer cuando no iba a casa para hacerse un bocadillo. El local, en la calle Ármúli, era un punto de encuentro donde los obreros podían comer platos caseros, como albóndigas o carne de cordero, por un módico precio. Engullían la comida, fumaban y charlaban un rato antes de volver a ponerse en marcha. Todo el proceso no llevaba más de veinte minutos, como mucho media hora.

Mientras su padre hacía fila para pedir, él lo esperaba de pie junto a una mesa. De pronto, un hombre que caminaba a toda prisa se tropezó con Sigurður Óli y casi lo hizo caer al suelo de cabeza.

—Perdona, chaval —le dijo el hombre mientras lo agarraba para que no se cayera—. ¿Qué haces tú aquí?

El hombre lo había preguntado con brusquedad, indignado por que el niño estuviera ahí parado entorpeciendo el camino de los adultos. Aunque quizá solo tenía curiosidad por saber qué se la había perdido a un chiquillo como él en aquella tasca.

—Voy con él —respondió Sigurður Óli con timidez y reparo mientras señalaba a su padre, quien en ese momento se giró y sonrió.

—Anda, ¿con el Góteras? —preguntó el hombre, y señalando hacia su padre con la cabeza. Deslizó su mano por el pelo del niño y se marchó.

El tono socarrón, irónico e irrespetuoso con que el hombre había pronunciado sus palabras fue lo que más sorprendió a Sigurður Óli. Nunca había tenido la necesidad de evaluar la imagen que daba su padre en la sociedad, y tardó en entender que aquel hombre apodó a su padre con aquel mote estúpido para menospreciarlo.

Nunca se lo había mencionado. Más tarde averiguaría qué quería decir el mote, pero le costaba entender por qué se lo habían puesto. Pensaba que era un trabajador como los demás y le incomodaba haber descubierto que tenía un apodo tan denigrante. El pequeño Sigurður Óli se sentía humillado sin saber muy bien por qué. ¿Veían a su padre como un payaso? ¿Sería un fracasado? ¿Tenía algo que ver con que su padre hubiera escogido ser autónomo y no quisiera trabajar con otras personas en una empresa, con que tuviera pocos amigos, fuera asocial y extraño y admitiera que

no le agradaba particularmente estar con otros?

En el hospital, junto a su camilla, Sigurður Óli esperaba a que su padre se despertara después de la operación mientras pensaba en el momento en que había oído su apodo por primera vez. Más tarde consiguió entender mejor lo sucedido, los sentimientos que había experimentado. De pronto se había visto en la desagradable situación de compadecer a su padre. Sentía pena por él, incluso sentía la necesidad de defenderlo.

Su padre dio señales de despertarse, y abrió los ojos. A Sigurður Óli le habían informado de que la operación había sido un éxito. Habían extraído la glándula y no habían encontrado ninguna indicación de que el mal se hubiera extendido. Solo estaba afectada la próstata.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Sigurður Óli cuando se despertó.

—Bastante bien —respondió medio dormido.

—Tienes buena cara —señaló Sigurður Óli—. Solo tienes que descansar.

—Gracias por venir a verme, Siggí —dijo su padre—. No hacía falta, no tienes por qué andar preocupándote de un pobre viejo como yo.

—He estado pensando en mamá y en ti.

—¿Ah, sí?

—En cómo empezasteis a estar juntos pese a ser tan diferentes.

—Y tanto que somos diferentes. Tanto que no tenemos nada que ver. Nos dimos cuenta desde el primer momento, pero solo supuso un problema más adelante. Me dio la impresión de que experimentó un cambio cuando comenzó a trabajar. Como contable, quiero decir. ¿Te parece incomprensible que estuviera con un fontanero como yo?

—No sé —dijo Sigurður Óli—. No le pega. Cuando dices «más adelante», ¿quieres decir cuando nací?

—Tú no tienes nada que ver, Siggí, hijo. Tu madre es imprevisible.

Guardaron silencio. Su padre se volvió a quedar dormido, y Sigurður Óli permaneció un rato más sentado hasta que se levantó y se marchó.

Cuando terminó el partido, Sigurður Óli se levantó y apagó el televisor. Miró el reloj. Tal vez era demasiado tarde para llamar. Aun así, sentía el deseo de oír su voz: llevaba todo el día pensando en ella. Descolgó el teléfono y lo sostuvo en la mano unos segundos. Dudó. Después marcó el número. Una voz de mujer contestó al tercer tono.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó.

—No... no pasa nada —respondió Bergþóra—. No estaba dormida. ¿Todo bien? ¿Cómo llamas tan tarde?

Su voz sonaba preocupada, pero al mismo tiempo parecía tensa, casi sin aliento.

—Tenía ganas de hablar contigo y contarte lo de mi padre. Está en el hospital.

—¿Ah, sí?

Sigurður Óli le contó lo de su enfermedad, que la operación había salido bien y que le darían el alta en unos días. Lo había ido a ver dos veces y quería estar pendiente mientras se recuperaba.

—Ya sabes que no quiere molestar a nadie.

—Nunca habéis tenido mucha relación —comentó Bergþóra, quien nunca había llegado a conocer muy bien a su exsuegro.

—No —admitió Sigurður Óli—. Así han sido las cosas, no me preguntes por qué. Esto... Se me ha ocurrido que quizá podríamos vernos. Igual en tu casa. Hacer algo.

Bergþóra guardó silencio al otro lado de la línea. Sigurður Óli escuchó un sonido leve, como una voz contenida.

—¿Hay alguien ahí contigo? —preguntó.

Bergþóra no respondió.

—¿Bergþóra?

—Perdona —dijo ella—, se me cayó el teléfono.

—¿Con quién estás?

—Ya hablamos otro día —dijo Bergþóra—. Ahora no es el mejor momento.

—¿Bergþóra...?

—Hablamos. Te llamo.

La línea se cortó. Sigurður Óli observó el teléfono. Por algún extraño motivo, nunca se le había pasado por la cabeza que Bergþóra pudiera buscarse a otro. Él estaba abierto a nuevas experiencias, pero no se esperaba en absoluto que Bergþóra se le adelantara.

—Mierda —murmuró con rabia.

No debería haber llamado.

¿Qué hacía con otro?

—¡Mierda! —murmuró de nuevo, mientras dejaba el teléfono.

No se consideraba que existieran razones para que Kristján, la marioneta (si es que se le podía llamar así) de Þórarinn, el matón y traficante que con toda probabilidad le había dado a Lína una paliza de muerte, permaneciera en prisión preventiva. Kristján había dejado de trabajar en la tienda de bricolaje Bíkó, había regresado a su vida de holgazán y había sido fácil localizarlo en el bar donde Sigurður Óli ya había preguntado una vez por él. Llevaba alguna cerveza de más y saludó a Sigurður Óli con la mano desde un rincón de la taberna, como si fueran amigos de toda la vida.

—En Bíkó me dijeron que ya no trabajas allí —comentó Sigurður Óli mientras se sentaba a su lado.

Era poco después del mediodía. Kristján estaba sentado frente a una pinta de cerveza medio vacía, un paquete de tabaco y un mechero desechable. Su aspecto no había variado mucho desde la última vez, y daba la impresión de que se sentía aliviado al decir que no tenía noticias de Þórarinn. Parecía albergar la esperanza de que la policía fuera a detenerlo cuanto antes y mandarlo a la cárcel de por vida.

—No es amigo mío —señaló Kristján—, si es eso lo que piensas.

Era prácticamente el único cliente del bar a aquella hora del día, y allí estaba disfrutando de la vida, contento y feliz después de haber cobrado sus escasos días trabajados. En otras temporadas no había tenido nada que llevarse a la boca e incluso había pasado hambre.

—No, ya me imagino —dijo Sigurður Óli—. No creo que sea una compañía muy agradable. He hablado con su mujer. No sabe dónde puede haberse metido su marido.

—Entonces ¿no sabéis nada de Toggi?

—Se ha esfumado. La pregunta es cuánto aguantará escondido. Todos se suelen rendir al cabo de un par de días. ¿Se te ocurre dónde podría ocultarse?

—Ni idea. ¿No quieres tomarte una birra y relajarte un poco? ¿Un cigarrillo?

Kristján deslizó el paquete hacia él, mucho menos estresado ahora que se encontraba en su terreno, tibio de cerveza. Sigurður Óli lo observó en silencio. Apenas podía creer que se tratara de la misma persona. ¿Hasta cuándo debía aguantar aquella humillación? Si había algo en su trabajo que lo ponía enfermo era tener que comportarse casi como un colega con elementos como Kristján, portarse bien con tipejos a quienes en realidad despreciaba y bajar a su nivel. Incluso fingir ser uno de ellos y tratar de ponerse en su lugar. A su compañero Erlendur no le suponía ningún problema, porque era capaz de entender a aquella chusma. Elínborg recurría a cierta intuición femenina cuando trataba con maleantes. Sin embargo, Sigurður Óli solo veía un abismo entre delincuentes como Kristján y él. No tenían nada en común, nunca lo tendrían y nunca podrían mantener una conversación de tú a tú, pues uno era un criminal reincidente y el otro un ciudadano honrado. Para Sigurður Óli, aquella gentuza había desperdiciado su derecho a que la tomasen en consideración y, en definitiva, a integrarse en la sociedad. Sin embargo, en ocasiones como esa, Sigurður

Óli tenía que hacer como si le importara lo que pensaban aquellos desgraciados, lo que opinaban de las cosas o el funcionamiento de sus míseras existencias. Se había propuesto tratar bien a Kristján con la esperanza de sonsacarle más información.

—No, gracias, no fumo —respondió forzando una sonrisa—. Es fundamental que lo encontremos cuanto antes. Cualquier información que pudieras tener sobre el posible paradero de Toggi, como tú lo llamas, o sobre cualquier persona con quien pudiera estar en contacto, será bienvenida.

Kristján se puso a la defensiva. El policía mostraba una actitud considerablemente diferente de la de la última vez y no sabía bien cómo reaccionar.

—No tengo ni idea de nada —declaró.

—¿Con qué tipo de gente se mueve? No sabemos nada sobre él. Þórarinn nunca ha estado en comisaría, así que tenemos que confiar en personas como tú, ¿entiendes?

—Sí, pero ya te digo que...

—Un nombre. Con eso basta. Alguien a quien hubiera mencionado en tu presencia, aunque solo fuera una vez.

Kristján lo miró mientras le daba un sorbo a la cerveza. Después se la terminó de un trago y le tendió el vaso a Sigurður Óli.

—Pídeme otra, anda —le ordenó el cretino—. Ven y siéntate aquí conmigo. Puede que me venga algo a la cabeza.

Tres pintas de cerveza y una eterna conversación después, Sigurður Óli conducía hacia el este por Miklabraut en busca de un taller especializado en ciclomotores y motos de nieve. Allí trabajaba un hombre llamado Höddi, quien, según Kristján, era uno de los pocos amigos de Þórarinn. Kristján no sabía de qué se conocían, pero se habían ayudado el uno al otro realizando todo tipo de encargos, grandes y pequeños, en el ámbito de los cobros de deudas y otras actividades de la misma índole. Por ejemplo, en una ocasión Höddi le había prendido fuego a un Range Rover blanco de doce millones de coronas, tapizado en cuero y totalmente equipado, a petición del dueño, que quería librarse del préstamo y de paso obtener algún pellizco del seguro. La misión se la había encargado Toggi, que conocía al propietario del coche, aunque Kristján no sabía de qué. La cuestión era que Toggi se encontraba en España y la cosa corría prisa. Höddi había resuelto el problema sin la menor dificultad. Según Kristján, se le daba bien el fuego. No sabía de nadie más que pudiera ser amigo de Toggi el Flecha.

Höddi era un hombre de gran estatura y corpulencia. Lucía una incipiente barriga y era calvo como una bola de billar, pero con una perilla rubia y espesa. Llevaba vaqueros y una camiseta negra con la vieja bandera de los Estados Confederados de América. Parecía la caricatura de un racista americano. Sigurður Óli lo encontró inclinado sobre una moto cromada, en el interior de un pequeño taller del que, según Kristján, era tanto el dueño como el único empleado.

—Buenos días —saludó Sigurður Óli—. Estoy buscando a Höddi. ¿Eres tú?
El hombre se enderezó.

—¿Quién eres? —preguntó con suspicacia, como si pudiera olfatear de lejos los problemas.

—Debo encontrar a Toggi, o Þórarinn. Tengo entendido que lo conoces —explicó Sigurður Óli—. Guarda relación con un caso del que quizás hayas oído hablar. Soy de la policía.

—¿Qué caso?

—El de una mujer agredida en el barrio oeste.

—¿Por qué me preguntas a mí?

—Bueno...

—¿Quién te ha dado mi nombre? —preguntó Höddi—. ¿Estás solo?

Sigurður Óli no sabía cómo interpretar su última pregunta. Un policía nunca estaba solo, pero no esperaba que Höddi fuera a entrar en ese tipo de disquisiciones. ¿Por qué se lo había preguntado? ¿Pretendía atacarlo si iba solo? Por otro lado, tampoco podía contestar a su primera pregunta, ya que no quería delatar a Kristján, aunque se sintiera ligeramente tentado después de la insufrible conversación que había mantenido con él aquel día. Paseó en silencio la mirada por el garaje y contempló las motos de nieve que Höddi había modificado para hacerlas más veloces y ruidosas. También había retocado las motocicletas para poder infringir mejor las normas de tráfico.

Höddi caminó hacia él.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo que ver con ese tal Toggi? —preguntó.

—Te estoy preguntando —dijo Sigurður Óli—. ¿Sabes dónde puede estar?

Höddi fijó la mirada en él.

—No —respondió—. No conozco a ese tío.

—¿Conoces quizás a un hombre llamado Ebeneser, también llamado Ebbi?

—Pensaba que estabas preguntando por un tal Toggi.

—Y por Ebbi también.

—No sé quién es.

—Su mujer se llama Lína, ¿la conoces?

—No.

El móvil de Höddi comenzó a sonar en el bolsillo. Miró fijamente a Sigurður Óli mientras sonaba, cuatro, cinco, seis veces hasta que por fin respondió. No apartó la mirada de Sigurður Óli en todo el tiempo que duró su conversación.

—Sí —respondió.

Escuchó un momento a su interlocutor.

—Me la trae floja —dijo Höddi al teléfono—. Sí... sí... sí, me la suda.

Volvió a escuchar.

—Me importa tres cojones que sea pariente tuyo —señaló contrariado—. ¡Voy a hacer un *touchdown* con sus rodillas!

Desafió a Sigurður Óli con la mirada al pronunciar la frase. Sigurður Óli sabía bien lo que quería decir con eso de «hacer un *touchdown* con las rodillas de alguien»: se refería a darle una paliza a alguien con un bate hasta hacerlo caer. Parecía estar hablando de una venganza o un acto de matonismo para cobrar deudas. En cualquier caso, Höddi no parecía molestarse en ocultárselo a la policía, y provocaba a Sigurður Óli como si quisiera demostrarle que no tenían nada con lo que ir a por él, que no lo podían tocar.

—¡Que te calles! —voceó Höddi al teléfono—. Sí... sí... Eso, sí, y tú también. ¡Que te calles la puta boca, tío!

Colgó y guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Se ha puesto Toggi en contacto contigo recientemente? —preguntó Sigurður Óli haciendo como si no hubiera oído la conversación.

—No conozco a ningún Toggi.

—Lo llaman Toggi el Flecha.

—Tampoco lo conozco.

—Supongo que harás viajes a la montaña con este tipo de vehículos —comentó Sigurður Óli señalando las potentes motos de nieve.

—¿Y ahora con qué coño me sales? —exclamó Höddi—. ¿Quieres dejarte ya de chorradas y largarte de aquí?

—O a los glaciares —continuó Sigurður Óli haciendo caso omiso de la creciente irritación del hombre—. ¿Puede ser? Me refiero a algún viaje que organices para instituciones o empresas. No a excursiones tuyas privadas.

—Pero ¿qué gilipollez es esa?

—¿Te encargas de organizar viajes de ese tipo o participas en ellos de alguna manera? ¿En travesías por glaciares con clientes de alguna empresa? ¿Con motos de nieve, jeeps, barbacons y esas cosas?

—Sí, suelo ir bastante a los glaciares. ¿Y a ti qué más te da?

—El tal Ebbi del que te hablo organiza viajes de alta montaña. ¿Sueles trabajar con él?

—Mira, tío, no conozco a ningún Ebbi.

—Vale —dijo Sigurður Óli—. Ya está, entonces.

—Eso es, ya está. Y ahora largo de aquí y déjame en paz —dijo Höddi, y se dio la vuelta hacia su motocicleta.

Cuando Sigurður Óli regresó a Hverfisgata lo esperaba un correo electrónico de Kolfinna, la secretaria de la gestoría donde había trabajado Lína. Había prometido enviarle la otra lista que recogía los nombres de los empleados y clientes que habían ido con Lína de excursión por el glaciar. Sigurður Óli la imprimió y revisó los nombres. Para su sorpresa, halló el nombre de Hermann, pero un instante después tuvo que detenerse al llegar a otro nombre que conocía demasiado bien como para

creer que pudiera estar en aquella lista.
Era el nombre de Patrekur, su amigo.

Recibió miradas suspicaces al entrar en la licorería y comprar dos botellas de *brennivín*. Se había arreglado, se había abrochado bien los pantalones, se había puesto un buen abrigo y había ocultado sus sucias greñas bajo una gorra para protegerse del frío. Después había caminado un buen trecho hasta llegar a la licorería del centro comercial Eiðistorg, en el extrarradio. Procuraba no ir demasiado a la misma tienda. La más cercana a Grettisgata se encontraba en la calle Austurstræti, en el centro, pero las últimas veces que había ido se había fijado en las miradas de reojo de los empleados. También había ido ya a la del centro comercial Kringlan. Pagaba siempre en efectivo, puesto que no tenía tarjeta y nunca había tenido. Por eso a veces debía ir al banco para retirar dinero. Recibía una pensión de invalidez que le ingresaban directamente en su cuenta, y todavía le quedaban algunos ahorros desde la última vez que había trabajado. No tenía muchas necesidades. Prácticamente había dejado de comer. El *brennivín* le servía de comida y bebida.

Lo miraron como si hubiera hecho algo malo. Quizá fuera solo por su aspecto, o eso esperaba. Al fin y al cabo, ¿ellos qué sabían? No sabían nada. No se negaron a atenderlo. Su dinero valía igual, aunque no fuera vestido como un director de banco. Eso sí, no interactuaron con él. No le dirigieron ni una palabra ni le hicieron el más mínimo comentario. ¿Qué más le daba lo que pudieran pensar? No significaban nada para él. ¿Y él? ¿Qué significaba él para ellos? ¡Nada! Solo había ido ahí para comprar *brennivín*, y punto. No estaba causando problemas. No era más que un cliente como otro cualquiera.

Entonces ¿¿qué demonios estaban mirando?!

¿O es que solo la gente bien vestida podía beber *brennivín*?

Obsesionado con esas preguntas, salió de la licorería mirando hacia atrás, como si pensara que lo perseguían. ¿Y si habían llamado a la policía? Apretó el paso. El joven que lo había atendido en la caja lo siguió con la mirada a través del ventanal de la tienda hasta que lo vio desaparecer.

A pesar de no ver a ningún policía, tomó la precaución de alejarse de las vías más transitadas en cuanto pudo. Caminó sin prisas hacia el viejo cementerio del centro metiéndose por calles desiertas. De vez en cuando hacía una parada y, después de asegurarse de que nadie lo veía, sacaba de la bolsa una de las botellas para darle un trago. Cuando por fin llegó al cementerio, casi se la había terminado. Debía prestar atención para que la otra le durara más.

Solía ir al cementerio de la calle Suðurgata para estar tranquilo. Se sentó a descansar en un pequeño muro de cemento que rodeaba una enorme tumba y comenzó su segunda botella. Apenas sentía el frío. De eso se encargaban el *brennivín* y su grueso abrigo bien ajustado.

El alcohol lo animó y se sintió un poco mejor. Se le pegó un verso que solía venirle a la cabeza cuando bebía:

El *brennivín* es lo mejor.
Nunca te falla su sabor.

Prefería no pasar por el centro de la ciudad para no encontrarse con conocidos, o peor aún, con la policía, a la que evitaba por encima de todo. Más de una vez lo habían detenido por el mero hecho de verlo en la ciudad. Un día, estando sentado tan tranquilo en un banco de la plaza Austurvöllur sin molestar a nadie, dos agentes se le acercaron para hablar con él. Les dijo que se callaran y quizá se le escapó algún insulto, no lo recordaba, pero el caso es que terminó en una celda sin saber cómo. «Les arruinas la vista a los turistas», le hicieron saber los agentes.

Contempló las lápidas cubiertas de musgo y los árboles que se erguían entre las tumbas medio derruidas. Miró hacia el cielo, plomizo y amenazante, casi negro a sus ojos. Por un instante se abrió por encima de las montañas Bláfjöll y pudo vislumbrarse un fugaz rayo de sol, una franja delgada de cielo azul, antes de que los nubarrones se cerraran de nuevo.

No asistió al entierro de su madre. En algún momento, en algún lugar, tal vez en el hospital, dio el nombre de su hijo como pariente al que avisar el día en que abandonara este mundo. Por eso una vez recibió una llamada, que todavía podía escuchar desde lejos, desde más allá de Bláfjöll, que le comunicaba el fallecimiento de su madre Sigurveig.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? —preguntó.

No sintió ni tristeza ni alegría. Ni sorpresa ni rabia. No sintió nada. Al fin y al cabo, llevaba mucho tiempo sin sentir nada.

La mujer del teléfono parecía interesada en hablarle del protocolo funerario, las pompas fúnebres y otras cosas que no había entendido bien.

—Me da igual —dijo antes de colgar.

Le dio un nuevo trago a la botella y miró hacia las nubes en busca de algún claro en el cielo, pero no encontró ni el más mínimo rayo de sol. Conocía bien el cementerio; en él hallaba calma y seguridad. Allí nadie lo molestaba.

Pasó un buen rato sentado entre las viejas sepulturas, invadido por una extraña sensación de serenidad. Como otras tantas veces, se preguntaba a qué lado de la tumba se encontraba.

Casi se había olvidado ya de las razones por las que había ido hasta allí cuando vio acercarse al policía. No le venía su nombre a la cabeza. Sigur-algo.

Sigurður.

El teléfono del escritorio sonó mientras Sigurður Óli examinaba la lista que acababa de imprimir. Contestó irritado, y al principio no escuchó más que una especie de ronquido nasal procedente de alguien que respiraba de manera entrecortada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Necesito verte —anunció una voz que reconoció de inmediato.

—¿Andrés?

—Yo... ¿Podría verte ahora?

—¿Dónde estás?

—En una cabina. Estoy... estaré en el cementerio.

—¿Qué cementerio?

—El de Suðurgata.

—Vale —dijo Sigurður Óli—. ¿Dónde estás ahora?

—De aquí a dos horas.

—De acuerdo. De aquí a dos horas. En el cementerio. ¿Dónde, exactamente?

No obtuvo respuesta. Andrés había colgado.

Al cabo de casi dos horas, Sigurður Óli aparcó en la calle Ljósvallagata y accedió al cementerio por la entrada oeste. Sin saber dónde podía encontrarse Andrés, giró de inmediato a la izquierda. Se adentró y recorrió los estrechos caminos que serpenteaban entre tumbas y lápidas grises. Casi había atravesado el cementerio de punta a punta cuando divisó a Andrés sentado en un viejo muro bajo de piedra cubierto de musgo que habían construido alrededor de una tumba doble. Desde allí, seguía a Sigurður Óli con la mirada a medida que el agente se acercaba. Llevaba las manos sucias; al menos, lo poco que se distinguía de ellas bajo las mangas de su abrigo. Pertrechado con una gorra en la cabeza, se lo veía tan desaliñado como la última vez que había hablado con Sigurður Óli detrás de la comisaría.

Andrés hizo el gesto de querer levantarse cuando Sigurður Óli se acercó hacia él, pero cambió de idea y siguió sentado. Desprendía una peste nauseabunda, un olor fétido a estiércol mezclado con alcohol y orina. Seguramente llevaba semanas sin cambiarse de ropa.

—¿Así que has venido? —preguntó.

—Te estaba buscando —comentó Sigurður Óli.

—Pues aquí me tienes —dijo Andrés.

Llevaba una bolsa de plástico de la licorería. Sigurður Óli creyó ver un par de botellas en su interior. Se sentó en el muro junto a Andrés y observó cómo sacaba una, le quitaba el tapón y bebía directamente de la botella. Sigurður Óli se dio cuenta de que casi no le quedaba nada y pensó que seguramente le sacaría más información con cierto nivel de alcohol que sin él.

—¿Qué sucede, Andrés? —le preguntó—. ¿Por qué te pones continuamente en contacto conmigo? ¿Qué es lo que quieres de la policía?

Andrés echó un vistazo a su alrededor. Paseó la mirada de una lápida a otra antes de dar un nuevo trago de *brennivín*.

—¿Y qué haces aquí, en el cementerio? He estado preguntando por ti en el edificio donde vives.

—No puedo estar tranquilo en ningún lado. Solo aquí.

—Sí, aquí se está en calma —observó Sigurður Óli mientras recordaba que aquí fue donde hallaron el cadáver de una joven en la tumba de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia. Bergþóra fue uno de los testigos interrogados en el caso. Así se conocieron. Un coche solitario pasó por Suðurgata. Al otro lado del muro del cementerio dormían las acogedoras casas de la calle Kirkjugarðsstígur.

—¿Recibiste lo que te envié? —preguntó Andrés.

—¿Quieres decir el fragmento de película?

—Sí, ese trozo. Al final lo encontré. No es mucho, pero sí es suficiente. Solo guardaba dos rollos pequeños. Se había deshecho del resto.

—¿Eres tú el que hemos visto en las imágenes?

—¿Hemos? ¿Cómo que «hemos»? Te lo envié a ti. ¿Es que se lo has enseñado a alguien? ¡No puede verlo nadie más! ¡Nadie! ¡No se lo puedes enseñar a nadie!

Al ver que se alteraba, Sigurður Óli trató de calmarlo explicándole que había acudido a una lectora de labios para poder entender lo que decía el niño de la grabación. Después añadió una pequeña mentira y le dijo que nadie más había visto la película. Todavía no había abierto ninguna investigación. Primero quería estudiar el caso por su cuenta para comprobar si existían razones para derivarlo al Departamento de Delitos Sexuales, y que allí invirtieran el tiempo y el personal necesarios.

—¿Eres tú el de la película?

—Sí, soy yo —confirmó Andrés apesadumbrado—. ¿Quién va a ser...? ¿Quién va a ser si no?

Guardó silencio y bebió de la botella.

—¿Tardaste mucho en encontrar la película? ¿Dónde la encontraste?

—Mi madre..., ¿sabes?, no era... una mujer fuerte, no podía con él, ¿sabes? —explicó Andrés sin preocuparse de responder a las preguntas de Sigurður Óli. Su barba era rala y desaliñada, llevaba la cara sucia y un moratón en un ojo, como si se hubiera peleado o se hubiera dado un golpe. Sus ojos, siempre húmedos, eran pequeños y grises, casi incoloros. Su nariz hinchada y torcida indicaba que se la había partido alguna vez y no se la había recompuesto. Quizás había ocurrido en los años en que buscaba abrigo en la estación de Hlemmur.

—¿A quién te refieres? ¿No podía con quién?

—Él la utilizaba, ¿entiendes? Ella le daba un hogar a cambio de *brennivín* y drogas. Mientras tanto, nadie se ocupaba de mí. Él podía hacer conmigo lo que le viniera en gana.

En su voz ronca y fragmentada se escuchaban una rabia y un asco contenidos durante años.

—¿Hay más películas?

—Le excitaba grabarlas —dijo Andrés—. Usaba un proyector que había robado de un colegio en el campo donde había estado. Tenía un montón de porno que traían de contrabando en los barcos.

Andrés guardó silencio.

—¿Puede ser que el hombre del que hablas se llame Rögnvaldur? —preguntó Sigurður Óli.

Andrés le clavó la mirada.

—¿Sabes quién es?

—Te interrogamos en enero de este año, en relación con otro caso —explicó Sigurður Óli—. ¿Te acuerdas? El otro día sí te acordabas. En enero te preguntamos sobre el tal Rögnvaldur. Era tu padrastro, ¿no?

Andrés no respondió.

—¿Fue él quien grabó la película que nos has enviado? —continuó Sigurður Óli.

—Le faltaba el dedo índice. Nunca me contó por qué, pero a veces me reconfortaba pensar que había sufrido, que se había retorcido de dolor y que se lo tenía merecido.

—¿Es de él de quien estás hablando?

Andrés bajó la cabeza y asintió lentamente.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace mucho. Hace años.

—¿Qué edad tenías?

—Diez, cuando empezó.

—¿En torno a 1970? Habíamos tratado de hacer el cálculo.

—Es imposible deshacerse de algo así —dijo Andrés con una voz tan débil que Sigurður Óli apenas lo oía—. Por mucho que lo intentes. No te libras jamás. He bebido para intentar olvidarlo, pero no basta.

Andrés se levantó, enderezó la espalda y escudriñó el cielo como si buscara algo en las nubes. Su voz se había convertido en un susurro:

—Dos años duró aquel infierno. Casi sin interrupción. Después, se marchó.

Un autobús en dirección hacia el centro pasó por Suðurgata con un estruendo y se escucharon unas risas procedentes de Kirkjugarðsstígur. La vida en la ciudad seguía su curso, aunque parecía detenerse en el cementerio donde se encontraba Andrés. Llevaba un buen rato sin articular palabra. Sigurður Óli esperó a que continuara contando su historia. No quería presionarlo. Los minutos transcurrían. Andrés sacó la otra botella; bebió de ella y la volvió a guardar en la bolsa, junto a la otra. Se había metido en su propio mundo. Cuando parecía perdida toda esperanza de que retomara el hilo, Sigurður Óli se aclaró la garganta.

—¿Por qué ahora? —preguntó.

No estaba seguro de que Andrés lo hubiera escuchado.

—¿Por qué ahora, Andrés?

Andrés se volvió hacia él y lo miró fijamente como si fuera un total desconocido.

—¿Qué?

—¿Por qué nos lo cuentas ahora? —insistió Sigurður Óli—. Aunque atrapemos a Rögnvaldur, hace tiempo que el delito ha prescrito. No podemos hacer nada al respecto. No hay ninguna ley que pueda tocarlo ahora.

—No —admitió Andrés con resignación—. No podéis hacer nada. Nunca habéis podido hacer nada.

Andrés guardó silencio.

—¿Qué fue de Rögnvaldur?

—Se fue de casa y no le volvimos a ver el pelo —explicó Andrés—. Nunca supe nada más de él. Ha estado desaparecido todos estos años.

—¿Y luego?

—Más adelante lo volví a ver. Ya os lo conté.

—No lo encontramos. Una vez resuelto el caso en el que supuestamente estaba implicado, perdimos el interés en él, ya que al final resultó que no tenía nada que ver. No había por dónde coger tu testimonio. Era confuso y te negabas a darnos detalles. ¿Por qué quieres hablar ahora?

Sigurður Óli esperó a que respondiera, pero Andrés se limitaba a mirar el suelo en silencio.

—Si no recuerdo mal —prosiguió Sigurður Óli—, diste a entender que había asesinado a un chico de tu edad. No encontramos nada en nuestros registros. ¿Te referías a ti mismo? ¿Es así como viviste lo que te hizo? ¿Cómo si hubiera muerto algo en tu interior?

—Lo mejor hubiera sido que me hubiera liquidado —respondió Andrés—. Quizás eso hubiera sido lo mejor. Ya no sé lo que os conté. No he estado... Llevo mucho tiempo encontrándome mal.

—Hay gente que te puede ayudar —le informó Sigurður Óli—. Existen servicios para personas como tú, personas que han sufrido la misma experiencia. ¿Has

intentado acudir a ellos?

Andrés negó con la cabeza.

—He querido quedar contigo para contarte... para decirte que, pase lo que pase, salgan como salgan las cosas, yo solo tengo una parte de culpa. ¿Entiendes? Solo una parte de culpa. Solo quería que lo supieras, que la policía lo supiera.

—¿Salgan como salgan qué cosas? —preguntó Sigurður Óli—. ¿De qué estás hablando?

—Ya lo averiguarás.

—¿Has encontrado a Rögnvaldur?

Andrés no respondió.

—No puedo dejarte marchar sin que me respondas. No puedes hablar a medias tintas.

—No tengo ninguna intención de justificarme. Las cosas son como son y no van a cambiar. Después de que se marchara traté de... traté de reponerme, pero... yo... era... incapaz de aplacar el dolor... Descubrí que podía olvidarme con el *brennivín* y las drogas, así que me refugié en ellas. Busqué a gente que me las pudiera proporcionar, y así pude tenerlo todo bajo control. Desde el mismo momento en que se fue. Me emborraché por primera vez a los doce años. Esnifaba pegamento. Le daba a todo lo que estuviera a mi alcance. Apenas he estado sobrio desde entonces. Así son las cosas. No voy a buscar excusas.

Andrés guardó silencio. Carraspeó y sacó la botella de la bolsa.

—Así que ya te enterarás —dijo.

—¿De qué?

—Ya te enterarás.

—Tengo entendido que querías hacerte tapicero —apuntó Sigurður Óli. Quería hablar con él todo lo posible, hacer que se abriera y que quizá le diera más detalles sobre Rögnvaldur. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que Andrés estaba agotado, física y psicológicamente.

—Alguna vez he intentado enderezar mi vida. Pero enseguida volvía a caer.

—¿Has estado trabajando con cuero últimamente? —preguntó Sigurður Óli con cautela.

Andrés se puso a la defensiva.

—¿Qué quieres decir?

—Tu vecina, la señora del piso de al lado, estaba preocupada por ti —explicó Sigurður Óli—. Pensaba que tal vez te había pasado algo, así que me dejó entrar en tu apartamento. En la cocina vi unos trozos de cuero que, al encajarlos mentalmente, formaban una especie de círculo que parecía una cara.

Andrés guardó silencio.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada —respondió Andrés. Miraba inquieto a su alrededor, como si buscara una vía de escape—. No sé qué necesidad tenías de entrar en mi casa. No lo entiendo.

—Tu vecina estaba muy preocupada —insistió Sigurður Óli.

—La preocuparías tú.

—Para nada.

—No deberías haber entrado en mi casa.

—¿Qué haces con el cuero?

—No es asunto tuyo.

—¿Te acuerdas de que el invierno pasado encontramos pornografía infantil en tu casa? —preguntó Sigurður Óli.

—Yo...

Andrés no concluyó la frase.

—¿Qué haces con él?

—Tú no lo entiendes —dijo Andrés.

—No.

—Yo... me desprecio más que a nadie... Yo...

Andrés volvió a dejar la frase en el aire.

—¿Dónde está Rögnvaldur? —preguntó Sigurður Óli.

—No lo sé.

—No te irás de aquí sin decírmelo.

—No sabía cómo hacerlo. Pero luego me acordé. Me acordé de cómo lo hacía el granjero con aquel clavo. Entonces supe cómo lo haría yo también.

—¿Aquel clavo?

—El extremo no es más grande que una moneda de una corona.

El discurso de Andrés se había vuelto un galimatías.

—¿Dónde está Rögnvaldur? —preguntó de nuevo Sigurður Óli—. ¿Sabes dónde se encuentra?

Andrés no respondió. Solo miraba en silencio hacia el suelo.

—Siempre quise volver —dijo de pronto—. Pero nunca llegué a hacerlo.

Volvió a guardar silencio.

—Röggi era un ser repugnante. Lo odio. Me da asco. ¡Asco!

Andrés se quedó con la mirada perdida en unos sucesos lejanos que solo él conocía y murmuró unas palabras que Sigurður Óli apenas pudo oír:

—Pero el que más asco me da soy yo.

En ese momento, el móvil de Sigurður Óli sonó y perturbó la paz que reinaba en el cementerio. Se apresuró a sacar el teléfono del bolsillo de su abrigo. Al ver que era Patrekur, dudó un momento, se volvió hacia Andrés y después hacia el móvil. Decidió cogerlo.

—Tengo que hablar contigo —anunció antes de que Patrekur pudiera decir nada.

—Cuando quieras —dijo Patrekur.

—Me has mentado.

—¿Cómo?

—¿Te parece normal haberme mentado?

—¿Qué...?

—¿Te parece normal haberme metido en problemas y encima haberme mentido?

—¿A qué te refieres? —preguntó Patrekur—. No sé lo que estás diciendo.

—Me dijiste que no habías visto a Lína en tu vida.

—Correcto.

—¿Continúas negando haberla visto alguna vez?

—¿Que si continúo qué? No sé de qué estás hablando.

—¡Estoy hablando de ti, Patrekur! ¡Y de mí!

—No te alteres. ¿Qué tontería es esa?

—¡Hiciste con ella una excursión al glaciár, imbécil! —exclamó Sigurður Óli—.

Con más imbéciles como tú. ¿Te refresca eso la memoria? Hace un año. ¿Te acuerdas mejor de ella ahora?

Al otro lado de la línea se hizo un prolongado silencio.

—Entonces ¿tenemos que vernos? —preguntó por fin Patrekur.

—¡¿A ti qué te parece?! —bufó Sigurður Óli al teléfono.

Para hablar con tranquilidad, le había dado la espalda a Andrés durante toda la conversación, pero cuando se giró de nuevo, Andrés había desaparecido.

Se sobresaltó, apagó el móvil y corrió por el cementerio bordeando Kirkjugarðsstígur. Buscó a Andrés con la mirada, pero no lo vio por ninguna parte. Llegó hasta la verja y salió a la calle, pero el hombre había desaparecido. Volvió a entrar en el cementerio y lo cruzó a la carrera. Miró en todas las direcciones, pero no lo encontró. Andrés se le había escapado.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó mientras se detenía.

Andrés se había esfumado, y podía haber salido por cualquiera de las puertas del cementerio mientras Sigurður Óli hablaba con Patrekur.

Sigurður Óli caminó hacia Ljósvallagata, se subió al coche y se marchó. Pasó un tiempo recorriendo las calles que rodeaban el cementerio en busca de Andrés, pero no lo encontró.

El hombre se había esfumado sin que Sigurður Óli tuviera la menor idea de dónde se hallaba su escondrijo y de si había encontrado o no a Rögnvaldur y, de ser así, cuáles podrían haber sido las consecuencias.

Recapituló acerca de la conversación que acababa de tener con él, pero no le sirvió de mucho. Andrés había hablado de su madre y al final había mencionado un clavo cuyo extremo parecía una moneda de una corona. Había hablado del asco que sentía por Rögnvaldur y había querido asegurarse de que Sigurður Óli supiera que, pasara lo que pasara, él solo tenía una parte de la culpa.

Por alguna razón le parecía relevante que la policía fuera consciente de ello.

Patrekur miró avergonzado a Sigurður Óli cuando lo vio entrar en la cafetería y sentarse frente a él. Era el mismo café donde habían quedado la primera vez, pero ahora estaba más concurrido y el ruido les impedía hablar sin tener que alzar la voz. Al ver que su lugar de reuniones no era el más adecuado, decidieron cambiar de sitio. Desde el centro bajaron en dirección hacia el mar, pasaron por delante de la antigua sede de la empresa de transporte marítimo Eimskip, cruzaron Tryggvagata, después Sæbraut y siguieron hacia el puerto del este, donde se planeaba construir un colosal auditorio y palacio de congresos. Tras haber permanecido en silencio la mayor parte del camino, rompieron el hielo hablando de la futura construcción.

—Ahora estamos con los preparativos —explicó Patrekur mientras se detenía y miraba hacia la zona donde se iba a levantar el edificio—. No tengo claro que la gente se haga una idea del tamaño de esa mole. De lo gigantesca que va a ser.

—¿Y todo para esas mil almas que van a conciertos en Reikiavik? —preguntó Sigurður Óli, en cuyo vocabulario no existía la palabra «sinfonía».

—Pues no sé, la verdad.

La mentira de Patrekur todavía no había salido a colación. Sigurður Óli quería esperar a que su amigo dijera algo, aunque sabía que Patrekur estaría pensando exactamente lo mismo. Hablaron del enorme auditorio, que según Patrekur ejemplificaba la ridícula presunción de una nación pequeña. Todavía parecía llevar dentro al hombre que en sus tiempos de estudiante le había dado la espalda al liberalismo para abrazar la revolución.

—Creo que los ricachones de este país están perdiendo el juicio —opinó.

—¿Y tú? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Has perdido el juicio?

Patrekur no respondió y ambos permanecieron un rato en silencio.

—¿Sabes algo de Hermann? —preguntó Sigurður Óli.

—No —respondió Patrekur.

Sigurður Óli había echado una ojeada a las transcripciones de sus correspondientes interrogatorios y había comprobado que ambos se atenían a su versión inicial. Cabía esperar que Finnur los llamara de nuevo. Patrekur había negado categóricamente conocer a Lína o haber tenido algún tipo de contacto con ella. Ambos negaban igualmente conocer a un repartidor llamado Þórarinn y afirmaban no estar implicados en la muerte de la joven.

—¿Cómo conociste a Lína? —preguntó Sigurður Óli.

—Pensaba que podrías obviar esa parte —dijo Patrekur—. Te iba a contar la verdad una vez terminara todo. Puede que no te lo creas, pero esa era mi intención.

—Limítate a responder a mis preguntas —espetó Sigurður Óli—. Esto ya lo hemos hablado, no te vayas por las ramas.

—Me sabe mal haberte mentado.

—Al grano.

—Hice aquella excursión al glaciar hace un año —explicó Patrekur—. Con unos clientes extranjeros del gabinete. Íbamos varios grupos: unos éramos nosotros, otros eran de la gestoría donde trabajaba Lína, y luego había unos empleados de banca. Ebbi se encargó de la organización y de la puesta en marcha. Era el típico viaje con alcohol de por medio para divertir a los extranjeros, enseñarles la naturaleza y los glaciares. Nos subimos en jeeps al Vatnajökull. Hicimos una barbacoa. Era fin de semana y la segunda noche nos alojamos en Höfn.

—¿Y Hermann iba contigo?

—Lo invité a venir, pero luego resultó que solo podía quedarse un día. Fue él quien me presentó a Lína. Ella se acercó a nosotros y a él lo vi un poco incómodo en su presencia. Ahora sé por qué se tuvo que ir a mitad de viaje. La conocía, claro está.

Patrekur titubeó.

—¿Y? —dijo Sigurður Óli.

—Y me acosté con Lína.

Patrekur miró a Sigurður Óli con ojos de cordero degollado.

—¿Te acostaste con Lína?

Patrekur asintió con un cabeceo.

—Ebbi no estaba. Él pasaba la noche en otro lado, y ella... ella y yo... La cosa es que nos acostamos.

—Un momento...

Sigurður Óli estaba desconcertado.

—Sé que te lo debería haber contado desde el principio.

—¿Le pones mucho los cuernos a Súsanna?

—Solo lo había hecho una vez antes —admitió Patrekur—. Hace dos años. Una cosa parecida. Pero con otra mujer. Cuando estaba en el este. Con lo de la presa de Kárahnjúkar. Había bebido un poco, pero sé que eso no es excusa. Lína era muy maja y muy lanzada, y yo, pues claro... dispuesto a llegar hasta el final.

—¿Pues claro? —dijo Sigurður Óli.

—¿Qué quieres que te diga? Ocurrió, sin más. No tengo excusa. Ocurrió y ya está.

—¿Te contó cómo había conocido a Hermann o que quería sacarle dinero chantajeándolo?

—No, claro que no.

—¿Y a ti no te quiso hacer ninguna foto?

—No bromees, por favor.

Sigurður Óli se encogió de hombros.

—No te imaginas el susto que me llevé cuando Hermann y su mujer fueron a casa porque les sonaba que yo tenía un amigo policía. Y más cuando luego me explicaron lo que les había ocurrido y con quién. Pensaba que me iba a dar algo. Sobre todo tenía miedo de que fueran a contar lo mío con Lína, de que ella se hubiera ido de la lengua. No pensaba más que en mí.

—La situación te habría venido grande —dijo Sigurður Óli.

Le costaba compadecerse de su amigo, por mucho que su tono de arrepentimiento pareciera sincero.

—¿Te crees que no lo sé?

—¿Y todo eso de las fiestas de *swingers* de Hermann? ¿Eso de que se habían conocido por pura casualidad?

—A mí me da que Hermann dice la verdad —afirmó Patrekur—. Creo que no se inventa nada. Súsanna y yo no teníamos ni idea de que practicasen el intercambio de parejas. Mi mujer se quedó boquiabierta. Esas cosas no le entran en la cabeza. No concibe las mentiras, las infidelidades y esas cosas. Queríamos ayudarlos. Se trataba de la hermana de Súsanna, como bien sabes. No quedaba más remedio. Acepté hablar contigo y pedirte que presionaras a Lína y Ebbi para tratar de solucionar el asunto antes de que la situación se fuera de las manos. Es evidente que debí haberte contado toda la verdad. He sido un cobarde y un egoísta. Te he traicionado. Soy consciente. Sé que no debí ocultarte nada porque te estaba implicando. Pero es que era todo muy embarazoso, y luego encima alguien la agrede, y de repente todo se convierte en una enorme bola de nieve. Yo me cerré más todavía. Te juro que este infierno me afecta tanto que me cuesta respirar.

—¿Y no se te pasó por la cabeza hablar personalmente con Lína, ya que la conocías?

—No habíamos estado en contacto desde lo de Höfn, y no quería volver a hablar con ella ni loco.

—¿Crees que tú le pudiste dar la idea de lo del chantaje?

—No jodas. Digo yo que no.

—¿Le hablaste de Hermann y su mujer? ¿Le contaste que ella estaba haciendo carrera en política?

—Eeh... No, creo que no, aunque no me acuerdo.

—¿Por qué demonios tuviste que contactar conmigo?

—Se suponía que esta historia no podía hacerse de dominio público —explicó Patrekur—. Tu misión consistía en encargarte de que así fuera, deshacerte del problema. Eran un par de tarados que amenazaban con cosas chungas. Que si la prensa rosa. Que si páginas web. Era como si Hermann hubiera caído en garras de unos maniacos. Yo no quería meterme ahí. No se me ocurrió hablar con ellos directamente. Pensé que serías la persona ideal para bajarles los humos, pararles los pies y amenazarlos, como ya habíamos hablado. Sé que lo habrías conseguido. No tenían ninguna vergüenza, pero estoy convencido de que tampoco habría hecho falta gran cosa para disuadirlos de sus tonterías.

—¿Debían mucho dinero? ¿Lo sabes?

—Hermann cree que sí, y que por eso llegaron tan lejos. Y no quiero decir necesariamente deudas con los bancos. Allí los tendrán en la lista negra, seguro. Los dos consumían drogas, y está seguro de que les debían dinero a sus camellos. Por eso

la agredieron.

—¿Lo sabes seguro? ¿Lo del consumo de drogas?

—Hermann me dijo que les habían ofrecido alguna cosa. Éxtasis y *speed*. Sustancias que no sabía ni cómo se llamaban. Tenían de sobra.

—¿Sabe de dónde sacaban la droga?

—No, no les preguntó —respondió Patrekur.

—¿Y no volviste a saber nada de Lína desde lo ocurrido?

—No. Sí, bueno, un día me llamó. Al trabajo. Me preguntó qué tal estaba y eso. Hablamos un poco y le pedí que no volviera a llamarme, que había sido un error y que no quería volver a quedar con ella.

—¿Y ella sí quería quedar contigo?

—Sí.

—¿Y tú te negaste?

—Sí.

—¿Ebbi sabía, o sabe, que os habíais acostado?

—No lo creo —respondió Patrekur—. Supongo que no; pero, vaya, visto el tipo de vida que llevaban, no me extrañaría un pelo que se lo hubiera contado. No te sabría decir.

Guardaron silencio. Habían comenzado a demoler las viejas casas de Faxagarður para hacerle sitio al gran auditorio. Sigurður Óli recordó haber leído en la prensa la crítica de un economista que se maravillaba ante la vulgaridad del proyecto y sostenía que no era más que un sueño de los nuevos ricos, deseosos de levantar un monumento al *savoir faire* de los islandeses en cuestión de finanzas. Al otro lado de la calle Kalkofnsvegur, el edificio del Banco Central se alzaba como un enorme acantilado revestido de gabra traído de los fiordos del este, negro como la pez.

—Debí habértelo dicho desde el principio —suspiró Patrekur—. Lo que pasó entre Lína y yo. Me daba un miedo tremendo que lo pudieras descubrir. No quiero arruinar nuestra amistad. Espero no haberlo hecho ya.

Sigurður Óli no le respondió y observaron en silencio el ajetreo del puerto. Sigurður Óli pensaba en Ebbi y Lína, en las amenazas, el chantaje, el matón, los viajes al glaciar y los contables. También en Finnur, su compañero de trabajo, y en el pobre Pétur, que había recibido una paliza detrás de la comisaría. Pensaba en Súsanna, que no estaba al corriente de la aventura de su marido. En Hermann y su mujer, que quería llegar alto en política. Pensaba en Bergþóra, en la última vez que habían hablado por teléfono y en su padre ingresado en el hospital.

—¿Se lo vas a contar a Súsanna? —preguntó por fin.

—Ya lo he hecho —respondió Patrekur—. Ya no podía más, así que se lo conté todo.

—¿Y?

—No sé. Está pensando. Evidentemente se enfadó. Bueno, más bien se puso hecha una fiera. Le parecía que a la gente se le había ido la pinza, todos por ahí

follando como conejos.

—Igual es cosa del *boom* económico —comentó Sigurður Óli.

Miró a su amigo.

—¿Le hiciste tú algo a Lína, Patrekur?

—No. Nada.

—¿No quisiste cerrarle la boca?

—No. ¿Matándola? ¿Estás loco? Yo no tengo nada que ver. Nada. Por Dios, no es lo que piensas.

—¿Y Hermann?

—No, no creo, para nada, pero se lo tendrás que preguntar a él. Yo ya te he contado todo lo que sé.

—De acuerdo. ¿Quiénes más iban con vosotros en aquel viaje? No reconozco ningún nombre.

—Extranjeros —respondió Patrekur—, ingenieros como yo, banqueros. Gente a la que no conozco muy bien. Venían de Estados Unidos para aprender sobre geotermia y energías renovables. Me enviaron porque yo había estudiado en Estados Unidos y en nuestro gabinete hemos trabajado mucho en cuestiones energéticas. Y entonces...

—¿Sí?

—No, nada, hubo uno que murió poco después del viaje. Un empleado de banca. No me acuerdo de cómo se llamaba. Se fue de excursión con algunos más y se perdió. No lo hallaron hasta la primavera siguiente. O, bueno, lo que quedaba de él.

El hombre conocido como Höddi vivía en una vieja casa adosada medio en ruinas en el barrio periférico de Breiðholt. Delante del garaje, una cubierta protectora tapaba dos motos de nieve. Frente a la casa había una motocicleta aparcada junto a un enorme todoterreno último modelo con un remolque. Si aquellos eran sus juguetes, el taller de Höddi debía de ir viento en popa. Sigurður Óli llevaba un rato espiándolo. Lo había visto salir del trabajo, ir al gimnasio y volver a casa. No había detectado la presencia de más personas en la vivienda, y no sabía si Höddi tenía familia. Tres años atrás lo habían detenido por agresión, pero al final habían retirado la denuncia. En los archivos de la policía no constaba nada más sobre él.

Sigurður Óli tenía frío. Esperaba en el coche a una distancia prudencial para tratar de no llamar la atención. No sabía cuánto tiempo iba a pasar ahí sentado, ni por qué estaba siguiendo a Höddi. El domicilio de Þórarinn también se encontraba bajo vigilancia, por si acaso regresaba. También habían intervenido su teléfono fijo por si se ponía en contacto con su mujer, ya que no existía ningún número de móvil registrado a nombre de ella.

No había vuelto a tener noticias de Andrés. No sabía qué hacer para localizarlo ni si tenía algún sentido hacerlo. Congelado en el interior de su coche, se preguntaba por qué intentaría continuamente ponerse en contacto con él. Era obvio que le pasaba algo relacionado con ciertos sucesos de su infancia, algo que todavía no había superado después de tanto tiempo. En él residían una profunda amargura, rabia y odio hacia los responsables de lo ocurrido. El silencio que guardaba en torno a su madre era muestra de ello. Todo lo que había dicho acerca de Rögnvaldur estaba impregnado de odio. Sigurður Óli se preguntaba si Andrés lo habría encontrado y, de ser así, qué habría sucedido. ¿Qué pasa cuando alguien se encuentra de pronto con su verdugo, con el monstruo que lo ha martirizado durante tanto tiempo? Andrés no parecía albergar la posibilidad del perdón.

A Sigurður Óli le habría gustado que Andrés lo hubiera acompañado para poder buscar la ayuda que necesitaba y averiguar exactamente lo que quería. Era imposible deducirlo a partir de lo que le había contado. Buena parte de lo que decía era incomprensible. Había llegado demasiado lejos con el alcohol y la mala vida, llevaba mucho tiempo sin cuidarse y sus recuerdos lo atormentaban. Bebía para mitigar el dolor. Sigurður Óli había pedido a las licorerías del área capitalina que contactaran con la policía en caso de que lo vieran aparecer. Había acompañado su aviso con una breve descripción que bastaba para identificarlo.

Sigurður Óli sentía compasión por el niño que aparecía en la película. No solían darle pena los desventurados que se cruzaban por su camino, pero había algo en la angustia y el desamparo de aquel niño que lo conmovía. Siempre había sostenido que la gente era responsable de sus desgracias. Él se limitaba a hacer su trabajo y cuando fichaba al salir lo daba por terminado. Cumplía con sus tareas y las dejaba descansar

en comisaría hasta que regresaba al día siguiente. A muchos de los recién llegados, y también a algunos de los veteranos, les afectaban los casos difíciles, pero, en su opinión, eso no hacía más que entorpecer el trabajo. A menudo lo habían criticado por mostrar aquella frialdad, pero le daba igual.

El caso de Andrés, sin embargo, le afectaba de manera especial; no sabía muy bien por qué, salvo por la razón obvia de que habían abusado de un niño. La policía se enfrentaba constantemente a casos así, pero no era habitual que Sigurður Óli pudiera ver de forma tan clara las consecuencias a largo plazo de ese tipo de abusos. Era evidente que, para Andrés, aquel episodio de su infancia era el culpable de que hubiera llegado al punto al que había llegado. Su vida había sido un calvario, y todavía era preso de la rabia y el dolor.

Al ver los cristales del coche empañados, Sigurður Óli los bajó unos milímetros para retirar el vaho. No sabía cuánto tiempo iba a pasar allí vigilando el domicilio de Höddi. Eran las diez pasadas y no había percibido ningún movimiento en la casa.

Su móvil sonó. Era su madre.

—¿Has ido a ver a tu padre? —preguntó Gagga nada más responder su hijo.

Contestó que sí, que la operación había sido un éxito, que se encontraba bien y que pronto se iría a casa.

—¿Te has hecho la revisión? —preguntó a continuación.

—No —respondió—. Tengo todo el tiempo del mundo.

—No lo dejes pasar —insistió Gagga—. No ganas nada esperando.

—Ya lo haré —dijo Sigurður Óli de mala gana sin saber si realmente lo haría alguna vez.

No solo le causaba ansiedad aquella revisión en particular; hacía tiempo que albergaba una fobia hacia los médicos, con independencia de cuál fuera su especialidad. No toleraba el olor de las salas de espera ni el de las consultas, no soportaba las revistas viejas, las eternas esperas y menos aún el encuentro en sí con el doctor. Los dentistas encabezaban la lista. Nada le parecía peor que estar tumbado en una camilla y abrir la boca ante un millonario que se queja de lo cara que está la vida. Los otorrinolaringólogos los seguían de cerca. Su madre había hecho que le extirparan las amígdalas por considerarlas la fuente de todos sus males: resfriados, sinusitis, inflamaciones de garganta y otitis. Aún hoy no podía pensar en ello y prefería no recordar el sabor nauseabundo de la anestesia. Urgencias era un mundo aparte. En cierta ocasión había terminado allí tras haberse visto implicado en una pelea mientras trabajaba. La parsimonia con que lo atendieron, unida a la peste a antiséptico y a revistas viejas, fue una auténtica pesadilla. Las revistas de las salas le asqueaban especialmente. Había leído por ahí que no contenían gérmenes a pesar de que solo las tocaba gente enferma, pero le costaba creérselo.

Su madre no tenía nada más que decirle y colgó. Al cabo de unos cinco minutos volvió a sonar el teléfono. Era Bergþóra.

—¿Qué tal está tu padre? —preguntó.

—Bien —respondió Sigurður Óli con brusquedad.

—¿Todo en orden?

—Sí, estoy trabajando.

—Vale, entonces no te molesto —dijo Bergþóra.

En ese mismo instante, Höddi salió de casa. Cerró la puerta con cuidado y tiró dos veces del pomo para asegurarse de que no se la dejaba abierta. Luego caminó hasta el jeep y comenzó a desenganchar el remolque.

—No, tranquila —dijo Sigurður Óli tratando de no hablar en tono cortante, aunque le resultaba difícil después de su última conversación telefónica—. ¿Te molesté anoche?

Höddi dejó el remolque junto a las motos de nieve, se subió al jeep y arrancó. Sigurður Óli esperó un momento antes de poner su coche en marcha y lo siguió, manteniendo cierta distancia.

—No, no pasa nada —respondió Bergþóra—. Llevo unos días queriéndote decir que me estoy viendo con alguien a quien conocí hace tres semanas.

—¿Ah, sí?

—Te lo iba a contar la noche en que quedamos, pero de alguna manera no lo hice.

—¿Quién es?

—No lo conoces. En todo caso, no es de la poli. Trabaja en un banco. Y es muy majo.

—Me alegro de que sea majo —dijo Sigurður Óli con cierta dificultad para seguir el jeep de Höddi sin que este lo notara al mismo tiempo que hablaba con Bergþóra de cosas que en el fondo no quería escuchar sin que ella lo notara.

—Me parece que estás ocupado —reparó Bergþóra—. Si quieres, mejor hablamos en otro momento.

—No, da igual —dijo Sigurður Óli girando hacia la avenida Breiðholtsbraut sin perder de vista a Höddi, que conducía a toda velocidad. Había helado por la tarde, las calles resbalaban y Sigurður Óli llevaba todavía los neumáticos de verano. El coche derrapó, pero recuperó el control. Höddi le había sacado ventaja y bajaba disparado en dirección norte.

—¿Querías algo en concreto? —preguntó Bergþóra.

—¿Si quería algo?

—Cuando llamaste ayer. Como era tarde, pensé que igual pasaba algo.

—No, yo...

Dio un volantazo para entrar en la calle Bústaðavegur y cruzó el semáforo en ámbar a demasiada velocidad. Por un instante, los neumáticos perdieron el agarre. Höddi desapareció tras la colina de la iglesia Bústaðakirkja. Estaba a punto de perderlo. Y tenía la impresión de que también estaba a punto de perder a Bergþóra.

—... solo tenía ganas de hablar contigo. Me parecía, no sé, me parecía que nuestro último encuentro no había ido muy bien. Solo quería hablarlo.

—¿Estás conduciendo?

—Sí.

—¿Y es prudente hablar mientras tanto por el móvil?

—Supongo que no.

Höddi se metió por Réttarholtsvegur. Sigurður Óli se paró en un semáforo en rojo. No había mucho tráfico. Miró a su alrededor y se lo saltó.

—Sé que en realidad no es asunto tuyo, pero me pareció que...

—¿Qué?

—Te noté un poco... Cuando llamaste anoche, te noté un poco raro —comentó Bergþóra mientras Sigurður Óli veía que Höddi cruzaba el puente de Miklabraut—. ¿No te parece bien que me vea con alguien? ¿Tienes algo en contra?

—Yo... —dijo Sigurður Óli deseando poder centrarse más en la conversación—. No tendría por qué tener nada en contra. Tú tienes que hacer lo que quieras.

Bergþóra esperó en silencio a que continuara, a que dijera algo más. Su tono de voz no encajaba con el significado de sus palabras. El silencio le perforaba los oídos mientras buscaba algo que decir. La había llamado la noche anterior para preguntarle si le gustaría volver a quedar con él. Sería distinto de la última vez. Se iba a esforzar, iba a escuchar su punto de vista, no iba a ser ni intransigente ni desagradable. No iba a ser como su madre. Pero no encontraba las palabras oportunas mientras se deslizaba por las calles heladas de la ciudad con sus inadecuados neumáticos de verano.

—No te molesto más —dijo por fin Bergþóra—. Ya hablaremos. Conduce con cuidado. No deberías hablar por el móvil mientras conduces.

Sigurður Óli solo quería seguir teniéndola al teléfono, añadir algo, ser más comunicativo, pero tenía la mente en blanco.

—Vale —dijo.

«Peor imposible», pensó Sigurður Óli al tiempo que veía a Höddi meterse en el barrio de Vogar y escuchaba a Bergþóra colgar el teléfono.

Había perdido de vista el jeep de Höddi, pero no se atrevía a pisar el acelerador debido al hielo. Accedió al barrio de Vogar por donde le parecía haber visto girar a Höddi y recorrió la calle hasta el final, solo para descubrir que no tenía salida. Dio media vuelta, buscó el jeep con la mirada y se metió por la siguiente calle hasta llegar a un cruce. No sabía hacia dónde ir y optó por girar a la izquierda, ya que vivía en esa dirección. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, localizó el jeep de Höddi aparcado frente a un local de comida rápida.

Pasó por delante del establecimiento y vio que había gente haciendo cola en el mostrador. A mitad de fila, Höddi miraba las imágenes de los platos anunciados por encima de la barra en unos paneles luminosos. Sigurður Óli aparcó a una distancia prudencial y esperó. La idea de seguir de cerca a Höddi por su propia cuenta había sido espontánea. Normalmente no perseguía a nadie él solo; en casos así solía organizarse una minuciosa operación en la que participaban varios agentes. Es lo que en Hverfisgata llamaban un «seguimiento». Pero dudaba de que le hubieran concedido permiso para llevar a cabo una acción de ese tipo basándose tan solo en la irritante actitud de Höddi. Efectivamente, aquel tipo sacaba de quicio a Sigurður Óli, pero eso tampoco justificaba tenerlo vigilado las veinticuatro horas del día.

La fila del restaurante avanzaba lentamente. Sigurður Óli se figuró que Höddi había salido para airearse y comerse una hamburguesa en su local favorito. De hecho, tenía pinta de poderse comer un camión entero de hamburguesas.

A Sigurður Óli le había entrado hambre. La imagen mental de todas esas hamburguesas a la brasa no le concedía precisamente más fuerza y resolución. Cuando estaba a punto de marcharse a casa con la intención de parar en otra hamburguesería grasienta, Höddi salió con una bolsa y se subió al jeep.

Salió del barrio y al llegar al cruce se metió por Sæbraut en dirección este, hacia la ensenada Elliðavogur. Giró a la derecha y bordeó una serie de locales que alojaban talleres y pequeñas empresas. Se detuvo junto a un taller, bajó del jeep, se dirigió a una puerta y la abrió con una llave. No se encendió ninguna luz en el interior. Sigurður Óli no distinguió a primera vista el nombre del taller, pero recordó que Þórarinn se había escapado en dirección al hospital de Kleppur y después había seguido hacia el sur bordeando precisamente Elliðavogur. ¿Habría acabado allí? ¿Se habría escondido en aquel lugar después de haber agredido a Lína?

No le pareció muy prudente llamar a la puerta, no tenía claro que fuera a poder con dos matones. Tampoco quería pedir refuerzos. No tenía ninguna prueba de que Toggi el Flecha se escondiera en aquel taller. Bien podía ser que Höddi tuviera algo que hacer allí. Vista su colección de vehículos, no le debían de escasear los encargos de reparación. Prefirió esperar dentro del coche a una distancia de seguridad y vigilar el lugar.

Al cabo de una media hora, sin que Sigurður Óli hubiera visto que se encendiera

ninguna luz en el taller, la puerta se abrió y Höddi salió a la calle. No llevaba la bolsa de la hamburguesería. Sin mirar ni a derecha ni izquierda, se subió al coche y se marchó.

Sigurður Óli dejó pasar un buen rato antes de bajar del coche y caminar hacia el local. Apoyó la oreja sobre la puerta y trató de escuchar, pero no oyó nada. Alzó la vista y entonces leyó el nombre del taller: REPARACIONES BIRGIR. Decidió dirigirse a la parte trasera, lo que le supuso dar un rodeo considerable, ya que tuvo que rodear todos los garajes hasta doblar la esquina y volver a recorrerlos por detrás. Dedujo cuál era el que correspondía al taller de reparaciones y comprobó que no tenía salida por ese lado.

Regresó a la entrada y agarró el pomo con cautela. La puerta estaba cerrada con llave. La aporreó tres veces. Cada golpe resonó en la gran persiana metálica de la fachada. Volvió a apoyar la oreja: ningún ruido. Golpeó de nuevo con más fuerza y le pareció oír unos sonidos sordos que cesaron bruscamente.

Sigurður Óli solo se planteaba dos alternativas: buscar la manera de entrar en el taller o esperar a que los trabajadores volvieran a la mañana siguiente. Miró la hora. La noche prometía ser larga. Buscó con la mirada alguna herramienta o alguna piedra. En la puerta había cuatro cristales y no vio ninguna advertencia de vigilancia nocturna. Seguramente allí no se escondía nada que mereciera la pena robar.

No muy lejos encontró un trozo de tubo con el que hizo añicos uno de los cristales. Retiró los restos incrustados en el marco e introdujo la mano con cuidado. Encontró el pestillo y lo abrió. Si le preguntaban diría que se lo había encontrado así y que había llegado al taller siguiendo las indicaciones de una fuente anónima.

Cerró la puerta y se adentró lentamente en el taller. Buscó a tientas un interruptor y encontró tres alineados. Apretó uno de ellos y una luz mortecina iluminó unas ruedas amontonadas al fondo del garaje. Permaneció inmóvil durante un momento mientras estudiaba el lugar con la mirada. No parecía muy distinto de cualquier otro taller de reparaciones. Sigurður Óli se preguntó quién sería el tal Birgir. Podría ser un pariente de Höddi o guardar algún tipo de vínculo con Þórarinn, si es que estaba allí escondido.

—¿Hola? —gritó Sigurður Óli sin obtener respuesta—. ¡Þórarinn! —voceó—. ¡¿Estás ahí?!

Caminó por delante de un pequeño cuarto acristalado en cuyo interior había un mostrador, dos sillas y una pila de revistas sucias encima de una mesa. El despacho, presumiblemente. Unos pasos más adelante, percibió un leve olor a café y abrió la puerta de una pequeña sala de personal donde había una mesa, tres sillas, una cafetera de filtro sucia sobre una mesa y un buen número de tazas. También había una papelería que contenía la bolsa con la que Höddi había entrado en el taller y una caja con una hamburguesa medio mordida y unas patatas fritas. Con la mirada clavada en el cubo de basura, Sigurður Óli se preguntó si Höddi se habría tomado realmente las molestias de ir hasta un taller abandonado en Elliðavogur para comerse en paz una

hamburguesa.

—¡Þórarinn! ¡Policía! Sabemos que estás aquí. Tenemos que hablar contigo.

No obtuvo respuesta.

Sigurður Óli salió de la sala de personal.

—¡Déjate de tonterías! —gritó.

No quería pasar allí mucho tiempo. De hecho, ya se sentía bastante estúpido dando esos gritos con la esperanza de que Toggi el Flecha se escondiera allí, entre recambios y neumáticos amontonados. Si no era el caso, no estaba haciendo más que el imbécil.

Cruzó el taller con la impresión de que allí faltaba algo. A lo largo de su vida había tenido todo tipo de vehículos, así que había visitado unos cuantos talleres. Cuando se trataba de una reparación sin importancia, solía esperar en el propio garaje. De lo contrario, le pedía a alguien que lo llevara en coche o, en el peor de los casos, pedía un taxi. Solía organizarse para que los mecánicos terminaran la reparación mientras él curioseaba por el local, esperaba sentado en la recepción o salía a dar una vuelta. Por eso consideraba que conocía bastante bien el mundo de los talleres, y algo le decía que el de Birgir no estaba precisamente muy bien equipado.

Se detuvo un instante en mitad del garaje y entonces cayó en lo que echaba de menos.

El elevador de vehículos.

En ese momento escuchó un leve crujido bajo sus pies.

Sigurður Óli bajó la mirada y se dio cuenta de que se encontraba sobre una trampilla rectangular de hierro. El sonido parecía proceder de allí abajo. Golpeó con el pie.

—¡Þórarinn! —gritó.

No escuchó respuesta. Sigurður Óli entendió por qué aquel garaje no tenía elevador. En lugar de levantar el coche para poder examinar los bajos, el mecánico bajaba a un foso sobre el que se colocaba el vehículo. Lo más seguro era que Birgir no pudiera permitirse un elevador. Aunque tal vez no le hiciera falta, y puede que tampoco usara el foso, puesto que estaba tapado.

Sigurður Óli halló enseguida el mecanismo para retirar la tapa de hierro y la abrió sin dificultad. Cuando se asomó por el hueco, descubrió a Þórarinn, que lo miraba agachado junto a una pared.

—¿Cómo coño me has encontrado? —preguntó sin disimular su sorpresa. Se puso de pie sin apartar la mirada de Sigurður Óli. Luego salió del foso y se sacudió la ropa.

—¿Vas a ponerlo fácil? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Cómo cojones lo has averiguado?

Þórarinn no opuso ninguna resistencia.

—Puede que te lo cuente algún día —respondió Sigurður Óli, que ya había llamado para pedir ayuda. El primer coche tardaría unos tres minutos en llegar al taller—. ¿Llevas mucho tiempo metido ahí dentro?

—Acabo de llegar.

—¿Dónde te habías escondido antes?

—Joder, qué susto —dijo Þórarinn haciendo caso omiso de su pregunta—. Me estaba comiendo una hamburguesa cuando os oí llamar a la puerta. Lo primero que se me ha ocurrido ha sido meterme en el foso. ¿Ha sido Höddi? ¿Lo has seguido?

Þórarinn caminaba con disimulo hacia la puerta.

—Quieto ahí —exhortó Sigurður Óli—. Hay coches de camino. Tú no vas a ninguna parte.

—¿Estás solo? —preguntó Þórarinn sorprendido.

Era la segunda vez en el mismo día que le hacían esa pregunta a Sigurður Óli.

—Hay dos hombres fuera —anunció—. Nos están esperando.

Esperó que su mentira hubiera sonado lo bastante convincente como para retener ahí a Þórarinn. No tenía ganas de comenzar otra persecución. Escucharon las sirenas a lo lejos.

—Y la calle se está llenando de coches de policía. Ya los oyes.

—¿Quién te habló de Höddi?

—Tú, tranquilo —dijo Sigurður Óli y se situó entre Þórarinn y la puerta—. Te habríamos encontrado tarde o temprano. O tú te habrías rendido. Al final, todos lo hacéis.

Llevaron a Þórarinn a la comisaría de Hverfisgata. Como ya era de madrugada, consideraron que los interrogatorios podían esperar hasta el día siguiente. Lo encerraron en una celda y Sigurður Óli se marchó a casa. No se vio capaz de mentir sobre la manera en que había localizado a Þórarinn, como había planeado inicialmente, pero procuró dejar a Kristján al margen. Explicó que una persona anónima lo había llamado para comunicarle que Höddi conocía a Þórarinn y había decidido investigar a pesar de que el chivatazo no parecía particularmente fiable. Siguió a Höddi, lo vio comprar una hamburguesa y luego bajar en coche hacia Elliðavogur. Al recordar que Toggi el Flecha había huido precisamente en esa dirección la noche en que agredió a Lína, pensó que lo mejor sería examinar de cerca lo que ocurría. Höddi entró en el taller y salió sin la comida. Consciente de que el asunto no podía esperar, Sigurður Óli entró en el taller rompiendo un cristal y allí encontró a Þórarinn.

Pensó que si tergiversaba la historia en esos términos dejaría a un lado a Kristján y no se avergonzaría tanto de su mentira. Por mucho que Kristján fuera un cretino, no había necesidad de echarle encima a dos matones. Nadie hizo ningún comentario sobre la versión de Sigurður Óli. Lo importante era que habían localizado a Þórarinn. Lo que hubiera ocurrido era lo de menos. La policía a menudo se veía obligada a improvisar.

Esa misma noche detuvieron y llevaron a Hverfisgata a Höddi y a Birgir, el dueño del taller, junto con su empleado. Habían encontrado el bate con que Þórarinn había golpeado a Lína en un contenedor de basura situado a unos doscientos metros del taller. El extremo estaba ensangrentado.

Sigurður Óli se encontró con Finnur cuando salía hacia casa.

—Debiste haber pedido refuerzos —le reprobó Finnur, que era el responsable de la investigación—. No se trata de un asunto privado, aunque estén implicados tus amigos.

—Lo recordaré la próxima vez —le aseguró Sigurður Óli.

A primera hora de la mañana siguiente participó en los interrogatorios de los tres hombres. Birgir declaró que no estaba al corriente de que su taller se usara como escondite de criminales y negó su complicidad. Explicó que Höddi poseía una parte del negocio y que por eso tenía una llave. Ni él ni su empleado se habían percatado de la presencia de Toggi en horario laboral, así que debía de haberse ocultado francamente bien. El taller era pequeño y a lo largo de la jornada recorrían todos los rincones. Lo más probable era que se hubiera refugiado allí de noche. Ni Birgir ni el hombre que trabajaba con él habían pisado nunca una comisaría. El testimonio de ambos parecía creíble y no existía razón aparente para mantenerlos bajo custodia.

—¿Y quién va a pagar el cristal? —preguntó Birgir, descontento al escuchar que se habían causado daños en la puerta del taller. Según había explicado, el negocio no

iba excesivamente bien y no podía permitirse ese tipo de percances.

—Mándanos la factura —le indicó Sigurður Óli sin sonar particularmente alentador.

Höddi fue un hueso más duro de roer. Arisco y malhumorado después de haber pasado la noche en la celda, se quejaba de todo y daba respuestas incoherentes.

—¿De qué conoces a Þórarinn? —le preguntó Sigurður Óli por tercera vez.

—¡Que te calles! —respondió Höddi—. ¡Más te vale andarte con ojo cuando salga de aquí!

—¿Qué pasa, que vas a hacer un *touchdown* con mis rodillas?

—¡Que te calles!

—¿Me estás amenazando, desgraciado?

Höddi miró fijamente a Sigurður Óli mientras este le sonreía.

—¡Que te calles! —dijo.

—¿De qué conoces a Þórarinn?

—Nos follamos juntos a tu madre.

Volvieron a llevar a Höddi a la celda.

Þórarinn tampoco parecía intimidado cuando lo llevaron a la sala de interrogatorios. Acompañado de su abogado, se sentó despatarrado frente a Sigurður Óli y comenzó a golpear el suelo rítmicamente con un pie. Finnur también participaba en el interrogatorio. Primero le preguntaron dónde se había escondido los días anteriores. Þórarinn contestó rápidamente y explicó que había llegado hasta Reparaciones Birgir después de haber huido de la policía aquella tarde y que había permanecido oculto fuera del local antes de salir corriendo a casa de Höddi para refugiarse allí. Su amigo lo había escondido en su domicilio, pero después de recibir la visita de la policía le dijo que volviera al taller y esperara. Se vieron allí después del cierre, Höddi lo dejó pasar y más tarde le llevó comida. El siguiente paso del plan de Þórarinn era pasar unos días en una casa de campo que tenía Höddi en Borgarfjörður y pensar en qué haría a continuación.

—¿No te planteaste nunca la posibilidad de entregarte? —preguntó Finnur.

—Yo no la maté. Estaba viva cuando llegó este —explicó señalando a Sigurður Óli—. Él la mató. Sabía que me acusaríais a mí de lo que hizo él. Por eso salí corriendo.

Sigurður Óli miró asombrado al abogado de Þórarinn.

—¿Y tú te crees esa historia? —le preguntó—. ¿Te has informado mínimamente sobre el caso?

El abogado se encogió de hombros.

—Es su versión —señaló.

—Efectivamente, estaba viva cuando llegué —afirmó Sigurður Óli—, y todavía lo estaba cuando los enfermeros de la ambulancia la trasladaron al hospital. Falleció allí al día siguiente. La autopsia reveló que la causa de su muerte había sido un traumatismo craneal causado por el impacto del mismo objeto que hemos hallado a

doscientos metros de tu escondite. No lo llevé yo hasta allí. Me da que te has agenciado al peor abogado del país, Toggi. Hasta un niño de cuatro años te lo habría sabido explicar, y ahora no estarías ahí sentado quedando como un imbécil.

Þórarinn le dirigió una mirada a su abogado.

—Nos gustaría saber qué hacías tú en el lugar de los hechos —inquirió el abogado tratando de guardar las apariencias—. ¿Qué fuiste a hacer a casa de Sigurlína? Considero que mi cliente tiene derecho a saberlo.

—Eso no es de vuestra incumbencia —espetó Sigurður Óli—. Þórarinn es un traficante y un matón. Fui a casa de Lína y ella estaba tirada en el suelo sangrando por la cabeza, más muerta que viva. Las razones de mi presencia allí guardan relación con una investigación que no tiene nada que ver con este caso. Þórarinn me agredió y huyó de todo un equipo de agentes. Corría que se las pelaba, si se me permite la expresión. ¡No me parece precisamente la inocencia personificada!

—¿Y tú? ¿Qué estabas haciendo en casa de Sigurlína, Þórarinn? —preguntó Finnur, que hasta entonces había permanecido en silencio.

Sigurður Óli se preguntó qué estaría pasando por la cabeza de Finnur y cómo iba a reaccionar ante la absurda defensa de Þórarinn y su abogado. Era imposible que supieran lo que había ido a hacer a casa de Lína aquella noche, solo estaban complicando el caso y tratando de desprestigiarlo como policía. No sabía si en algún momento se vería obligado a revelar oficialmente las razones que lo llevaron a casa de Lína; había demasiados interrogantes en la sucesión de acontecimientos. Él mismo tampoco sabía reconstruir bien los hechos y no podía sino esperar que ocurriera lo mejor. Lo que estuviera por venir dependía más bien de Finnur, pero eso no le inquietaba especialmente.

Þórarinn miró a su abogado, quien le hizo un gesto con la cabeza.

—Fui a cobrar una deuda por temas de drogas —admitió—. Es verdad. A veces vendo droga. Me debía dinero. Discutimos. Pensé que me tenía que defender y la golpeé. No tenía intención de causarle daño. Fue un accidente. Me entró un ataque de pánico cuando vi aparecer a este gilipollas —dijo señalando a Sigurður Óli.

—¿Es esa tu defensa? —le preguntó Sigurður Óli.

—Fue un accidente, todo fue sin querer —insistió Þórarinn—. Fue ella quien me agredió. Yo me defendí. Punto.

—¿Ella te agredió?

—Sí.

—¿Irrumpes en su casa con un bate de béisbol, lo rompes todo y es ella la que te agrede?

—Sí.

—Esto es todo, por el momento —concluyó Finnur.

—¿Me puedo ir ya? —preguntó Þórarinn sonriendo—. No tengo tiempo para esto, ¿sabes? Tengo una familia que alimentar. Nosotros, los repartidores, no cobramos el sueldo de un director de banco.

—Creo que aún tardarás en irte a otro sitio que no sea el patio de la cárcel —le avisó Finnur.

—¿En qué coche fuiste a su casa? —preguntó Sigurður Óli.

Þórarinn reflexionó.

—¿En qué coche?

—Sí.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Si en realidad no albergabas intenciones de hacerle nada y todo fue un accidente, ¿por qué fuiste en un coche prestado?

—¿Un coche prestado? —preguntó el abogado—. ¿Qué más da eso?

—Denota premeditación. Un delito doloso, creo que decís vosotros. No quería que lo vieran en las inmediaciones de la casa.

—¿Ha sido Kiddi? —preguntó Þórarinn inclinándose sobre la mesa—. Claro. Has hablado con Kristján. ¡Pedazo de imbécil! Se va a cagar cuando lo...

—¿Qué Kiddi? —preguntó Finnur.

—No te vayas por las ramas —dijo Sigurður Óli consciente de que había dicho demasiadas cosas demasiado pronto.

—Es Kristján el que ha abierto la boca, ¿verdad? ¿Fue él quien te mencionó a Höddi? ¡Qué puto gilipollas!

—¿Qué Kristján? —preguntó Finnur.

—No sé de qué está hablando —respondió Sigurður Óli.

Tardó en despertarse. No sabía si era de día o de noche. Permaneció inmóvil mientras volvía en sí. Le vino a la memoria su encuentro en el cementerio. El gris y el frío. Los árboles retorcidos y las lápidas en ruinas. Y la paz.

Tenía un recuerdo borroso de lo ocurrido con el policía. Se acordaba de haberlo visto, se acordaba de haber hablado con él sentado a su lado, pero luego había ocurrido algo y ahí terminaban sus recuerdos. No sabía qué había pasado ni cómo se habían despedido ni cuánto le había contado. Había ido con la intención de decírselo todo. Cuando lo llamó para quedar con él en el cementerio, estaba decidido a contárselo todo, lo de Grettisgata, lo de Röggi y su madre, lo que le había ocurrido de niño y el trato que había recibido. Su plan consistía en llevar al agente a Grettisgata para enseñarle al malnacido y quitarse un peso de encima contándoselo todo. Pero no había ocurrido. Por la razón que fuera. ¿Se había ido corriendo? Lo siguiente que recordaba era haberse despertado en el suelo de aquel apartamento, en el sótano de Grettisgata.

Se levantó con dificultad y buscó la bolsa a tientas. Se había terminado una de las dos botellas y la otra estaba medio vacía. Le dio un buen trago y se dijo que debía volver inmediatamente a la licorería. De pronto se acordó de que había salido a la calle trepando por el muro del cementerio y que casi lo había atropellado un coche. Recordaba al policía hablar por teléfono.

Dudaba si debía volver a llamar para intentar quedar con él otra vez. Estaba convencido de haberle enviado ya el fragmento de una de las cintas que había encontrado en el apartamento del malnacido. Si no recordaba mal, había dos. No había hallado más pese a haber dejado el piso patas arriba, haber roto las paredes y haber levantado los tablones del suelo.

Un tiempo después de haber encontrado las películas había intentado verlas innumerables veces, pero había sido incapaz. Colocaba una en el proyector, luego encendía el aparato y en cuanto el rollo comenzaba a girar parecía sobre una pared blanca la silueta de un niño, que era él mismo, y recordaba todo lo ocurrido durante la grabación. Así como le costaba recordar lo que había acontecido en las últimas veinticuatro horas, recordaba perfectamente lo que había sucedido décadas atrás. Luego siempre se apresuraba a apagar la máquina y sacar la cinta. Había cortado un trozo con unas tijeras que había encontrado en medio del caos y lo había metido en una bolsa de plástico que había tirada en el suelo.

No quería que nadie viera aquellas películas. Eran su secreto, así que las cogió, las metió en el fregadero de la cocina, les prendió fuego y miró cómo ardían. Despedían la humareda y la peste que cabría esperar de aquella inmundicia. Abrió las ventanas de la cocina y del salón para dejar escapar tanto el olor como el humo. Después de asegurarse de que las películas habían quedado reducidas a cenizas, tiró los restos por el desagüe.

Todo había desaparecido. Fin de la historia.

Volvió a beber de la botella y prácticamente se la terminó de un trago. Tenía que volver a la licorería.

Y quería volver a hablar con el agente para contárselo todo y quitarse aquel peso de encima.

Pero sin salir corriendo.

Tratando de no salir corriendo esta vez.

Ebeneser no respondió cuando Sigurður Óli llamó al timbre de su casa y golpeó la puerta con los nudillos. El agente probó en vano a gritar su nombre. El jeep de Ebeneser estaba aparcado frente al domicilio y Sigurður Óli tenía la sospecha más que fundada de que estaba en casa. Se asomó por las ventanas. Primero miró por la de la cocina y comprobó que le hacía falta una buena limpieza. A continuación, se dirigió a la parte trasera y echó un vistazo al salón. Después de escudriñar toda la estancia, distinguió una pierna y luego una cabeza cubierta por una manta. Aporreó el cristal haciéndolo vibrar y Ebeneser se despertó, pero solo para girarse y tumbarse de lado. La mesa estaba llena de botellas de alcohol y latas de cerveza. Ebbi había estado bebiendo para ahogar sus penas.

Sigurður Óli volvió a golpear la ventana llamando a Ebeneser, quien poco a poco fue recobrando la conciencia. Le costó localizar la procedencia del ruido. Cuando por fin vio al policía irritado al otro lado del cristal, se sentó en el sofá. Al comprobar que volvía en sí, Sigurður Óli regresó a la parte delantera de la casa y esperó. En vista de que no ocurría nada, perdió la paciencia. Pensó que Ebeneser se había quedado dormido otra vez. Llamó de nuevo al timbre y aporreó la puerta con fuerza.

Al cabo de una eternidad, la puerta se abrió y Ebeneser apareció en la entrada con un aspecto lamentable.

—¿A qué viene este escándalo? —preguntó con voz ronca.

—¿Te importa si te molesto un momento? —preguntó Sigurður Óli—. Me voy enseguida.

Ebeneser lo miró entornando los ojos. La tarde estaba avanzada, pero aún había luz. Consultó el reloj, miró de nuevo a Sigurður Óli y lo invitó a pasar. El agente lo siguió hasta el salón y se sentó junto a él.

—Mira todo este desastre —dijo Ebeneser—. No he...

Buscó algo que decir para justificar el estado caótico de la casa y su aspecto personal, pero dejó la frase en el aire al ver que no se le ocurría nada convincente.

—He visto en las noticias que lo habéis cogido —comentó.

—Sí, hemos encontrado al agresor —confirmó Sigurður Óli—. Ha dado sus razones, pero a estas alturas de la investigación no se sabe lo que puede ser verdad o mentira. Por eso estamos buscando información suplementaria.

—¿Las razones de qué?

—Las razones de la agresión a Lína —precisó Sigurður Óli.

—Ah. ¿Y quién es ese tipo?

Ebeneser no había terminado de despertarse.

—Se llama Þórarinn. Sabemos que fue él quien agredió a Lína.

—Lína no conocía a ningún Þórarinn —señaló Ebeneser mientras cogía una lata de cerveza y la agitaba para comprobar si quedaba algo en su interior. Estaba vacía.

—No. No se conocían.

Sigurður Óli quería evitar darle a Ebeneser demasiados detalles sobre la investigación. Le resumió los hechos, le describió en qué circunstancias habían encontrado a Toggi e insistió en que había llegado el momento de verificar algunas informaciones, puesto que ya habían comenzado a interrogar al sospechoso. Ebeneser no parecía escuchar ni una de sus palabras.

—Tal vez necesites más tiempo para recuperarte —aventuró Sigurður Óli.

—No. No pasa nada.

—Será solo un momento —reiteró Sigurður Óli, que esperaba no estar mintiendo demasiado.

Ebeneser tenía aspecto de cansado, se le veía demacrado y parecía sumergido en un sopor y una desgana que iban más allá de una mera resaca. Sigurður Óli pensó que quizá se equivocaba y que la muerte de Lína le había afectado más de lo que había creído. Se propuso actuar con tacto y educación. Ninguna de las dos cosas eran precisamente su fuerte. Además, aquel individuo no le caía bien y aún recordaba las palabras de Patrekur cuando había definido a Ebbi y a Lína como un par de maniacos que amenazaban con publicar fotos en la prensa rosa y en Internet.

—¿Y qué razones ha dado? —preguntó Ebeneser—. El tipo al que habéis pillado, quiero decir.

—Una deuda relacionada con drogas —respondió Sigurður Óli—. Sé por otras fuentes que consumes drogas; bueno, que Lína y tú consumíais. Así que una deuda de ese tipo no nos parece un motivo inverosímil.

Ebeneser sostuvo en silencio la mirada de Sigurður Óli.

—No le debíamos nada a nadie —aclaró finalmente.

—Þórarinn es tanto un traficante como un matón que se dedica a recaudar deudas. Sin embargo, apenas tiene antecedentes. Es un tipo precavido y discreto. Trabaja como repartidor. ¿Qué motivo podría tener para agredir a Lína si no fuera porque teníais alguna cuenta pendiente con él? ¿Me lo puedes explicar?

Ebeneser guardó un prolongado silencio mientras meditaba la respuesta.

—No lo sé —respondió—. Yo... Lína y yo tomábamos drogas, eso es cierto, pero trabajábamos mucho y nos las podíamos permitir. No sé quién es ese tal Þórarinn, y dudo que Lína lo conociera. No sé por qué pudo haberla agredido.

—Muy bien —dijo Sigurður Óli—. Supongamos que no tiene nada que ver con drogas. Supongamos que es por otra cosa. ¿Qué podría ser? ¿Qué más hacíais Lína y tú además de consumir drogas y chantajear a la gente?

Ebeneser no dio ninguna respuesta.

—Está claro que hicisteis enfadar a alguien. ¿Quién podría ser?

Ebbi seguía sin responder.

—¿A qué tienes miedo? O, más bien, ¿a quién tienes miedo? ¿Tratabais de chantajear a alguien más?

—Esas fotos que hicimos —respondió Ebeneser al cabo de una larga reflexión—. No lo habíamos hecho antes. Y no lo hemos vuelto a hacer. Lína quería probar. Ver

qué pasaba. Si salía bien, podíamos sacar algo de dinero. Si no salía bien, no perdíamos nada. No estoy tratando de echarle la culpa a ella, pero lo cierto es que fue Lína quien tuvo la idea. Era mucho más lanzada que yo. Al final no hicimos nada, no usamos las fotos. Hasta el otro día. Cuando Lína la vio en la tele.

—¿A la mujer de Hermann?

—Sí.

—¿Y les enviasteis una? —preguntó Sigurður Óli. Era la primera vez que Ebeneser reconocía el chantaje.

—Sí. Lína dijo que aquella mujer iba a convertirse en un pez gordo dentro del panorama político y quería probar. En plan broma.

—¿Broma? ¡Les habéis arruinado la vida a dos familias! ¡Y han asesinado a Lína!

Las severas palabras de Sigurður Óli estaban llenas de rabia. Se dio cuenta. No era propio de él exaltarse así. Finnur ya le había advertido de que le resultaría imposible ser imparcial.

—Disculpa —dijo en un tono más calmado—. ¿No estás tratando de eludir tu responsabilidad?

—Para nada —negó Ebeneser—. A Lína se le ocurrían constantemente cosas así.

—¿Qué cosas? ¿Chantajear a la gente?

—No, disparates de todo tipo. Pero nunca hacía nada. Salvo esa vez.

—¿Cómo sabes que solo fue esa vez?

—Porque lo sé.

—¿Te daba igual que se acostara con otros?

—Era la dinámica que llevábamos —afirmó Ebeneser—. A ella le daba igual que yo me acostara con otras mujeres. Lo queríamos así.

—¿Y lo del intercambio de parejas?

—Lo llevábamos haciendo desde el instituto. Comenzamos ahí, cuando empezamos a salir. Y de alguna manera hemos seguido haciéndolo.

—¿Te contaba con quién se acostaba?

—A veces. Sí, lo solía hacer.

—¿Se acostó con alguien del trabajo?

—No, que yo sepa.

—¿Ibas con ella cuando hacía excursiones con los clientes al glaciar o a la montaña?

—Normalmente, sí. Lína procuraba que su empresa me dejara montar los viajes. Sabían que era guía turístico y que organizaba expediciones de alta montaña. Lína les había dicho que me podía encargar de todo. Les pareció bien, y estaban muy contentos conmigo. De hecho, los viajes fueron un éxito.

—¿Conocías de antes a los que iban con vosotros?

—No. Nunca.

—¿Eran banqueros? ¿Ingenieros? ¿Inversores extranjeros?

—Sí, gente así. Bastantes extranjeros.

—Tengo entendido que alguien sufrió un accidente —apuntó Sigurður Óli—. Por lo visto, alguien se perdió y no lo hallaron hasta pasados unos cuantos meses. ¿Sabes algo al respecto?

—Algo me dijo Lína, pero no me acuerdo exactamente de qué. En todo caso, no ocurrió en ninguno de mis viajes.

—¿Y ella? ¿Conocía a aquellos hombres?

—Creo que no.

—¿Y no se acostó con ellos?

Ebeneser no respondió. No le había gustado el tono de la pregunta. Sigurður Óli la consideraba una pregunta legítima. Al fin y al cabo, Lína no había tenido ningún reparo en acostarse con Patrekur y, por otro lado, Ebby y ella no tenían una relación normal. Al menos, no lo que él entendía como una relación normal.

—Necesito las fotografías —anunció Sigurður Óli.

—¿Qué fotografías?

—Las que tenéis con Hermann y su mujer. ¿Las tienes aquí?

Ebeneser reflexionó unos segundos. Luego se levantó, entró en la cocina y accedió a una pequeña despensa. Sigurður Óli esperó sentado mientras Ebeneser buscaba las fotografías. Enseguida lo vio regresar acercándole un sobre.

—¿Están todas? —preguntó Sigurður Óli.

—Sí.

—¿Las tienes también en tu ordenador?

—No, imprimimos estas cuatro para enviarles una y demostrarles que íbamos en serio. Después borramos el resto de la tarjeta de memoria. Era una cámara digital. Nunca tuvimos la intención de difundirlas. No era más que... una broma.

Ebeneser no parecía tener nada más que decir al respecto. Era evidente que estaba pasándolo mal. Paseó la mirada por el salón.

—Qué puto desastre —suspiró.

—¿Niegas todavía que estás pasando dificultades económicas? —preguntó Sigurður Óli.

Ebeneser negó con la cabeza. La derrota se leía en su cara. Sigurður Óli pensó que estaba a punto de echarse a llorar.

—Estamos arruinados —reconoció—. Esta casa. El jeep. Lo tenemos absolutamente todo hipotecado y financiado con préstamos. Debemos dinero por todas partes. También por las drogas.

—¿Quién os las pasa?

—Prefiero no delatar a nadie.

—Dudo que vayas a poder evitarlo.

—No voy a delatar a nadie.

—¿Os ha amenazado?

—Se las compramos a distintas personas y nadie nos ha amenazado nunca. Son inventos. Y no conozco a ningún Þórarinn. No le he comprado nunca nada. No sé qué

ha podido andar diciendo sobre deudas de drogas. No le debemos nada.

—También lo llaman Toggi.

—No me suena.

—¿Tienes alguna idea de por qué pudo agredir a Lína?

—No. Ninguna.

—Perdona este tipo de preguntas —dijo Sigurður Óli—, pero de algún modo tenemos que llegar hasta el final de este asunto. ¿Sabes si Lína se acostó alguna vez con alguien por dinero?

Ebeneser no se inmutó ante la pregunta. Antes se había indignado por una similar, pero ahora parecía mostrar una indiferencia total. Sigurður Óli se preguntó qué tipo de relación mantenía la pareja y en qué pilares se sustentaba.

—Si lo hizo alguna vez, no me lo contó. Eso es todo lo que puedo decir.

—¿Te habría dado igual?

—Lína era una mujer muy particular —apuntó Ebeneser.

—De ser el caso, ¿con quién podría haberlo hecho? ¿Con alguien de su empresa?

Ebeneser se encogió de hombros: no tenía ni idea.

—Una vez mencionó algo en relación con aquel hombre, el que había venido con nosotros de viaje y luego desapareció.

—¿Te refieres al del banco? ¿El que se perdió?

Ebeneser cogió otra lata y al agitarla escuchó que todavía contenía algo de líquido. Se la terminó y la arrugó con la mano haciendo ruido.

—Por lo visto, tenían un plan.

—¿Un plan?

—Algo tramaban esos tipos —explicó Ebeneser—. Los que iban con él en aquella excursión. Algo así me dijo Lína.

—¿Cuándo?

—Hace nada, el otro día.

—¿Qué te dijo?

—Simplemente que le parecía increíble que lo fueran a intentar.

—¿A intentar el qué?

—No lo sé. Eran cosas de bancos. Lína tampoco lo había entendido muy bien, pero se ve que tenían entre manos una especie de plan que a ella le parecía increíble.

—¿En qué sentido?

—Decía que eran audaces. O algo así. Que eran tremendamente audaces.

Sigurður Óli no abrió el sobre de las fotos. De hecho, no sabía muy bien qué hacer con él. Cuando regresó a Hverfisgata lo guardó en un cajón. Puede que Ebeneser le hubiera mentido al decirle que no tenía ninguna copia de las fotos. No sabía a qué atenerse con él, vistos sus cambios de actitud. Tal y como había evolucionado la investigación, Sigurður Óli no consideraba que las fotografías tuvieran ya relevancia alguna. Ebbi había tratado de restarles importancia. Lo del chantaje parecía más bien una especie de juego que Lína había probado por probar. Si sacaba algo de dinero, perfecto; si no, ahí quedaría todo. Al menos, ese era el planteamiento que se desprendía del testimonio de Ebeneser.

Se encontraba absorto en sus reflexiones cuando sonó el teléfono de su escritorio.

—¿Sí? —dijo Sigurður Óli.

—Yo... no había...

Se escuchó un crujido y un golpe seco al otro lado de la línea.

—¿Hola? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Quién es?

No obtuvo respuesta.

—¿Andrés?

La voz le era familiar.

—Te dije... No te he... —Una voz confusa balbuceaba palabras incomprensibles

—. No te he dicho...

El hombre no concluyó la frase. Sigurður Óli escuchó una respiración.

—¿Andrés?! ¿Eres tú? ¿Qué es lo que no me has dicho?

—... Lo sé... lo sé todo sobre él... sobre el malnacido...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué estás diciendo?

—¿Eres tú? ¿Ese con quien hablé... en el cementerio?

—Sí. ¿Qué quieres? ¿Por qué saliste corriendo? ¿Dónde estás? ¿Puedo ir a buscarte?

—¿Que dónde estoy? ¿Y qué más da? ¿A quién le importa? ¡A nadie! Nunca le ha importado a nadie. Y ahora lo he... lo he atrapado... He atrapado al malnacido.

—¿A quién? —preguntó Sigurður Óli—. ¿A quién has atrapado?

Volvió a hacerse el silencio al otro lado de la línea. Sigurður Óli esperó y no escuchó nada durante un momento. De pronto, Andrés continuó, como si se hubiera armado de valor.

—... y... ¡lo he atrapado! Te lo iba a decir cuando nos vimos. Te iba a decir que es mío. Y que no se va a escapar. No tienes que preocuparte, no se va a escapar. Hice... hice una máscara... y... y no le gustó nada... No se alegraba nada de verme. Te puedo asegurar que no se alegraba nada de volver a verme después de todos estos años. No se alegraba de ver a Andresito. No. No. No se alegraba nada.

—¿Dónde estás, Andrés? —preguntó Sigurður Óli con resolución mientras consultaba en la pantalla del móvil el número desde el que llamaba. Lo buscó en

Internet y vio aparecer la dirección de Andrés—. Te puedo ayudar —dijo Sigurður Óli—. Déjame que te ayude, Andrés. ¿Estás en casa?

—Lo tengo bajo control —continuó Andrés como si no hubiera escuchado a Sigurður Óli—. Yo... pensé que a lo mejor me sería más difícil, pero no, no es más que un viejo. Un viejo miserable...

—¿Estás hablando de Rögnvaldur? ¿Es a Rögnvaldur a quien has atrapado? ¡¡Andrés!!

La línea se cortó. Sigurður Óli saltó de la silla mientras llamaba a información para solicitar el número de la vecina de Andrés. Recordaba la dirección, pero no le venía a la cabeza el nombre de la mujer. Hizo memoria.

Margrét Eymunds.

Lo pasaron con ella. Margrét respondió al tercer tono. Sigurður Óli ya iba de camino en su coche. Se presentó y, cuando se aseguró de que la mujer recordaba que era el policía que había ido a su casa en busca de Andrés, le pidió que se pasara por el piso de su vecino para comprobar si estaba.

—¿Quieres decir Andrés? —preguntó la mujer.

—Si lo vieras, ¿podrías intentar retenerlo hasta que yo llegue? ¿Podrías hacerme ese favor? Me ha llamado y creo que necesita ayuda. ¿Estás en el rellano?

—¿Cómo? ¿Quieres que me acerque a espiarlo?

—¿Me hablas desde un teléfono inalámbrico?

—¿Un inalámbrico? Sí.

—Estoy tratando de ayudarlo. Me parece que se encuentra en apuros. ¿Podrías ponérmelo al teléfono, por favor?

—Un momento.

A través del teléfono escuchó salir a Margrét de su casa. Después escuchó a la mujer llamar a Andrés mientras tocaba a su puerta. Sigurður Óli redujo la velocidad mientras maldecía: se había formado un atasco debido a un accidente, y se había ralentizado la circulación.

—Pero, Andrés, ¿se puede saber qué has hecho, hijo de mi vida? —oyó decir a Margrét.

Sigurður Óli pitaba frenéticamente tratando de cambiar de carril. No escuchaba la voz de Andrés y no entendía las palabras de Margrét, que le decía a su vecino algo sobre un policía que quería hablar con él seguido de un «¿Adónde vas?». Después le pareció que la mujer le hacía un comentario extrañamente maternal, algo como: «No puedes ir por ahí con esas pintas». Trató de hablar con Margrét, pero era evidente que la mujer no llevaba el teléfono pegado a la oreja.

Cuando Margrét se puso de nuevo al aparato, Sigurður Óli ya había superado el accidente y sorteaba los coches al doble de la velocidad permitida.

—¿Hola? —preguntó insegura.

—Sí, sigo aquí —dijo Sigurður Óli.

—Pobrecillo —dijo Margrét—. Tenía un aspecto horrible.

—¿Se ha ido?

—Sí, no he podido retenerlo. No ha querido saber nada de mí y ha bajado las escaleras medio corriendo. Me ha dado la impresión de que iba muy borracho.

—¿En qué dirección se ha marchado al salir del edificio?

—No lo he visto. No he visto hacia dónde ha ido.

Sigurður Óli aparcó junto al inmueble y buscó a Andrés con la mirada. Al no encontrarlo por ninguna parte, recorrió en coche las calles del barrio, pero no halló ni rastro de Andrés. Volvió a aparcar junto al edificio y llamó al interfono de Margrét, quien le abrió la puerta y lo esperó en el rellano, muerta de preocupación.

—¿Lo has encontrado? —le preguntó nada más verlo.

—Ha desaparecido. ¿Le has dicho algo?

—Nada. Pobre hombre. Llevaba un buen tiempo sin lavarse. Apeataba e iba como un andrajoso. Nunca lo había visto así. Nunca.

—¿Se te ocurre adónde ha podido ir?

—No. Se lo he preguntado, pero no me ha respondido. Ha bajado las escaleras a toda prisa sin decir ni mu y ha desaparecido.

—¿Llevaba consigo algún objeto cuando ha salido de su casa?

—No, nada.

—¿Te habló alguna vez de un hombre llamado Rögnvaldur?

—¿Rögnvaldur? No, creo que no. ¿Es un amigo suyo?

—No —respondió Sigurður Óli—. No son amigos.

Como ya había hecho la vez anterior, Margrét le abrió la puerta del piso de Andrés. Todo seguía igual. Sigurður Óli echó un breve vistazo mientras Margrét esperaba en la entrada y el agente entendió que Andrés había ido a casa expresamente para llamarlo y decirle que había atrapado a Rögnvaldur, significara eso lo que significara.

En ese momento sonó el móvil de Sigurður Óli. Era un compañero del Departamento de Estupefacientes.

—Me he enterado de que tienes encerrado a Hörður Vagnsson —dijo el agente que llamaba.

—¿A Höddi? Sí. ¿Qué ocurre?

—Lo hemos investigado, pero todavía no hemos obtenido gran cosa. El otro día intervinimos su teléfono. He pensado que igual te interesaba.

—¿Tienes una transcripción?

—Sí. Te la dejaré en tu despacho.

—¿Habéis hallado alguna posible pista?

—Lo haremos tarde o temprano. A no ser que tú lo hayas hecho ya. Pero antes tienes que saber una cosa sobre Höddi. El pobre es imbécil perdido.

Escuchó una risa al otro lado de la línea.

—¿Habéis intervenido el teléfono de su amigo Þórarinn o lo habéis investigado también?

—¿Toggi?

—Sí.

—Solo nos suena el nombre. Si de verdad despacha droga, desde luego lo hace con mucha prudencia; al menos, si lleva mucho tiempo haciéndolo. En todo caso, es más listo que Höddi.

Sigurður Óli no había estado antes en la sede central del banco y le impresionó de inmediato toda la opulencia que apareció ante sus ojos. Le parecía haberse adentrado en un mundo paralelo, en pleno centro de Reikiavik. Admiró el diseño, las geometrías de cristal y acero, la madera oscura, las líneas puras y clásicas que se distinguían entre plantas tropicales. No habían reparado en gastos a la hora de conferirle al edificio el aire más majestuoso posible. Al final encontró lo que parecía ser la recepción, donde un hombre mayor trataba de pagar un recibo.

—Sí, pero me temo que no puede abonarlo aquí —le explicaba la mujer al otro lado del mostrador, una pequeña isla en medio de aquella grandeza.

—Pero esto es un banco, ¿no? —objetó el hombre.

—Sí, pero para este tipo de operaciones tiene que dirigirse a una sucursal. Ahí podrá abonarlo.

—¡Pero si solo quiero pagar un recibo! —insistió el hombre.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la mujer mirando a Sigurður Óli. No tenía ganas de seguir atendiendo al anciano.

—¿Está Sverrir, del Departamento de Asistencia a Empresas?

La mujer introdujo el nombre en su ordenador.

—Lo siento, ha salido un momento. Volverá dentro de dos horas, más o menos.

—¿Y Knútur? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Knútur Jónsson? Del mismo departamento.

—¿Tenía cita con él? —preguntó la mujer con un tono de voz ligeramente cantarín.

—No.

—¿Y dónde está la sucursal más cercana? —preguntó el hombre, que aún seguía allí, empeñado en pagar su recibo.

—Vaya a Laugavegur —le indicó la mujer sin levantar la vista.

—Knútur se encuentra en una reunión. ¿Quiere esperar? ¿Quién pregunta por él? ¿Es por alguna cuestión de asesoramiento?

Sigurður Óli decidió responder únicamente a la última pregunta. Contestó que sí mientras observaba al anciano, que salía por la monumental puerta de cristal con su factura en la mano.

—Segunda planta —indicó la mujer—. Ahí tiene los ascensores.

Sigurður Óli llevaba un cuarto de hora esperando en la segunda planta cuando un hombre rubio y robusto salió de una sala de reuniones acompañado de un matrimonio

joven. Vestía un traje caro y tenía una cara peculiarmente juvenil. Se despidió de la pareja con una sonrisa en los labios diciéndoles que les enviaría más información sobre las cuentas en divisas extranjeras. Se volvió hacia Sigurður Óli.

—¿Me estás esperando a mí? —preguntó sin dejar de sonreír.

—¿Knútur? —preguntó Sigurður Óli.

—El mismo. ¿Vienes en busca de algún servicio para tu empresa?

—Lo cierto es que no. Soy de la policía, y me gustaría conocer más detalles sobre las circunstancias en que falleció tu amigo Þorfinnur. Será solo un momento.

—¿Por qué? ¿Es que hay novedades en la investigación?

—Sería más adecuado hablar en otro sitio que no fuera el pasillo.

Knútur miró fijamente a Sigurður Óli y consultó su reloj de pulsera. Le explicó que estaba especialmente ocupado, pero que podía dedicarle un momento a pesar de no entender muy bien el motivo de su visita. Sigurður Óli esperó en silencio hasta que Knútur lo invitó por fin a acompañarlo y sentarse con él en su despacho.

La versión de Knútur sobre lo ocurrido cuando su compañero de trabajo perdió la vida un año antes en la península de Snæfellsnes concordaba con los informes de la policía. Cuatro empleados del banco habían ido en dos jeeps al Hotel Búðir. Se habían puesto de camino el viernes con la idea de pasar dos noches en el hotel, trabajar, visitar la península y volver a Reikiavik el domingo. Al llegar allí la tarde del viernes, el tiempo estaba en calma, y las temperaturas, bajo cero. El sábado se dividieron. Dos de ellos, Knútur y Arnar, decidieron subir al glaciar Snæfellsjökull con un grupo de turistas mientras que los otros dos, Sverrir y Þorfinnur, condujeron hasta Svörtuloft, el llamado Abismo Negro, unos acantilados situados en el extremo occidental de la península, entre Skálasnagi, al sur, y Öndverðarnes, al norte. Su plan era reunirse en el hotel por la tarde. El tiempo había ido empeorando a lo largo del día y se había desatado una violenta tormenta de nieve. Los hombres que subieron al glaciar regresaron a la hora prevista; no así los dos que fueron hasta el Abismo Negro. No habían pensado qué medidas tomar en caso de que se produjera alguna emergencia, tan solo habían comunicado sus itinerarios en el hotel.

Los dos hombres se quedaron sin cobertura al abandonar la carretera nacional.

Solo uno regresó del Abismo Negro. En cuanto recuperó la cobertura, Sverrir llamó a sus compañeros para avisarles de que había perdido a Þorfinnur. Borearon los acantilados en dirección al faro de Skálasnagi y, después unas horas de camino, Sverrir propuso dar media vuelta, pero Þorfinnur había preferido continuar. Al final acordaron que Sverrir iría a buscar el coche y luego recogería a Þorfinnur en la carretera que accedía a la bahía de Beruvík. Pero cuando Sverrir llegó, no encontró a Þorfinnur por ninguna parte. Después de esperar un rato, lo buscó durante al menos una hora hasta que el temporal arreció. Entonces llamó a sus compañeros para preguntarles si sabían algo de él. Pero no fue el caso. Habían pasado tres horas desde su separación. Knútur y Arnar acudieron en jeep a la zona, y los tres continuaron buscando a su compañero por el gran campo de lava hasta que decidieron ponerse en contacto con la policía y los equipos de rescate.

Era noche cerrada y el tiempo había empeorado todavía más cuando los equipos de rescate se congregaron en el refugio de Gufuskáli antes de salir hacia el Abismo Negro. Los tres empleados de banca participaron en la búsqueda. La única ayuda que pudo ofrecer Sverrir prácticamente se limitó a señalar dónde se había separado de Þorfinnur. Lo abrupto del terreno hacía especialmente difícil caminar por la lava. La oscuridad y el temporal tampoco facilitaron la operación. Después de horas de lucha contra los elementos, el equipo de rescate decidió batirse en retirada. A la mañana siguiente, nada más amanecer, retomaron las labores de búsqueda, esta vez recorriendo el borde los acantilados, donde la colada de lava caía en picado hacia el mar. Las olas embestían con fuerza contra el precipicio, y la tormenta azotaba con tal violencia que los rastreadores apenas podían mantener el equilibrio.

Los hombres del equipo de rescate les explicaron a sus compañeros de Reikiavik que los marineros se referían a aquellos acantilados como el Abismo Negro porque un gran número de barcos habían naufragado en la zona y la última visión de sus tripulantes antes de morir era el negro insondable de los precipicios. Agrietado y surcado por profundas fisuras, el peligroso borde de los acantilados se desmoronaba continuamente por acción del oleaje. Se barajaba la hipótesis de que Þorfinnur se hubiera acercado en exceso y que, al ceder el terreno, se hubiera precipitado al mar.

—No lo encontraron —le explicó Knútur a Sigurður Óli—. Ya conoces la expresión: se lo había tragado la tierra. Nunca pensé que viviría un caso tan literal.

—Hasta la primavera siguiente —puntualizó Sigurður Óli.

—Eso es. No tengo palabras para describir aquella tragedia. Fue terrorífico. Al menos, no era padre de familia. Þorfinnur era soltero, aunque eso no hace la historia menos desgarradora.

—¿Acaso crees que importa?

—No, no, claro que no.

—Ocurrió hace un año.

—Sí.

—Tengo entendido que ninguno de vosotros estaba especialmente familiarizado con aquella zona —comentó Sigurður Óli.

—Sverrir sí que lo estaba. Venía con nosotros. Es de por allí y conoce la región... así que... Pero no, yo no estaba nada familiarizado. De hecho, era la primera vez que subía al glaciar. Y no sé si quiero volver a hacerlo.

—Lo único que pudo desprenderse de la autopsia de Þorfinnur era que había muerto a causa de un accidente. Unos turistas suecos lo encontraron en una pequeña playa de la cala Skarðsvík, donde las olas habían transportado el cadáver. Era imposible reconocerlo después de tanto tiempo sumergido en el mar, pero más adelante lo identificaron. Se dictaminó muerte accidental. Simplemente no había prestado la atención suficiente y se había caído por el precipicio.

—Sí, algo así.

—¿Trabajabais juntos en este banco?

—Sí.

—¿Y Sverrir fue el último que vio a Þorfinnur con vida?

—Sí. Evidentemente se arrepiente de no haber estado más pendiente de él. Sverrir se echa un poco la culpa de lo que ocurrió. Pero es obvio que no fue culpa suya. Þorfinnur podía llegar a ser muy cabezota e inflexible.

—¿Y se empeñó en continuar él solo?

—Eso dice Sverrir. A Þorfinnur le fascinaba el paisaje.

En ese momento sonó el móvil del banquero. Al identificar el número de la pantalla, le pidió disculpas a Sigurður Óli y giró la silla para obtener mayor intimidad, lo que no impidió a Sigurður Óli escuchar toda la conversación; hablaban sobre una pequeña orquesta de cámara.

—¿Dónde conseguiste la orquesta del otro día? —preguntó Knútur—. No, vienen unos invitados a cenar a casa —le respondió a su interlocutor—. Sí, ya sé que te aviso con poco tiempo, pero es que le dará un toque de distinción al acontecimiento: va a venir uno de los dueños. Tu orquesta del otro día me pareció de lo más refinado.

Apuntó algo y se despidió brevemente antes de volverse hacia Sigurður Óli.

—¿Eso era todo? —preguntó mirando la hora en la pantalla de su ordenador, como si no pudiera perder más tiempo hablando con Sigurður Óli.

—¿Trabajabais en el mismo departamento?

—No, pero nuestros trabajos estaban relacionados, claro. Colaborábamos en muchos ámbitos.

—¿Alguno que me puedas mencionar?

—No, a no ser que rompa la cláusula de confidencialidad. Por algo existe el secreto bancario. Pero te puedo decir que trabajábamos con empresas.

Knútur sonrió.

Sigurður Óli tenía la impresión de que el banquero lo miraba por encima del hombro. Knútur era algo más joven que él y, con toda probabilidad, cincuenta veces más rico, alguien que contrataba una orquesta de cámara para organizar una cena con su cara de niño. Sigurður Óli siempre había admirado a la gente que triunfaba en la vida gracias a sus propios méritos e iniciativas; nunca le habían dado envidia. Sin embargo, la actitud de Knútur y la historia de la orquesta de cámara lo irritaba sobremanera, y no podía hacer nada por evitarlo.

—Lo entiendo a la perfección. Entonces, digamos que vosotros cuatro no os conocíais mucho, ¿no?

—Bueno, la verdad es que nos conocíamos bastante bien, a través del banco. ¿Por qué preguntas ahora por todo esto? ¿Estás investigando algo?

—Si te soy sincero, no lo sé. ¿Conoces a una mujer llamada Sigurlína?

—¿Sigurlína? —preguntó Knútur pensativo mientras se levantaba dando a entender que por su parte daba la reunión por terminada. Caminó hasta la puerta y la abrió. Sigurður Óli siguió pegado a su asiento—. No me dice nada el nombre. ¿Debería conocerla?

El banquero saludó con la cabeza a alguien que esperaba en el pasillo. Su siguiente reunión lo llamaba. Las cuentas en divisas extranjeras aguardaban nuevos clientes.

—Trabajaba como secretaria en una gestoría —añadió Sigurður Óli—. Fue víctima de una brutal agresión en su casa. Ha salido en las noticias. Murió en el hospital.

—Ah, sí, lo he visto en el telediario, pero no la conozco de nada.

—Poco antes del terrible accidente de la península de Snæfellsnes, tus compañeros y tú hicisteis un viaje al glaciar Vatnajökull organizado por su empresa. Su marido fue vuestro guía. También la llamaban Lína.

—¡Ah, Lína! ¿Es a ella a quien agredieron? —preguntó Knútur, que cayó por fin

en la cuenta—. ¿Sabéis lo que ha pasado?

—Se está investigando el caso. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, ahora que has mencionado lo del viaje. Fue muy divertida. La excursión, digo.

—¿Mantuviste algún tipo de contacto con ella después de aquel fin de semana?

—No, ninguno.

—¿Y alguno de vosotros o del grupo de banqueros que os acompañaba?

—No. Creo que no. Que yo sepa.

—¿Estás seguro?

Sigurður Óli se levantó y caminó hacia la puerta, que Knútur mantenía aún abierta. Llegaba tarde a su siguiente reunión. El dinero no podía esperar.

—Sí —respondió Knútur—, del todo. Pero tendrás que preguntarles a los otros. Yo, al menos, no la conozco de nada. ¿Es que le habló a alguien de nosotros?

Sigurður Óli no resistió la tentación de incordiarlo.

—Sí. A su marido. Comentó que le parecíais increíbles. Increíbles de verdad.

—¿Ah, sí?

—Mencionó también cierto «plan». ¿Sabes algo al respecto?

—¿Plan?

—Un plan que teníais entre manos, una operación en marcha. En concreto, dijo que erais «tremendamente audaces». No sabía lo que tramabais, pero no tardaré en averiguarlo. Gracias por tu colaboración.

Se dieron la mano y dejó a Knútur junto a la puerta abierta con su confusa cara de niño.

La policía no había hecho muchos progresos en cuanto a Höddi y Þórarinn. Al interrogarlos por la tarde, Sigurður Óli y Finnur se encontraron con el mismo descaro y la misma arrogancia.

—¿Y esa zorra quién es? —preguntó Höddi cuando le preguntaron si conocía a Lína.

—Esas insolencias no te ayudan nada —señaló Finnur.

—Esas insolencias —repitió Höddi imitando a Finnur—. ¿Es que vas a decirme cómo tengo que hablar? Procura no hablar como un gilipollas.

—¿De qué conoces a Þórarinn? —preguntó Sigurður Óli.

—No lo conozco de nada. ¿Qué Þórarinn? ¿Se supone que lo tengo que conocer?

Lo condujeron de vuelta a su celda y llevaron a Þórarinn a la sala de interrogatorios. Se acomodó y alternó la mirada entre los dos agentes, como si se lo estuviera pasando en grande con todo aquello.

—Declaraste que tu agresión a Lína estaba relacionada con un ajuste de cuentas por temas de drogas. A su marido no le suena nada de esa historia. Dice que nunca te han comprado nada.

—¿Y él qué sabe? —preguntó Þórarinn.

—¿Quieres decir que Lína trapicheaba contigo a escondidas de su marido?

—¿Es que naciste ayer o qué? Me debía pasta. Y fue en defensa propia. Totalmente.

—¿Estás dispuesto a pasar dieciséis años en la cárcel por una pequeña deuda?

—¿Qué dices?

—¿No te parece una razón ridícula para pasar una vida entera en la cárcel? ¿Unos míseros gramos de droga?

—No sé qué me quieres decir.

—¿Una deuda sin importancia?

—¿Qué...? ¿Insinúas que la cosa cambiaría si los motivos fueran otros?

La pregunta le había salido del corazón. El abogado de Þórarinn, presente en la sala, se incorporó en el asiento.

—Podría haber factores que jugaran a tu favor —explicó Finnur.

—Como, por ejemplo, si solo fueras, digamos, el enviado de otra persona, el instrumento de un tercero —detalló Sigurður Óli—. Supongamos que tú, lo que se dice tú, no guardaras ninguna relación directa con el caso, que no estuvieras vinculado a él y no tuvieses ningún interés implicado.

Sigurður Óli trataba de adornar las cosas todo lo posible, aunque no tenía muy claro si lo que acababa de exponer tenía algún fundamento.

—Podríamos presentar así el caso ante el tribunal, declarando que te has mostrado cooperativo —prosiguió—. Podría beneficiarte.

—¿Cooperativo?

—Lo único que queremos es resolver el caso. La cuestión es saber qué quieres hacer tú. ¿Cómo quieres que lo resolvamos? Y déjate de historias de autodefensa. Estabas en el lugar de los hechos. Eres el causante de la muerte de Lína. Lo sabemos nosotros y lo sabe todo el mundo. Lo único que nos falta es el móvil. El verdadero móvil que te llevó a ir a su casa. Podemos resolver el caso con arreglo a tu declaración, y entonces te caerán dieciséis años. Cumplirás diez si muestras buen comportamiento. Y todo por una deuda que no alcanza ni... ¿cuánto? ¿Cien mil coronas? ¿Doscientas mil?

Sigurður Óli había captado la atención de Þórarinn.

—Cabría interpretar que perdiste el control y golpeaste a Lína demasiado fuerte, que tu intención era solo hacerle daño, pero no matarla, ¿entiendes? No tiene ningún sentido que te la quisieras cargar. Si la matas, no te paga. Al final no recuperas el dinero y tu situación es todavía peor, ya que te ves obligado a esconderte en el foso del taller de Birgir. Pero a lo mejor existen otras explicaciones. Supongamos que alguien te envió a casa de Lína y te pidió que le dieras un toque de atención, pero te pasaste. En ese caso, el responsable es la persona que te envió. De hecho, puede que realmente te mandara allí para quitársela de en medio. También cabe esa posibilidad. En tal caso, esa persona estará en libertad durante todos los años que tú estés encerrado. ¿Te parece justo?

Þórarinn seguía escuchando con atención.

—Y, claro luego está la explicación más sencilla —continuó Sigurður Óli—. Que fuiste para matarla, pero no por una deuda ni porque alguien te hubiera enviado, sino por alguna otra razón que quieres ocultar. Podría pensarse perfectamente que fuiste a su casa con la sola intención de matarla y que le estabas dando el último golpe en la cabeza cuando te interrumpieron. Me inclino por esta última hipótesis en vista de la manera en que saliste por patas. Y también por el hecho de que procuraras no dejar huellas cuando fuiste a su casa. Todo apunta a que fue un acto planeado meticulosamente y con premeditación. En todo momento tuviste la intención de matar a Lína.

Su explicación había sido larga, y Sigurður Óli no tenía claro que Þórarinn hubiera entendido todo lo que le había dicho, lo que le había dado a entender, lo que había suavizado y lo que había exagerado. Ignoraba si había captado que trataba de abrirle unas puertas y cerrarle otras dependiendo de su diagnóstico de la situación. Sigurður Óli era consciente de que sus teorías no se basaban más que en vagas sospechas, pero había decidido jugar todas sus bazas y ver qué pasaba. Seguramente algunas de las posibilidades que había mencionado le habrían parecido absurdas a Þórarinn, pero otras, y así lo esperaba Sigurður Óli, quizá pudieran abrir el diálogo.

—¿Crees que te pagan por dar discursos así de ridículos? —preguntó el abogado de Þórarinn, un hombre entrado en carnes y de mirada somnolienta.

—Me parece que nadie está hablando contigo —espetó Sigurður Óli.

Þórarinn se rio. Finnur permanecía en silencio con el rostro inmutable.

—¿Qué formas son esas? —preguntó el abogado.

—En mi vida he oído chorradas más gordas —dijo Þórarinn.

—Perfecto, Toggi —concluyó Sigurður Óli—. Pues caso resuelto. No podríamos estar más contentos.

—Sí, se te ve en la cara.

—Todo se limita a saber cómo quieres que se archive el asesinato en nuestros expedientes, y si existe alguien tan importante como para que pueda quedar impune y disfrutar de la libertad mientras tú cumples dieciséis años de condena. Vas a hacer el idiota.

—¡Un momento...! —exclamó el abogado.

—Me había parecido que quizá te podía interesar darle unas vueltas.

—Muchas gracias —dijo Þórarinn—. Eres un sol.

Habían quedado en un pequeño restaurante tailandés, cerca de la estación de Hlemmur. Bergþóra había llegado antes que él. Cuando lo vio aparecer, se levantó y le dio un beso en la mejilla. Sigurður Óli venía de interrogar a Þórarinn. Percibió de inmediato que su ex se encontraba de mejor humor.

—¿Y qué? ¿Va avanzando el caso? —preguntó Bergþóra.

—No sé. Todo está siendo más complicado de lo que nos imaginábamos. Y tú ¿qué tal?

—Tirando.

—¿Así que te has echado otro novio?

Trató de decirlo como si no le importara, pero ella le leyó el pensamiento.

—No lo sé, nos acabamos de conocer.

—¿Qué habrán pasado? ¿Tres semanas desde que empezaste a verlo?

—Sí. Un mes o así. Trabaja en un banco.

—¿Y quién no trabaja en un banco hoy en día?

—¿Todo bien?

—Sí, bueno, solo pensaba que... que íbamos a quemar hasta el último cartucho...

—Yo también —dijo Bergþóra—, pero tú nunca hiciste nada...

—... y ahora esto.

—... y tampoco es que mostraras ningún interés.

El camarero se acercó a su mesa para tomarles nota. Le dejaron escoger por ellos dos platos de la carta. Sigurður Óli se pidió una cerveza y Bergþóra una copa de vino blanco. Procuraban hablar en voz baja porque el local era diminuto y todas las mesas estaban ocupadas. El olor a comida tailandesa, la música oriental de fondo y el rumor de las conversaciones tenían un efecto sedante. Guardaron silencio después de que se marchara el camarero.

—Ni que te estuviera engañando o poniendo los cuernos —comentó Bergþóra finalmente.

—No —concedió Sigurður Óli—. Claro que no. Entonces ¿ya estabas con él cuando nos vimos la última vez? No dijiste nada.

—No, quizá debí hacerlo. Quería hacerlo; pero, en fin, ya no estamos juntos. Ya no sé lo que somos. No somos nada. Lo nuestro se ha acabado. Pensé que quizá quedaba algo, pero en nuestra última cita me di cuenta de que todo había terminado.

—No me lo esperaba cuando te llamé la otra noche, cuando oí que había alguien contigo.

—No le diste ninguna oportunidad a nuestra relación.

Bergþóra había pronunciado su última frase en tono neutro, sin el menor rastro de acusación o resentimiento. El camarero llevó las bebidas a la mesa. La cerveza, importada de Tailandia, estaba helada.

—No sé si eso es del todo cierto —objetó Sigurður Óli sin estar completamente convencido de sus palabras.

—Yo estaba dispuesta a intentarlo —reparó Bergþóra—, y creo que puse de mi parte, pero tú nunca pusiste de la tuya. Eras negativo y reticente. Pero ahora todo ha terminado y podemos seguir cada uno por su lado. Me quité un peso de encima cuando me di cuenta de que no tenía por qué vivir constantemente a la defensiva y con un nudo en el estómago. Ahora sigo adelante con mi vida. Vive tú la tuya.

—Entonces esto se ha acabado —dijo Sigurður Óli.

—Hace mucho que se ha acabado —puntualizó Bergþóra—. Solo necesitamos tiempo para asimilarlo. Yo ya lo he asumido y ahora me puedo hacer a la idea.

—Digo yo que no será un banquero normal y corriente —comentó Sigurður Óli. Bergþóra sonrió.

—Es genial. Toca el piano.

—¿Ya le has dicho que...?

Se le había escapado la pregunta, pero a mitad de frase se dio cuenta de que estaba fuera de lugar. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y Bergþóra entendió lo que había querido decir. Lo conocía y sabía que su resentimiento encontraría alguna vía de escape.

—¿Es así como quieres que termine esto? —preguntó.

—No. Por supuesto que no. No quería... La otra noche te llamé para saber si podíamos rehacer nuestra relación. Pero era demasiado tarde. Es culpa mía. No puedo culpar a nadie más que a mí. Tienes razón.

—Ya le he dicho que no puedo tener hijos.

—Fue entonces cuando me di cuenta de que lo nuestro había terminado —continuó Sigurður Óli—. Cuando te llamé la otra noche.

—A veces eres igualito a tu madre —observó Bergþóra irritada.

—Y me arrepentí. De lo mal que había hecho las cosas.

—Yo también me arrepiento —dijo Bergþóra—. Pero lo nuestro se ha terminado.

—Creo que ella no tiene nada que ver en esto —objetó Sigurður Óli.

—Más de lo que tú crees —afirmó Bergþóra antes de terminarse la copa de vino.

El profesor le volvió a preguntar por qué estaba tan triste. Estaban en clase de Ciencias Naturales, no había estudiado y estaba nervioso por si le preguntaba algo que no sabía. El profesor ya le había hecho esa misma pregunta unos días atrás y él no había sabido qué responder. Le gustaban las ciencias naturales, pero no había podido estudiar en casa. Ni ciencias naturales ni cálculo ni ninguna otra cosa. Sabía que se estaba quedando rezagado, pero apenas lograba ponerse al día. No tenía fuerzas. No le apetecía hacer nada y se había distanciado de los amigos que había hecho al comenzar el colegio. No era consciente de que estaba triste, así que no sabía cómo responder al profesor. Se limitó a mirarlo en silencio.

—¿Va todo bien, Andrés? —preguntó el profesor.

Todas las miradas se dirigieron a ellos. ¿A qué venía esa pregunta? ¿Por qué no lo dejaba tranquilo?

—Sí —respondió.

Pero no iba todo bien.

Vivía en un constante miedo. Rögnvaldur le había dicho que le mataría si le contaba a alguien lo que hacían. En realidad, no le hacía falta amenazarle: a Andrés nunca se le habría pasado por la cabeza contárselo a nadie. Además, ¿qué iba a contar? Ni siquiera era capaz de describirlo y evitaba pensar en ello todo lo posible.

Encerraba el asco en un lugar donde nadie pudiera encontrarlo.

Lo encerraba en un lugar donde la sangre y las lágrimas discurrían por las paredes, en un lugar donde nadie escuchaba jamás sus gritos.

El profesor vio que el pequeño no se encontraba bien y que se sentía incómodo siendo el centro de atención, y se apresuró a cambiar de tema. Le pidió que nombrara dos plantas de hoja perenne y el chico lo hizo tras dudar unos segundos. El profesor se dirigió al siguiente alumno y las miradas se desviaron de Andrés.

Respiró aliviado. Triste. Desde que se trasladó a casa de su madre no había sabido lo que era estar alegre. Su vida se había convertido en una pesadilla interminable. Le daba miedo el momento de despertarse por las mañanas, y el de dormirse por las noches. Le daba miedo ir al colegio y que le preguntaran por qué estaba triste, por qué no llevaba almuerzo o si no tenía ropa limpia que ponerse. Le daba miedo llamar la atención. Le daba miedo despertarse porque al abrir los ojos le asaltaban los recuerdos. Le daba miedo quedarse dormido porque nunca sabía si Rögnvaldur iría a su cama por la noche y se lo llevaría. Le daba miedo que se hiciera de día porque de día se sentía solo en el mundo.

Su madre nunca estaba en casa cuando ocurría, pero era consciente de lo que pasaba. Andrés lo sabía porque una vez había oído decirle a Rögnvaldur que dejara al chico en paz. Iba borracha, como siempre.

—No metas las narices —le ordenó Rögnvaldur.

—¡Ya vale! —exclamó su madre—. ¿Y por qué tienes que grabarlo todo?

—¡Cállate! —fue la respuesta.

También la amenazaba, y a veces le pegaba.

Un buen día, Rögnvaldur se fue. El proyector, las películas, la cámara, su ropa, sus zapatos, sus botas, sus cosas de afeitarse, sus gorros, sus abrigos..., todo había desaparecido al despertar. En ocasiones, Rögnvaldur se ausentaba unos días, pero siempre dejaba sus cosas en casa. Sin embargo, aquella vez daba la impresión de que no iba a volver. Se había marchado con todas sus pertenencias.

Pasó un día. Dos días. Tres días. Ni rastro de Rögnvaldur. Cinco días. Diez días. Dos semanas. Rögnvaldur no daba señales de vida. Andrés se despertaba por las noches pensando que Rögnvaldur lo estaba tocando. Pero no era él. Rögnvaldur ya no estaba. Tres semanas. No dejaba de preguntarle a su madre:

—¿Va a volver?

La respuesta era siempre la misma.

—¡Y yo qué sé!

Un mes.

Un año.

Para entonces ya había aprendido a mitigar el dolor. Qué bien le sentaba esnifar pegamento.

Evitaba en la medida de lo posible abrir ese lugar oculto donde la sangre discurría por las paredes.

Y Rögnvaldur no volvió nunca más.

Alzó la vista hacia el cielo gris y amenazante.

El cementerio le transmitía una extraña sensación de bienestar. Sin importarle el frío, apoyaba la espalda sobre una vieja lápida cubierta de musgo. Debía de haberse quedado dormido. La luz del crepúsculo bañaba la ciudad, y el rumor del tráfico se filtraba en el cementerio a través de los muros y las enormes ramas que se alzaban sobre aquellas tumbas olvidadas. La paz de la muerte lo rodeaba por todos lados.

Allí el tiempo se detenía.

Allí el tiempo no tenía nada que hacer.

Sigurður Óli no sabía hasta qué punto fiarse de Andrés y dar credibilidad a lo que le había revelado en su última conversación, tan confusa e incoherente. Al parecer, Andrés había conseguido atrapar a Rögnvaldur. También había mencionado una máscara, lo que encajaba con los trozos de cuero que Sigurður Óli había encontrado en su cocina. Andrés lo había llamado expresamente para comunicarle esa información, pero no había querido dar más detalles. Sus continuos titubeos indicaban que no sabía cuáles eran sus propias intenciones ni qué paso dar a continuación. No vivía en su casa, y por el estado de su piso se deducía que no se había dejado caer por allí en un tiempo. Sigurður Óli había tratado de averiguar quién era ese Rögnvaldur del que hablaba Andrés y dónde vivía. En la zona capitalina no abundaban los hombres de esa edad con ese nombre y no se había denunciado la desaparición de ninguno de ellos. El padrastro de Andrés había usado varios nombres falsos en el pasado y quizá lo siguiera haciendo, lo que dificultaría todavía más su búsqueda. ¿Cabía la posibilidad de que Andrés lo hubiera agredido? ¿O eran los delirios de un alcohólico empedernido? ¿Debía tomarlo en serio? ¿Debía creer a un viejo indigente que llevaba años buscándose problemas?

Esas y otras preguntas se arremolinaban en la cabeza de Sigurður Óli mientras se dirigía a casa de su madre después de su cita con Bergþóra. Con todo, tenía la impresión de que Andrés era fiable, hasta cierto punto. Solo era un individuo que no se había reconciliado con unos acontecimientos pasados con los que todavía cargaba, como si fueran una pesadilla. Necesitaba una ayuda que, aunque fuera de una manera extraña, él mismo estaba pidiendo. El fragmento de película y el encuentro en el cementerio le habían bastado a Sigurður Óli para hacer caso de lo que decía.

Estaba obsesionado con Andrés. Pensaba en él a todas horas, y a la mínima le venía a la cabeza. Cualquier cosa que viera. Cualquier cosa que oyera. ¿Qué había dicho sobre su madre? «No me preguntes por ella. No quiero hablar de ella». ¿Qué había dicho Bergþóra sobre Sigurður Óli? «A veces eres igualito a tu madre». Después de todas las dificultades que habían atravesado, Bergþóra había puesto punto final a su relación. Ahora todo había terminado y cada uno seguiría su camino. Sigurður Óli no sabía qué pensar ahora que tenía la verdad ante sus ojos. Se arrepentía de lo de Bergþóra. Por fin se había dado cuenta de que quería intentarlo, quería ponerlo todo de su parte. Pero ahora era demasiado tarde. Le invadió la rabia. Bergþóra los había llamado fríos y esnobs, a él y a su madre. Él no recordaba haberle hecho ni un solo comentario negativo a Bergþóra en todo el tiempo que habían estado juntos.

Cansado y decaído, lo único que quería Sigurður Óli era irse a casa a dormir, pero necesitaba hacerle a su madre una serie de preguntas de muy distinta naturaleza. Unas tenían que ver con el mero hecho de que fuera su madre y otras con el hecho de que, al ser contable, tuviera cierta opinión sobre los llamados «nuevos vikingos» y la gran

expansión bancaria.

Gagga se sorprendió de que su hijo le hiciera una visita a esas horas. Sigurður Óli se sentó en la cocina. Se dio cuenta de que el televisor estaba encendido en el salón y le preguntó a su madre si Sæmundur estaba en casa. Gagga respondió que sí, que estaba viendo la tele y le preguntó si no lo quería saludar. Sigurður Óli negó con la cabeza. Su madre tenía café preparado, pero su hijo le preguntó si no tendría un refresco de naranja. Solía tener alguna botella por si aparecía por casa.

—El otro día hablabas de los bancos. ¿Estás algo puesta en el tema? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—¿Por qué tienen de repente tanto dinero? ¿De dónde sale? ¿Y qué traman que no pueda salir a la luz? ¿Tienes alguna idea?

—No lo sé —respondió Gagga—. Se oye de todo estos días. Algunos dicen que la cosa acabará mal a este ritmo. El *boom* económico que ha vivido Islandia en los últimos años se basa casi exclusivamente en préstamos del extranjero. Pero ahora tenemos muchos indicios de que esas fuentes de dinero se están agotando y que podrían secarse en breve. Si se desata una crisis financiera a nivel mundial, tal y como se está vaticinando, entonces la gente lo va a pasar muy mal. El peligro reside en que, en lugar de aminorar la marcha e ir con cuidado, están pisando el acelerador. Ayer mismo oí que pretendían hacerse con más divisas abriendo cuentas de depósito en países europeos. Me pareció entender que planeaban algo así. ¿Estás investigando algún banco?

—No lo sé —respondió Sigurður Óli—. En todo caso, a gente de ese mundillo.

—Los magnates islandeses han adquirido grandes participaciones en los bancos a través de sus empresas y obtienen préstamos a título personal; lo cual es peligroso y poco ético si se hace a gran escala. Utilizan los bancos, que son sociedades anónimas, en su propio beneficio. Se reparten entre ellos las mayores empresas del país y compran en el extranjero cualquier cosa que vean; todo ello, financiado con préstamos con intereses bajísimos. Además, hacen todo tipo de virguerías para que aumente el valor de las sociedades, aunque normalmente ese aumento no es más que una burbuja. Les sacan dinero a las sociedades anónimas vendiéndoles sus propios activos a precios sobrevalorados. Los directivos de los bancos formalizan consigo mismos contratos de *stock options*; es decir, opciones sobre acciones del propio banco. Hablamos de transacciones de hasta cientos de millones de coronas, si es que no son miles de millones. Además, obtienen préstamos para comprar acciones en los propios bancos avalados por esas mismas acciones, y de ese modo no corren ningún riesgo.

—Esas historias se escuchan a menudo.

—Es su manera de cobrar por colaborar con los propietarios —continuó Gagga—. Y luego están las participaciones cruzadas. Apenas las realizan unos pocos: los que prestan y los que toman prestado. El peligro más evidente estriba en que, en

cuanto falle algo, se corre el riesgo de que todo el castillo de naipes se venga abajo.

Sigurður Óli miró a su madre, pensativo.

—¿Pero todo eso es legal?

—Eso es, en todo caso, lo que se oye por ahí. ¿Por qué no hablas con alguien de la comisaría? ¿O ya lo has hecho?

—Me parece que lo tendré que hacer pronto —respondió pensando en Finnur.

—No creo que en Islandia estén legislados ni la mitad de esos trapicheos. Nuestro Parlamento es de risa. Lleva treinta años de retraso respecto a la realidad actual. Todavía debate sobre el precio de los productos agrícolas. No tiene ningún poder. Aquí son los ministros quienes lo controlan todo y fomentan esta locura. Favorecen a los «nuevos vikingos» y a los banqueros, y vuelan de aquí para allá en sus jets privados. Se dice que la deuda de los bancos pronto será doce veces superior al producto interior bruto, pero nadie mueve un dedo por evitarlo. ¿Qué estás investigando exactamente?

—No tengo ni idea —admitió Sigurður Óli—. Está todo muy en el aire. Tiene que ver con cuatro banqueros que hicieron un viaje a la península de Snæfellsnes del que solo regresaron tres. El cuarto se despeñó por unos acantilados. Nada sospechoso. Hallaron el cadáver unos meses después y es imposible determinar si se trató o no de un accidente. Ahora, un año después de aquel viaje, alguien agrade a la secretaria de una gran gestoría que con anterioridad había invitado a los cuatro hombres a hacer una excursión por el glaciar. La secretaria y su marido habían organizado el viaje. Por lo visto, Lína, la secretaria, pasaba apuros económicos. Debía dinero y andaba metida en líos de todo tipo. La típica cabeza loca con facilidad para atraer los problemas.

—O sea, que quieres saber qué podrían haber estado tramando esos cuatro como para que le costara la vida a uno de ellos y después a esa mujer un año después.

Sigurður Óli frunció el ceño.

—O puede que solo dos de ellos. Tampoco tuvieron por qué participar los cuatro en la estafa.

—¿Estafa de qué tipo?

—He hablado demasiado. No puedes contarle a nadie nada de lo que te he dicho. De lo contrario, estoy perdido. Bastante metido en un lío estoy ya. Seguramente solo estoy exagerando y magnificando el tema. Lo más seguro es que se trate de una simple deuda por asuntos de drogas. Tenemos encerrados a dos imbéciles que seguramente son los causantes de la muerte de esa mujer. Querían recuperar el dinero, pero se les fue de las manos.

—No se exagera nunca al hablar de operaciones bancarias —le advirtió Gagga—. Se rumorea que los más ricos ingresan miles de millones de coronas en paraísos fiscales para evadir impuestos en Islandia. Crean empresas fantasma y hacen negocios con ellas en cuentas secretas. Es casi imposible pillarlos porque en los paraísos fiscales existen leyes de confidencialidad.

—¿Y el blanqueo de dinero?

—De eso ya no sé.

—Puede que esos cuatro hombres les hayan robado dinero a los bancos.

—Todo podría ser, claro está.

—Sería lo más fácil de imaginar si uno quisiera sospechar algo de ellos. Lo único que he oído de esos hombres es que eran tremendamente audaces y que urdían una especie de plan.

—¿Plan?

—Sí, que maquinaban algo. Que eran audaces y tramaban un plan. Dos de ellos o los cuatro.

—¿Un plan que no tiene por qué guardar relación con sus bancos?

—No. He hablado con uno de ellos.

—¿Y?

—No he sacado nada. No tenía tiempo para hablar conmigo. Estaba demasiado ocupado reservando una orquesta de cámara para una cena que estaba montando en su casa.

—¿Una orquesta de cámara?

Sigurður Óli escuchó a Sæmundur carraspear frente al televisor y esperó que no apareciera por la cocina.

—He visto a Bergþóra —le informó—. Hemos terminado del todo.

—¿Cómo que del todo?

—Se ha acabado.

—Pero ¿no llevaba tiempo acabado?

—Ha conocido a otro.

—¿Y eso te afecta?

—La verdad es que sí.

—Encontrarás a otra. ¿Es ella quien lo ha dado por terminado?

—Sí. Ha empezado una nueva relación.

—Muy típico de ella —dijo Gagga.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se anda con chiquitas.

—Nunca la has podido ni ver.

—No —admitió su madre—. Tienes toda la razón. Pero no vayas a arrepentirte ahora. No sirve de nada.

—¿Cómo puedes decir una cosa así y quedarte tan tranquila?

—¿Acaso preferirías que te mintiera? Eras demasiado bueno para Bergþóra. Esa es mi opinión, y no veo por qué me la tendría que callar.

Sigurður Óli miró fijamente a su madre y le hizo una pregunta que llevaba tiempo rondándole por la cabeza.

—¿Qué viste en papá?

Su madre lo miró como si no hubiera entendido la pregunta.

—¿Por qué empezasteis a salir juntos?

—¿A qué viene esto ahora? —preguntó Gagga.

—Sois como el día y la noche —respondió Sigurður Óli—. Tuviste que darte cuenta. Y aun así... En serio, ¿qué le viste?

—¡No empecemos!

—¿Salías ganando?

—¿Cómo que si salía ganando?

—Te pagó la universidad.

—¡Hijo mío! La gente se une y se separa sin tener una razón en concreto. Tu padre y yo, también. Seguramente fue un error por mi parte. Lo reconozco. Y, ahora, déjalo ya.

Le daba miedo que fuera demasiado tarde para llamar al timbre. No quería despertarlo. Tras una larga espera, se disponía a marcharse cuando el pomo se movió y se abrió la puerta.

—¿Eres tú, Siggi? —preguntó su padre.

—¿Estabas durmiendo?

—No. Pasa, hijo. ¿Vienes con Bergþóra?

—No, vengo solo —aclaró Sigurður Óli.

Su padre llevaba un viejo albornoz azul y se dio cuenta de que su hijo miraba el tubo de plástico que asomaba por debajo.

—Todavía llevo la bolsa —le explicó su padre—. Para la orina. Mañana me la quitan.

—Ah, vale. ¿Cómo estás?

—Bastante bien. Me sabe mal no tener nada que ofrecerte, hijo mío. ¿Tienes hambre?

—No. Solo quería pasarme un momento antes de ir a casa para preguntarte si te hacía falta algo.

—No me hace falta nada. ¿Te importa si me tumbo aquí?

Su padre se tumbó en el sofá del salón y Sigurður Óli se sentó en un sillón. Su padre cerró los ojos. Se le veía agotado. Habría necesitado pasar más tiempo ingresado en el hospital, pero debido a los continuos recortes en sanidad, a la gente la daban de alta lo antes posible. Sigurður Óli paseó la mirada por la estantería, la cómoda, el viejo televisor y el título de fontanería enmarcado. Sobre una mesa reposaban dos fotos de él y otra con Gagga de hacía treinta años. Sigurður Óli se acordaba bien de aquel día. Era su cumpleaños, el último que habían celebrado juntos antes de que sus padres se divorciaran.

Le resumió lo ocurrido con Bergþóra, y su padre lo escuchó en silencio. Luego esperó en vano su respuesta. Se hizo un prolongado silencio. Pensando que su padre se había quedado dormido, se dispuso a marcharse cuando lo vio entreabrir los ojos.

—Al menos no teníais hijos —comentó.

—Quizá las cosas habrían salido de otra manera si hubiéramos tenido hijos —dijo Sigurður Óli.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Volvió a pensar que su padre se había quedado dormido y no se atrevió a molestarlo. Entonces abrió los ojos y miró a su hijo.

—Son los que peor lo pasan. Lo deberías saber por experiencia. Los hijos son los que peor lo pasan.

Al día siguiente, Sigurður Óli averiguó que uno de los mejores amigos del empleado de banca Þorfinnur se llamaba Ragnar y trabajaba como profesor de islandés en la Facultad de Magisterio. Su nombre aparecía en un informe policial, ya que Ragnar había participado en la búsqueda de su amigo desaparecido en la península de Snæfellsnes. Cuando, pasado el mediodía, Sigurður Óli entró en la facultad para preguntar por él, todo el mundo estaba en clase. Le informaron de que Ragnar terminaría pronto; se acercaba el descanso y aquel día ya no trabajaba más. Sigurður Óli esperó paciente en el pasillo a que se abriera la puerta del aula y los estudiantes salieran en masa.

La espera no fue larga. Al poco rato, el pasillo se llenó de conversaciones y de gente con mochilas, ordenadores y móviles que sonaban por todas partes. Sigurður Óli se detuvo en la entrada del aula al ver que Ragnar hablaba con dos alumnos. Buscó algo con que entretenerse mientras el profesor respondía a las preguntas de los estudiantes, que parecían referirse a algún examen en el que no habían sacado muy buena nota. «Hay que estudiar más, eso es todo», oyó decir al profesor.

Después de que los alumnos salieran del aula, con cierto aire de descontento, Sigurður Óli saludó a Ragnar, y le anunció que era de la policía y que quería hacerle unas preguntas sobre su amigo Þorfinnur, fallecido en las inmediaciones del glaciar Snæfellsjökull. Ragnar guardaba el portátil en su maletín y se detuvo en seco al oír las razones de aquella visita. Era un hombre de baja estatura, con una abundante cabellera pelirroja y unas vistosas patillas, que al parecer habían vuelto a ponerse de moda sin que Sigurður Óli se hubiera enterado. Tenía la boca grande, y sus enormes ojos cándidos no dejaban de pestañear.

—Ya era hora. Pensé que nunca os decidiríais.

—¿A qué? —preguntó Sigurður Óli.

—Pues a investigar su muerte —aclaró Ragnar—. Lo que ocurrió no fue ni medio normal.

—¿Qué te hace pensarlo? —preguntó Sigurður Óli.

—No sé, ahí había algo raro. O sea, se van los cuatro de viaje con la idea de ir siempre juntos, y de repente ya no está con ellos. Se dividen, se quedan dos y se pierde.

—No sería la primera vez que se oye algo así. La meteorología y el terreno propician que la gente sufra accidentes viajando por Islandia.

—En su día hice todo tipo de observaciones, pero nadie me hizo caso. Dejaron pasar demasiado tiempo antes de actuar. Además, sus declaraciones no se sostenían, contaban dos versiones distintas y se corregían unos a otros sobre la hora a la que habían salido y a la que pretendían volver. Y el tal Sverrir era un imbécil en toda regla.

—¿Y eso?

—Decía que Þorfinnur no debería haber continuado él solo. Se supone que tenían que haber ido siempre juntos, pero, según él, Þorfinnur había insistido en que Sverrir se fuera sin él a por el coche. ¿Por qué? No se sabe. Únicamente dijo que eso era lo que había querido Þorfinnur: quedarse solo en mitad de un campo de lava mientras su amigo iba a buscar el coche.

—¿Y no es esa una posible explicación de lo sucedido?

—Todo el mundo sabe de sobra que hay que extremar las precauciones y que puede desatarse una tormenta cuando menos te lo esperas. Los peligros acechan por todas partes, hay grietas y barrancos en los que no te fijas. Con más motivo allí, en la zona del Abismo Negro.

—¿Þorfinnur era aficionado a la montaña? ¿Le gustaba el excursionismo?

—Sí, la verdad es que era bastante montañero.

—¿Mencionó alguna vez a una mujer llamada Lína, o Sigurlína? Ese mismo otoño habían hecho una excursión a un glaciar con más gente.

—No, creo que no. —Ragnar lo interrogó con la mirada—. ¿No es esa la mujer a la que han asesinado, la que ha salido en las noticias? ¿No se llamaba así?

—Sí.

—¿Es que esa mujer tiene algo que ver con la muerte de Þorfinnur? ¿Has venido por eso? ¿Es posible que haya alguna relación entre ambos casos?

Los enormes ojos de Ragnar se clavaron en Sigurður Óli.

—No puedo pronunciarlo al respecto —respondió—. De momento estamos investigando el pasado de la joven para entender mejor lo que ocurrió, y sabemos que hizo un viaje con un grupo de banqueros y extranjeros. ¿Me sabrías decir qué ocupación tenían Þorfinnur y sus compañeros en el banco, en qué consistía exactamente su trabajo?

—Nunca me enteré muy bien —confesó Ragnar—. Sé que Þorfinnur trabajaba con fondos en divisas extranjeras y fondos de pensiones. Pero nunca me dio detalles. A mí las finanzas me aburren, así que tocábamos el tema lo menos posible.

—Supongo que lo describirías como un hombre honrado.

—Era una persona muy íntegra. En todos los aspectos.

—¿Te comentó si tenía problemas en el trabajo?

—No.

—¿Te habló alguna vez de sus compañeros o de los amigos que había hecho en el banco? De los que se fueron con él de viaje, por ejemplo.

—No. No eran amigos, creo. Þorfinnur los conoció cuando comenzó a trabajar en el banco, hace unos cuatro o cinco años.

—¿O sea que no eran amigos de toda la vida?

—No, nunca dijo que lo fueran. De todos modos, creo que tampoco le entusiasmaba mucho la idea de irse con ellos de viaje a Snæfellsnes. No estaba muy emocionado. De hecho, habría preferido no ir.

—Pero se fue igualmente.

—Sí. Y no volvió.

Sverrir lo hizo esperar tres cuartos de hora frente a su despacho hasta que salió a recibirlo. Los banqueros iban y venían por el pasillo sin dirigirle ni una sola mirada.

Cuando al final se abrió la puerta del despacho, Sverrir asomó la cabeza y lo miró.

—¿Eres Sigurður? —preguntó.

—Sigurður Óli, sí.

—¿Para qué vienes a hablar conmigo?

—Para hablar de Þorfinnur.

—¿Eres de la policía?

—Sí.

—¿Cómo es que la policía se interesa de nuevo por el caso?

Sverrir aún no lo había invitado a pasar a su despacho y Sigurður Óli seguía sentado en su silla, que estaba fijada a otra silla y a una mesa sobre la que reposaban unas revistas viejas que prefería no mirar.

—¿Es que vamos a hablar aquí en el pasillo? —preguntó Sigurður Óli.

—No, claro que no. Disculpa, pasa.

El despacho de Sverrir era luminoso y espacioso. Estaba amueblado con sofás nuevos de cuero. En la pared, dos pantallas planas mostraban los tipos de cambio y una serie de gráficos.

—¿Discutisteis, Þorfinnur y tú? ¿Os separasteis por eso? —preguntó Sigurður Óli mientras se sentaba frente a Sverrir, al otro lado del escritorio.

—¿Que si discutimos? ¿Por qué estás investigando el caso de nuevo? ¿Tenéis novedades? ¿Cómo que si discutimos? ¿De dónde te has sacado eso? ¿Eres tú el que habló el otro día con Knútur, aquí abajo?

Sigurður Óli se preguntó si debía contestar a toda la ráfaga de preguntas que le había hecho Sverrir.

—En ese caso, supongo que Knútur ya te habrá puesto al tanto de todo lo que le pregunté acerca de Lína. Según ella, erais tremendamente audaces y tramabais una especie de plan. De hecho, esa es la razón por la que he retomado la investigación del caso. Como tú dices, tenemos novedades. ¿Qué plan era ese y a qué venía eso de vuestra audacia?

Sverrir miró a Sigurður Óli con detenimiento.

—No sé adónde quieres ir a parar —declaró por fin—. Knútur vino a verme y me dijo que le habías preguntado sobre Þorfinnur haciendo toda clase de insinuaciones, cosa que me parece de muy mal gusto.

—¿Conocías a Lína?

—Solo me acordé de ella cuando Knútur me recordó aquella excursión al glaciar. No sabía que era la mujer a la que agredieron el otro día.

—¿Qué ocurrió entre Þorfinnur y tú? ¿Por qué fuiste tú solo a por el coche? ¿Discutisteis? ¿Qué pasó?

—Ya habrás leído los informes. No tengo nada más que añadir. Fui a buscarlo a la bahía de Beruvík, pero él no apareció.

—Tengo entendido que era obstinado e inflexible. Así es como lo ha definido un testigo.

—Podía serlo, sí. Se empeñaba en seguir caminando, pero yo no lo veía prudente porque se había hecho tarde. Yo prefería volver al coche y él quería continuar. Al final quedamos en que yo iría a por el jeep y lo pasaría a buscar. Hay pistas que atraviesan el campo de lava.

—¿Así que él siguió como un loco sin que pudieras detenerlo y acabó perdiéndose?

—Está todo en los informes. Y no es que él siguiera como un loco. No había estado nunca en ese sitio y le maravillaba el paisaje.

—¿Tú sí que habías estado ya?

—Ya lo creo. Soy de la zona de Snæfellsjökull.

—Entonces ¿la conoces bien?

—Sí.

—¿Fuiste tú quien tuvo la idea de ir allí?

Sverrir meditó unos segundos.

—Sí, podríamos decir que sí.

—¿Has caminado muchas veces por aquel campo de lava?

—Tampoco diría que muchas veces.

—Pero sabes lo peligroso que es. Y aun así, lo dejaste solo.

—No es más peligroso que otros mil sitios en Islandia. Solo es cuestión de ir con cuidado.

—¿Qué eran esos chanchullos de los que Lína os oyó hablar? —preguntó Sigurður Óli.

—No había ningún chanchullo ni ningún plan —observó Sverrir—. No sé de qué hablaba ni en qué contexto ubicarlo. ¿No lo diría en broma?

—No, según su marido.

—Bueno, no lo conozco. Igual que tampoco conocía a su mujer y no sé lo que podría haber estado diciendo de nosotros.

—En cualquier caso, poco después murió uno de vosotros. Ese mismo otoño.

—Me temo que no te puedo servir de más ayuda. Tengo mil cosas que hacer, creo que deberíamos dar esto por terminado.

Sverrir se levantó.

—Encontraro su cadáver varado en Skarðsvík —dijo Sigurður Óli—. ¿Has estado ahí?

—Sí. Fue un accidente. El caso se dio por resuelto. No debería ser yo quien te lo dijera.

—Dado el estado en que se encontraba el cadáver después de tanto tiempo sumergido en el mar, no se pudieron identificar posibles hematomas —explicó Sigurður Óli mientras se levantaba—. ¿No hiciste más migas con Lína después de la excursión?

—¡No!

—Era lo que se dice una persona promiscua. Quizá simplemente le gustaban los hombres, se lo pasaba bien engatusándolos. Hasta al más prudente de todos.

—Ya. Pues no la conozco de nada —afirmó Sverrir mientras abría la puerta.

—¿Conoces a unos hombres llamados Þórarinn y Hörður, también conocidos como Toggi y Höddi? Uno es repartidor y el otro lleva un taller mecánico. Un par de necios.

—No los conozco. ¿Debería?

—Son dos matones. Uno de ellos mató a Lína. El tal Toggi. Lo llaman Toggi el Flecha. Corre a toda hostia. Creo que lo tenemos a punto de caramelo para que hable con nosotros. Me da que no va a tardar en darnos más detalles y quizás entonces nos volvamos a ver.

—¿Me estás amenazando?

—Ni se me pasaría por la cabeza —ironizó Sigurður Óli—. ¿Alguno de vosotros se acostó con ella, con Lína?

—Yo no, en todo caso —afirmó Sverrir—. Y debo insistir en que estas preguntas me parecen improcedentes. No sé lo que estás buscando, pero creo que se podría actuar de otra manera.

El cuarto integrante de aquel fatídico viaje se llamaba Arnar y trabaja una planta por encima de Sverrir. Sigurður Óli subió directamente, preguntó por él y enseguida halló una puerta en la que aparecía su nombre: Arnar Jósefsson. La golpeó levemente con los nudillos y la abrió. Arnar hablaba de pie con el móvil en la oreja y le lanzó una mirada inquisitiva a Sigurður Óli.

—Me gustaría hablar contigo sobre tu compañero Þorfinnur, fallecido hace un año —anunció Sigurður Óli.

Arnar se disculpó al teléfono, dijo que llamaría más tarde y colgó.

—No me parece que tuviera una cita contigo —reparó mientras consultaba su agenda.

—No, a mí tampoco —observó Sigurður Óli antes de presentarse brevemente y explicar qué hacía en su despacho—. Tú estabas con tus compañeros el día en que Þorfinnur perdió la vida, ¿me equivoco?

Arnar dejó de hojear su agenda y lo invitó a tomar asiento mientras él también se sentaba.

—No te equivocas. ¿Se ha reabierto la investigación?

—¿Me podrías contar a grandes rasgos lo que ocurrió? —preguntó Sigurður Óli ignorando su pregunta.

Arnar se resignó y comenzó a contarle lo que pasó el día en que murió su compañero de trabajo. Su versión encajaba con la de Sverrir y Knútur. Arnar corroboró que Sverrir fue el último en ver a Þorfinnur con vida.

—¿Erais muy amigos? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Qué tipo de relación teníais?

—Primero me gustaría saber por qué estás haciendo estas preguntas.

—¿No han hablado los otros contigo?

—Knútur, sí. Y no sabe de qué va este asunto.

—No, claro, eso está por ver. ¿Erais muy amigos, los cuatro?

—¿Amigos? Lo que se dice amigos, no. Más bien conocidos.

—¿Y compañeros de trabajo?

—Pues claro que somos compañeros de trabajo. Los cuatro trabajamos aquí, en el banco. ¿Qué estás tratando de averiguar exactamente?

Sigurður Óli sacó una hoja doblada del bolsillo de su abrigo.

—¿Sabrías decirme quiénes son estas personas? —preguntó Sigurður Óli mientras le alcanzaba la lista de los que fueron de excursión al glaciar con Lína y Ebbi.

Arnar cogió el papel y le echó un vistazo fugaz antes de devolvérselo a Sigurður Óli.

—Solo conozco a los que nos invitaron, los de la gestoría.

—¿Te suenan de algo los nombres extranjeros?

—No —respondió Arnar.

—¿Tuviste más contacto con Lína, o Sigurlína, la secretaria de la gestoría, después de aquel viaje?

—No. Dices la que organizaba la excursión, ¿no?

—Eso es. ¿Y tus compañeros?

—Creo que tampoco.

—¿Ninguno?

—No. En todo caso, quizá Þorfinnur —dijo Arnar, que pareció sentir la imperiosa necesidad de añadir—: Estaba soltero.

—Me parece que a ella le daba bastante igual —comentó Sigurður Óli—. ¿De qué conocía a Lína?

—Lo único que quiero decir es que ella coqueteaba con él, le gastaba bromas y cosas de esas. Þorfinnur no era muy lanzado con las mujeres. Era un poco torpe en ese aspecto, ya sabes. ¿Algo más? No quiero ser desagradable, pero lamento decirte que estoy muy ocupado.

—¿Y pasó algo entre ellos?

—No —respondió Arnar—. Al menos, que yo sepa.

—¿Y entre ella y Sverrir o Knútur?

—No sé qué quieres decir.

—Lína era así. Tú ya me entiendes.

—Pues tendrás que preguntárselo a ellos.

Antes de salir del banco, Sigurður Óli volvió a pasar por los despachos de Sverrir y Knútur, les mostró la lista con los nombres y les preguntó también si reconocían alguno. Aunque la llevaba desde el principio, había esperado para enseñársela: quería inquietarlos un poco, sorprenderlos todo lo posible, dejarlos con la duda sobre cuánto podía saber exactamente. Sin apenas mirar la lista, Sverrir se la devolvió asegurando que no conocía a nadie de aquella excursión. Knútur la revisó con algo más de atención. La presencia de Sigurður Óli le causaba más inseguridad que a sus dos compañeros, pero declaró lo mismo, que solo conocía a sus compañeros de trabajo.

—¿Estás seguro? —preguntó Sigurður Óli.

—Sí —respondió Knútur—. Del todo.

Estaba saliendo del banco cuando escuchó que alguien lo llamaba. Se dio la vuelta y vio a Steinunn, su antigua compañera de clase, que caminaba hacia él con una sonrisa. No la había vuelto a ver desde el reencuentro con los amigos del instituto. Recordaba que aquella noche le había hablado de su nuevo puesto en el banco y le había dejado claro que no era su tipo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Vas a pedir un préstamo? —preguntó Steinunn con su melena rubia, sus cejas oscuras y sus pantalones negros ajustados, más pibón que nunca.

—No, yo...

—¿Venías a ver a Guffi? —preguntó—. Está de vacaciones. Se ha ido a Florida.

—No, estaba hablando con uno de la segunda planta —explicó Sigurður Óli—. ¿Cómo te va?

—Bien. Mola trabajar aquí. Más que en el fisco. Tú estarás hasta arriba de curro habiendo dos asesinatos en la ciudad. Un poco demasiado, ¿no?

—Sí, investigo el caso de la mujer a la que agredieron.

—Qué espanto. ¿Fueron unos matones? Algo así he oído.

—Está por ver —respondió Sigurður Óli, contento de que Steinunn no pareciera al corriente de que habían interrogado a Patrekur.

—No tienen escrúpulos —comentó Steinunn—, los tíos esos.

—No.

—¿Quién me había comentado algo sobre ese tipo de gentuza? —se preguntó a sí misma en voz alta.

—¿Algún conocido te ha hablado de matones?

—Sí, era sobre alguien que cometía abusos en un colegio, ahora no me viene a la cabeza. Pero vamos, que quien fuera ya no lo hace.

—¿Quién era?

—¿El del colegio? Ni idea.

—No, el que te hizo el comentario.

—Ah, no sé dónde lo oí. Cuando me acuerde, te lo digo. Era alguien que conocemos los dos, creo, a no ser que me esté liando, o igual lo oí en Hacienda.

—Dímelo cuando te acuerdes —dijo Sigurður Óli.

—Me alegro de verte. Dale saludos a Bergþóra, ¿o lo vuestro ha terminado ya del todo?

—Hasta luego —respondió Sigurður Óli saliendo a toda prisa.

Kolfinna, la amiga y compañera de trabajo de Lína que le había facilitado a Sigurður Óli las listas de los asistentes a las excursiones al glaciar por mediación de la gestoría, se acordó al momento del agente en cuanto lo vio dirigirse hacia ella. La secretaria corría de lado a lado ultimando los preparativos de una reunión y él la perseguía literalmente por los pasillos hasta que al final consiguió detenerla un momento y darle las listas.

—¿Podrías decirme quiénes son todas estas personas? —preguntó.

—Lo siento, pero es que tengo muchísima prisa.

—¿Podrías contarme algo más sobre Lína?

—¿Estas personas tienen algo que ver con ella? —preguntó Kolfinna mientras revisaba los nombres—. Mierda, llego tarde a la reunión —dijo mirando la hora.

—No lo sé —respondió Sigurður Óli—. Yo conozco a este de aquí —dijo, y señaló el nombre de Patrekur—. Y a este —añadió, refiriéndose a Hermann—. Y sé quiénes son estos cuatro. —Le mostró los nombres de los banqueros—. A Lína y Ebeneser también los conozco, claro está. Pero quedan muchos nombres; entre ellos, tres extranjeros. Porque son extranjeros, ¿no?

—Eso parece, por los nombres. ¿O te estás preguntando si residen en Islandia?

—¿Sabes quiénes son los demás?

—Estos dos trabajan aquí, Snorri y Einar. Creo que se ocupan de este de aquí, Guðmundur, que es uno de los principales clientes, y también de este, Ísak, otro de los grandes. A los extranjeros no los conozco. Te convendría hablar con Snorri. Puede que él sepa algo.

—¿Snorri?

—Es quien está en contacto con nuestra sede central en el extranjero. Tal vez conozca a los extranjeros. Perdona, pero es que me tengo que ir. Me alegro de verte de nuevo.

Snorri no estaba menos ocupado que Kolfinna, así que Sigurður Óli tuvo que resignarse a esperar veinte minutos frente a su despacho hasta que se abrió la puerta y lo invitó a pasar. Su móvil no dejó de sonar durante toda su conversación. Respondía unas llamadas e ignoraba otras.

Sigurður Óli le explicó la situación y le dio las razones por las que necesitaba información sobre los extranjeros que habían hecho la excursión organizada por la gestoría. Omitió la agresión a Lína y la muerte de Þorfinnur, así que se limitó a decir que la policía estaba investigando la conexión entre varios individuos del sector financiero. Snorri, un hombre delgado y vivo que sin duda pasaba horas en el gimnasio, respondía con rapidez ateniéndose a lo esencial. Echó un vistazo a la lista.

—A estos dos los invitó la casa —informó Snorri señalando dos nombres extranjeros—. En realidad, somos la filial de una empresa internacional más grande, tal y como indica nuestro nombre. Estos dos son los que gestionan la relación entre

nosotros y las otras sucursales de los países nórdicos. Vienen por aquí de vez en cuando, así que decidimos invitarlos al viaje. Creo que se lo pasaron muy bien.

—¿Y este otro? —preguntó Sigurður Óli señalando un tercer nombre extranjero.

—Este no sé quién es —respondió Snorri—. Creo que debió de venir con los banqueros.

—¿Sabes algo sobre ellos?

—No. Pero tratamos mucho con el banco, por eso se apuntaron también. ¿Quieres que comprobemos quién es el que los acompañaba?

—Si no es mucha molestia... —respondió Sigurður Óli.

—Ningún problema.

Snorri abrió un motor de búsqueda en su ordenador y tecleó el nombre del extranjero. En la pantalla aparecieron una serie de resultados y abrió el primero. Lo cerró. Abrió otro. En menos de un minuto había reunido la información básica.

—Es un alto cargo de un banco de Luxemburgo —anunció Snorri—. No está en la cúspide, pero sí en buena posición. Subdirector, podríamos decir. Alain Sörensen. Sueco por parte de padre, francés por parte de madre, creció en Suecia. Nacido en 1969. Especialista en derivados financieros. Mujer y dos hijos. Estudió en Francia. Aficiones: el ciclismo y los viajes. ¿Es este tu hombre? —preguntó Snorri desviando la mirada de la pantalla.

—El nombre coincide, al menos —apuntó Sigurður Óli.

—Puedo asegurar que no tiene nada que ver con nosotros.

—Entonces ¿es probable que viajara con los empleados de banca?

—Más que probable. Son los únicos del grupo que estaban en contacto con bancos internacionales.

Sigurður Óli pensó en los tres hombres que habían mirado la lista y habían afirmado que no conocían a nadie.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Snorri—. No será materia de investigación que se junten varios empleados de banca, ¿no?

—En principio, no —respondió Sigurður Óli—. ¿Me podrías explicar lo que está sucediendo con todos esos banqueros, esos nuevos millonarios y esa avalancha de dinero?

—No es muy complicado —señaló Snorri.

—¿Es que son todos unos genios?

—Ni mucho menos. El problema es que muy pocos, casi ninguno de los que llevan a cabo esas nuevas operaciones millonarias, los «nuevos vikingos», sabe realmente de finanzas y, si te soy sincero, de algunos de ellos ni siquiera se podría decir que sean inteligentes.

—Pues reconozco estar bastante impresionado por sus logros —admitió Sigurður Óli.

—Sí, sí, han comprado grandes empresas en Dinamarca y Reino Unido y han puesto a Islandia en el mapa, como se suele decir. Los hay más listos que otros, y es

verdad que el crecimiento del sector bancario ha creado mucho empleo, sobre todo para gente como yo, y ha supuesto grandes ingresos para el país. Pero no son ningunos genios. Tan solo han descubierto que en el mundo existe una infinidad de préstamos con intereses muy bajos, préstamos a corto plazo, etcétera. Han creado un complejo entramado de activos: piden todos los préstamos que están a su alcance y luego se prestan el dinero a ellos mismos, o se lo prestan a sus empresas o a quien sea para comprar compañías, bancos y líneas aéreas pagando enormes sumas de dinero. La cosa queda siempre entre los mismos hombres.

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó Sigurður Óli.

—Desde fuera parece que están forrándose y coleccionando empresas —explicó Snorri—, pero lo único que ocurre, en realidad, es que aumenta el valor de las acciones de sus empresas, de forma que parece que obtienen beneficios. Al mismo tiempo, sus préstamos también aumentan. Hay ciertos indicios de que son ellos mismos los que hinchán de manera artificial el precio de sus acciones. Al ver cómo se disparan las cotizaciones, tanto el ciudadano de a pie y los llamados inversores profesionales como los fondos de pensiones se suben al carro y se lanzan a comprar acciones. Entonces los nuevos vikingos aprovechan el aumento para pedir más préstamos, aunque, como digo, ese crecimiento solo responde a una valoración de activos que no tiene nada que ver con la realidad. Y así sucesivamente.

—Pero ¿no hay nadie que supervise esas operaciones?

—Tienen toda la libertad del mundo para acumular bienes de manera virtual. Por poner un ejemplo, ahora se permiten registrar como activo el llamado fondo de comercio de sus empresas con la idea de obtener ingresos en el futuro. Ellos mismos deciden qué proporción representa el fondo de comercio en su colección de bienes. Se trata de una cifra totalmente ficticia, en absoluto basada en la realidad, que podría ascender a decenas de miles de millones y que permite reforzar todavía más el valor de las empresas en el mercado.

—¿Fondo de comercio? —preguntó Sigurður Óli.

—Hacen todo lo posible por dejar bonitas las cifras —explicó Snorri—. Cuando se adopta un modelo de ese tipo, no puede fallar nada. Basta con que te columpies con el pago de un préstamo para que se vaya todo al garete. Si no has oído hablar mucho de fondos de comercio, dentro de nada oirás hablar de líneas de crédito.

—Pero ¿no es precisamente vuestra responsabilidad que se hagan bien las cosas?

—Por eso mismo te lo estoy contando. En esta empresa intentamos trabajar cada vez menos para esa gente. He luchado por que así sea, y la gente ha empezado a escucharme. Queremos perder el contacto.

—¿Y el tal Alain Sörensen?

—No sé quién es —declaró Snorri—. Muchas operaciones bancarias implican, entre otras cosas, transacciones de dinero en paraísos fiscales. Pero no conozco a ese hombre.

—¿Paraísos fiscales?

—Bueno, lo digo porque reside en Luxemburgo. Y muchas de estas actividades pasan por Luxemburgo.

Por la tarde continuaron los interrogatorios de Þórarinn y Hörður. Sigurður Óli participó en el de Þórarinn junto con Finnur. Se llevó a cabo en la cárcel de Litla-Hraun, donde permanecían en prisión preventiva. Sigurður Óli había puesto al día a Finnur sobre sus indagaciones acerca de la relación entre Lína y los tres empleados de banca. Había hablado con ellos, pero no le habían servido de gran ayuda. Los dos agentes elaboraron una estrategia para interrogar a Þórarinn, que hasta entonces no se había mostrado excesivamente dispuesto a colaborar. Había llegado el momento de que tomara conciencia de su situación.

—¿Qué cansino es este tipo —dijo Finnur.

—Es insoportable —añadió Sigurður Óli.

Þórarinn no parecía muy abatido cuando lo llevaron a la sala de interrogatorios con su abogado. Les sonrió mientras tomaba asiento y comenzó a golpear el suelo rítmicamente con un pie.

—¿Qué pasa aquí con las gachas de avena? ¿Un día sí y otro también? —protestó.

—Más vale que te vayas acostumbrando —señaló Finnur.

Sigurður Óli puso la grabadora en marcha y el interrogatorio comenzó retomando las preguntas acerca de Lína y de los motivos por los que Þórarinn fue a su casa con un bate para matarla. Þórarinn se aferró a su versión sobre la deuda por compra de drogas y mantenía que nunca había albergado la intención de llegar tan lejos. Seguía hablando de autodefensa.

—Muy bien —dijo Sigurður Óli—. Pasemos a otra cosa. ¿Conoces a un empleado de banca llamado Sverrir?

—¿Quién es ese?

—¿Puedes contestar?

—No conozco a ningún Sverrir. ¿Va por ahí contando mentiras sobre mí? No lo conozco de nada.

—¿Y a un hombre llamado Arnar? Trabaja en el mismo banco.

—No sé quién es.

—Hay un tercer empleado de banca por el que te quiero preguntar. Se llama Knútur. ¿Te suena?

—No.

—¿Te suena otro hombre llamado Þorfinnur?

—No. ¿Quién es toda esa gente?

—¿Has tratado alguna vez con alguno de los hombres que acabo de mencionar?

—No.

—¿Has tenido algún tipo de interacción con ellos?

—No.

—¿Te mencionó alguno a Lína?

—Te estoy diciendo que no conozco a esos tíos.

—¿Niegas haberte relacionado con ellos?

—Sí. No los conozco de nada.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Alain Sörensen?

—¿Y ese quién cojones es?

—Muy bien —concluyó Sigurður Óli—. Eso es todo. Muchas gracias.

Estiró el brazo hacia la grabadora y la apagó.

—Te van a condenar a cadena perpetua por ser considerado el único responsable de la muerte de Lína —le informó Sigurður Óli—. Ya tienes lo que querías. Supongo que estarás contento. Enhorabuena.

—¿Cómo? ¿Ya está? —preguntó Þórarinn sorprendido—. ¿Quiénes son esos por los que me has preguntado?

—Me parece que ha quedado todo muy claro —le comentó Finnur al abogado de Þórarinn.

Ni él ni Sigurður Óli miraron al detenido. Le explicaron que, por su parte, la investigación quedaba cerrada y Þórarinn ya no era asunto de la policía. El caso se derivaría al fiscal general. A medida que Toggi escuchaba, iba asimilando que ya no le quedaban cartas por jugar.

—Suponemos que permanecerá en detención preventiva aquí, en Litla-Hraun, hasta que se pronuncie la sentencia judicial. Se lo descontarán de la condena, como es habitual —le explicó Sigurður Óli al abogado.

—Repíteme eso de la responsabilidad —dijo Þórarinn alternando la mirada entre Sigurður Óli y Finnur.

—¿Eso de la responsabilidad? —preguntó Sigurður Óli—. ¿A qué te refieres?

—Si alguien... Si otra persona... Eso que dijiste la última vez. Si uno..., si uno no era más que una herramienta, o algo así.

—¿Te refieres a lo que dije sobre la complicidad?

—Sí. ¿Qué era lo que dijiste?

—¿Estás insinuando que quieres modificar ahora tu testimonio?

Þórarinn guardó silencio.

—¿Quieres cambiar tu testimonio? —insistió Finnur.

—No está tan claro que toda la culpa sea mía —le explicó Þórarinn a Sigurður Óli—. Es lo único que quiero decir. Dijiste que no tenía por qué cargar con toda la culpa. Lo dijiste la última vez.

—¿Qué estás intentando decirnos?

—Que quizá no sea yo el único culpable.

—¿Ah, no?

—No.

—Vas a tener que concretar más —aclaró Finnur—. ¿Qué quieres decir?

El abogado de Þórarinn se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. Þórarinn asintió. El abogado añadió algo más y Þórarinn negó con la cabeza.

—Mi cliente ha expresado su interés por colaborar con la policía —anunció el

abogado una vez terminada su conversación—. Le gustaría saber si sería posible llegar a un acuerdo mediante el cual pueda obtener concesiones a cambio de facilitar información.

—No habrá concesiones por nuestra parte —aseguró Finnur—. Será la fiscalía la que decida.

—Ya nos ha hecho perder demasiado tiempo —comentó Sigurður Óli.

—Os propone colaborar —reparó el abogado.

—Aflojad un poco —dijo Þórarinn—. ¿Por qué os ponéis así?

—Venga —concedió Sigurður Óli encendiendo de nuevo la grabadora—, suéltalo todo.

Una hora después llevaron a Höddi a la sala de interrogatorios, junto con su abogado. Sigurður Óli y Finnur los recibieron. Pronto comenzó a escucharse el casi imperceptible zumbido de la grabadora. Sigurður Óli pronunció en voz alta el lugar, la fecha y las personas presentes en la sala. Höddi parecía percibir que algo había cambiado, que las cosas se le iban a complicar. Alternó la mirada entre los agentes y luego miró a su abogado, que se encogió de hombros.

Finnur se aclaró la garganta.

—Þórarinn, tu compañero y amigo, ha declarado que te estaba haciendo un favor cuando fue al domicilio de Sigurlína Þorgrímsdóttir.

—Miente —aseguró Höddi.

Finnur continuó.

—Según él, le pediste que fuera a casa de Sigurlína, o Lína, para asustarla, para causarle lesiones con el fin de transmitirle un mensaje: si no paraba, acabaría muerta. También tenía que ir a buscar unas fotografías.

—¡Eso es mentira!

—También dice que a ti te lo pidió una tercera persona, un conocido tuyo, y que te había hecho gracia que esa persona se hubiera puesto en contacto contigo para pedirte un encargo de ese estilo.

—Chorradas.

—Dice que no le pagaste por la agresión a Sigurlína porque lo considerabas un favor que te debía desde que le prendiste fuego a un jeep en el aparcamiento de un concesionario de coches en Selfoss, cuando un conocido de Toggi quiso defraudar a su compañía de seguros.

—¿Eso ha dicho? ¡Está como un cencerro!

—También ha confesado que nunca había albergado la intención de matar a Sigurlína, pero tuvo la mala suerte de darle dos golpes en lo que él llama lugares desafortunados. No había sido su intención, ni la tuya ni la de quienquiera que te hiciera el encargo. Tan solo fue un accidente por parte de Þórarinn.

Finnur hizo una breve pausa. Ni él ni Sigurður Óli estaban seguros de que

Þórarinn les hubiera dicho la verdad, pero su versión era creíble a pesar de las abundantes lagunas que presentaba su historia. Había mostrado su voluntad en ayudarles a resolver y cerrar el caso. Tal vez Höddi tuviera razón y Þórarinn les estuviera mintiendo, pero les parecía improbable.

Höddi alternó la mirada entre Finnur y Sigurður Óli. Le concedieron un tiempo para que considerara su nueva situación. Al final se inclinó hacia su abogado para hacerle una consulta. El abogado solicitó hacer una pausa para poder asesorar mejor a su cliente. Los agentes estuvieron de acuerdo y Höddi salió con él al pasillo.

—No dicen más que tonterías —oyeron decir a Höddi antes de que se cerrara la puerta. Sigurður Óli y Finnur esperaron pacientes. Al cabo de un rato, los dos hombres volvieron a entrar en la sala.

—Quiero ir a mi celda —anunció Höddi.

—¿Quién te envió a casa de Lína? —preguntó Sigurður Óli.

—Nadie —respondió Höddi.

—¿Con qué intención? —preguntó Finnur.

—Con ninguna. Nadie. Nada.

—¿Qué es lo que Lína debía dejar de hacer? —preguntó Sigurður Óli.

Höddi guardó silencio.

—¿Conoces a unos empleados de banca llamados Sverrir, Arnar y Knútur? —preguntó Finnur.

Höddi no respondió.

—¿Fue alguno de ellos quien te envió a casa de Lína para tapanle la boca?

Höddi siguió sin contestar.

—¿Qué nos dices de los nombres Patrekur y Hermann? —preguntó Finnur mirando a Sigurður Óli como si le reprochara que no hubiera preguntado por ellos.

—Quiero volver a mi celda —insistió Höddi—. No vais a conseguir que confirme las mentiras de Toggi. Me está responsabilizando de todo. ¡Tenéis que abrir los ojos! ¡¿Es que no lo entendéis?! Fue él quien mató a esa chica. Solo él. Y nadie más. No sirve de nada que me cargue a mí con las culpas. ¡De nada!

—¿Conoces a los hombres que te hemos mencionado?

—¡No! No tengo ni la menor idea de quiénes son.

—¿Qué era lo que debía dejar de hacer Lína? —preguntó Sigurður Óli.

Þórarinn no había sido muy claro al responder a aquella pregunta. Según él, Höddi había hablado vagamente al respecto porque no recordaba con exactitud lo que su cómplice le había comentado acerca de lo que Lina debía dejar de hacer. Þórarinn declaró que al pasar con el coche por delante de la casa de Lína, la vio llegar y se imaginó que estaba sola en casa. Aparcó a una distancia prudencial y pasó inmediatamente a la acción. No le dio ni un segundo para defenderse o pedir explicaciones, ni tampoco prestó especial atención a lo que ella le decía. La golpeó en un hombro con el fin de hacerle llegar su mensaje, pero ella no pareció entenderlo muy bien. Entonces quiso golpearla más fuerte en el hombro o en las costillas, pero el

bate se le escapó con demasiada fuerza contra la cabeza y se desplomó al suelo. En ese momento escuchó un ruido en la casa y se escondió a toda prisa.

—¿No serás tan zoquete que ni te acuerdas? —preguntó Sigurður Óli.

—¡Cállate! —exclamó Höddi.

—¿Dejar de hacer el qué? —preguntó Finnur—. ¿De qué tenías que disuadir a Lína?

—De nada.

—¿Quién te envió?

—Nadie.

Sigurður Óli apagó la grabadora.

—Mañana seguimos —anunció—. Más te vale que reflexiones esta noche.

—Ya puedes esperar sentado —le respondió Höddi.

La tarde estaba avanzada cuando Sigurður Óli aparcaba frente a una elegante casa unifamiliar situada en el nuevo barrio que bordeaba al lago Elliðavatn. Era un edificio blanco de forma cúbica, con el techo plano y enormes ventanales enmarcados en aluminio que permitían disfrutar al máximo de las impresionantes vistas. La casa contaba con un garaje doble adosado y frente a ella se veían dos jeeps negros aparcados. Estaba rodeada por un jardín de diseño con solárium, jacuzzi y grandes losas de piedra apoyadas sobre un lecho de cantos pulidos. Había tres grandes árboles plantados, entre ellos un falso ébano.

Sigurður Óli llamó al timbre. Junto a la entrada vio una bicicleta de niño cuyo manillar estaba decorado con cintas de colores. Unos ruedines indicaban que alguien estaba haciendo progresos aprendiendo a montar en bicicleta.

Sabía perfectamente que estaba atacando al eslabón más débil. Tenía muy clara su forma de proceder. Pensaba que merecía la pena presionarlo un poco y ver qué ocurría.

Le abrió la puerta una mujer sonriente de unos treinta años. Vestía una camiseta blanca y unos vaqueros nuevos y parecía estar atareada.

—Necesitaría hablar con Knútur —anunció Sigurður Óli con suavidad. Quería actuar con tacto. Probablemente aquella mujer iba a recordar su visita el resto de su vida.

—Pasa —le ofreció la mujer sin perder por un momento su simpatía y su sonrisa—. Está haciendo las maletas y yo estoy liada con el horno, así que tendrás que disculparme.

—Muchas gracias —respondió Sigurður Óli—. ¿Se va muy lejos?

—No, primero a Londres y luego a Luxemburgo.

—No para de trabajar —comentó Sigurður Óli.

—Siempre de viaje en viaje —dijo como si estuviera cansada del tema—. Una lata.

La mujer no le preguntó quién era ni por qué quería hablar con su marido. Se mostraba abierta y relajada, sin rastro de suspicacia. Quizá le hubiera atraído la cara aniñada de su marido, pensó Sigurður Óli. O su nombre, Knútur, que le parecía entrañable.

—Luego nos planteamos encontrarnos en Grecia y pasar unos días de vacaciones —continuó mientras entraba en la cocina—. Lo decidimos ayer. Dijo que se las tenía merecidas.

Un niño de unos cinco años apareció en la puerta de la cocina embadurnado en harina. Le dirigió a Sigurður Óli una tímida mirada llena de suspicacia y salió corriendo hacia su madre.

La mujer atravesó la cocina para ir a buscar a su marido. Cuando Knútur salió y vio que Sigurður Óli le esperaba en la entrada se puso inmediatamente a la defensiva.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en voz baja, casi susurrando.

—Debemos hacerte algunas preguntas —explicó Sigurður Óli—. No tenemos tiempo que perder. La investigación está en marcha y queremos aclarar una serie de cosas.

Usaba la primera persona del plural como si no estuviera él solo. Aunque, desde su punto de vista, en realidad no lo estaba. Había mencionado una investigación que no podía esperar, pero no había dado detalles.

—¿Qué cosas? —preguntó Knútur mientras miraba hacia la cocina sin poder disimular su inquietud.

—Sería mejor si nos pudiéramos sentar —dijo Sigurður Óli.

—¿Es importante de verdad?

—Podría serlo.

—Claro. Pasa. Mi despacho está aquí.

Sigurður Óli lo siguió por su opulento hogar: grabados en las paredes, un radiante sofá blanco y el suelo de nogal.

—¿Qué tal la orquesta de cámara? —preguntó Sigurður Óli.

—¿Cómo? ¿Qué?

—El otro día estabas encargando una orquesta de cámara cuando hablé contigo.

—Ah, sí, bien. Fue bien.

—¿Tocó aquí?

—Sí.

—¿Te vas de viaje?

—No. Bueno, sí. ¿Te lo ha dicho Maja? Tengo que irme unos días. Negocios.

—¿Y luego de vacaciones?

Knútur lo invitó al despacho.

—Queremos pasar unos días en Grecia —aclaró cerrando la puerta.

—Espero que no tenga nada que ver conmigo —dijo Sigurður Óli paseando la mirada por el despacho.

Estaba amueblado a su gusto. Sin libros. Solo unas estanterías blancas con objetos de arte y un parqué claro; una pantalla plana y un equipo de música que debían de costar más de un mes de su salario; dos pantallas de ordenador sobre un escritorio barnizado, también blanco. No vio ningún radiador en toda la casa. Tendrían suelo radiante. Él también se lo instalaría. Si estuviera forrado.

—No —dijo Knútur esbozando una sonrisa.

—¿Os acabáis de mudar aquí? —preguntó Sigurður Óli.

—Hace medio año —concretó Knútur.

—Habrá costado lo suyo. Y dos coches. A no ser que lo financies todo con un préstamo, como hace todo el mundo hoy en día.

Knútur volvió a forzar una sonrisa. No tenía ninguna intención de darle detalles sobre su situación económica.

—¿Por cuánto te valoras? —preguntó Sigurður Óli—. ¿No es eso a lo que jugáis

una vez que se ha ido la orquesta de cámara y procuráis no pasaros con el coñac?
¿Cuánto vales?

—No sé. ¿Qué...?

—¿Por cuánto te valorarías? ¿Lo sabes? ¿Exactamente?

Knútur se envalentonó.

—No sé por qué debería importarte.

—Bueno, quizá sí nos importe. A los de la policía, quiero decir.

—No veo muy bien la razón de...

—Sabemos lo de Alain Sörensen —le interrumpió.

Knútur no se inmutó.

—También sabemos lo de Luxemburgo.

Knútur seguía sin mostrar ninguna reacción. Miraba a Sigurður Óli mientras este sacaba del bolsillo de su abrigo la lista de quienes habían ido de excursión al glaciar y se la tendía.

—Hallar la conexión entre vosotros ha sido pan comido —observó.

Knútur cogió la lista.

—¿Por qué dijiste que no conocías a Sörensen?

—Porque no lo conozco —insistió Knútur sin mirar la lista.

—Iba con vosotros en aquel viaje. Me lo han confirmado.

—Eso no es verdad.

—Tengo testigos que también hicieron aquella excursión. —Sigurður Óli había llamado a Patrekur, quien le había dicho que el Sueco, como llamaban a Sörensen, y los del banco formaban claramente un grupo. Se acordaba bien de ellos. Sigurður Óli se había contentado de momento con aquella información. Se aclaró la garganta—. Afirman que Alain Sörensen iba con vosotros cuatro.

El rostro de Knútur palideció.

—Sin embargo, no identificaste su nombre en la lista, igual que tus otros compañeros. Y ahora sigues negando que lo conoces.

Knútur guardó silencio.

—¿Qué motivos podríais tener para mentir? ¿Me lo podrías explicar? Con lo fácil que es pillaros, ¿por qué habríais de mentir sobre un detalle tan insignificante como que conocéis a ese tal Sörensen?

Knútur no respondió.

—Se me ha ocurrido que a lo mejor tenéis algo que ocultar.

Sigurður Óli se acercó hacia él.

—Lo sabemos todo sobre ese hombre —le informó, aunque en realidad no sabía gran cosa, y nada de eso estaba relacionado con operaciones ilegales—. Padre de dos hijos. De padre sueco y madre francesa, se crio en Suecia y estudió en Francia. Aficionado al ciclismo y los viajes. Seguramente por eso corrió el riesgo de venir a veros. Porque le gustaba viajar.

Knútur siguió en silencio. Alzó la lista y le echó una ojeada.

—Lo hemos dispuesto todo para encontrarnos con él en Luxemburgo —añadió Sigurður Óli.

Knútur parecía estar a punto de venirse abajo. No tenía respuestas a las preguntas de Sigurður Óli.

—No es tan fácil meterse en chanchullos —advirtió Sigurður Óli—. Y evidentemente ignoramos todavía la mitad de las cosas, como...

Knútur parecía incapaz de despegar la mirada del papel.

—... como qué es lo que Lína os pudo haber hecho.

En ese momento, la mujer de Knútur abrió la puerta e interrumpió la reunión.

—¿Un cafecito?

Knútur levantó la vista de la hoja. Su mujer se dio cuenta inmediatamente de que allí ocurría algo.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

A Knútur se le empañaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó de nuevo—. ¿Qué pasa?

Caminó hacia su marido, quien contenía el llanto, y este la abrazó con fuerza, como si fuera su único salvavidas.

—¿Qué? —dijo lanzándole a Sigurður Óli una mirada inquisitiva—. ¿Qué ocurre, cariño? ¿Ha muerto alguien?

Knútur se hundió entre los brazos de su esposa, que seguía observando a Sigurður Óli con expresión de angustia y desconcierto.

—¿Qué ocurre, Knútur? ¿Quién es este hombre?

Se separó de él mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué ocurre, Knútur?

—¡Dios mío! —exclamó su marido.

—¿Qué?

—No aguanto más —respondió Knútur.

La mujer se dio la vuelta hacia Sigurður Óli.

—¿Quién eres?

Sigurður Óli miró a Knútur. Había ido con la intención de presionarlo un poco, pero no esperaba aquella reacción. Knútur se encontraba al borde de una crisis de ansiedad.

—Soy agente de policía —anunció—. Puedes acompañarlo a comisaría si quieres. Me temo que tiene que venir conmigo, y que probablemente va a pasar la noche con nosotros.

La mujer miró fijamente a Sigurður Óli como si no entendiera lo que estaba diciendo. Comprendía las palabras, pero no las podía conectar con la realidad. Era como si su significado superara su capacidad de comprensión. Sigurður Óli se percató y esperó a que Knútur le echara una mano, pero parecía incapaz de reaccionar.

—¿Qué está diciendo este hombre, Knútur? —preguntó la mujer—. Respóndeme. ¡Respóndeme, Knútur! ¡Di algo!

Su hijo apareció en la puerta del despacho, mirando a Sigurður Óli con la misma desconfianza que antes, pero nadie advirtió su presencia.

—¡Di algo! —le gritó la mujer a su marido—. ¡No te quedes ahí pasmado! ¿Es verdad eso? ¿Es verdad lo que está diciendo?

—¡Mamá! —gritó el niño desde la puerta.

La mujer no escuchó su llamada.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Knútur miró a su mujer en silencio.

—¿Qué has hecho? —insistió.

—Está intentando hablar con vosotros —señaló Sigurður Óli—. Vuestro hijo.

—Mamá —repitió el niño—. ¡Mamá!

Su madre le prestó por fin atención.

—¿Qué? ¿Qué pasa, cielo? —preguntó intentando guardar la compostura.

El niño no dejaba de mirar a Sigurður Óli con recelo. Aquel hombre le había arruinado la tarde.

—El pastel ya está listo.

Se alojaron por cuenta del banco en un hotel de lujo a pocos metros de Piccadilly. Las habitaciones eran tan espaciosas que parecían suites y contaban con un pequeño despacho y dos baños. Todo lo que consumieran en el hotel corría por cuenta del banco. Cualquier cosa que hicieran corría por cuenta del banco. También las entradas de *La ratonera*, con la que tanto tiempo llevaba soñando Sverrir, y las de otra obra del West End que protagonizaba una famosa actriz estadounidense. Le gustaba ir al teatro. Comían en restaurantes asiáticos caros, pues, según Sverrir y Arnar, la comida británica era incomedible. Mr. Chow, un restaurante chino a dos pasos de Harrods, era el favorito de ambos. A menudo comían allí cuando el banco los enviaba a Londres. Dejaban que los camareros eligieran por ellos.

Las dos reuniones a las que habían asistido, junto con un buen número de subdirectores y altos cargos de entidades financieras de todo el mundo, habían abordado los riesgos y posibles beneficios de los derivados en divisas pequeñas. También habían incluido dos charlas sobre paraísos fiscales. Sverrir y Arnar se habían interesado más por estas últimas. Los dos habían dado información sobre paraísos fiscales a los clientes del banco más acaudalados. La historia era muy sencilla y presentaba grandes ventajas: al registrar un *holding*, por ejemplo, en las Islas Vírgenes Británicas e ingresar los beneficios en sus cuentas se podía evadir el pago de impuestos en el país de origen, entre otros el impuesto sobre las ganancias de capital. Numerosos clientes del banco habían disfrutado de ese servicio.

Al finalizar la segunda charla, Alain Sörensen se acercó a ellos y los saludó con un apretón de manos. Sverrir sabía bien quién era, no solo porque lo había visto en congresos y reuniones similares, sino porque colaboraba a menudo con él en la administración de *holdings* en paraísos fiscales. Sörensen asesoraba al banco como especialista en el asunto. Sverrir se lo encontró en una de las conferencias del día anterior y se lo presentó a Arnar explicándole que trabajaba en un reputado banco de Luxemburgo y que estaba muy interesado por Islandia y su situación económica.

Alain Sörensen les preguntó si podía invitarlos a comer. Sushi.

—Por supuesto —respondió Sverrir intercambiando una mirada con Arnar—. Claro.

Tenían planeado ir a Mr. Chow, pero se contentarían también con sushi.

Primero fue con ellos a un bar de la zona, donde tomaron un gin tonic y hablaron de banalidades sin entrar en asuntos de negocios. Más tarde se acomodaron en el restaurante japonés sugerido por Sörensen sin que los islandeses exteriorizaran sus reticencias a comer pescado verdaderamente fresco en pleno centro de Londres. Los camareros saludaron a Sörensen como si fuera un viejo amigo de la casa. Después de una agradable conversación sobre Islandia en la que Sörensen, aficionado a los viajes, había expresado su deseo de visitar la isla, el banquero entró en materia: los tipos de interés nominal que se aplicaban en el país.

Estaba muy bien informado sobre el tema, y tanto a Sverrir como a Arnar les sorprendieron sus profundos conocimientos sobre la situación del mercado en Islandia y, en especial, el hecho de que supiera que los ahorradores islandeses podían beneficiarse de unos tipos de interés mucho más altos que en otros países de Europa. Las cuentas de depósito islandesas podían ofrecer intereses de hasta un diez por ciento y estaban indexadas a la inflación.

—En efecto —comentó Sverrir—. Si la inflación aumenta, los tipos de interés también lo hacen. Por eso, si el *boom* económico continúa como hasta ahora, los intereses se pondrán por las nubes.

—No entiendo cómo es posible que los bancos islandeses no hayan aprovechado esa diferencia para abrir cuentas de depósito en Europa. Pueden ofrecer unos intereses mucho mejores que ningún otro banco.

—Me parece que hay quien ya está estudiando esa posibilidad —dijo Arnar sonriendo.

A continuación, Alain Sörensen abordó el asunto por el que los había reunido: quería hacerles una oferta tentadora. El banquero tenía en sus manos cuarenta y cinco millones de euros. Les había dicho que no importaba la procedencia del dinero, que solo les interesaba que estaba depositado en Tórtola, la más grande de las Islas Vírgenes Británicas, un paraíso fiscal. Podía prestarles el dinero a través de su banco de Luxemburgo con unos intereses muy bajos y abrir una cuenta de cuya existencia solo ellos estuvieran al corriente. Podían utilizar los cuarenta y cinco millones para comprar instrumentos financieros indexados en Islandia que dieran buenos rendimientos, como bonos o letras del tesoro. Los intereses irían a parar a Sörensen y él los repartiría entre ellos. Teniendo en cuenta los altos tipos de interés del país, el rendimiento de tal suma de dinero sería sustancial. Su parte se ingresaría en un *holding* o una empresa fantasma que crearían en Tórtola.

Su explicación fue seguida de un silencio.

—¿De dónde viene ese dinero? —preguntó Sverrir.

Sörensen se limitó a sonreír.

—¿Estás hablando de dinero negro? —dijo Arnar.

—Ya os he dicho que de eso no os tenéis que preocupar —insistió Sörensen—. Yo, o más bien el banco para el que trabajo, os presto el dinero como si fuera una transacción normal y corriente, que lo es. Lo más práctico sería cambiarlo a yenes para obtener aún más beneficio.

Después de cenar y beber sake fueron al bar deportivo que había junto al restaurante de sushi. Era un miércoles por la noche y retransmitían en directo varios partidos de la Champions League. Alain Sörensen se sentó junto a ellos frente a la pantalla correspondiente al partido del Arsenal.

—Estamos hablando de mucho dinero —observó Sverrir.

—Doy por hecho que encontraréis el modo de transferirlo en unas cuentas especiales que crearéis a tal efecto —dijo Sörensen.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Arnar.

—Islandia es una opción interesante de cara al futuro —respondió Alain Sörensen—. Prevemos que los tipos de interés van a crecer todavía más y que nos reportarán generosos beneficios: las grandes obras en el interior del país, la expansión bancaria y las inversiones de riesgo con dinero prestado a bajo precio conllevarán una inflación y el consiguiente aumento de los tipos de interés. Os he hecho el cálculo basado en la situación actual, y las cifras no están nada mal. En coronas islandesas. Mi banco se encargará de crearos una serie de *holdings* y se ocupará también de su gestión.

Sacó una hoja de su bolsillo y la deslizó por encima de la mesa. Sverrir la cogió y leyó los números antes de pasársela a Arnar.

—No infringiréis ninguna ley —aclaró Sörensen—. Solo tenéis que pedirle un préstamo a mi banco, invertir en Islandia y depositar los beneficios en Tórtola. Ninguna de esas tres cosas es ilegal.

—O sea, que básicamente lo que pretendes es invertir en Islandia con un dinero que necesitas poner en circulación y que nosotros nos quedemos con los beneficios, si lo he entendido bien —dijo Sverrir.

—Eso es. La idea no consiste más que en aprovechar la diferencia entre los tipos de interés —aclaró Sörensen.

—¿Estás blanqueando dinero, entonces? —preguntó Arnar, quien apenas conocía a Sörensen y era más descarado.

El banquero de Luxemburgo alternó la mirada entre Arnar y Sverrir.

—Podéis pensároslo tranquilamente. No habría problema en que hablarais con alguien más de vuestro banco y dividierais el préstamo entre más personas para no levantar sospechas. Al fin y al cabo, se trata de una cantidad considerable para unos simples empleados de banca.

—¿Por qué necesitas un intermediario? —preguntó Sverrir—. ¿Por qué no inviertes tú mismo en Islandia con ese dinero aprovechando el valor de la corona?

—Podría hacerlo sin ningún problema, si quisiera —respondió Sörensen—. Pero, de momento, mi nivel de préstamos ha alcanzado... ¿cómo os lo diría?... el tope. No soy un gran inversor, no soy más que un banquero raso como vosotros. Por ahora. Esperemos que la cosa mejore. Me gustaría hacer más inversiones en Islandia, probablemente en el sector de las energías renovables. Tengo entendido que las energías hidráulica y geotérmica están en auge, así que ahí es donde se invertirá en el futuro. Espero que me aconsejéis cuando llegue el momento.

Alain Sörensen sonrió.

—Vamos, que te interesa sacar partido de los tipos de interés que hay en Islandia —dijo Sverrir.

—Y no solo me interesa a mí —aclaró Sörensen—. El milagro económico que está teniendo lugar en vuestro país llama la atención de inversores de todo el mundo. Vuestros «bonos glaciares» se están vendiendo muy bien.

—Los «bonos glaciares» se venden como rosquillas —dijo Arnar mientras

asentía.

Sörensen miró su reloj antes de anunciarles que, por desgracia, se tenía que ir.

—Ya me comunicaréis vuestra decisión. Y si necesitáis más de cuarenta y cinco millones, también se podría arreglar.

—Es mucho dinero —dijo Sverrir.

—Divididlo en tres o en cuatro si encontráis a más gente de confianza que quisiera unirse a vosotros. Como digo, lo más sensato sería distribuir el capital. Os garantizo unos intereses bajos y ninguna amortización durante el primer año. Luego nos repartiremos los beneficios entre nosotros.

Sverrir y Arnar habían vuelto al hotel en taxi. Sentados en el bar, habían estado hasta altas horas de la noche tomando en consideración la propuesta de Alain Sörensen. Según las previsiones del banquero, la diferencia entre los tipos de interés podía reportarles suculentos beneficios. En principio, ninguno de los dos se oponía a la idea y ambos estaban de acuerdo en que valía la pena examinarla más de cerca. El préstamo que contratarían con el banco de Sörensen sería como cualquier otro préstamo y no tenían que preocuparse por la procedencia del dinero, aunque Sörensen parecía haberla dado a entender. Sabían por experiencia que los emprendedores islandeses y los clientes de los bancos hacían uso regular de paraísos fiscales y empresas fantasma.

—¡Es el negocio del siglo! —exclamó Arnar.

—Me parece que puede salir bien —dijo Sverrir.

—Lo conoces, ¿no?

—Sí, lo conozco bastante después de todos estos años. Siempre me estaba haciendo preguntas sobre la situación en Islandia. Ya ves lo bien informado que está.

—Y que lo digas —dijo Arnar sonriendo.

Analizaron la oferta desde todos los ángulos posibles, sopesando los pros y los contras. El banco donde trabajaba Alain Sörensen era una entidad fiable y prestigiosa. Sin embargo, el origen del dinero era dudoso. Discutieron una y otra vez ambos puntos.

—¿No crees que deberíamos intentarlo? —dijo Sverrir bien entrada la noche, después de haberse quedado solos en el bar.

—Estaba pensando en Þorfinnur —dijo Arnar—. Comenzó a trabajar en el banco al mismo tiempo que yo y sé que le interesa hacer dinero.

—Sí. Además, lo de dividirlo entre varios me parece prudente. Pero no demasiados. No se puede correr la voz.

—No, claro, esto queda entre nosotros —aseguró Arnar—. Si al final nos decidimos, no se puede enterar nadie. Nadie.

—Y no porque sea algo ilegal —señaló Sverrir.

—Sino por llamar menos la atención.

—Las cifras no están nada mal —comentó Sverrir sosteniendo la hoja de Sörensen.

—Unos intereses brutales —dijo Arnar con una sonrisa—. Para los que tienen dinero.

Sentado en el despacho de Sigurður Óli, Knútur le relató cómo empezaron las negociaciones con Alain Sörensen. Finnur también estaba presente. Knútur llegó a Hverfisgata acompañado de Sigurður Óli y rechazó la oferta de contar con la presencia de un abogado. «Quizá más adelante —dijo, abatido—. Solo quiero contarlo todo tal y como ocurrió». Sigurður Óli le dio los detalles a Finnur por teléfono. El caso se remitiría al Departamento de Delitos Financieros a la mañana siguiente.

Sigurður Óli había salido del despacho de Knútur mientras este, desconsolado, trataba de explicarle a su mujer por qué un policía había acudido a su casa una tarde cualquiera de otoño. El agente les pidió que dejaran la puerta abierta. Unos diez minutos después salieron acompañados del niño. Trastornada, la mujer arremetió contra Sigurður Óli.

—¿Es que no había otra manera de hacerlo? —le espetó en tono acusador.

Se había borrado de su cara todo rastro de simpatía.

—Eso quizá se lo tendrías que preguntar a Knútur —respondió con calma.

Ahora lo tenía frente a él explicándole cómo había comenzado su colaboración con el banquero de Luxemburgo, y cómo sus compañeros, Sverrir y Arnar, habían decidido aceptar la oferta de Sörensen prácticamente la misma noche en que se la había propuesto. Ambos no eran más que unos simples empleados de banca con buenos sueldos. Como el resto de los trabajadores, tenían unas pocas acciones en el banco, pero no invertían de manera activa en bolsa. No tenían opciones sobre acciones como los altos cargos, que obtenían préstamos para efectuar las compras en los propios bancos hipotecando sus acciones para no correr ningún riesgo. Solo eran empleados normales y corrientes que prestaban servicios a los clientes del banco.

—¿Así que aprovechaste la oportunidad? —preguntó Finnur.

—Sin pensármelo dos veces —reconoció Knútur—. Aquí todo el mundo se está forrando, así que ¿por qué no lo íbamos a hacer nosotros también?

—¿Y Þorfinnur? ¿También se subió al carro?

Knútur asintió.

—Estábamos los cuatro —dijo.

—¿Nadie más?

—No.

—¿Qué le pasó a Þorfinnur?

—Eso tendrás que preguntárselo a Sverrir.

—Algo me dice que tú también lo sabes —observó Finnur.

—Solo sé que... le remordía la conciencia. Nos había dicho que no quería seguir adelante.

—Y os lo quitasteis de en medio.

—Tienes que hablar con Sverrir.

—¿Era ese el plan del que hablaba Lína?

—¿Lína?

—Sigurlína. La mujer que fue asesinada hace unos días en su casa.

—No la conozco. Ya te lo dije. No sé quién es esa Lína.

—Hizo con vosotros aquella excursión al glaciar, la misma que hizo también Alain Sörensen. Arnar se acuerda de ella. Pero tú dijiste que no te sonaba de nada.

Knútur guardó silencio.

—Sabía lo que teníais entre manos —dijo Sigurður Óli.

—Habla con Sverrir. Él lo sabe todo. Yo no hice más que poner un préstamo a mi nombre y abrir unas cuentas. Él sabe lo de Þorfinnur. Yo nunca le podría haber hecho nada malo. Nunca.

—¿Y Sverrir? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Podría haberlo silenciado?

—Tienes que hablar con él.

—¿Has oído hablar alguna vez de Þórarinn y Hörður? Uno es repartidor y el otro trabaja en un taller mecánico.

—No.

—¿Y de Toggi y Höddi?

—No. Yo no estaba tan metido. Eran Sverrir y Arnar los que se ocupaban de todo. No sé quiénes son esos hombres.

—¿Adónde te ibas de viaje?

—¿Y eso qué más da?

—Estabas haciendo la maleta.

—Querían que me fuera unos días —explicó Knútur—. Cuando comenzaste a investigar pensaron que la podría cagar y me pidieron que saliera del país.

—Y la cagaste.

—Si es que contar la verdad es cagarla.

Permanecieron en silencio un largo rato hasta que Knútur se aclaró la garganta. Sigurður Óli vio que estaba pasando un mal trago.

—Þorfinnur quiso echarse atrás cuando se enteró de dónde venía el dinero de Sörensen —declaró Knútur.

—¿El dinero?

—Sí. Al final a Alain se le escapó. Incluso fanfarroneaba un poco. No nos lo debió haber contado nunca.

—¿Y de dónde venía?

—Þorfinnur se puso hecho una furia.

—¿De dónde venía?

Knútur titubeó.

—Yo... Mejor pregúntaselo a Sverrir —contestó—. Él estaba a cargo de todo.

Por el bien de la investigación, no se consideró adecuado dejar las detenciones de Sverrir y Arnar para la mañana siguiente. Hacia medianoche, la policía acudió a sus domicilios con una orden de arresto y los trasladaron a la comisaría de Hverfisgata en calidad de sospechosos por un grave delito de blanqueo de capitales. Sigurður Óli estimaba que no pasaría mucho tiempo antes de que se añadieran cargos por los asesinatos de Sigurlína y Þorfinnur.

Sigurður Óli no estuvo presente en los arrestos. Aunque no sentía especial compasión por los presuntos criminales, ya tenía bastante con haber ido a buscar a Knútur a su casa y haber visto cómo arruinaba su vida de repente. Los interrogatorios oficiales de Sverrir y Arnar comenzarían al día siguiente. Ambos habían solicitado sendos abogados. Según los agentes que habían ido a por ellos, estaban muy tranquilos y sosegados, como si hubieran estado esperando la llegada de la policía. Sigurður Óli se imaginó que la mujer de Knútur los había llamado para dar el aviso y sabían lo que se les venía encima. Pasarían la primera noche en Hverfisgata y a la mañana siguiente los trasladarían a la prisión de Litla-Hraun, donde permanecerían en detención preventiva.

Mientras esperaba a que llegaran, se puso a leer la transcripción que el Departamento de Estupefacientes había hecho de las conversaciones telefónicas mantenidas por Höddi en las últimas semanas. Su lectura era tan irrelevante que no lograba concentrarse.

De camino a su despacho reparó en un joven delincuente que estaba esperando en el pasillo, uno de aquellos con los que solía sentarse para recordarles lo desgraciados que eran. Se acordó de Pétur, el chaval al que ya le había dado ese discurso y con quien se había encontrado después en el hospital. Le habían pagado con su misma moneda al propinarle una paliza no muy lejos de la comisaría. Sigurður Óli ignoraba si habían atrapado al agresor. O los agresores. No sabía mucho del caso: era asunto de Finnur.

Se preguntó si Finnur también se ocuparía del chico del pasillo. Trató de centrar la atención en las infumables conversaciones de Höddi, pero se dio por vencido y salió al pasillo.

—¿De qué se trata ahora, Kristófer? —preguntó sentándose al lado del muchacho.

—¿Y a ti qué más te da? —contestó Kristófer, también llamado Krissi.

Tenía veintidós años, llevaba una cicatriz en la frente y se daba un aire a Pétur, aunque Krissi estaba más entrado en carnes y tenía el cuerpo plagado de tatuajes, incluido uno que le subía por el cuello y le llegaba hasta la nuca. Era conocido por provocar peleas, o bien él solo o bien con sus amigos, a veces drogado y a veces no. Solía buscar pelea en el centro, cuando la gente volvía a casa por la mañana. No era mucho más valiente que el resto de su especie, que agredía por sorpresa a las presas más fáciles.

—¿Le has pegado a alguien? —preguntó Sigurður Óli.

—Que te den por el saco.

—Te han interrogado y estás esperando a que te suelten, ¿a que sí?

—¡Que te den por el saco!

—¿No deberías estar contento? Tenemos un sistema perfecto para la escoria como tú.

—Cojonudo.

—¿Qué ha pasado?

Krissi no respondió.

—¿A quién le has pegado?

—Me ha pegado él primero.

—Siempre con el mismo cuento —dijo Sigurður Óli.

Silencio.

—Siempre te están pegando. ¿No te parece curioso?

—¡Qué le voy a hacer!

—No, ya. No es culpa tuya.

Silencio.

—¿Es Finnur quien se ocupa de ti?

Silencio.

—En fin, no me voy a meter en medio —dijo Sigurður Óli, y se levantó.

—Eso es, no te metas —contestó Krissi.

Sigurður Óli se fue a buscar una copia del informe de la detención de Kristófer, que se llevó a cabo la noche anterior. Había agredido a un adolescente de diecinueve años en un local nocturno donde se celebraba una fiesta de estudiantes. Al joven lo habían trasladado a urgencias en estado inconsciente. Las patadas de Kristófer le causaron graves hematomas. Los testigos dieron distintas versiones de lo ocurrido. Según uno de ellos, Kristófer se había acercado al chico y le había propinado un cabezazo porque sí.

—¿Qué hago yo preocupándome por imbéciles como este? —se preguntó Sigurður Óli mientras dejaba el informe sobre la mesa.

Trató en vano de localizar a Finnur. Pensando que estaría ocupado con la detención de Sverrir y Arnar, volvió a centrarse en las transcripciones de las llamadas de Höddi, que se reducían prácticamente a breves conversaciones con su mujer en las que ella lo enviaba a la tienda o le pedía que cuidara de su madre o que acompañara a sus hijos a algún acto escolar. La mujer de Höddi no parecía ser una gran cocinera: lo mandaba continuamente a locales de comida rápida para comprar pollo, hamburguesas o pizzas al salir del trabajo. Otras llamadas eran de amigos. Con ellos hablaba del gimnasio, de las pesas que había levantado, de fútbol, de excursiones en moto de nieve y de reparaciones o recambios. Otras, en cambio, guardaban relación con el garaje. Después de haberlas revisado todas, Sigurður Óli no halló ninguna conversación con Þórarinn sobre Lína ni nada por el estilo. Supuso que a la hora de

tratar las cuestiones más serias preferiría quedar en persona en lugar de usar el teléfono.

Escuchó ruidos en el pasillo y se levantó. Los agentes llegaban con Arnar. Sigurður Óli estuvo presente mientras se tomaban los datos.

—¿Y Finnur? ¿Estaba con vosotros? —le preguntó a un policía que había participado en la detención.

—No, no lo he visto —respondió el agente—. Se habrá ido a casa, digo yo.

—Lo más seguro. No responde al teléfono.

Arnar le dirigió una mirada a Sigurður Óli. Daba la impresión de que quería decirle algo, pero luego se abstuvo y desvió la mirada hacia el suelo. Al final se armó de valor:

—¿Habéis ido también a por Sverrir? —preguntó.

Sigurður Óli asintió.

—¿Os ha ayudado Knútur?

—Mañana hablamos —le dijo Sigurður Óli—. Buenas noches.

Vio que Kristófer ya no estaba en el pasillo. Finnur entraba en su despacho y Sigurður Óli lo llamó. Finnur hizo como si no lo hubiera oído y cerró la puerta. Sigurður Óli la empujó e irrumpió con violencia en el despacho.

—¿Dónde está Kristófer? —preguntó—. ¿Lo han soltado?

—¿Te preocupa? —dijo Finnur.

—¿Dónde está?

—No lo sé, no es mi caso. Pero creo que lo han soltado, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Adónde ha ido?

—¿Que adónde ha ido? ¿Te crees que sé dónde se meten esos idiotas cuando los sacan de aquí?

Sigurður Óli salió a toda prisa al pasillo y corrió hacia el patio trasero de la comisaría. Al salir vio que sacaban a Sverrir de un coche de policía. Siguió corriendo por el patio mientras llamaba a Kristófer. Miró hacia la avenida Snorrabraut, pero decidió seguir por Sæbraut. Corrió en dirección a la Casa de los MASONES, pero no vio a Krissi por ninguna parte. Dio media vuelta, continuó su carrera hacia el mar y giró por Borgartún. Llamó varias veces a Kristófer y bajó el ritmo. Se disponía a meterse por Steintún, un pequeño callejón, cuando vio a un hombre tirado en la acera y tres individuos que se alejaban a la carrera.

Sigurður Óli se acercó rápidamente y vio que los tres hombres se subían a un vehículo que conducía una cuarta persona. El coche arrancó y se metió por Steintún. El hombre del suelo gemía de dolor con la cara ensangrentada. Era Kristófer. Estaba tumbado boca arriba con los incisivos partidos y los ojos hinchados. Sigurður Óli lo colocó de lado cuidadosamente y llamó a una ambulancia.

—¿Quiénes eran?

—No... lo sé —murmuró Kristófer.

—¿Qué ha pasado?

—Estaban... me estaban esperando... detrás de la comisaría...

Unos instantes después, Sigurður Óli irrumpía en la comisaría dirigiéndose a toda velocidad hacia el despacho de Finnur. Su compañero se disponía a salir en ese mismo momento, pero Sigurður Óli lo volvió a meter de un empujón y cerró de un portazo.

—¡Eh, ¿qué coño haces?! —exclamó Finnur acercándose hacia él como con la intención de pegarle.

—Acabo de meter a Kristófer en una ambulancia —le anunció Sigurður Óli.

—¿A Kristófer? ¿Y a mí qué me cuentas?

—¿No deberías preguntarme más bien qué ha ocurrido?

—¿De qué estás hablando?

—Pensé que ya te había advertido. Daré parte a quien corresponda si no te dejas de estupideces.

—No entiendo nada de lo que estás diciendo. ¡Largo de aquí!

—¡Estoy hablando de cómo avisas a un grupo de tíos en cuanto tipos como él ponen un pie fuera de la comisaría! ¿Crees que estás haciendo justicia así? ¿Es eso?

Finnur retrocedió unos pasos.

—No sé qué tonterías dices —respondió con menos convicción que antes.

—Yo también soy consciente de que ese tipo de agresores reciben sentencias ridículas y que normalmente se van de aquí nada más terminar el interrogatorio, pero ¿de verdad crees que esa es la solución?

Finnur guardó silencio.

—Sé que hiciste lo mismo hace tres años. Cuando lo de la chica de la calle Pósthússtræti. Y no soy el único que lo sabe. Ahora has empezado otra vez. Hay más de un compañero que no está muy contento con tus medidas.

—La gente quiere que se haga justicia —apuntó Finnur.

—No. Eres tú quien quiere que se haga justicia —puntualizó Sigurður Óli.

—Esta noche hospitalizaron a un chico en estado inconsciente después de que tu amiguito Kristófer le diera una paliza —le aclaró Finnur—. Sin motivo alguno. Solo por diversión. No sabemos si el chico se encontrará en plenas facultades cuando recobre la conciencia, pero seguro que Kristófer, tu colega, se lo estará pasando bien con sus amigos cuando llegue ese momento. En caso de que el padre del chico le interesara ajustar cuentas con Kristófer, le hice saber que lo íbamos a soltar esta misma noche y que saldría por el patio trasero de la comisaría.

—Y él ha llamado a unos cuantos para que le peguen una paliza.

—La gente está harta. Quiere justicia. A Kristófer no le ha dado ninguna pena ese chico.

—Sabes que pillas a la familia en caliente cuando en su entorno se produce una

agresión de ese tipo —le reprochó Sigurður Óli—. Quieren venganza. Quieren ver sangre. ¿Te parece bien incitarlos? ¿O es que forma parte de tu trabajo aprovecharte de ellos para calmar tu propia sed de justicia?

—La chica de la calle Pósthússtræti no había hecho nada.

—Sé que era familiar tuyo. Y eso solo empeora las cosas.

—Le dieron patadas en la cabeza. Un par de gilipollas que habían salido a pasárselo bien un sábado por la noche. No se recuperó. Les cayeron unos míseros meses en libertad condicional. Apenas tenían antecedentes, eran jóvenes y toda una serie de factores jugaban a su favor.

—Así que te preocupaste de que recibieran su merecido —señaló Sigurður Óli—. Te encargaste de que unos cuantos los siguieran al salir de comisaría y les dieran una paliza.

—Me parece que eso vale más que unos pocos meses en libertad condicional. En todo caso, sigo sin saber de qué me hablas.

—Tienes que dejar de tomarte la justicia por tu mano —le advirtió Sigurður Óli.

—Te estás equivocando, Siggi, yo no estoy haciendo nada.

—No me vengas con esas.

—¿Has visto a mi sobrina desde que salió del hospital?

—No. Pero da igual, que no se repita. Si continúas con esto, tomaré cartas en el asunto, y sé que no quieres que llegue a ese punto.

—Esos gilipollas no reciben nunca ningún castigo. Siempre están metidos en la misma mierda. ¿Qué podemos hacer?

—No sigas más con ese juego —insistió Sigurður Óli.

—En mi opinión —continuó Finnur mientras le abría la puerta a Sigurður Óli—, pienso que habría que pegarles un tiro en cuanto se los pillan.

Sverrir se levantó de un salto al ver que se abría el cerrojo de su celda y entraba Sigurður Óli, todavía acalorado después de su discusión con Finnur. La puerta se cerró detrás del agente.

—¿De dónde salía el dinero? —preguntó apoyándose en la robusta puerta de acero.

—¿El dinero?

—Sí. ¿De dónde procedía?

—No entien...

—Tu compañero Knútur nos ha puesto en situación —interrumpió Sigurður Óli. Sverrir le clavó la mirada.

—No debería hablar contigo en ausencia de mi abogado.

—Los interrogatorios comienzan mañana —anunció Sigurður Óli—, pero me apetecía empezar a oírte hablar y preguntarte por algún detalle del que hablaremos mejor más adelante. Como, por ejemplo, de dónde venía el dinero que le blanqueabais a Alain Sörensen. Según tengo entendido, se le escapó una vez en tu presencia. ¿Con quién trataba Sörensen? ¿Para quiénes ponía dinero en circulación?

—¿Sörensen? —preguntó Sverrir.

—Sí, Sörensen.

—¿Qué os ha contado Knútur?

—Todo sobre Sörensen y la forma en que lo conociste. Que te lo encontraste en Londres durante tu viaje con Arnar y que allí aceptasteis su propuesta para sacarle provecho a la diferencia de intereses. Os dio un préstamo que habéis estado usando para ganar dinero con los elevados intereses de nuestro país y luego repartiros los beneficios. Mañana por la mañana comenzaremos a revisar vuestros activos, vuestra situación financiera, vuestras compras de acciones y todas las operaciones con nombres raros que hayáis podido realizar. Tiene pinta de que van a salir a la luz cosas muy interesantes. Por ejemplo, que cada uno de vosotros tenía su propia empresa fantasma en un paraíso fiscal.

Sverrir se acomodó en su catre.

—Como te digo, se ha mostrado muy dispuesto a colaborar —prosiguió Sigurður Óli—. Ha dicho que lo queríais enviar fuera del país. Lo veis como un pringado, ¿no? Entonces ¿por qué lo quisisteis meter en el asunto?

Sverrir no respondió.

—Porfinnur lo sabía —continuó Sigurður Óli—. Sabía de dónde venía el dinero. Y no estaba nada contento con su procedencia. Ni mucho menos. Según Knútur, se puso hecho una furia.

Sin levantarse del catre, Sverrir se miraba el regazo como si le asustara la mirada acusadora de Sigurður Óli. Estaba sentado en el colchón azul de plástico donde iba a pasar toda la noche. Crujía levemente con cada movimiento.

—¿Por qué se puso hecho una furia tu amigo?

—Solicito la presencia de un abogado —declaró Sverrir—. Tengo derecho.

—¿Y por qué tuvisteis que agredir a Sigurlína? ¿Qué tenía ella que ver?

—No sé quién esa Sigurlína.

—¿Qué os había hecho? ¿La recuerdas? Hizo con vosotros aquella excursión al glaciar el año pasado. Alain Sörensen también estaba. Lína se había enterado del plan que os traíais entre manos y dijo que erais tremendamente audaces. ¿Quién se lo contó?

—No sé de qué estás hablando.

—¿Con quién de vosotros se acostó? —preguntó Sigurður Óli.

—Solicito un abogado —respondió Sverrir—. Considero que este tipo de conversaciones requieren la presencia de un abogado.

En otra celda, Arnar estaba sentado en un catre idéntico, fijado al suelo y con un colchón de plástico azul. Ni siquiera se molestó en levantarse cuando vio entrar a Sigurður Óli. Apenas alzó la vista un segundo antes de continuar con la mirada clavada en la pared de enfrente. Ya era de madrugada, pero Arnar no parecía tener sueño a pesar de su aspecto abatido y cansado.

Sigurður Óli le hizo las mismas preguntas que le acababa de hacer a Sverrir y trató de provocarle algún tipo de reacción. Le contó que Knútur había colaborado con la policía, le preguntó sobre el blanqueo del dinero de Alain Sörensen, sobre la procedencia de este, sobre Lína, el plan y las razones por las que habían considerado necesario enviarle a un matón que le causara la muerte.

Arnar pareció reanimarse al escuchar la última parte del discurso.

—¿Qué Lína es esa por la que siempre estás preguntando? —preguntó mirando a Sigurður Óli mientras se ponía de pie.

—Se llamaba Sigurlína. Fue asesinada recientemente en su casa. Dos matones con los que os habíais puesto en contacto fueron a su casa y le dieron una paliza de muerte. De hecho, solo uno se encargó de pegarle, pero ambos son igual de culpables.

—No me suena de nada. Pero si eso es verdad, entonces es que Sverrir ha perdido el juicio.

—Lína se enteró de lo que estabais tramando. Quizá lo amenazó con dar el chivatazo a los medios. En ese sentido era un poco torpe. No sabía ni chantajear a la gente. Más que nada, le hacía falta dinero. ¿Por qué no le pagasteis y ya está? ¿No habría sido más fácil? ¡Ya ganáis de sobra!

Arnar dio un paso hacia Sigurður Óli, apoyado en la puerta metálica.

—Puede que supiera de dónde salía ese dinero —insinuó Sigurður Óli.

—No conozco a ninguna Lína —insistió Arnar—. Solo he visto en las noticias que habían matado a una mujer.

—Sabía de vuestros trapicheos. Y ahora está muerta. ¿Y a Þorfinnur? ¿Qué le

ocurrió? ¿Cómo murió él?

—Yo no sé nada de esa mujer.

—¿Y de Þorfinnur? Me figuro que sí sabrás algo de él.

Arnar guardó un prolongado silencio. Se giró hacia el catre y se acomodó. Sigurður Óli esperó. Los segundos transcurrían.

—¿Fuiste tú quien tuvo la idea de quitároslo de en medio?

—No —respondió Arnar.

—¿De empujarlo por los acantilados del Abismo Negro? ¿Por eso fuisteis al oeste, a la península de Snæfellsnes?

—Yo no estaba con Sverrir y Þorfinnur. Pero, por lo que sé, Sverrir dice la verdad.

—Bien. Cambiemos de tema —dijo Sigurður Óli—. ¿De dónde venía el dinero?

—¿El dinero? —preguntó Arnar.

—El que poníais en circulación para Alain Sörensen. ¿De dónde salía? ¿Por qué se puso Þorfinnur como una furia? Sverrir se niega a abrir la boca. Knútur no quiere contárnoslo y nos dice que se lo preguntemos a Sverrir. ¿De dónde procedía el dinero?

Arnar no respondió.

—Lo averiguaremos tarde o temprano —le aseguró Sigurður Óli.

Arnar se enderezó en el catre y trató de sentarse con la espalda recta. A diferencia de Sverrir, no solicitó ningún abogado.

—Þorfinnur montó en cólera cuando se enteró y amenazó con ir directo a la policía —explicó—. Sverrir consiguió tranquilizarlo, pero por poco tiempo.

Arnar dejó escapar un profundo suspiro.

—Sörensen insistía en que no hacía falta que supiéramos de dónde venía el dinero. A Sverrir y a mí nos parecía bien. No teníamos ningún problema. Pero, con el tiempo, Þorfinnur comenzó a hacer preguntas. Tenía mala conciencia. Creo que en realidad solo quería echarse atrás y necesitaba una excusa. Le preocupaba que pudiéramos estar sacando beneficio de la droga, cosa que no quería en absoluto. Cuando nos enteramos de su procedencia, dijo que le parecía diez veces peor.

—¿Y amenazó con irse de la lengua?

Arnar bajó la mirada.

—Quería salirse del juego, y a Sverrir le parecía que había empezado a hablar de forma imprudente. Yo no hice preguntas al respecto. Sverrir dijo que teníamos que actuar. Que conste que solo me lo dijo a mí. No a Knútur. Metimos a Þorfinnur porque debíamos dividir el préstamo. Era una suma demasiado alta. Þorfinnur era un poco como Knútur. Un poco infantil, pero le gustaba el dinero. Quería ganar más. Todo el mundo quiere ganar más.

—¿Es esa la explicación? ¿La codicia?

—Aprovechamos la oportunidad cuando se nos presentó. Veíamos lo que hacía la gente a nuestro alrededor y supongo que no queríamos ser menos.

Arnar levantó la vista.

—Sverrir no me dio detalles de lo que ocurrió en el viaje. Eso tendrás que preguntárselo a él. Yo tengo mis propias sospechas. Y vosotros también, claro, ahora que todo esto nos está explotando en las narices.

—¿Por qué fueron a los acantilados del Abismo Negro? ¿Porque Sverrir se movía bien por esa zona?

—Él se lo tomaba como una gracia. Lo que había vaticinado Sörensen se ha cumplido: la expansión económica es cada vez mayor. El Banco Central ha aumentado los tipos de interés en casi un cincuenta por ciento desde el año pasado.

—Un momento, ¿de qué gracia hablas?

—Ya sabes que al Banco Central se lo llama también así. El Abismo Negro. A Sverrir le hacía gracia. Dijo que nos quería enseñar el verdadero Abismo Negro. Yo ni siquiera sabía que existiera un lugar con ese nombre.

—¿Y no sabes nada que guarde relación con Lína?

—No.

—¿Nunca os dio a entender que sabía cosas acerca de vosotros? ¿Os amenazó de alguna manera?

—No. No la conozco.

—¿No la recuerdas de la excursión al glaciar que hicisteis con Alain Sörensen?

Arnar reflexionó unos segundos.

—¿La que organizaba el viaje?

—Esa.

—Tengo un ligero recuerdo. Me suena que Knútur tenía interés en ella.

—¿Knútur?

—Puede, pero no estoy seguro.

—¿Knútur se acostó con Lína?

Arnar no respondió. Al ver que algo parecía estar pasándole por la cabeza, Sigurður Óli esperó paciente.

—Pornografía infantil —dijo finalmente.

—¿Qué?

—De ahí venía el dinero que le blanqueábamos a Alain Sörensen. El dinero negro. Una parte procedía también del narcotráfico, otra de pornografía normal y el resto... de pornografía infantil.

—¿Pornografía infantil?

Arnar asintió.

—Le estábamos blanqueando dinero a un círculo de gente metida en pornografía, incluidas personas que producían pornografía infantil. Þorfinnur... no podía vivir con ello.

Unos minutos después, Sigurður Óli solicitó que llevaran a Knútur a su despacho. Quería preguntarle acerca de Lína antes de irse a casa a dormir. El día había sido largo. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte. Finnur ya se había marchado. Sigurður Óli no tenía muy claro si su compañero le habría hecho algún caso.

La puerta se abrió e hicieron entrar a Knútur. Se sentó frente al escritorio. En su rostro infantil se leían la angustia y la preocupación. Seguramente le esperaba una noche en vela pensando en su mujer y su hijo. O en el trágico destino de Þorfinnur. O quizás en el origen del dinero con el que él y sus amigos se habían enriquecido.

—Sabías de dónde procedía el dinero de Alan Sörensen, ¿no es así? —preguntó Sigurður Óli.

—No voy a declarar nada hasta que no hable con un abogado —anunció Knútur—. He cambiado de opinión. Quiero que me proporcionen un abogado. Sé que tengo derecho. Y ahora me gustaría regresar a mi celda.

—Y a mí me gustaría irme a casa —contestó Sigurður Óli—. Así que será mejor que no perdamos el tiempo. Hay un asunto que querría tocar contigo. No nos va a llevar mucho tiempo. Por lo visto, conoces a Lína mejor de lo que has querido admitir. Me refiero a la mujer a la que agredieron en su casa.

Knútur no respondió. Sigurður Óli había seguido revisando las conversaciones de Höddi interceptadas por el Departamento de Estupefacientes mientras esperaba la llegada de Knútur y las hojas reposaban frente a él sobre el escritorio.

—Estuviste flirteando con ella durante la excursión que hiciste con tus compañeros junto a vuestro amigo Sörensen.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Eso ahora no importa. El caso es que habías declarado que no la conocías de nada. Hasta este momento has estado diciendo la verdad, o al menos eso creo. ¿Por qué tendrías que mentir justo al hablar de ella? ¿Me lo podrías explicar?

Sigurður Óli jugueteó con las hojas y las llevó hacia sí para aparentar que tenía la mente ocupada en otra cosa y que le estaba preguntando por un detalle sin importancia. Revisó las transcripciones, leyó un par de palabras y pasó las hojas. Knútur lo observaba en silencio.

—Supongo que por tu mujer, ¿no? —preguntó Sigurður Óli—. ¿No es ese el motivo? Lo entiendo perfectamente.

—Quiero un abogado —se limitó a decir Knútur.

—Tienes que saber una cosa acerca de Lína —comentó Sigurður Óli—. En efecto, era una mujer muy divertida, simpática y llena de vida, pero tenía un interés especial por los hombres casados. Todavía no he examinado ese aspecto en profundidad, pero me parece que le daban más morbo. La relación con su marido era un tanto especial. Se permitían tener relaciones sexuales con otras personas. No todo el mundo plantea las cosas de esa manera, pero ellos sí. No sé si te lo contó.

Knútur guardó silencio.

—Te voy a decir lo que creo, y corrígeme si digo alguna tontería. Te acostaste con ella. Quizá cuando ya habías vuelto a Reikiavik. Puede que os acostarais varias veces o solamente una. Podría darse el caso de que te hubiera amenazado, que tuviera fotos vuestras y quisiera enviárselas a tu mujer. En ese sentido, no tenía escrúpulos. No era de fiar. Un día, estando con ella en la cama, le habías contado que...

—Eso no es verdad —dijo Knútur.

—... que tú y tus compañeros os traíais entre manos un divertido plan que os iba a hacer inmensamente ricos. No se lo contaste todo, pero sí lo suficiente como para que ella le contara a su marido que teníais una especie de plan y que erais tremendamente audaces.

—Eso... eso no es verdad.

—Querías hacerte el chulito delante de ella.

—No.

—¿Hizo fotos durante alguno de vuestros encuentros?

—No.

—¿Reconoces entonces que estuviste con ella alguna vez?

—No hizo ninguna foto —aclaró Knútur irritado. Era la primera vez que Sigurður Óli lo veía alterarse—. Ni tampoco me amenazó con contárselo a mi mujer. Nos vimos dos veces. Las dos en Reikiavik y...

Knútur guardó silencio.

—¿Se va a saber oficialmente?

—Limitate a contarme lo que pasó.

—No quiero que mi mujer se entere.

—Me hago cargo.

—No fue más que eso —dijo Knútur—. Nunca lo había hecho antes. Lo de ser infiel. Yo... No sé, era muy lanzada.

—¿Y le contaste toda la historia?

—Quería saber a qué me dedicaba exactamente. Creo que le interesaba más que trabajara en un banco que el hecho de que estuviera casado. Nunca hablamos de ese tema.

—¿Pero del banco sí? Y tú querías darte aires de importancia, claro.

—Le dije...

Knútur titubeó.

—No sé si realmente quería darme aires de importancia. Era muy curiosa y me preguntaba por maneras de pagar menos impuestos y esas cosas. Le interesaba el asunto de los paraísos fiscales y puede que le hablara de unos conocidos míos que estaban elaborando un plan maestro para ganar una fortuna. Pero no mencioné a nadie. Le puse todo tipo de ejemplos. Pero... puede que le diera a entender que yo también formaba parte de ese plan.

—¿E insistes en que no tratabas de hacerte el interesante?

Knútur guardó silencio.

—¿Se lo contaste a alguno de tus amigos, Arnar, Sverrir y Torfinnur?

—No.

—¿Estás seguro?

—No le conté nada a nadie.

—¿Trató Lína de sacarte dinero?

—No.

—¿Enviaste a algún hombre a su casa para que mantuviera la boca cerrada?

—No. ¿Cómo que para que mantuviera la boca cerrada? Yo... no tenía ninguna razón para hacerlo. Además, no conozco a nadie que haga ese tipo de encargos.

—Tu mujer no podía enterarse bajo ningún concepto.

—No, pero nunca le habría hecho algo a Lína.

—¿Conoces a Þórarinn y Hörður?

—No.

—¿Los enviaste a casa de Lína para hacerla callar?

—No.

—¿Trató de hacerte chantaje cuando se enteró de vuestros trapicheos?

—No. Ella no sabía nada. No le conté nada.

—Creo que estás mintiendo —señaló Sigurður Óli mientras se levantaba—. Ya hablaremos mañana con más detalle.

—No estoy mintiendo —aseguró Knútur.

—Eso está por ver.

Knútur se levantó.

—No estoy mintiendo.

—¿Sabías de dónde procedía el dinero de Alain Sörensen?

—No. Al principio, no.

—¿Y luego?

Knútur guardó silencio.

—¿Fue esa la razón por la que Þorfinnur perdió la vida? —preguntó Sigurður Óli.

—Quiero hablar con un abogado —reiteró Knútur.

—¿No es verdad que fuisteis a la península de Snæfellsnes para tratar de que Þorfinnur volviera a entrar en el juego?

—Exijo que se me proporcione un abogado.

—Supongo que será lo mejor —confirmó Sigurður Óli antes de llevarlo de nuevo a la celda.

Poco después volvió a su despacho para buscar las llaves del coche. Se sentó en su silla y reflexionó sobre las conversaciones que acababa de mantener con los tres hombres. Parecían dispuestos a colaborar. Sverrir era el más difícil, tal vez porque cargaba con casi toda la responsabilidad. Disponía de toda la noche para plantearse su

estrategia.

Sigurður Óli hojeó de nuevo las transcripciones de las llamadas de Höddi. No había encontrado todavía el momento de leerlas con atención, y realmente no sabía si a esas alturas podían tener ya alguna relevancia. Se fijó en que Höddi hablaba con alguien que ya lo había contactado antes y que había ido a su garaje. La fecha de la conversación era reciente.

SE: ¿Me lo vas a hacer?

HV: Sin problema, querida.

SE: Te daré esas cincuenta mil.

HV: Hecho.

SE: Vale, hasta luego.

HV: Hasta luego.

Sigurður Óli miró detenidamente la hoja impresa. «SE: ¿Me lo vas a hacer?». La policía sabía quiénes habían llamado a Höddi. Las transcripciones venían acompañadas del nombre completo de las personas con quienes había hablado. Buscó entre los nombres y comprobó que sus sospechas eran ciertas. De pronto lo invadió una extraña sensación de entumecimiento. Los velos que lo habían cegado se fueron retirando uno a uno. Le debía una disculpa a Knútur por las acusaciones que le acababa de hacer. También tendría que pedirle disculpas a Finnur porque había tenido razón desde el principio. Sigurður Óli había metido la pata hasta el fondo en aquella investigación.

—¿En qué estabas pensando? —susurró Sigurður Óli mientras dejaba lentamente la hoja sobre la mesa.

Esa misma noche condujo hasta la cárcel de Litla-Hraun con la intención expresa de hacerle a Höddi una única pregunta. Sabía que no iba a pegar ojo, y le daba miedo lo que le depararía el día siguiente. Le angustiaba corroborar lo que ya era inevitable, pero prefería hacerse cargo en persona antes que dejar que lo hiciera otro. Después se retiraría del caso. Sigurður Óli sabía que había estado cegado, y sabía perfectamente por qué. Se había considerado lo bastante fuerte, lo bastante justo y lo bastante buen policía como para que no le influyera quién pudiera estar implicado.

Pero acababa de descubrirse que no era ninguna de esas tres cosas.

Convenció a un vigilante nocturno al que conocía para que despertara a Höddi y lo acompañara a la sala de interrogatorios. Al principio el vigilante se mostró reticente, pero accedió al ruego de Sigurður Óli cuando este mencionó que era un asunto de capital importancia para la investigación.

Solo había dos personas en la sala. No se trataba de un interrogatorio formal.

—¿Estás mal de la cabeza o qué? —dijo Höddi irritado.

El vigilante se lo encontró durmiendo como un tronco cuando fue a despertarlo.

—Solo una pregunta —dijo Sigurður Óli.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Höddi—. ¿Qué cojones haces despertándome a las tantas de la noche?

—¿De qué conoces a Súsanna Einarsdóttir?

Había cogido prestado el coche de su madre para ir a buscarla. Tenían pensado ir al cine.

—¿Adónde vas? —le preguntó Gagga, como cada vez que su hijo le pedía el coche. Su confianza en él era limitada a pesar de que no había tenido ningún accidente. Pero, al fin y al cabo, solo hacía un año que se había sacado el carnet.

—Al cine —respondió.

—¿Solo?

—Con Patrekur —mintió. No quería darle más explicaciones a su madre. Ya se las daría más tarde. Tal vez. Si todo salía bien.

—¿Has estudiado?

—¡Sí!

Había visto en la cartelera la película estadounidense que la chica le había mencionado. La proyectaban en Laugarásbío e iba que ni pintada con la ocasión. La describían como comedia romántica. Algo ligero para olvidarse del estrés. Esperaba que no fuera un bodrio.

La había conocido en un baile del instituto. No solía perderse ese tipo de actos, sobre todo si Patrekur asistía también. Patrekur se había enterado de que había una pequeña fiesta antes del baile y se había agenciado un litro de vodka que su primo había pasado de contrabando en un barco de carga.

En la fiesta bebió demasiado y, al llegar al baile, el calor, el ruido y la muchedumbre lo dejaron aturdido. El alcohol se le había subido a la cabeza y estaba mareado. Preso del sudor y las náuseas, se sentó en una silla. Entonces ella se acercó para ayudarlo y le preguntó si se encontraba bien. Él farfulló algo. Sabía que era una chica del instituto, aunque nunca había hablado con ella y no la conocía.

Le ayudó a salir al vestíbulo y le hizo entrar en el aseo de caballeros, donde vomitó sin cesar. Los encargados de seguridad lo agarraron y lo echaron a la calle. Había vuelto a casa tambaleándose y su madre lo recibió haciendo gala de una comprensión inusitada.

—No deberías beber, cariño —escuchaba decir a su madre entre la niebla del alcohol—. Tu cuerpo no lo tolera.

Unos días después, se encontró en el pasillo del instituto a la chica que le había ayudado. Se acordaba bien de aquella muchacha tan simpática, y ella tampoco se había olvidado de él.

—¿Ya recuperado? —le preguntó.

—La verdad es que sí —respondió titubeando—. Normalmente no voy así de...

Había querido decir «borracho», pero no le parecía una palabra elegante. Se avergonzaba de aquella noche.

—Estoy segura de que no —dijo ella antes de meterse en un aula.

Durante los días siguientes la observó de lejos, y una semana después se sentó a

su lado en el comedor del instituto, donde ella estaba comiéndose el almuerzo mientras hojeaba un periódico que alguien había dejado allí. La siguió con la mirada durante un rato antes de decidirse a actuar. «No se pierde nada por intentarlo», se dijo.

—¿Algo en las noticias? —le preguntó.

—Es un periódico viejo —respondió levantando la vista del diario.

—Ah, vale —dijo él—. ¿Estás en tu hora de descanso?

—No. Me estoy saltando la clase: no aguanto al profe. Y él me tiene manía, así que estamos empatados.

—¿Es...?

—Se hace el chulito con las chicas. ¿Tú no eres el del periódico liberal?

—¿*Milton*? Sí.

—No eres muy popular en el instituto, que digamos.

—Esto es un nido de comunistas.

Tras aquella conversación se habían ido encontrando y hablando de vez en cuando. Unos días después, ella se le acercó mientras buscaba su anorak en los percheros de la entrada.

—¿Haces algo mañana por la noche? —preguntó sin rodeos—. ¿Te apetece ir al cine?

—¿Qué? Sí... No... Esto... Sí.

—¿Tienes coche?

Se lo pensó unos segundos. Le costaría una pequeña negociación con Gagga, pero merecía la pena.

—Sí, te puedo pasar a buscar —le propuso.

Por la tarde aparcó frente a su casa y esperó a que saliera. Era su primera cita y le daba vergüenza llamar a la puerta para preguntar por ella. Y tampoco quería usar el claxon porque podía interpretarse como un gesto grosero. Así que se contentó con esperar en silencio. Pasaron los minutos hasta que la puerta se abrió y ella salió corriendo hacia el coche.

—¿Llevas mucho rato esperando? —preguntó mientras se sentaba en el asiento del pasajero.

—No.

—Pensaba que pitarías.

—Acabo de llegar.

—¿Vamos tarde?

—Qué va.

La película había sido decepcionante, y una vez de vuelta en el coche apenas habían podido comentar gran cosa. Habían decidido ir al centro para dar una vuelta y quizá comerse un helado. Las tiendas todavía estaban abiertas. Intercambiaron impresiones sobre la actriz protagonista, que a ella le había puesto nerviosa, y él añadió que la película no había sido tenido mucha gracia. Se compraron un helado,

que había pagado él, igual que el cine y las palomitas. Después la llevó a su casa. Era entre semana y no había mucho tráfico, así que llegaron en un abrir y cerrar de ojos.

—Muchísimas gracias por todo —le había dicho ella terminándose el helado.

—Gracias a ti.

Ella se le había acercado y, al darse cuenta de que lo quería besar, él había estirado el cuello. Sus labios estaban fríos después del helado y su lengua refrescante tenía un ligero sabor dulce.

Durante los días siguientes había sido incapaz de quitársela de la cabeza. Deseaba encontrarse con ella, pero no la veía por los pasillos del instituto. No había prestado del todo atención, pero recordaba vagamente que le había mencionado un viaje con sus padres. Tal vez fuera esa la explicación. Trató de llamarla, pero no respondió. Fue en coche a su casa en dos ocasiones y vio las luces apagadas. Nunca se había sentido así de raro, inquieto e impaciente. Nunca había sentido un anhelo así.

Había quedado con Patrekur en un concurrido bar del centro. El local estaba a rebosar y el ruido era casi insoportable. Patrekur le contó que había conocido a una chica fantástica que iba con ellos al instituto. Gritó su nombre para que acudiera y conociera a su amigo. Entonces ella emergió entre la muchedumbre.

Era Súsanna.

La chica en la que no había dejado de pensar desde aquella gran noche.

—¡Hola! —gritó para que se la pudiera oír—. ¿Os conocéis? —preguntó sorprendida.

—Sí —respondió Patrekur—. ¿Conoces a Siggi?

Sigurður Óli alternaba la mirada entre ellos, desconcertado.

—Fuimos al cine el otro día —gritó ella—. Vimos una película que fue lo peor —añadió riéndose—. ¡¿A que sí?!

—¿Eres...? ¿Sois...?

Sigurður Óli no había encontrado las palabras para expresar lo que quería decir. El ruido había engullido su susurro y, para cuando quiso darse cuenta, la pareja había desaparecido entre la masa de gente.

Se imaginó que sus hijos estarían en el colegio y que estaría sola en casa poco antes del mediodía. No la había avisado de su llegada, pero había llamado a su lugar de trabajo y le habían informado de que Súsanna llevaba unos días sin acudir porque estaba enferma. Había contemplado la idea de llamar a Patrekur para contar también con él, pero al final se abstuvo de hacerlo. El asunto solo concernía a su mujer, y no consideró necesario mezclar a Patrekur antes de hablar con ella. También había pensado en enviar a otra persona a su casa, pero prefirió hacerlo él mismo. Otros se ocuparían del caso una vez en Hverfisgata.

Aparcó frente a la casa de su amigo a la hora acordada. Patrekur y Súsanna vivían en una bonita vivienda unifamiliar en el barrio de Grafarholt que pagaban mediante una enorme hipoteca, parcialmente en divisa extranjera. Según Patrekur, la podían pagar sin problema a pesar de que la letra mensual superaba las cien mil coronas. Sigurður Óli sabía que sus dos coches también estaban financiados con préstamos.

Al abrirle la puerta, Súsanna no pareció particularmente sorprendida de su visita. Vestida con unos vaqueros y una bonita camisa azul celeste, esbozó una sonrisa fugaz que reflejaba cierta incomodidad. Súsanna siempre le había caído bien; le parecía divertida, sensata, equilibrada y una buena pareja para Patrekur. La veía tan joven como siempre, con la misma espesa cabellera rubia, sus ojos oscuros, y su aire decidido y directo. Por lo que tenía entendido, su matrimonio había funcionado bien durante todos aquellos años. Al menos, eso era lo que Patrekur había dado a entender hasta que admitió haberse acostado con Lína.

—Seguramente ya sabrás por qué he venido —le anunció mientras lo invitaba a pasar.

Le dio un beso en la mejilla, como cada vez que la veía.

—¿Has hablado ya con Patrekur? —preguntó ella.

—No.

—Pensé que igual venía contigo —dijo Súsanna.

—¿Lo habrías preferido? —preguntó Sigurður Óli.

—No, probablemente no.

—¿Nos podemos sentar?

—Claro, pasa.

Se sentaron en el salón, que tenía vistas al oeste de Reikiavik. Sigurður Óli no había dormido en toda la noche.

—He interrogado a un hombre llamado Hörður y ha declarado que te conoce desde el colegio —explicó—. Lo llaman Höddi. Ahora se encuentra en detención preventiva en Litla-Hraun, acusado de complicidad en el asesinato de una mujer llamada Lína.

—Lo conozco —afirmó Súsanna.

—Me ha contado que siempre os habéis llevado bien. No me ha dado detalles de

vuestros tiempos en el colegio, pero me ha dicho que cada vez que os juntáis los de clase, o los de la promoción, os lo pasáis muy bien.

—Así es —confirmó Súsanna.

—Me ha dicho que una vez le pediste un favor. Relacionado con la hija de una amiga tuya.

—Quizá sea mejor que Patrekur esté aquí también —planteó Súsanna.

—Por supuesto —accedió Sigurður Óli—. Podemos llamarlo. No tengo prisa. No hace falta que nos precipitemos.

—Pensarás que yo...

—No pienso nada, Súsanna.

Su amiga lo miró fijamente.

—Fue hace tres años —dijo por fin—. Mi amiga tenía problemas. En el instituto había una pandilla de chavales que no dejaban de amenazar a su hija y de pedirle dinero. La chica les tenía tanto miedo que quería dejar el instituto. Le pregunté a Höddi si podía hacer algo. Sabía que hacía... encargos de ese tipo. Sabía que a veces recaudaba deudas por encargo. Se ocupó del asunto, y a partir de entonces dejaron en paz a la chica. Mi amiga estuvo muy agradecida. Nunca le pregunté a Höddi lo que había hecho.

—Vamos, que te echó un cable —resumió Sigurður Óli.

—Sí. O a mi amiga, más bien.

—¿Lo has vuelto a ver desde entonces? ¿Has sabido algo más de él?

Súsanna titubeó.

—¿Le has pedido algún otro favor?

Súsanna no respondió.

—Vengo de hablar con él —continuó Sigurður Óli—. Te manda saludos y me pide que te diga que ha intentado mantener la boca cerrada todo el tiempo que ha podido. Me ha informado de que contactaste con él.

—Debes de estar pensando que soy una enferma mental —dijo Súsanna tras un prolongado silencio.

—Lo que pienso es que has cometido un error —corrigió Sigurður Óli—. ¿Contactaste con él?

—Sí —admitió Súsanna—. Cuando esos dos empezaron a amenazar a mi hermana, se me ocurrió que quizá Höddi podía hablar con ellos.

—¿Y agredir a Lína?

—No, solo hablar con ella.

—¿Sabías que le iba a dar una paliza?

—No.

—¿No es lo que le pediste que hiciera?

Inquieta, Súsanna no podía dejar de moverse. Se levantó, caminó hacia el ventanal y observó la ciudad sin disfrutar realmente de la vista. Se secó los ojos con la manga de la camisa.

—¿Le pediste que agrediera a Lína?

—Le pedí que nos librara de ellos. No entré en detalles. Estaba presionando a mi hermana. Se había acostado con Patrekur. Pensé que me lo quería arrebatarse. Quería quitármelos de en medio.

—Súsanna, las prácticas sexuales de tu hermana se prestan a conocer a personas como Lína. Fue Patrekur el que sucumbió a sus encantos. No la puedes culpar a ella.

—No debería haber muerto —aclaró Súsanna con los ojos empañados en lágrimas.

Sigurður Óli se dio cuenta de que su amiga luchaba en vano por no venirse abajo.

—No fue eso lo que le pedí. Estaba... estaba muy enfadada. Con Patrekur, por supuesto, pero también con ella. Estaba destruyendo nuestra relación. Quería subir esas fotos a Internet.

—¿Fue tu hermana quien tuvo la idea? —le preguntó Sigurður Óli.

Súsanna respiró hondo. Tenía que reprimir el llanto.

—¿Estás tratando de defenderla? —preguntó Sigurður Óli.

—Había oído hablar de Höddi. Sabía lo que había hecho por mi amiga. Me preguntó si podía contactar con él. Pedirle que fuera a por las fotos. Ella no lo podía hacer. Höddi siempre se había portado bien conmigo y con los de clase. Yo trataba de hacer caso omiso a lo que hacía o lo que se decía que hacía. No me apetecía saberlo.

—¿Así que ella está metida en esto contigo?

—Sí.

—El hombre a quien envió Höddi ha declarado que le dieron un mensaje no muy bien definido sobre recuperar las fotos y pegarle a Lína para darle una lección. La golpeó demasiado fuerte. ¿Crees que Höddi pudo haberle dado órdenes equivocadas?

—No lo sé. Nunca debí haber hablado con él. No te puedes hacer una idea de lo mal que me he sentido.

—No, probablemente no.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Qué puedo hacer? Todo ha terminado. Mi vida se ha ido a la ruina. Y la de mi hermana. ¿Y ahora qué vamos a hacer? Tienes que ayudarnos. ¿Qué podemos hacer? ¡Todo por culpa de esa gentuza!

Sigurður Óli permaneció en silencio. Siempre había lamentado que no hubiera surgido nada entre los dos, y nunca había hablado de ello ni con la propia Súsanna ni con su amigo. Solo una vez, unas semanas después de que Patrekur y ella hubieran empezado a salir juntos, habían hablado de aquella tarde en que habían ido juntos al cine. Estaban en una fiesta que Patrekur había organizado en su casa. Súsanna se acercó hasta él y le dijo que no sabía que Patrekur y él eran amigos. «No importa», dijo él. «¿Todo bien entre vosotros?», le preguntó ella. Él había asentido. «No te preocupes», la tranquilizó él.

—No puedo darte ningún consejo, Súsanna —reconoció Sigurður Óli—. Salvo lo más obvio: no tergiverses la realidad haciéndola sonar más bonita, ni por ti ni por Patrekur ni por Höddi ni por Lína. Así ocurrió, así son las cosas y así serán. Para

siempre. Cuando antes lo asumas, mejor.

—Fue un accidente. No debería haber muerto. No debió haber muerto.

Permanecieron en silencio un largo rato. Súsanna se asomó a la ventana. La vista sobre Reikiavik alcanzaba hasta el mar.

—Tenías tus razones —dijo Sigurður Óli.

—Que a ti te parecerán ridículas.

—Unas son más comprensibles que otras. El otro día recibí un fragmento de una película grabada hace unas décadas en el que aparecía un niño de unos diez o doce años que ha llevado una vida lamentable. El fragmento tan solo dura doce segundos, pero no hacen falta más. Resume toda su vida, refleja las desatenciones y la violencia de las que ha sido víctima. Probablemente eso explique la vida que ha tenido y en lo que se ha convertido hoy después de todos estos años.

Sigurður Óli se levantó.

—Nunca he llevado bien el victimismo, pero es difícil que no te afecte una historia tan desoladora. Entendería perfectamente que se quisiera vengar.

—¿Pero no que me vengara yo? —preguntó Súsanna.

En ese momento Patrekur entró por la puerta. Había reconocido el coche de Sigurður Óli en la entrada y no podía disimular su inquietud.

—¿Qué sucede? —preguntó alternando la mirada entre su mujer y su amigo. Al darse cuenta de que ocurría algo, se acercó a Súsanna para abrazarla, pero ella no se dejó y retrocedió levantando las palmas de las manos, como si no quisiera que la tocara.

—¿Qué? —preguntó Patrekur.

Miró a su mujer con gesto dubitativo y luego a Sigurður Óli.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Patrekur.

—¿Súsanna? —dijo Sigurður Óli.

Ella rompió a llorar.

—Súsanna conoce a...

—Ya lo hago yo, déjame a mí —lo interrumpió Súsanna.

—Claro. Espero fuera.

Al cabo de más de una hora los acompañó a la comisaría de Hverfisgata. A Patrekur no lo dejaron pasar y se despidieron en la puerta. Aún no había asimilado los acontecimientos, y se resistía a tener que separarse de su mujer.

Sigurður Óli habló con Finnur, le explicó la situación y se retiró de la investigación. Le agradeció a su compañero que se ahorrara las indirectas. Se enteró de que habían detenido a Alain Sörensen en Luxemburgo por presunto blanqueo de capitales y que los tres empleados de banca figuraban como testigos fundamentales en el proceso.

Debido a la relación existente entre ambos casos, Sigurður Óli también se retiró

de la investigación de la muerte de Þorfinnur. Aun así, antes de marcharse a casa decidió hablar una vez más con Sverrir, quien esperaba su traslado en detención preventiva desde su celda de Hverfisgata a la cárcel de Litla-Hraun.

—¿Por qué hicisteis ese viaje a la península de Snæfellsnes? —preguntó después de que la puerta de acero se cerrara a sus espaldas.

Sverrir estaba sentado en el colchón azul de su catre. Apenas había dormido. Por la mañana había hablado con un abogado. Los interrogatorios comenzarían por la tarde y tendrían lugar en Litla-Hraun.

—¿Fue sencillamente para libraros de Þorfinnur?

Sverrir guardó silencio. Apoyaba la espalda en la pared con la cabeza agachada. Ni siquiera la había levantado al entrar Sigurður Óli.

—¿O para que volviera a entrar en vuestro juego?

Sverrir no respondió.

—Þorfinnur había descubierto de dónde procedía el dinero que le blanqueabais a Alain Sörensen. Se puso hecho una furia. No quería estar implicado en círculos de pornografía, y mucho menos de pornografía infantil. A ti eso te daba igual. Arnar y Knútur no parecían pronunciarse al respecto. Pero Þorfinnur quería cortar por lo sano. Y no solo eso: quería informar a las autoridades de lo que estaba ocurriendo, contar lo sucedido y destapar vuestro grado de participación. Quería aclararlo todo, salir limpio del chanchullo en el que lo habíais metido e intentar empezar de cero.

Sverrir permanecía callado con la mirada clavada en la pared.

—Entonces se te ocurrió una manera de desembarazarte de él. Salir de excursión. Todo el mundo sabe lo que puede ocurrir cuando viajas por Islandia. El terreno y la meteorología hacen peligrosa una expedición, sea del tipo que sea. Quisiste que Arnar y Knútur os acompañaran para levantar menos sospechas. Solo tenía que aparentar una especie de viaje de trabajo. No tengo claro el grado de implicación de tus dos amigos en la muerte de Þorfinnur. ¿Me lo puedes decir tú? ¿Decidieron subir al glaciar en el último momento o lo teníais ya planeado?

Sverrir no respondió.

—Seguramente Þorfinnur y tú discutisteis —prosiguió Sigurður Óli—. Intentaste hacerlo cambiar de opinión, pero Þorfinnur no dio su brazo a torcer. Quería devolver las decenas de millones que había ganado. Le explicaste que si lo hacía os arrastraría a vosotros también. Le dijiste que podías solucionar las cosas, que te podía prestar su parte para borrar su rastro. Eso lo habría arreglado todo. Pero Þorfinnur se negó. Quería salir limpio de aquella atrocidad. No le era indiferente la procedencia del dinero.

Sverrir apartó la mirada de la pared, se aclaró la garganta y se incorporó en el colchón.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Þorfinnur —declaró al final—. Es posible que lo que dices sobre nuestra participación en el blanqueo de capitales se corresponda en parte con la realidad. No sé lo que te han contado Arnar y Knútur. Por

lo que oigo, no me queda otra opción que confesar que participé en el blanqueo de capitales para Alain Sörensen. Asumiré esa responsabilidad. Pero no tengo nada que ver con la muerte de Þorfinnur. Tuvimos una discusión. Eso es cierto. Discutimos sobre nuestras cuentas secretas y sobre el origen del dinero. A él no le daba igual de dónde venía. Le dije que no pasaba nada; que si él quería salirse, nos saldríamos todos. Pero no se contentaba solo con eso. Quería devolver el dinero, destapar las cuentas y contárselo todo a la policía. Nosotros tres estábamos de acuerdo con dejar de colaborar con Sörensen. Hasta estábamos dispuestos a devolver el dinero. Estábamos dispuestos a acatar casi todas las exigencias de Þorfinnur, pero no podíamos aceptar hacerlo público, como él quería.

Sverrir se levantó y respiró hondo.

—Ese fue el motivo de nuestra discusión —señaló—. Era la única condición que no queríamos aceptar. Todo lo demás era trato hecho.

—¿Y entonces lo empujaste por el acantilado?

—Yo... Lo dejé solo —confesó Sverrir—. Yo... Discutimos por las cuentas y por Sörensen. Se negaba a razonar. Lo mandé a la mierda, lo dejé solo y me fui enfurecido a por el coche.

—Hasta ahora solo habías reconocido que habías ido a por el coche. No que hubierais discutido.

—Lo reconozco ahora —admitió Sverrir—. Parecéis saberlo todo sobre esas cuentas. Me enfadé y lo dejé solo. Que me creas o no ya es cosa tuya, pero eso fue lo que pasó. Me echo la culpa de lo que le ocurrió. El día siguiente no fue lo que se dice un buen día. Fui responsable indirecto de su muerte al dejarlo solo, lo reconozco. Pero no fue un asesinato. Lo niego. Lo niego rotundamente. En todo momento pensé en ir a buscarlo. Pero sufrió un accidente.

Sigurður Óli miraba fijamente a Sverrir, pero este no despegaba la mirada de las paredes, que parecían aprisionarlo y acorralarlo.

—¿No sospechó en ningún momento lo que pretendías hacer? —preguntó Sigurður Óli—. ¿Ni siquiera al final?

—¿Es que no has oído lo que te he dicho? Yo ya no estaba con él.

—¿Murió al primer impacto contra las rocas?

Sverrir no respondió.

—¿O siguió con vida durante un momento?

Sigurður Óli no le concedía ninguna tregua.

—No le hice nada —dijo Sverrir.

—¿Lo oíste gritar mientras caía?

—No voy a responder. No se puede responder a esas preguntas.

—Probablemente no vaya a ser fácil de demostrar, pero el hecho es que tú organizaste aquel viaje, tú fuiste con Þorfinnur, tú regresaste solo y tú tenías grandes intereses que salvaguardar. Dudo que salgas de esta tan fácilmente.

Sigurður Óli se giró y golpeó la puerta de acero para que la abrieran.

—Yo no lo maté —aseveró Sverrir.

—Creo que todavía estás en fase de negación —reparó Sigurður Óli—. Creo que los jueces se van a poner de parte de Þorfinnur. Creo que lo empujaste por el acantilado. Creo que aprovechaste la ocasión para librarte de él. Quizá ya lo tenías todo planeado antes de hacer vuestro viaje a Snæfellsnes. O lo teníais pensado los tres. Quizá solo sufriste un acceso de locura. El resultado es el mismo: lo tiraste por el acantilado.

Se escuchó el leve chirrido de la puerta al abrirse y Sigurður Óli salió al pasillo, le dio las gracias al vigilante, cerró la puerta y echó lentamente el cerrojo. Sverrir aporreó la puerta de inmediato y comenzó a gritar.

—¡Vuelve! ¡¡Vuelve y habla conmigo!!

Sigurður Óli abrió la escotilla de la puerta. Se miraron fijamente. Sverrir tenía el rostro enrojecido.

—Fue un accidente —aseguró.

Sigurður Óli lo miró sin decir una palabra.

—¡Fue un accidente! —repitió con más decisión—. ¡Un accidente!

Sigurður Óli cerró la escotilla y se marchó ignorando las patadas de Sverrir en la puerta y de los gritos que daba desde el interior de la celda afirmando que había sido un accidente y que él no tenía nada que ver con la muerte de Þorfinnur.

A última hora de la tarde sonó el teléfono en casa de Sigurður Óli. Patrekur llamaba para preguntarle si podía pasarse un momento. Poco después, Sigurður Óli abrió la puerta y Patrekur apareció ante él, desolado.

—Ha sido culpa mía —anunció—. Soy yo quien debería estar en prisión.

—Ven. Me estaba haciendo un té —dijo Sigurður Óli, invitándolo a pasar a la cocina.

—No quiero nada —respondió Patrekur—. Solo quería hablar contigo. ¿Qué crees que va a pasar?

—Según me han informado, Súsanna ha confesado su implicación en la agresión a Lína —explicó Sigurður Óli, que había llamado a Hverfisgata por la tarde—. Le había pedido a Höddi que se hiciera con las fotografías. Ella y su hermana, la mujer de Hermann. O sea, que mientras Hermann y tú hablabais conmigo, ellas dos hablaban con Höddi.

—Yo no tenía ni idea.

—Le confesaste a Súsanna que te habías liado con Lína.

—Se puso como una loca. Pensaba que Lína trataba de echar a perder nuestro matrimonio.

—Y Höddi le pasó el encargo a Þórarinn.

—Súsanna nunca me había contado a qué se dedicaba ese tal Höddi. Era solo un amigo de los viejos tiempos. Aparte, Lína tampoco era ningún angelito. Ni mucho menos. Traté de explicárselo a Súsanna, pero ella no hacía más que gritarme y decirme que no quería volver a verme. Me echa la culpa de todo y yo lo entiendo perfectamente. Pero ahora tiene que enfrentarse al hecho de que le ha causado la muerte a una persona.

—Indirectamente —puntualizó Sigurður Óli.

—Ella no lo ve así.

—Su hermana y Hermann también tienen su parte de responsabilidad. Tenéis que verlo todo en conjunto.

—Está especialmente furiosa conmigo.

—Fue sobre todo el imbécil de Þórarinn, que se pasó —reparó Sigurður Óli—. Aunque eso no excusa la idiotez que cometió Súsanna. Ni la tuya. Ni la de ninguno de nosotros. La próxima vez que vayas a ponerle los cuernos acuérdate o bien de no hacerlo o bien de mantener la boca cerrada.

—Y ahora, ¿qué? ¿Qué va a pasar? —preguntó Patrekur tras un largo silencio.

—Tu mujer permanecerá un tiempo en prisión.

—Se encontraba muy mal de un tiempo a esta parte. Yo no me daba cuenta porque estaba absorto en mis tontas preocupaciones. Pero ahora veo que algunos días Súsanna estaba totalmente ausente.

—Deberías tratar de mostrarle todo tu apoyo.

—Si es que me quiere seguir viendo.

—Tendréis que vivir con lo que ha pasado. Incluso puede que eso os una más.

—No quiero perderla.

—No, lo entiendo perfectamente —dijo Sigurður Óli.

—¿Y tú? ¿Te has metido en problemas por nuestra culpa?

—Sobreviviré.

Sentado en el coche, frente al inmueble de Kleppsvegur, vigilaba atentamente el periódico que asomaba por el buzón. Como siempre, la radio estaba sintonizada en una cadena que emitía rock clásico americano. Tenía sueño: se había acostado tarde por la noche después de haber visto un partido de rugby por la televisión. Al irse a acostar se le había ocurrido leer un rato. El año anterior le habían regalado una novela islandesa en Navidad y todavía estaba envuelta en el plástico. La sacó de un cajón, la desenvolvió empezó a leerla. Después la volvió a dejar en el cajón y se durmió.

Llevaba un tiempo con problemas de insomnio debido a la ansiedad que le habían causado los acontecimientos de los días anteriores. Ese día se había levantado muy temprano y había decidido dar una vuelta en coche. Sin ni siquiera darse cuenta, había llegado al inmueble de Kleppsvegur, a pesar de haberle dejado claro a su madre que ya no vigilaría más el buzón. Gagga lo había llamado para conocer más detalles sobre la detención de los tres empleados de banca que había oído en las noticias. Lo había acribillado a preguntas sobre Súsanna y Patrekur, a quienes también conocía, pero no había logrado sonsacarle gran cosa. «Ya te contaré», le había respondido su hijo.

Sigurður Óli pensó en la conversación que había tenido con Elínborg. Lo había llamado preocupada por Erlendur, que todavía estaba de viaje por su región natal y llevaba dos semanas sin dar señales de vida.

—¿Qué está haciendo ahí en el este? —le preguntó Elínborg.

—Ni idea —respondió Sigurður Óli—. Nunca me cuenta nada.

—¿Sabes cuánto tiempo tenía pensado quedarse?

—No. Solo sé que quería estar tranquilo.

—Sí, eso —dijo Elínborg.

Sigurður Óli bostezó. Al igual que en los domingos anteriores, no había mucho tráfico en las inmediaciones del edificio, y las pocas almas que o bien volvían a casa después de salir de fiesta o bien iban a la panadería a comprar el pan no le prestaban ninguna atención al periódico. Su cabeza se fue cayendo lentamente por el sueño, sus párpados se cerraron, su respiración se hizo pesada y al final se quedó dormido sin darse cuenta.

Mientras dormitaba, un hombre de unos cincuenta años, con el pelo alborotado y vestido con un albornoz gastado bajó las escaleras, abrió la puerta, escudriñó la zona del aparcamiento, cogió el periódico del buzón, se metió dentro y subió las escaleras.

A Sigurður Óli le costó despertarse de su cabezada de tres cuartos de hora. En la radio sonaban grandes éxitos del rock. Se frotó los ojos y miró a su alrededor. Estiró los brazos y bostezó. En ese momento vio a Andrés caminar por la acera de Kleppsvegur en dirección oeste.

—¡¿Qué?! —exclamó Sigurður Óli.

¡Andrés!

¿Era Andrés?

Sigurður Óli se enderezó en el asiento para ver mejor.

No cabía ninguna duda: era Andrés.

Pensó en salir del coche y correr tras él, pero cambió de idea nada más abrir la puerta. La cerró dando un portazo, arrancó el coche y comenzó a seguir a Andrés a cierta distancia. Al verse obligado a cambiar de sentido en el siguiente cruce, tuvo miedo de perderlo de vista, pero enseguida lo encontró por Sæbraut. Caminaba cabizbajo, metido en su propio mundo. Pasó por Kirkjusandur y las cocheras de los autobuses de línea, después cruzó la avenida Kringlumýrarbraut y se metió por la calle Borgartún. Vestía los mismos andrajos de siempre y llevaba una bolsa de plástico. Sigurður Óli pensó en pararlo y hablar con él, pero le picaba demasiado la curiosidad y decidió seguirlo más para ver adónde iba.

Si Andrés no vivía en su casa, ¿dónde se escondía?

Andrés subió por Nóatún hasta alcanzar la calle Laugavegur, bordeó la estación de Hlemmur y giró hacia el sur a la altura de Snorrabraut. Después se metió por Grettisgata en dirección hacia el centro. Sigurður Óli no tenía ninguna dificultad en seguirlo con el coche a una distancia prudencial. Entró en Grettisgata y la recorrió lentamente hasta que encontró un sitio donde aparcar el coche. Se bajó y salió disparado detrás de Andrés. Lo vio bajar rápidamente las escaleras del sótano de una vieja casa de madera que sin duda había conocido tiempos mejores, abrir la puerta con una llave y cerrar al entrar.

Sigurður Óli se detuvo y observó la casa, desvencijada y medio en ruinas, con el recubrimiento metálico oxidado y la pintura desprendida, dejando la pared desnuda, a merced de los elementos. La única planta situada encima del sótano parecía deshabitada.

Tras una espera de unos veinte minutos, decidió llamar a la puerta. Bajó con cuidado los escalones, un tanto inestables debido a su deterioro. La puerta no estaba identificada con ningún nombre, y tampoco tenía timbre. Sigurður Óli la golpeó enérgicamente y esperó. De pronto notó un olor nauseabundo, como de pescado podrido.

No respondió nadie.

Volvió a aporrear la puerta llamando a Andrés y esperó de nuevo.

No ocurrió nada.

Apoyó la oreja en la puerta y escuchó un leve ruido en el interior de la casa. Volvió a llamar a Andrés y, después de golpear con fuerza por tercera vez sin hallar respuesta, trató de forzarla. El cerrojo era muy endeble y chirrió cuando Sigurður Óli agarró el pomo. La puerta cedió fácilmente al empujar con el hombro. Se detuvo en la entrada, llamó a Andrés y acto seguido se adentró en el sótano.

Un hedor pestilente lo recibió como una bofetada. Tomó aire y retrocedió de nuevo hacia los escalones del exterior.

—¿Qué demonios...? —dijo para sí.

Se llevó la bufanda a la boca y trató de entrar otra vez. Encontró a tientas un interruptor en el pequeño pasillo de la entrada y probó a encenderlo. Al ver que no funcionaba, se imaginó que el sótano no tenía electricidad. Volvió a llamar a Andrés, pero no obtuvo respuesta. Lo poco que veía del apartamento estaba destrozado. Incluso las paredes parecían haber sido rotas a golpes y el suelo estaba levantado en algunas zonas. A medida que se adentraba, saltando por encima de tablones arrancados y muebles volcados, notaba a través de la bufanda que el hedor era cada vez más intenso. Se detuvo un instante para que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y llamó a Andrés, pero no obtuvo respuesta. O bien estaba escondido en el apartamento o bien se había escapado por la puerta trasera o por una ventana. Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, se dio cuenta de que se encontraba en un salón con las cortinas cerradas. Las abrió y dejó entrar la luz.

Ante él se iluminó un apartamento hecho pedazos, con mesas, sillas y estanterías tiradas por el suelo. Parecía como si un *bulldozer* hubiera arrasado el sótano. Sigurður Óli se adentró lentamente a través de los escombros y en un rincón localizó una alfombra, restos de comida y unas botellas vacías de aguardiente, por lo que supuso que aquel era el escondrijo de Andrés. Volvió a salir al pasillo, abrió con cuidado la puerta que daba a la cocina y comprobó que no se encontraba en mejor estado. Se dio cuenta de que Andrés había trepado por la ventana y había huido por el jardín trasero.

Se le había escapado.

Sigurður Óli volvió a entrar lentamente en el salón. Incapaz de soportar aquel olor nauseabundo, se disponía a salir cuando se tropezó con algo que le pareció que estaba vivo. Se dio un susto de muerte.

Miró hacia abajo y vio que se había tropezado con el pie de un hombre tirado en el suelo. Estaba medio tapado con una alfombra sucia y le sobresalían las piernas. Sigurður Óli se agachó, retiró lentamente la alfombra y comprendió de dónde procedía el hedor.

Se apretó la bufanda contra la boca. El hombre yacía boca arriba atado a una silla. Parecía como si se hubiera caído de espaldas. Sus ojos inertes, entreabiertos, lo miraban fijamente. En mitad de la frente se distinguía un objeto metálico que parecía una moneda de una corona. En el suelo, junto al cadáver, había unos restos de cuero sucio con unas cintas.

Sigurður Óli recordó que Andrés había mencionado algo sobre una moneda de una corona. Su curiosidad venció el protocolo investigador: se estiró hacia la moneda y, cuando la fue a coger, se dio cuenta de que estaba pegada.

Se acercó más y comprobó que no se trataba de una moneda. La superficie era lisa. Sigurður Óli examinó de cerca aquella mancha redonda y comprendió que se trataba del extremo de un clavo insertado hasta el fondo en la cabeza del hombre.

El cadáver había comenzado a pudrirse.

Estimó que el hombre llevaba muerto al menos tres meses.

Al comenzar su jornada del lunes, el encargado de mantenimiento abrió uno de los cobertizos donde se guardaban las herramientas del cementerio Hólavallakirkjugarður. Hacía frío, había helado por la noche y ahora soplaba un gélido viento del norte procedente del interior. El hombre iba bien abrigado con un gorro y unos guantes gruesos. Poco a poco fue reuniendo las herramientas que consideraba necesarias para terminar un trabajo que llevaba mucho tiempo retrasando. No tenía ninguna prisa, contaba con invertir buena parte de la mañana. Caminó en dirección a Suðurgata hasta llegar a la tumba de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia. Alguien había pintado en la columna de piedra: JOHNNY RULES. A decir verdad, no le desagradaba del todo. Indicaba un creciente espíritu de independencia entre los jóvenes. Al menos, algún que otro idiota sabía quién era Jón Sigurðsson. Se giró hacia la izquierda, se detuvo y aguzó la vista hacia el interior del cementerio. Le pareció ver a un hombre sentado junto a una lápida. Lo miró con detenimiento y caminó lentamente hacia él. Al acercarse, reparó en que el hombre estaba muerto. Iba vestido con harapos y un abrigo viejo. Tenía el rostro lívido y las rodillas apretadas contra el pecho. Sin duda, había querido protegerse del frío. Sus ojos entreabiertos miraban hacia el cielo, como si en el momento de morir hubiera contemplado las nubes con la única esperanza de que se abrieran un instante para permitirle ver por un segundo un azul radiante.